LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN

LOS ENTERRADOS



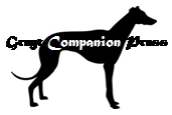
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

JENIFER RUFF

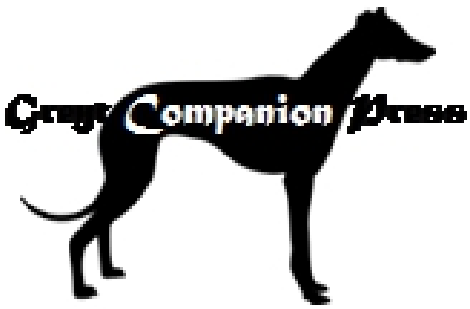
LOS ENTERRADOS

LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN

JENIFER RUFF



Greyt Companion Press



© 2023, 2026 Jenifer Ruff. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en ella son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Traducción al español: Greyt Companion Press

Diseño de cubierta: Rainier Publishing and Jenifer Ruff

Publicado por Greyt Companion Press

Contents

Otros libros de Jenifer Ruff en español
LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN
1. CAPÍTULO 1
2. CAPÍTULO 2
3. CAPÍTULO 3
4. CAPÍTULO 4
5. CAPÍTULO 5
6. CAPÍTULO 6
7. CAPÍTULO 7
8. CAPÍTULO 8
9. CAPÍTULO 9
10. CAPÍTULO 10
11. CAPÍTULO 11
12. CAPÍTULO 12
13. CAPÍTULO 13
14. CAPÍTULO 14
15. CAPÍTULO 15

16. CAPÍTULO 16
17. CAPÍTULO 17
18. CAPÍTULO 18
19. CAPÍTULO 19
20. CAPÍTULO 20
21. CAPÍTULO 21
22. CAPÍTULO 22
23. CAPÍTULO 23
24. CAPÍTULO 24
25. CAPÍTULO 25
26. CAPÍTULO 26
27. CAPÍTULO 27
28. CAPÍTULO 28
29. CAPÍTULO 29
30. CAPÍTULO 30
31. CAPÍTULO 31
32. CAPÍTULO 32
33. CAPÍTULO 33
34. CAPÍTULO 34
35. CAPÍTULO 35
36. CAPÍTULO 36
37. CAPÍTULO 37
38. CAPÍTULO 38
39. CAPÍTULO 39
40. CAPÍTULO 40
41. CAPÍTULO 41
42. CAPÍTULO 42

43. CAPÍTULO 43
44. CAPÍTULO 44
45. CAPÍTULO 45
46. CAPÍTULO 46
47. CAPÍTULO 47
48. CAPÍTULO 48
49. CAPÍTULO 49
50. CAPÍTULO 50
51. CAPÍTULO 51
52. CAPÍTULO 52
53. CAPÍTULO 53
54. CAPÍTULO 54
55. CAPÍTULO 55
56. CAPÍTULO 56
57. CAPÍTULO 57
58. CAPÍTULO 58
59. CAPÍTULO 59
60. CAPÍTULO 60
61. CAPÍTULO 61
JENIFER RUFF
Otros libros de Jenifer Ruff en español

Otros libros de Jenifer Ruff en español

EL ASESINO DE LOS NÚMEROS
NIÑAS PERFECTAS
CUANDO NOS ENCUENTREN
LA SOMBRA DE LA DUDA
DESAPARECIÓ EL NOVIO
DESAPARECIDA EN VACACIONES
LOS CRÍMENES DE LA EXPIACIÓN
LOS ENTERRADOS
EL MAL VECINO
MENTIRAS EN LA NIEVE

LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN

Los Enterrados es el octavo libro de la galardonada serie de investigación de la agente Victoria Heslin, de la autora superventas del USA TODAY Jenifer Ruff.

CAPÍTULO 1

Hace un año - Phoebe

Las publicaciones de Phoebe Watson en las redes sociales se volvieron virales y alcanzaron millones de visitas en cuestión de días. Aquel repunte la habría entusiasmado, si tan solo hubiera estado viva para verlo.

Horas antes de su muerte, contaba los segundos en su reloj. El gimnasio resonaba con la música que ella misma había elegido. El ritmo y sus palabras de ánimo impulsaban a los participantes de su clase de acondicionamiento físico a superar sus límites. Unos espejos que iban del suelo al techo cubrían una de las paredes, reflejando rostros decididos y cuerpos que relucían de sudor.

Phoebe se movía con fuerza y elegancia, ejecutando cada movimiento con precisión mientras hombres y mujeres jadeaban y bufaban a su alrededor.

—¡Y... listo! —dijo finalmente en la última repetición, dando una palmada al aire—. ¡Excelente trabajo a todos!

Un hombre en la primera fila gritó: —¿Has intentado matarnos, verdad? —lo cual podría haber resultado morbosamente irónico, aunque nadie, ni siquiera el asesino de Phoebe, sabía lo que estaba a punto de ocurrir.

Phoebe se limitó a reír con gratitud mientras se arrodillaba para enrollar su esterilla.

Desde el fondo de la sala, un hombre serpenteó entre los cuerpos para llegar hasta ella. Parecía estar a mediados de los treinta, lucía el pelo negro muy corto y tenía la tez bronceada. Phoebe se había fijado en él antes. No era uno de sus clientes habituales, aunque algo en él le resultaba familiar.

—Tu clase ha sido dura —dijo él.

—Me lo tomo como un cumplido —respondió Phoebe con una sonrisa. Para quienes asistían a sus clases con regularidad, «duro» y «bueno» eran sinónimos en lo que respectaba a sus entrenamientos. Ella había diseñado sus rutinas para entusiastas del fitness dedicados, de los que se esforzaban hasta quedar empapados de sudor, recuperar el aliento con dificultad y sentir el fuego en los músculos. El hombre que tenía delante no era una de esas personas. Durante toda la rutina, le había costado seguir el ritmo.

—¿Es la primera vez que vienes a una de mis clases? —preguntó ella.

—La primera vez, sí. Aún no me he apuntado al gimnasio. He conseguido un pase de invitado para probar.

—Oh, estupendo. Bienvenido. —Phoebe se puso en pie con la esterilla enrollada bajo el brazo y se colocó un mechón rebelde de pelo pelirrojo tras la oreja.

Él sonrió y dijo: —Te he visto en casa de la señora Catherine. No sabía que también trabajabas aquí.

Catherine era una de las clientas de entrenamiento personal de Phoebe y quizá la más adinerada, a juzgar por su lujosa casa y su estilo de vida. Phoebe conducía hasta la finca tres veces por semana para darle sesiones privadas siempre que Catherine estaba en la ciudad. Las pasadas Navidades, la recompensó con una generosa bonificación y el colgante de una pesa de oro que nunca se quitaba del cuello. Catherine Bower era una clienta de ensueño. ¿Qué relación tenía este hombre con la vida de Catherine?

—Me ocupo de su jardín y de su casa —dijo él, como si hubiera leído los pensamientos de Phoebe—. Me llamo George.

—¡Ah, claro! —A menudo, al ir o volver de su coche, Phoebe se fijaba en George en casa de Catherine. Tal vez si hubiera llevado la gorra que solía usar, lo habría reconocido de inmediato. Siempre le había parecido bastante agradable. Phoebe le sonrió ahora y dijo: Tú eres el motivo por el que su jardín siempre tiene un aspecto increíble.

Los ojos de George se iluminaron. —Gracias. Hago lo que puedo. Es un honor cuidar de una propiedad tan especial como la de Catherine.

—Seguro que sí. Yo disfruto siendo su entrenadora. Bueno, me alegra que hayas venido. —Phoebe lo despidió con la mano antes de darse la vuelta. Desconectó su teléfono del equipo de música y echó un vistazo rápido a sus mensajes.

Tenemos que hablar.

Era de su ex.

«No, no tenemos», pensó ella, sin responder al mensaje. Él había estado intentando hablar con ella desde que Phoebe terminó su breve relación. Parecía incapaz de aceptar que ella no estaba interesada. Cuanto más le escribía y llamaba, menos quería ella saber de él. Miró hacia la puerta, preocupada por si la estaba esperando. Él era fanático de ir al gimnasio casi todas las noches. Por suerte, no lo vio.

Phoebe se puso la sudadera con capucha y salió del estudio, recordándose a sí misma que no debía volver a salir con nadie del gimnasio. Su apretada agenda giraba en torno al trabajo, lo que le dejaba pocas oportunidades para conocer gente en otros lugares. Por eso había aceptado una invitación para tomar algo más tarde esa noche con un chico nuevo... que no era del gimnasio. La había intrigado con su encanto y seguridad. Esperaba que su decisión no la llevara a arrepentirse.

La oscuridad había caído durante su clase, pero el aparcamiento estaba bien iluminado. Phoebe se apresuró hacia su pequeño Toyota, que esperaba en una plaza reservada para el personal. Estaba a punto de alcanzar la manilla de la puerta cuando la voz de un hombre la sobresaltó.

—Buenas noches, señorita Phoebe.

George estaba a dos plazas de distancia, frente a una conocida camioneta azul. En la puerta de la camioneta se veía con orgullo un cartel magnético que decía: *Paisajismo George*.

Phoebe se despidió con la mano. —Espero volver a verte en alguna de mis clases.

—Sí. Sin duda volverás a verme pronto —respondió George.

CAPÍTULO 2

Presente - Deja

En su primer día de trabajo en la agencia, Deja Torres esperaba junto a la zona de recepción de Atrium Gardens, una residencia de vida asistida dentro de una urbanización privada con club de campo. Inquieta por la energía de los nervios, se arrancó distraídamente el esmalte de gel, arruinándose una uña antes de darse cuenta de lo que había hecho.

Es solo la incertidumbre de todo esto. Conocer a tu primera paciente, se recordó, metiéndose las manos en los profundos bolsillos de su uniforme blanco. *Tú puedes con esto.* Y así era. No había forma de que su nuevo trabajo le exigiera tanto como su empleo anterior en una gran empresa de venta online. El trabajo de reparto de paquetes implicaba turnos largos sin descanso ni pausas para ir al baño y cargar objetos pesados hasta los porches. Los muebles amontonados en cajas pesaban más de lo que jamás hubiera imaginado. Aún tenía los músculos para demostrarlo. Por suerte, sus días de repartidora habían quedado atrás. Esperaba que su nuevo puesto resultara más satisfactorio y menos extenuante.

Con sus veintitrés años y un aspecto juvenil, Deja recibía cumplidos con frecuencia por su impresionante apariencia. Tenía el pelo brillante, una piel oscura y suave, una figura esbelta y unos grandes ojos marrones realzados por pestañas postizas. La gente le decía que podría ser modelo. Su querida abuela, una influencia significativa en su vida, la había desanimado de intentarlo. Deja sentía un inmenso respeto por la sabiduría y los valores de su abuela. Gran creía que la verdadera belleza de Deja no residía en su aspecto exterior, sino en un don interno que poseían muy pocas personas: el

don de la compasión. —Si se cultiva adecuadamente, florece con las experiencias de la vida y nunca se desvanece —decía Gran.

Guiada por la perspicacia de Gran, Deja había completado recientemente un curso para obtener el certificado de cuidadora. Poco después, la Senior Specialty Concierge Agency la contrató. El primer encargo de Deja era con una clienta adinerada en un lugar muy lujoso. Evidentemente, la agencia no lo dijo así, no con esas palabras, pero las señales eran inconfundibles. Una estancia de un mes en Atrium Gardens costaba más de lo que Deja ganaría en medio año.

Mientras seguía a una auxiliar de enfermería llamada Jasmine por el largo pasillo alfombrado, Deja se maravillaba de lo que veía a su alrededor. Pasaron ante un espacio cerrado con cristales que albergaba pequeños pájaros de colores. Una zona de estar tenía sofás mullidos dispuestos alrededor de una impresionante chimenea de piedra, y un comedor formal presentaba elegantes sillas tapizadas y servilletas de tela cuidadosamente dobladas. Las estancias vacías hacían que Deja pensara en un hotel de lujo preparándose para una gran inauguración.

Dieron la vuelta a una esquina y llegaron a la zona del mostrador central. El ambiente de hotel de lujo se desvaneció y la realidad se impuso. El olor a desinfectante impregnaba el aire. Unos pocos residentes estaban sentados alrededor del mostrador en sus sillas de ruedas. Parecían desconectados del mundo que los rodeaba, sin dar muestras de reconocimiento cuando Jasmine los saludaba amistosamente.

Jasmine enfiló uno de los muchos pasillos que nacían del área central. La habitación 104 estaba cerca del final del corredor, a dos puertas de la salida de emergencia. Una placa de cobre en la puerta anunciaba el nombre de la clienta de Deja. *Sra. Catherine Bower.*

Aunque la mayoría de los residentes de Atrium Gardens eran ancianos, Catherine no lo era. Un año atrás, había sufrido un accidente terrible. Deja no sabía qué había pasado exactamente. Tenía entendido que el accidente le había provocado una lesión cerebral anóxica, un traumatismo causado por la falta de oxígeno en el cerebro, similar a un ictus masivo. Catherine no podía caminar, vestirse ni alimentarse por sí misma. Con solo cuarenta y nueve años, dependía de los cuidadores incluso para las funciones más básicas.

Jasmine llamó a la puerta con los nudillos, sin molestarse en esperar respuesta antes de entrar. Deja la siguió al interior de la habitación privada.

La luz del sol inundaba el espacio, iluminando unos muebles exquisitos y una decoración de buen gusto, aunque varios elementos recordaban claramente el propósito de la estancia y la vulnerabilidad de su ocupante: barras de apoyo y una robusta silla de ducha en el baño, y barandillas de seguridad en la cama de matrimonio.

En el centro de la habitación, Catherine estaba sentada en una silla de ruedas de alta tecnología, frente a un televisor, de espaldas a la puerta.

—Simplemente háblale como si te entendiera. Probablemente ya te lo habrán dicho, ¿verdad? —dijo Jasmine—. Vamos, te presentaré y luego tengo que irme a casa para ocuparme de mis hijos.

Jasmine se colocó frente a la silla de ruedas. —¿Catherine? ¿Está despierta? Su nueva cuidadora está aquí. Se llama Deja. Ha venido para cuidar de usted y de lo que necesite.

Deja se situó al lado de Jasmine y apenas pudo contener su sorpresa al ver a Catherine por primera vez. Se la veía muy bien arreglada, con su cabello negro peinado en un impecable corte *bob*, sin un solo pelo fuera de su sitio. Un toque de colorete recorría sus mejillas pálidas.

—Es tan guapa —soltó Deja, avergonzada al darse cuenta de inmediato de que había hablado como si Catherine no estuviera allí.

—Acaba de volver de la peluquería —dijo Jasmine.

Con una sonrisa, Deja se presentó a Catherine.

La expresión de Catherine permaneció neutral. No dio señales de haber comprendido nada de lo que se había dicho.

—A veces dice cosas o lo intenta. Nada de lo que dice tiene sentido, que yo sepa —comentó Jasmine—. No te preocupes. Tiene su forma de hacerte saber cuándo está descontenta o incómoda. Hace muecas o frunce el ceño, cosas así.

—¿Hay alguna lista de cosas que le gusten o no le gusten? —preguntó Deja.

—No. Ya lo irás descubriendo. Simplemente háblale de cualquier cosa que se te pase por la cabeza. Dale de comer. Mantenla limpia. Deja que vea la televisión. ¿Vale? Bueno, buena suerte. Me tengo que ir. Estarás bien —añadió Jasmine, quizá al notar cómo Deja retorcía el borde de su uniforme entre los dedos.

Jasmine salió de la habitación y Deja se quedó a solas con Catherine.

—Es un placer conocerla —dijo Deja—. Me alegra estar aquí. Espero poder ayudar a que esté más cómoda. Si tiene un poco de paciencia

conmigo mientras me voy haciendo a todo, creo que nos irá bien. Le prometo que podrá hacer mucho más que mirar la televisión cuando yo esté cerca.

Deja puso su mano sobre el hombro de Catherine. No era algo que soliera hacer con alguien a quien acababa de conocer. Sin embargo, si Catherine no podía entender sus palabras, un contacto suave y firme, una forma universal de comunicación, le pareció importante. Deja tenía que empezar por algún lado.

Miró por la ventana el césped cuidado y los comederos para pájaros que colgaban de las ramas de los árboles justo fuera. —Podríamos ir a dar un paseo, ya que hace un día estupendo. ¿Le gustaría? A sus propios oídos, la alegría de Deja sonaba forzada. Adaptarse a las conversaciones unidireccionales requeriría algo de práctica. De todos modos, Catherine no parecía estar prestando atención. Con la mirada fija en el televisor, sus ojos se agrandaron y sus cejas perfectas se arquearon.

Deja se giró para ver qué había provocado la reacción de Catherine.

Una franja roja parpadeante con el rótulo de *Última hora* recorría la parte inferior de la pantalla. La cámara se alejó, revelando una densa extensión de bosque. Una cinta amarilla de escena del crimen se cruzaba de árbol a árbol, formando un perímetro.

El reportero anunció: —Hace tan solo unas horas, las autoridades del condado de Rutherford han descubierto el cuerpo de una mujer en la zona remota que ven detrás de mí. Me han informado de que los residentes locales se refieren a la zona como Madison Creek Woods. En este momento, las fuerzas del orden no están facilitando información sobre el hallazgo, y la víctima aún no ha sido identificada. Les mantendremos informados a medida que surjan nuevas noticias.

Deja sintió una oleada de compasión. Comprendía el profundo dolor que consumiría a la familia de la mujer.

—¿Quiere que cambie de canal? —preguntó Deja—. Las noticias pueden ser muy deprimentes.

Catherine sacudió la cabeza, lo que sorprendió a Deja. Había hecho una pregunta y Catherine parecía haber respondido con una respuesta no verbal definitiva. Deja no sabría decir si la respuesta era un sí o un no, pero era algo. Quizá Jasmine y la agencia se equivocaban respecto a Catherine. Quizá entendía a la gente y podía comunicarse a su manera.

Sin dejar de mirar la televisión, Catherine graznó los sonidos: —Fi… bi…

—¿Qué ha dicho? —preguntó Deja, inclinándose más.

Cuando Catherine repitió los sonidos, Deja se centró en la primera consonante y la oyó con claridad. —Phoebe.

—¿Phoebe? —preguntó Deja—. ¿Es eso lo que ha dicho?

—Phoebe... Watson —dijo Catherine con gran esfuerzo, con el rostro contorsionado y los ojos apretados.

—¿Es Phoebe alguna amiga suya de aquí de la residencia? —preguntó Deja—. ¿O un familiar? ¿O alguien de antes de que usted... esto... alguien de antes de que viviera aquí? ¿Quiere que la busque por usted?

Catherine se estremeció. Apretó las manos y se las llevó al pecho. Pronto, todo su torso tembló con tanta fuerza que hizo vibrar la silla de ruedas.

El miedo se apoderó de Deja, dejándola temporalmente impotente. Aquello no era bueno. Nada bueno. Envolvió con su mano el brazo tembloroso de Catherine para estabilizarla. Deja no sabía si el comportamiento de Catherine era algo habitual o una emergencia. Nadie había mencionado nada sobre convulsiones. No era así como Deja imaginaba la primera hora de su primer día de trabajo. Estaba a punto de salir corriendo al pasillo para pedir ayuda cuando el temblor de Catherine remitió. Abrió los ojos y las lágrimas rodaron por su rostro.

Deja cogió un pañuelo de la mesita de noche y secó las mejillas de Catherine.

Después de la inquietante reacción de Catherine, Deja esperaba que el nombre de Phoebe Watson no volviera a surgir jamás.

CAPÍTULO 3

Presente - Victoria

La agente especial del FBI Victoria Heslin estaba sentada junto a su colega, el agente Dante Rivera, esperando saber por qué su jefe los había llamado a su despacho. Fuera lo que fuese lo que les presentara, Victoria confiaba en que ella y Rivera podrían encargarse de ello. Habían afrontado años de desafíos juntos. Rivera siempre la cubría, y ella a él.

El agente especial a cargo, Larry Murphy, entró en su despacho con una taza adornada con la mascota de los Georgia Bulldogs, un guiño nada sutil a su pasión por el fútbol universitario. Su postura de estilo militar se sumaba a su presencia autoritaria, y su expresión seria transmitía el peso de sus responsabilidades. Era un jefe bueno y justo que apreciaba a sus agentes.

—Tengo una nueva misión para vosotros —dijo—. Hace una hora, nos han asignado el caso de la mujer desconocida del condado de Rutherford. ¿Os suena? Los restos de la mujer que encontraron enterrados en Madison Creek Woods.

Victoria asintió y se inclinó hacia delante para saber más.

—El asesinato de Jane Doe podría estar relacionado con un crimen en otro estado —explicó Murphy—. El año pasado, la policía de Carolina del Norte detuvo a un hombre llamado Dan Sullivan por una infracción de tráfico. Por suerte, llevaban una unidad canina. El perro les dio el aviso, lo que llevó a un registro del vehículo. En la parte de atrás descubrieron el cadáver de una mujer de veintiséis años. Madre de gemelos de corta edad. Había sido agredida sexualmente, golpeada y estrangulada. El ADN de

Sullivan estaba por todo su cuerpo. La parada de tráfico y el registro posterior se realizaron correctamente. Las pruebas eran sólidas.

Al dejar su taza sobre el escritorio, Murphy se cruzó de brazos y continuó: —Sullivan fue condenado y sentenciado a cadena perpetua en Virginia. Hace solo unos días, dijo que quería ofrecer información adicional a las autoridades.

—¿Qué información? —preguntó Rivera.

—Quería darles la ubicación de los restos de otra mujer, y así lo hizo, implicándose en el caso de Jane Doe —explicó Murphy—. Su cuerpo se encontró exactamente donde él indicó a la policía que buscara en Madison Creek Woods. Ahora afirma poseer información sobre la ubicación de víctimas adicionales y quiere negociar.

—¿Cuáles son sus condiciones? —preguntó Victoria—. ¿Qué es lo que quiere?

Murphy frunció el ceño. —Quiere que le reduzcan la condena.

—¿Por qué tenemos que intervenir nosotros? —preguntó Rivera.

—Sullivan no ha revelado la identidad de la mujer, presumiblemente para usarla como moneda de cambio. El detective que lo interrogó cree que Sullivan no sabe su nombre. Piensa que Sullivan podría estar mintiendo. Necesitamos confirmar que Sullivan es realmente responsable de la muerte de Jane Doe. —Murphy dirigió su mirada a Victoria y dijo—: Usted llevará el peso de este caso, dada su creciente experiencia en asesinos en serie.

Rivera le dedicó una ligera sonrisa.

—Los restos de Jane Doe tienen menos de un año —continuó Murphy—. No hay informes de mujeres locales desaparecidas, así que los detectives están comprobando ciudades y estados colindantes. Asumiendo que todo siga su cauce normal, deberíamos identificarla pronto.

—Nuestro trabajo será más fácil en cuanto tenga nombre —intervino Rivera.

—Sí —respondió Murphy—. Si la historia de Sullivan resulta creíble, cumplirá menos tiempo a cambio del resto de lo que sabe. Las familias de las víctimas merecen cerrar este capítulo, pero tenemos que confirmar sin ninguna duda que Sullivan es el responsable del asesinato de Jane Doe antes de que se haga cualquier trato.

—Entendido —dijo Victoria—. ¿Y si Sullivan no mató a Jane Doe?

—Confío en que usted descubrirá la verdad —respondió Murphy—. Alguien ahí fuera sabe quién es esa pobre mujer y qué le ocurrió. Encuentre

a esa persona.

CAPÍTULO 4

Presente - Victoria

Victoria y Rivera se instalaron en una de las salas de conferencias del FBI, preparándose para ver un vídeo grabado recientemente del famoso Dan Sullivan. En la grabación, Sullivan, su abogado y dos detectives estaban sentados en una pequeña sala de paredes de hormigón.

Aunque estaba encadenado, Sullivan dominaba el espacio. De pecho ancho y rebosante de músculos, su víctima no había tenido ninguna oportunidad. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes, tinta por todo el cuello y un labio leporino. Resultaba intimidante e inolvidable. Mientras se reproducía el vídeo, su voz profunda llenaba la sala, y cada frase iba acompañada de un gruñido gutural.

—No voy a daros más información hasta que consiga mi trato —dijo.

Tras ver el vídeo hasta el final, los agentes se sumergieron en el expediente de arresto de Sullivan, empezando por los detalles que rodeaban a Diane Johnson, la mujer hallada en la parte trasera de su furgoneta.

La rutina de Diane estaba bien documentada: dejaba a sus gemelos a primera hora de la mañana en casa de sus abuelos, seguido de un trayecto corto hasta el cercano Top Shop Diner, donde trabajaba en los turnos de desayuno y almuerzo. Según los informes, la aterradora foto policial de Sullivan hizo que los compañeros de Diane lo reconocieran cuando la policía los interrogó. Recordaban vívidamente sus propuestas groseras y sus miradas insistentes.

—El tipo era un acosador —dijo Rivera—. La siguió durante dos meses, y actuar con sigilo no era precisamente su fuerte. Eso debería jugar a

nuestro favor a la hora de demostrar que mató a nuestra Jane Doe.

Victoria asintió de acuerdo.

—Sí, aunque no nos servirá de nada hasta que sepamos quién es ella.

Al profundizar en los archivos, los agentes pudieron rastrear la propensión de Sullivan a la violencia hasta una infancia turbulenta y llena de abusos. Los registros hospitalarios y los informes de violencia doméstica corroboraban la brutalidad de su padre. Sullivan había presenciado aquellos horrores y sufrido los abusos de su padre de primera mano.

—De tal palo, tal astilla —dijo Rivera—. Es una pena la frecuencia con la que vemos ese patrón, especialmente cuando la terapia y unos modelos positivos podrían marcar la diferencia. En el caso de Sullivan, llevó el abuso a un nivel totalmente nuevo.

—Él sabía distinguir el bien del mal —dijo Victoria—. Entendía lo que hacía cuando le quitó la vida a Diane Johnson, dejando a sus gemelos sin madre. Ahora, a cambio de información sobre otras posibles víctimas, quiere una reducción de condena. Es como una situación en la que nadie gana. Todo esto me pone enferma.

Esperaba que Sullivan no fuera el responsable de la muerte de Jane Doe. Victoria no quería que consiguiera ningún trato especial. Pero, si él no era el asesino, un criminal peligroso seguía suelto.

CAPÍTULO 5

Presente - Victoria

Los agentes entraron en la sala de autopsias, intensamente iluminada, e inhalaron el penetrante olor a desinfectante. La patóloga, la doctora Rebecca Boswell, canturreaba mientras se quitaba un par de guantes junto al fregadero. Sobre su pijama sanitario de color rosa, llevaba una bata blanca con su nombre bordado en el lado izquierdo. Rebecca poseía un aire glamuroso y seguro de sí misma que la hacía destacar en cualquier lugar, y especialmente en la sala de autopsias.

Rebecca tiró los guantes a la basura y miró de reojo hacia la puerta. Terminó su estrofa con una sonrisa, se quitó los auriculares de los oídos y los guardó en su estuche.

Rebecca nunca había ocultado su predilección por Rivera. Victoria comprendía el atractivo de su mandíbula bien definida y sus soñadores ojos castaños, su mezcla de fuerza silenciosa, determinación y sensibilidad genuina. Por no mencionar las horas que pasaba en la cancha de baloncesto, que le daban un físico esbelto y musculoso.

—Hola —dijo Rebecca—. ¿A qué debo el honor? No, dejadme adivinar. Estáis aquí por nuestra desconocida.

—Sí, así es —respondió Victoria.

—Excelente. He terminado su examen y he enviado restos y fibras al laboratorio. Sabía que alguien vendría a preguntar por ella esta mañana. Todavía está en la mesa —dijo Rebecca, tomando un juego de guantes nuevos de una caja sobre el fregadero. Con un movimiento fluido y experto, se puso dos guantes en cada mano, cubriendo sus uñas de color rosa

brillante, que hacían juego perfectamente con su uniforme y las pequeñas cuentas de sus largas trenzas.

Victoria cogió un par de guantes para ella. Por lo general, solía seguir las normas, a menos que necesitara saltárselas por un bien mayor, algo que no tenía problemas en hacer cuando era necesario. Se puso los guantes. El plástico quedaba holgado en tres puntos, donde un cirujano le había amputado los dedos congelados a la altura de los nudillos.

—Por aquí —dijo Rebecca, guiándolos hacia una mesa de acero inoxidable en el lado derecho de la sala. Accionó con el pie un botón en el suelo, activando una lámpara de techo con brazo ajustable mientras levantaba la sábana del cadáver—. Aquí está. Una vez lavada, os será mucho más fácil examinarla. Alguien la enterró directamente en la tierra, por lo que los tejidos blandos han desaparecido, dejándonos solo los huesos y un rastro de sus órganos.

Victoria escaneó los restos de la mujer sin identificar y dijo:

—Cuéntanos todo lo que sepas.

—Mujer caucásica —respondió Rebecca—. De unos veinticinco años. Pelirroja. Color natural. Por el estado de descomposición, lleva muerta entre nueve y doce meses.

—¿Causa de la muerte? —preguntó Rivera.

—La naturaleza de la muerte es fácil: homicidio. La causa de la muerte es difícil de precisar. Estoy bastante segura de que fue estrangulada porque tiene el hioides roto —Rebecca señaló el cuello de la víctima—. Aunque no puedo afirmar que eso fuera lo que la mató.

Rebecca se desplazó hasta el extremo de la mesa y tocó con sus dedos enguantados el cráneo de la víctima.

—Recibió varios golpes en el cráneo y en el torso. La hendidura en la fractura craneal sugiere un objeto pesado y afilado. Quizá una pala o una azada. El mismo instrumento podría haber causado una fractura en el brazo izquierdo y en la clavícula.

—¿Esos traumatismos ocurrieron en el momento de la muerte? —preguntó Rivera.

—Así fue. No hay signos de curación en esas zonas. En cambio, presentaba una antigua fractura de tibia. Probablemente ocurrió cuando era adolescente. También tenía una dentadura preciosa. Con carillas en los frontales para alargarlos.

—Con la fractura curada y el trabajo dental, no debería ser difícil identificarla —dijo Victoria—. Alguien tiene que estar echándola de menos.

CAPÍTULO 6

resente - Victoria

En el laboratorio forense, el jefe del equipo de pruebas, Henry, estaba sentado en un taburete, encorvado sobre un microscopio. Rivera llamó a la puerta exterior. Henry seguía absorto en su trabajo, ajeno a la presencia de los agentes. Tras escanear sus placas y retinas para obtener acceso, los agentes entraron en el laboratorio, todavía sin ser advertidos por Henry.

—Hola, estamos aquí por la Jane Doe que encontraron en Madison Creek Woods —dijo Victoria mientras se acercaban a Henry.

Finalmente, Henry giró su asiento para quedar frente a ellos. —Cuánto tiempo. Han pasado unos meses, ¿verdad?

—Sí, así es —dijo Rivera.

—Estaba analizando las pruebas de la Jane Doe. Simplemente no he redactado el informe todavía —dijo Henry.

—¿Puedes compartir lo que has encontrado? —preguntó Victoria—. Necesitamos pruebas que respalden la confesión de la persona que afirma haberla matado.

—¿Alguien ha confesado? —preguntó Henry.

—Sí. Un asesino convicto. Pero hay dudas sobre si dice la verdad —respondió Victoria.

—Intrigante —murmuró Henry, quitándose las gafas y dirigiéndose hacia un ordenador cercano—. Cargaré los datos para poder daros información precisa.

Mientras esperaban, la sala quedó en silencio hasta que Henry dijo: —Muy bien, esto es lo que tengo. El lugar del entierro era una propiedad

privada remota, lejos de cualquier casa o tienda. Sin el soplo, Jane Doe podría haber permanecido oculta para siempre. Enterrada a un metro y veinte de profundidad, más una fosa profunda que una tumba.

—¿Había algo allí con ella? —preguntó Victoria.

—No, estaba completamente desnuda. Ni ropa ni objetos de identificación. La doctora Boswell encontró algunos restos en su pelo, no obstante —dijo Henry.

—Ella lo mencionó —dijo Rivera—. ¿Alguna pista de eso?

Henry mantenía los ojos pegados al ordenador. —Eran hilos de tela azul marino y blanco. Todavía estoy esperando un análisis más detallado.

—Si te conseguimos una muestra de la alfombra de la furgoneta del sospechoso, ¿puedes comprobar si coincide? —preguntó Rivera.

Henry se giró hacia los agentes. —Basándome en lo que he observado bajo el microscopio, puedo descartar las fibras de alfombra. Es más probable que provengan de una manta de alta gama o de una toalla cara.

—Quizá ya hayamos recogido algo similar de la casa de Sullivan —dijo Rivera—. Si te doy un número de caso, ¿puedes cotejar tus fibras con las pruebas recogidas anteriormente del juicio de nuestro hombre?

Henry asintió. —Envíame el número de caso. Le echaré un vistazo.

—¿Has descubierto algo más con lo que podamos trabajar? —preguntó Victoria.

—Había algunas sustancias inusuales en su pelo: aceite de eucalipto y de nim, spray de cebolla y ajo, y sal —les dijo Henry.

Victoria se aventuró a adivinar: —¿Ingredientes de cocina?

Henry le lanzó una mirada que decía: *es evidente que no cocinas.* Tenía razón; la cocina no era su fuerte. La mayor parte de lo que comía en casa provenía de un servicio de comida a domicilio que entregaba platos saludables de procedencia local. Victoria no sabía casi nada sobre cocina, a excepción de los guisos caseros que preparaba en la olla de cocción lenta para sus perros.

—Nadie cocina con aceite de nim —dijo Henry—. Esas sustancias tienen algo en común: todas son pesticidas orgánicos utilizados por jardineros concienciados para eliminar insectos, malas hierbas u hongos.

—Sullivan no me pareció un jardinero, ni alguien concienciado con nada —dijo Victoria. Intercambió una mirada con Rivera, que asintió con la cabeza mostrándose de acuerdo.

—Está claro que la muerte de Jane Doe ocurrió en otro lugar, dada la falta de pruebas en el sitio del entierro —concluyó Henry—. Por desgracia, eso es todo lo que puedo ofreceros por el momento.

—Muy bien, es un buen comienzo. Por favor, ponte en contacto con nosotros cuando tengas más información sobre las fibras o cualquier otra cosa —dijo Victoria.

—Tengo vuestros números —dijo Henry—. Os enviaré un enlace a mi informe escrito en cuanto lo termine.

Los agentes abandonaron el laboratorio de pruebas, centrándose en su siguiente paso. Con ganas de un estimulante rápido, Victoria los guio hacia un quiosco de Starbucks, donde pidió un latte London Fog. Con la taza caliente entre las manos, ella y Rivera se retiraron a un rincón tranquilo del edificio.

—Deberíamos averiguar si Sullivan tuvo alguna vez productos de jardinería orgánica —dijo Victoria, dando un sorbo a su dulce brebaje.

—Dalo por hecho. Me aseguraré de que Henry reciba las pruebas recogidas de la furgoneta y el apartamento de Sullivan para cotejarlas con los hallazgos forenses de Jane Doe.

—Excelente. Voy a rastrear la base de datos del VICAP en busca de posibles conexiones y luego me coordinaré con la policía local sobre casos de personas desaparecidas que encajen —dijo Victoria.

Con sus planes trazados y su experiencia colectiva en marcha, estaban en camino de descubrir qué le había pasado a Jane Doe.

CAPÍTULO 7

Presente - Deja

En la habitación 104 del centro Atrium Gardens, el trabajo de Deja transcurría sin contratiempos. No había ocurrido ningún incidente preocupante desde su primer día, cuando Catherine se había angustiado visiblemente y había pronunciado: —Phoebe Watson—.

Tomándose un momento para observar su entorno, la mirada de Deja se posó en el retrato que colgaba sobre la cama de Catherine. Enmarcado en madera oscura, captaba a la hermosa familia de Catherine en una playa de arena blanca y aguas turquesas resplandecientes.

Catherine era el punto focal de la imagen. Tonificada y bronceada con un vestido blanco veraniego, parecía relajada, irradiando sofisticación y elegancia. Unos diamantes adornaban sus orejas y su cuello. Sus serenos ojos marrones brillaban, invitando a Deja a formar parte de la escena.

Un hombre apuesto de pelo rubio oscuro, mandíbula cuadrada y ojos azul cristalino estaba sentado en un banco al lado de Catherine. Detrás de ellos, se encontraban un hombre y una mujer más jóvenes. Lucían el rostro estrecho, las mejillas con hoyuelos, el cabello oscuro y los ojos marrones de pestañas tupidas de Catherine. Sin embargo, no había ni rastro de parecido con el hombre que estaba al lado de ella.

La hija de Catherine, delgada hasta un punto preocupante, poseía una belleza impactante que recordaba a la de su madre y parecía rondar la treintena. El apuesto hijo de Catherine tenía el aura de confianza de un atleta universitario.

Deja no podía apartar los ojos de la hermosa fotografía y deseó que su familia hubiera tenido un retrato así antes de que su madre muriera.

Todos en la familia de Catherine parecían perfectos, y Deja se preguntaba cómo serían realmente detrás de sus sonrisas resplandecientes. El fotógrafo debía de haber retocado la imagen. Quizá, en realidad, sus ojos no eran tan brillantes y su piel no tenía ese brillo saludable y magnífico. Deja no lo sabía con certeza porque ninguno de ellos había visitado el centro. No desde que ella había empezado a trabajar. Incluso había revisado el registro de la recepción para ver si habían venido después de que terminaran sus turnos. No lo habían hecho. Según los registros, el único visitante de Catherine durante las últimas dos semanas había sido alguien llamado George Martin.

—¿Viene la familia de Catherine a verla? —le había preguntado Deja a Jasmine esa mañana.

—He visto a su hijo —dijo Jasmine—. Es un chico guapo. Va a la universidad fuera del estado.

Un universitario. Tal como sospechaba Deja. Aunque todavía no lo conocía a él ni a nadie más de la familia de Catherine, eso estaba a punto de cambiar. En menos de una hora, Deja y Catherine se dirigirían a la casa de esta última, donde vivía antes de ingresar en Atrium Gardens, con motivo del quincuagésimo cumpleaños de Catherine.

Deja apartó la vista del retrato y sonrió a Catherine. —Vamos a terminar de arreglarte.

De entre los montones de ropa de diseño que había en el armario, Deja había elegido un suave jersey de cachemira azul y una falda larga gris que caía sobre las delgadas piernas de Catherine. La casa tendría aire acondicionado y Catherine parecía tener frío perpetuamente. Le salían pequeñas protuberancias de piel de gallina en los brazos y las piernas cuando no estaban cubiertos.

—Voy a maquillarte ahora. Cuando termine, vas a estar igual que en la foto de familia —dijo Deja, asumiendo que así era como Catherine quería presentarse ante el mundo.

Después de maquillarla, Deja añadió los toques finales, abrochando unos pendientes de brillantes en las orejas de Catherine y rodeando su cuello con un collar con un colgante de diamante. Las mismas joyas que Catherine llevaba en el retrato.

Deja cogió el espejo de mano del tocador y lo sostuvo para que Catherine viera su reflejo.

A veces Deja estaba segura de que Catherine sabía lo que pasaba a su alrededor. Esta era una de esas ocasiones. Las comisuras de la boca de Catherine se curvaron muy ligeramente. Solo lo suficiente para que Deja se sintiera bien por el cuidado especial que había tenido.

Mientras Deja guardaba el maquillaje, sonó su teléfono. La agencia solo permitía llamadas personales durante sus descansos y Deja solía apagar o silenciar su teléfono en el trabajo. Se le había olvidado hacer ambas cosas y ahora su corazón dio un vuelco. El tono de llamada distintivo significaba que su abuela estaba llamando, y su abuela no llamaría a menos que hubiera pasado algo importante.

Deja respondió rápidamente. —¿Está todo bien, abuela?

—Sí. Siento molestarte en el trabajo, cariño. Tengo una pregunta rápida sobre un asunto importante. Bueno, podría ser importante.

—Ah —dijo Deja, aliviada de que su abuela estuviera bien—. No hay problema. ¿De qué se trata?

—Me ha llegado una carta por correo electrónico del banco. La carta dice que hay un problema con mi cuenta y que tengo que verificar cierta información lo antes posible o la cerrarán permanentemente. Hay un enlace para pinchar. Todo parece real, pero no estoy segura de que lo sea. Hay algo que no me termina de encajar. Creo que alguien podría estar intentando engañarme.

—Mira la dirección de la que provino el correo. ¿Qué dice?

—Déjame ver. Primero tengo que ponerme las gafas. Dice "no contestar" y luego números y letras mezclados sin espacios. No creo que formen ninguna palabra. Eso significa que no es realmente el banco, ¿verdad? Ya veo. ¿Qué le pasa a la gente? Alguien intentaba engañarme. ¿Cómo pueden ser tan terribles? —preguntó su abuela.

—Hay gente que no puede evitar ser terrible. Es su naturaleza. Me alegro de que no hayas pinchado en el enlace —dijo Deja.

—¿Por qué me ha llegado esto a mí?

—No es nada personal, abuela. Probablemente millones de personas habrán recibido el mismo correo. Me tengo que ir. Te veo luego. Recuerda que hoy no estaré en casa para cenar.

—Me acuerdo. Buena suerte con el viaje. Espero que salga bien —dijo su abuela—. Ah, ¿ya le has dado a Catherine tu regalo? ¿El libro que vas a leerle?

—Todavía no.

—Bueno, cuando lo hagas, dile de mi parte que feliz cumpleaños.

—Lo haré. Te veo esta noche. Te quiero.

—Yo también te quiero, cielo.

Cuando Deja volvió a meterse el teléfono en el bolsillo y levantó la vista, sorprendió a Catherine sonriendo. Una sonrisa leve, quizá incluso triste, pero ahí estaba. Tal vez había comprendido la conversación de Deja con su abuela y estaba pensando en ver a su propia familia. Debe de echarlos de menos.

Deja le dio unos toquecitos en la barbilla a Catherine con una toallita, donde un fino hilo de baba empezaba a deslizarse sobre el maquillaje. Deja había mejorado a la hora de anticiparse a las necesidades de Catherine y en mantener conversaciones unilaterales.

—Estás preciosa —dijo Deja—. Definitivamente lista para tu fiesta. Debes de estar emocionada por ver a tu marido y a tus hijos, ¿verdad?

Catherine arrugó la nariz y apretó los ojos; una expresión que Deja ya conocía bien. Era una señal reveladora del profundo desagrado de Catherine.

Deja recordó muchas ocasiones en las que había presenciado la misma expresión en el rostro de Catherine. Aparecía en momentos de frustración o dolor, cuando Catherine estaba cansada o incómoda y no tenía otra forma de hacérselo saber a Deja.

¿Por qué ahora?

O Catherine no lo había entendido, o no le hacía ninguna gracia ir a ver a su familia.

CAPÍTULO 8

Presente - Deja

A medida que se acercaban al final del camino de entrada de Catherine, que parecía no tener fin, los ojos de Deja se abrieron con asombro. Ante ella se alzaba una majestuosa mansión de ladrillo blanco, un imponente símbolo de riqueza que distaba un mundo de su propia infancia humilde. Cada detalle del edificio la dejaba boquiabierta. La habitación de Catherine en Atrium Gardens era encantadora, pero nada comparado con esta maravilla arquitectónica.

Cuando la furgoneta se detuvo, Deja desenganchó la silla de ruedas de Catherine y cogió la bolsa con sus suministros.

Mientras el conductor bajaba a Catherine y su silla de ruedas al suelo, debió de notar la expresión nerviosa de Deja. —No se preocupe. No muerden —dijo.

Deja se rió. —Eso espero.

—Tienen mucha suerte de tenerla a usted cuidando tan bien de la señora Bower.

Deja tragó saliva y asintió. Necesitaba ese pequeño empujón de confianza. Tenía el estómago revuelto y, como estaba tan tensa, tenía que ir al baño. No era la primera impresión que quería dar. No podía evitar preocuparse. Las personas que estaban dentro de esa casa eran sus jefes. Los que la contrataron, los que podían despedirla. Quería caerles bien. Quería que supieran que estaba haciendo todo lo posible por cuidar de maravilla a Catherine.

Una vez dentro, Deja esperaba que la acosaran a preguntas. Querrían saber quién era, de dónde venía, sus opiniones y creencias, de qué hablaba con Catherine y otros detalles. Deja entendía su curiosidad. Si alguien de su familia tuviera una cuidadora a tiempo completo, ella querría saber todo lo posible sobre esa persona.

La casa en sí era imponente. Hasta conocer a Catherine, Deja no conocía a nadie más que viviera en un lugar así. La gente que vivía allí probablemente tenía todo lo que podía desear y nada de qué preocuparse. Naturalmente, tendrían altas expectativas respecto al cuidado de su madre.

Mientras se acercaba a la casa, empujando la silla de ruedas de Catherine por las piedras lisas y entrelazadas del camino, Deja se recordó a sí misma que ya la habían elegido. Alguien de la familia de Catherine había revisado el historial laboral de Deja, su fotografía, los antecedentes penales y los dos párrafos que ella había escrito, reescrito y revisado una docena de veces o más sobre lo que ofrecía como cuidadora. Tras revisar todo aquello, la habían seleccionado a ella y no a otra persona.

—Tengo muchas ganas de conocer a su familia —dijo Deja mientras empujaba a Catherine por una rampa, dirigiéndose a la parte delantera de la casa.

A través de las enormes puertas principales de cristal y hierro, Deja podía ver el interior —suelos de piedra, un piano de cola, una escalera maciza con barandilla de hierro negro, techos altísimos, muchísimo espacio abierto— y, al fondo, un jardín increíble al otro lado.

Mientras la furgoneta se alejaba, Deja llamó al timbre. Esperaron.

La casa parecía vacía. Sin señales de actividad. Tal vez las personas de dentro estaban escondidas y pronto saltarían para sorprender a Catherine. Fue entonces cuando Deja se dio cuenta de que no sabía quién iba a estar allí. Suponía que la familia inmediata de Catherine, la del retrato. ¿Quién más? Una fiesta de cincuenta cumpleaños era algo importante, un motivo para reunirse con la familia extensa, amigos y vecinos. Sin embargo, no había coches en la entrada circular.

Cada lado de la casa tenía un garaje adosado con tres puertas de madera barnizada. Seis plazas en total. Tal vez los invitados habían viajado juntos y aparcado dentro como parte de la sorpresa.

Pasó al menos un minuto. Deja ojeó a través del cristal mientras llamaba al timbre de nuevo.

Un borrón de movimiento provino de una puerta cerca del piano. Apareció una mujer. La joven del retrato familiar. Con una blusa sedosa, pantalones de yoga y descalza, parecía casi caminar de puntillas hacia ellos, con los ojos fijos en Catherine. Echándose el pelo liso sobre un hombro, abrió la puerta de par en par.

—¡Feliz cumpleaños, mamá! —exclamó mientras salía al exterior, acompañada de un tenue olor a humo de tabaco. Rodeó a Catherine con sus brazos y le dio un rápido apretón. Con la misma rapidez, la mujer se enderezó y caminó hacia la parte trasera de la silla de ruedas.

Deja se hizo a un lado mientras la mujer agarraba las asas de la silla de ruedas y decía: —Ya me encargo yo.

Sin un saludo ni una presentación, empujó a Catherine hacia el interior de la casa, dejando a Deja atrás.

Deja cerró la puerta y los siguió hasta una cocina amplia y luminosa. En el centro de una isla con encimera de mármol había un pastel y tres regalos, cada uno envuelto con un papel diferente.

—¡Mamá ya está aquí! —gritó la mujer.

El apuesto hombre mayor de la foto entró en la cocina por un pasillo distinto. —Cariño, estás preciosa —dijo, cogiendo la mano de Catherine y llevándosela a los labios—. Tan radiante como siempre. Feliz cumpleaños, amor mío.

Deja oyó pasos mientras alguien bajaba corriendo las escaleras. El último de la familia de cuatro se unió a ellos, confirmando que la familia de Catherine se veía tan hermosa en persona como en el retrato sobre su cama.

El hijo de Catherine la abrazó durante varios segundos y le susurró algo al oído. Cuando la soltó y dio un paso atrás, dijo: —Siento no haber venido a visitarte en unas semanas. He tenido exámenes. Solo me quedan unos pocos y habré terminado. Han sido brutales. Hechos aposta. Para descartar a algunos de nosotros. Pero no pensaba perderme tu gran día.

Con una sonrisa que acentuaba sus hoyuelos, se volvió hacia Deja. —Y tú debes de ser Deja.

Deja ofreció una sonrisa profesional, aunque pensaba que él no podría ser más guapo aunque lo intentara. —Encantada de conocerlos a todos —les dijo.

—Yo soy Will —dijo, y luego señaló a su hermana—. Ella es Taylor. —Su mirada se desplazó hacia el hombre mayor—. Y nuestro padrastro, John.

Más vale que te avise ahora, Deja. Las cosas podrían ponerse un poco *interesantes* por aquí.

—Ah —respondió Deja, preguntándose qué significaba el comentario de Will. Dejó su bolsa de suministros junto a la isla y luego se cruzó de brazos.

Will ya se había vuelto de nuevo hacia su madre. —Hemos traído tu comida para llevar favorita de Flower Child. Estoy muerto de hambre, ¿qué os parece si nos ponemos a comer ya mismo? —Giró la silla de ruedas de su madre.

Rodeada de su familia, Deja esperaba que Catherine estuviera feliz. Su expresión decía lo contrario. Tal vez ver a sus seres queridos juntos, en el hogar donde ya no vivía, no era algo fácil. Tal vez no reconocía a nadie ni entendía dónde estaba.

—Odio estar en Clauss and Steinman —le dijo Taylor a su madre cuando estuvieron sentados a la mesa de la cocina—. No me voy a quedar allí mucho más tiempo. El horario es horrible. Siempre hay alguien que necesita algo, y definitivamente no es divertido. Pero ya sabes, algunos tenemos que trabajar. —Con ese último comentario, su mirada se desvió hacia su padrastro durante unos segundos antes de volver a su madre—. ¡Ah!, ¿te has enterado de que Stacy W. se comprometió hace unos meses? Con un tipo que conoció en la casa de su madre en las Bahamas. Voy a ser dama de honor. Quiere que llevemos un vestido espantoso. Te horrorizarías si lo vieras. Creo que intenta que las demás nos veamos mal para que ella luzca mejor. —Taylor resopló—. Ha ganado peso desde la universidad. No una barbaridad, pero demasiado. Intentaré buscarte una foto. —Taylor sacó su teléfono y empezó a tocar la pantalla—. Aunque estoy segura de que perderá unos kilos antes de la boda. Estaría loca de remate si no lo hiciera.

Deja hizo una mueca al escuchar la forma en que Taylor hablaba de su amiga. Alguien que le había pedido que fuera su dama de honor, nada menos. Tal vez Taylor también estaba nerviosa, parloteando sin parar a tomar aire, porque el estado de su madre todavía era algo nuevo para ella.

Mientras Taylor buscaba en su móvil para demostrar que su amiga ahora tenía sobrepeso, John sacó recipientes del enorme frigorífico. Los puso sobre la encimera, donde Will les quitó las tapas.

Deja sacó un babero de su bolsa para ponérselo a Catherine alrededor del cuello, sobre su jersey de cachemira.

Taylor levantó la mano. —No. Quita eso. Creo que deberíamos hacer algunas fotos, y no quiero que mi madre salga con un babero puesto.

Aunque por qué lleva un jersey de otoño a finales de mayo, no me lo explico. —Taylor lanzó a Deja una mirada penetrante—. ¿Se lo has elegido tú?

—Suele tener frío —explicó Deja—. Tengo otra camisa en su bolsa. —Una que había traído por si el jersey se ensuciaba.

—No, da igual... lo que sea —dijo Taylor con un gesto de la mano.

—La comida está lista —anunció John—. Es estilo bufé.

Deja le preparó un plato a Catherine. Tras cortar la comida en trozos pequeños, regresó a la mesa. Necesitaba sentarse al lado de Catherine para darle de comer. Pero John se sentó a un lado de Catherine y Taylor al otro.

—¿Les importaría a alguno de ustedes cambiarme el sitio? —preguntó Deja.

—Yo le daré de comer —dijo Taylor, cogiendo el plato con la comida de Catherine.

Con las manos vacías, Deja se sentó al extremo de la mesa.

—Sírvete un plato si tienes hambre —dijo Will.

—Estoy bien. Gracias —respondió Deja. Ya había decidido que no debía unirse a ellos para cenar, aunque había comida suficiente para al menos diez personas.

—Voy a abrir un vino especial —dijo Will, sosteniendo una botella con una etiqueta francesa. Le sonrió a su madre—. Uno de tus favoritos.

—Quizá no sea una buena idea —dijo John.

—¿Por qué? ¿Porque es una botella de tres mil dólares? ¿Es por eso por lo que te opones a que la disfrutemos? —preguntó Taylor con una mueca de desprecio—. Porque ya no hay riesgo de que tenga un problema con la bebida, ¿verdad?

Deja lamentó haber oído ese comentario. La información parecía privada, algo que Catherine tal vez no hubiera querido que la gente supiera.

Will descorchó la botella con destreza y sirvió el vino en cinco copas. Una para cada uno, incluida Deja.

—Un brindis por nuestra increíble madre en su medio siglo de vida —dijo, levantando su copa.

John cogió la copa de vino que estaba frente a Catherine. La hizo girar y la olfateó antes de acercársela a los labios e inclinarla hacia delante.

Deja se desplazó hasta el borde de su asiento, lista para moverse entre los demás y limpiar el líquido que goteaba por la barbilla de Catherine. No fue

necesario. Catherine abrió la boca y bebió, engullendo cada gota hasta que John apartó la copa.

Deja volvió a acomodarse en su silla, preparándose para probar el líquido más caro con el que se había topado jamás. Dio un pequeño sorbo, dejando que el vino permaneciera en su lengua. Estaba bueno, supuso, aunque no sabía si era tan bueno como para costar tres mil dólares. Dio otro sorbo e intentó grabar el sabor en su memoria.

Mientras tanto, John se entregó a su comida, mientras Taylor pinchaba un trozo de pollo y se lo acercaba a los labios a Catherine. Catherine se negó a abrir la boca.

—Tal vez su cuidadora podría hacerlo mejor dándole de comer, si la dejaras —dijo John.

—Creo que puedo encargarme de darle de comer —espetó Taylor—. Eres el único aquí que piensa que es pedirle demasiado a alguien.

Los tensos intercambios que se producían entre los miembros de la familia de Catherine dejaron a Deja profundamente inquieta. Apartó la mirada de ellos para observar el jardín trasero. Un edificio de ladrillo blanco, una versión más pequeña de la casa principal, se alzaba junto a una larga piscina enterrada. Una lona cubría la piscina.

—Venga, mamá —dijo Taylor. Su voz cortante atrajo de nuevo la atención de Deja hacia la mesa, donde Taylor presionaba un tenedor con algo de comida contra los labios de su madre.

—No la obligues a comer —dijo John.

—No la estoy *obligando* —le espetó Taylor.

—Puedo llevarme su plato cuando nos vayamos y ver si tiene hambre más tarde —sugirió Deja.

—Es una buena idea —anunció Will, deslizando el plato de Catherine hacia el centro de la mesa.

Taylor le acercó la copa de vino a Catherine, quien se terminó la bebida.

Después del pastel, que Catherine también rechazó, abrieron sus regalos. Un pañuelo de seda y crema de Taylor. Un collar y unos pendientes con aspecto de ser muy caros de John. Tres audiolibros, auriculares y un iPad de Will.

Taylor, que no había probado bocado, salió fuera a fumar, mientras Will le contaba a Catherine sus planes de viaje por Europa para el verano.

Disimuladamente, Deja consultó su teléfono. Primero sus mensajes personales, luego los titulares de las noticias. Un terremoto había destruido

pueblos en Turquía y Siria. Una estrella del pop y su mujer modelo se estaban divorciando. En las noticias locales, la policía aún no había identificado a la mujer fallecida que encontraron en Madison Creek Woods.

Todos empezaron a levantarse de la mesa, señal de que la fiesta estaba terminando. Deja quería revisar a Catherine en privado antes de emprender el viaje de vuelta a la residencia. —¿Hay algún dormitorio al que pueda llevar a Catherine unos minutos? —le preguntó a John.

Él señaló una puerta a su derecha. —Al final del pasillo. Segunda puerta.

Deja llevó a Catherine al dormitorio y cerró la puerta a medias tras ella. Extendió un protector sobre la cama y maniobró para pasar a Catherine de la silla de ruedas a la cama para cambiarla.

A través de la rendija de la puerta, le llegaba la conversación de la familia desde la estancia principal.

—Y la chica nueva que has contratado, ¿qué tal lo hace? —preguntó Taylor.

John respondió. —Debe de estar haciendo un buen trabajo porque tu madre tiene buen aspecto, ¿no crees?

—Dudo que mamá esté de acuerdo —dijo Taylor con un fuerte bufido—. Da igual. Probablemente no dure mucho más.

Deja se quedó boquiabierta. ¿*Quién* no duraría mucho más? ¿Se refería Taylor a que Deja se marcharía? ¿O se refería a la muerte de Catherine?

—Solo piensa en toda la gente que abandonó a mamá con los años —dijo Taylor—. ¿No se fue su última cuidadora sin decírselo a nadie? Y el año pasado, cuando todo se desmoronó, George dejó de ocuparse del jardín. Antes de eso, la entrenadora personal de mamá, Phoebe. ¿Recuerdas?, simplemente desapareció sin dejar rastro, para no volver a ser vista jamás.

El nombre de Phoebe captó la atención de Deja. Phoebe Watson era el nombre que Catherine había pronunciado en voz alta, el nombre que parecía despertar sus emociones. Si Phoebe hubiera desaparecido, tal vez esa fuera la razón por la que Catherine se alteraba tanto al pensar en ella.

—Creo que Deja es estupenda, así que intentemos ser más amables y acogedores para que no lo deje —dijo Will—. Nuestra madre necesita a alguien a tiempo completo. De lo contrario, el personal la deja ante el televisor la mayor parte del día.

—Si aquellos de nosotros que no tenemos que trabajar la visitáramos más, en lugar de jugar al golf todo el día, quizá eso no pasaría —dijo Taylor, alzando la voz.

—Estoy allí casi todos los días —dijo John.

Al final del pasillo, a Deja se le salieron los ojos ante su afirmación, que no era ni remotamente cierta. Dejó de moverse, esforzándose por oír lo que vendría a continuación.

—¿No puedes intentar ser civilizada hasta que tu madre se vaya? —dijo John.

—No te preocupes. En cuanto nos hayamos ido, podrás volver a lo que sea que hagas con tu amiguita en *su* casa —le gritó Taylor—. Dios, no me extraña que nuestra madre no quisiera saber nada más de ti cuando se enteró de su enfermedad.

Ese último comentario hizo que a Deja le diera vueltas la cabeza. No sabía que Catherine tuviera una enfermedad. Y parecía que había planeado divorciarse de John antes de su accidente. Pero ¿por qué?

CAPÍTULO 9

Hace un año - Catherine

Todo había cambiado, y Catherine no estaba contenta con ello.

Con el pelo aún húmedo de la ducha, abrió la nevera y sacó los ingredientes para un batido post-entrenamiento: arándanos, col rizada y germen de trigo.

Solía comer una variedad de alimentos que más o menos disfrutaba; aquellos que mantenían a raya el hambre sin sabotear su figura. La reciente confirmación de su diagnóstico —alzhéimer de inicio temprano— lo había cambiado todo. Las opciones de comida ya no giraban en torno al sabor, y su figura ya no podía ser su prioridad absoluta.

Aplicando su determinación habitual, ahora evitaba los alimentos que causaban inflamación o enfermedades. Cada bocado que entraba en su cuerpo debía darle la mejor oportunidad de ganar la guerra, o al menos de prolongar la batalla. Estaba luchando contra la enfermedad con todo lo que tenía a su disposición, incluyendo sus robustas cuentas bancarias. Tenía médicos y tratamientos superiores y, cada mañana, una bebida estimulante para el cerebro a base de superalimentos y suplementos. Su dieta se había convertido en un arma principal en su arsenal contra el alzhéimer precoz. ¿Ayudaría en algo? No podía saberlo, y no perdía nada por intentarlo.

Después de echar espirulina en la batidora, miró por la ventana trasera hacia la gran piscina de entrenamiento y la caseta de la piscina. Su entrenadora personal, Phoebe, mantenía una plancha lateral sobre su esterilla frente a la piscina. Un pequeño trípode sostenía el teléfono de Phoebe a unos treinta centímetros del suelo para grabar su rutina de

ejercicios. Había dicho que a este vídeo lo llamaría: *Veinte minutos para un núcleo tonificado.* Sin duda, lo único que tenía que hacer era incluir una foto atractiva de sus abdominales definidos y su figura de reloj de arena para conseguir un millón de visualizaciones. O tal vez no fuera tan fácil. Porque pocas cosas en la vida lo eran. Daba igual lo atractivo que uno fuera. Daba igual lo rico que fuera. La vida podía ser difícil. Catherine lo sabía bien.

Cerca de la piscina, cargando con una bordeadora, George estaba hablando con su cuñado, Christian. George señaló hacia el jardín lateral antes de dirigirse pesadamente en esa dirección. Los cordones desatados de una bota de trabajo se arrastraban por la exuberante hierba con cada paso ruidoso. Parecía prestar más atención a la propiedad de Catherine que a su propia apariencia. Trataba cada planta como si fuera una cada planta como si fuera un Tesoro. Lo cual le recordó a Catherine que aún tenía que ir a la zona detrás de la caseta de la piscina y echar un vistazo al jardín para polinizadores que George le había dicho que había creado.

George estaba fuera de vista. Christian permanecía allí. Era un hombre bien parecido. De apariencia impecable y compacta. Mucho más atractivo que George, aunque con mucha menos ética de trabajo. ¿Cuántas veces había visto Catherine a Christian descansando sin camiseta cerca de la piscina o tomándose un respiro en los escalones de la entrada? Las suficientes para que no le sorprendiera. El mes pasado, había salido a nadar por la tarde y lo había pillado durmiendo la siesta.

Seguía allí de pie observando a Phoebe, aunque ella no lo sabía.

Catherine no podía culpar al hombre por querer mirar, aunque se estaba prolongando bastante tiempo. El sujetador deportivo y los pantalones de entrenamiento de Phoebe le quedaban como una segunda piel, revelando las curvas tonificadas de su cuerpo hermoso y perfectamente esculpido.

Ah, quién fuera joven y sana para sentirse invencible de nuevo.

Catherine no tenía que retroceder mucho en el tiempo para sentirse así. Hace unos meses, sus principales preocupaciones eran el futuro de Taylor y qué ponerse para una noche con amigos o para una gala benéfica. Eso fue antes de que empezara a experimentar cambios sutiles pero inquietantes en su personalidad, arrebatos de ira y frustración. Antes de las pequeñas pero inéditas confusiones con el lenguaje y la visión ligeramente borrosa, todos ellos signos tempranos de su enfermedad. Antes de que la idea de la

infidelidad de su marido se colara en sus pensamientos y se instalara en ellos.

Él inventaba excusas por las noches que pasaba fuera de casa. Cuando regresaba, se metía directamente en la ducha. Por otro lado, de vez en cuando se mostraba más atento con ella. Un par de veces, incluso había dejado de ir al golf, su obsesión, para quedarse en casa con ella. Constantemente le hacía preguntas sobre su salud. —¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras? —. Como si ella pudiera resumir sus miedos y frustraciones en una respuesta clara y concisa.

Catherine se sacudió sus pensamientos turbulentos y volvió a centrar su atención en su batido. Había perdido la cuenta de los ingredientes. ¿Había añadido ya la cúrcuma en polvo? Un poco más no haría daño. Añadió una pizca, pulsó el botón de la batidora y vertió la mezcla antioxidante en un vaso. Al darle un sorbo, hizo una mueca por el sabor, pero se lo bebió de todos modos.

En el jardín trasero, Christian finalmente apartó los ojos de Phoebe y siguió su camino, caminando por detrás de la caseta de la piscina y desapareciendo de la vista de Catherine. Poco después, comenzó el estruendo del cortacésped gigante. Catherine se preguntó si el ruido arruinaría el vídeo de Phoebe. Al parecer no, porque Phoebe siguió adelante, pasando de apoyarse en las manos a los codos en una plancha con la espalda recta y esos fabulosos abdominales tan tensos y prietos como una tabla.

Catherine terminó los últimos y repugnantes sorbos de su batido mientras Phoebe plegaba su pequeño trípode, recogía sus cosas y se dirigía hacia la casa. Se saludaron con la mano desde lados opuestos de la ventana de la cocina, y Phoebe entró por la puerta trasera. Sus mejillas estaban sonrosadas por el sol de principios de verano y su piel, perlada de sudor.

—¿Has tenido que parar por el ruido del jardín? —preguntó Catherine—. Puedo decirles que esperen hasta que hayas terminado.

—No. Estoy bien. No hablo mientras grabo. Luego le pondré una voz en *off* al vídeo. Muchas gracias por dejarme grabar aquí. Con la piscina y el jardín de fondo, va a quedar genial.

—No es ningún problema. Cuando quieras. ¿Cómo van tus vídeos? ¿Has recibido noticias de publicistas o patrocinadores?

Phoebe apretó su bolsa contra el cuerpo. —Va bien. Estoy ganando un poco con la publicidad y este mes he conseguido mis dos primeros

patrocinadores. He estado pagando para promocionar mis vídeos y que más gente los encuentre. Simplemente está llevando mucho más tiempo de lo que imaginaba.

—Ten paciencia. En cuanto la gente te descubra, estoy segura de que te querrán tanto como yo. Quizá diles cuánto me cobras a mí y se darán cuenta del chollo que es entrenar contigo en internet gratis.

Phoebe se rió. —He diseñado tus clases especialmente para ti y para tu cuerpo. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Catherine.

—Debería haber estado grabando y publicando clases desde hace años. No lo hice — Phoebe hizo una expresión de «qué se le va a hacer», arqueando las cejas y torciendo la boca hacia un lado.

—Tus clases probablemente sean mejores ahora de lo que eran hace unos años. Nunca es… —. Catherine apartó la mirada mientras se esforzaba por terminar la frase. No lograba dar con las palabras; una frase inspiradora concreta. Una que todo el mundo conocía. ¿Algo sobre que solo fallas los tiros que no intentas? No, esa no. No era esa. ¿Mañana desearás haber empezado ayer? Tampoco esa. ¿Qué era? Había usado ese sentimiento en una discusión con John hace poco, y por teléfono durante una conversación con Taylor, que tenía incluso menos empuje que John. La frase no acudía a ella ahora.

Tras unos segundos de silencio incómodo —Catherine todavía estrujándose el cerebro en busca de las palabras correctas y Phoebe esperando educadamente—, Phoebe dijo: —Te veo el miércoles.

—Sí, el miércoles —respondió Catherine, aliviada de dejar atrás la frase olvidada.

Caminaron desde la cocina a través de la antecocina. Cuando llegaron al vestíbulo, el Range Rover de John apareció en el camino de entrada. Catherine no esperaba que volviera del golf tan pronto.

—Adiós, disfruta de lo que queda de día —dijo Phoebe, su despedida habitual.

—Que tengas un buen día tú también —respondió Catherine.

Una vez que Phoebe estuvo fuera, Catherine se volvió hacia el espejo arqueado junto a la puerta y admiró su reflejo. Unos segundos le proporcionaron un rápido impulso de confianza antes de continuar.

Arrancó una flor que no estaba perfecta del centro de mesa del vestíbulo y volvió a la cocina. Guardó los ingredientes del batido, enjuagó la batidora

y puso su vaso vacío en el lavavajillas. Cuando terminó, John aún no había entrado. Caminó hacia los ventanales frontales para ver qué le estaba entreteniendo tanto.

El vehículo de John seguía en el camino de entrada, en lugar de estar en una de las plazas del garaje.

Catherine lo divisó con Phoebe, de pie junto al Toyota de ella. Él estaba de espaldas a la casa. Catherine tenía una línea de visión directa hacia el rostro sonriente de su entrenadora. Phoebe echó la cabeza hacia atrás y se rió, con un lenguaje corporal abierto y acogedor. Así era como se veía Phoebe la mayor parte del tiempo. Esa era su personalidad. En ese momento, sin embargo, algo en ello molestó a Catherine. John y Phoebe estaban de pie a apenas un metro de distancia, como si uno de los dos hubiera invadido el espacio personal del otro.

Catherine estaba a punto de darse la vuelta cuando John estiró el brazo y tocó el hombro de Phoebe. Su mano permaneció allí durante unos cuantos latidos acelerados del corazón de Catherine antes de volver a su costado.

La brillante sonrisa de Phoebe flaqueó. Miró hacia la casa.

Catherine no había presenciado nada escandaloso ni extraordinario. Sin embargo, la escena había hecho que su pulso se acelerara y su sangre bombeara tras las sienes.

Después de otro breve intercambio que Catherine no pudo distinguir, Phoebe se subió a su coche y John entró en el garaje por una puerta lateral.

Catherine se quedó junto a la ventana, con las manos fuertemente entrelazadas, preparándose para la entrada de John y para lo que le diría.

El coche de Phoebe seguía en el camino de entrada.

Pero la puerta de la casa nunca se abrió. En lugar de entrar, John salió del garaje y se subió a su SUV.

Phoebe finalmente se marchó. El Range Rover de John la siguió de cerca, tras su Toyota.

Catherine observó hasta que los vehículos desaparecieron de su vista. Un pesado entumecimiento se extendió por su cuerpo. Con las piernas débiles, se apoyó contra la pared.

Había experimentado las mismas sensaciones dieciocho años atrás. Catherine era más joven, más fuerte y tenía más confianza. Entonces, las infidelidades de su primer marido destrozaron su seguridad emocional. Esa experiencia devastadora también le enseñó una lección inestimable: confía en tus instintos. No confíes en nadie más.

Aunque había sospechado que John la engañaba, ni una sola vez lo había imaginado con Phoebe.

Esto no podía volver a ocurrir. No ahora. Especialmente no ahora. Catherine no iba a permitirlo.

CAPÍTULO 10

Presente - Deja

Deja entró en su casa, agotada y feliz de estar de vuelta. La contrapuerta se cerró tras ella con un golpe seco.

—¿Deja? ¿Eres tú, cielo? —preguntó su abuela desde la cocina.

—Soy yo, Gran. Te he echado de menos —dijo Deja, dejando el bolso en el primer escalón de la escalera.

—Si tienes hambre, tengo un plato esperándote en la nevera. Puedo calentarlo cuando estés lista.

—Gracias. Me lo tomaré ahora. Estoy muerta de hambre —dijo Deja, dándose cuenta de que no había comido nada desde el almuerzo.

Aún de pie en el pequeño espacio entre la puerta y las escaleras, miró a su alrededor, imaginando que veía su casa como la vería un extraño. Como la vería Catherine. Solo el tamaño podría dejarla boquiabierta. El hogar entero de Deja cabría en el cuarto de estar y la cocina de Catherine.

Todo en casa de Deja estaba limpio y funcionaba correctamente, gracias a los esfuerzos de su abuela y de su padre. Sin embargo, a la casa se le notaban los años, especialmente en la cocina, los dos baños y el mobiliario. Con techos bajos, paredes paneladas de madera oscura y la moqueta original, le faltaba un toque moderno. Su padre tenía la habilidad necesaria para hacer reformas, pero no el tiempo. E incluso si lo tuviera, no lo gastaría remodelando. No cuando todos los que vivían allí parecían satisfechos, incluida Deja. Claro, una casa grande y hermosa podría estar bien, pero también daría mucho trabajo, y si venía acompañada de una

familia como la de Catherine, prefería pasar. Deja no cambiaría a la gente que habitaba su pequeña casa por todas las mansiones del mundo.

Cuatro fotos en marcos comprados en una tienda colgaban de la pared, al pie de la escalera. La madre de Deja aparecía en todas ellas. Era hermosa por dentro y por fuera. No había nada que no hubiera hecho por su familia. Precisamente eso fue lo que hizo que la mataran en aquellas vacaciones únicas en la vida.

Tras ver todas las películas extranjeras que caían en sus manos, la madre de Deja anhelaba visitar Europa. Su deseo se hizo realidad hace trece años. Pero no fue la aventura alegre que habían anticipado. El primer viaje de la familia fuera del país se convirtió en una tragedia cuando la madre de Deja perdió allí la vida. Aquella experiencia devastadora y perturbadora permanecía grabada a fuego en la mente de Deja, aunque casi nunca hablaba de ello.

La profunda tragedia destrozó su mundo, obligando a todos los afectados a recoger los pedazos y seguir adelante. El padre de Deja se recuperó lentamente; estuvo en un lugar oscuro durante demasiados años, luchando con los «y si...» y los «si tan solo...», hasta que finalmente aceptó su nueva realidad y se recompuso. Gracias sobre todo a Gran, habían alcanzado una nueva etapa en la que valoraban cada día que pasaban juntos, honrando a la madre de Deja lo mejor que podían. Habían salido de la oscuridad y ahora estaban bien.

Por el contrario, la familia de Catherine no estaba en un buen momento. Eso era evidente. Quizá necesitaban más tiempo para asimilar su pérdida. Salvo que... Catherine no se había ido. Solo había cambiado.

El padre de Deja bajó pesadamente las escaleras, interrumpiendo sus pensamientos. Le dio un abrazo y dijo:

—¿Era hoy el viaje a casa de tu paciente?

—Sí. Mi cliente. No mi paciente —dijo ella, aunque ya empezaba a considerar a Catherine como algo más que una simple cliente.

—Ven a sentarte. —Hizo un gesto hacia la cocina—. Tu abuela y yo queremos que nos cuentes.

Deja entró en la cocina con él. Se sentó donde siempre: de cara a la ventana, en una silla cuyo acabado se había desgastado por décadas de sol entrando a raudales por el cristal.

El microondas pitó. Gran sacó un plato de su deliciosa comida y lo puso sobre la mesa, frente a Deja.

—¿No has cenado? —preguntó Gran, ocupando su lugar habitual en la mesa.

—No. Pero me he tomado una copa de vino de una botella de tres mil dólares. Así que, menos es nada.

—Vaya —dijo Gran—. Eso sí que es algo. —Juntó las manos bajo la barbilla y sus ojos brillaron—. ¿Qué más?

Deja desearía poder describir a la familia de Catherine como amable y acogedora. No podría hacerlo sin mentir. Will era simpático y parecía preocuparse profundamente por su madre. Sin embargo, había algo inquietante y extraño en el hogar de los Bower.

Incluso si Deja no hubiera firmado un acuerdo de confidencialidad, no traicionaría a Catherine compartiendo detalles negativos o chismes. Así que Deja eligió sus palabras con cuidado, expresando admiración por la impresionante casa de Catherine.

—Me da pena Catherine porque ya no puede vivir allí.

—Bueno, tiene mucha suerte de tenerte con ella todos los días —dijo Gran.

—He buscado lo que cuesta Atrium Gardens —dijo su padre—. Es astronómico lo que cobran. Con esas tarifas, su familia podría permitirse perfectamente contratar a gente para que la cuidara en casa. Por lo que dices, su casa es más que suficientemente grande para tener asistencia interna.

—Seguro que en Atrium Gardens se está de maravilla —dijo Gran—. Quizá a Catherine le encanta. Quizá ella quería vivir allí.

El padre de Deja gruñó.

—Lo dudo.

El padre de Deja se regía por un código estricto sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, y tenía prejuicios contra la riqueza excesiva. Parecía pensar que los que tenían recursos abundantes los conseguían explotando a otros o mediante privilegios heredados. Aunque su perspectiva no era del todo justa, estaba profundamente arraigada en sus creencias.

Su amargura provenía de un proyecto empresarial fallido tras la pérdida de la madre de Deja. Un importante promotor local lo había contratado para ayudar en la construcción de un nuevo centro comercial. Su padre contrató a otros trabajadores locales y se convirtió en contratista. El primer pago del promotor cubrió los gastos iniciales, incluidos los suministros y los costes de mano de obra.

Sin embargo, hubo un retraso con el siguiente pago. Luego otro parón. El promotor prometió que el dinero llegaría. Insistió en que todos debían tener paciencia y seguir trabajando para cumplir los plazos acordados. Prometió primas si terminaban a tiempo. El padre de Deja y su equipo siguieron trabajando.

El mensaje de «seguir trabajando» no cambió hasta el día en que el proyecto se vino abajo oficialmente. El promotor declaró el proyecto en quiebra. Nadie iba a cobrar por el trabajo que ya habían realizado. Atormentado por la culpa de haber involucrado a los otros trabajadores, el padre de Deja no podía soportar no pagarles por su duro esfuerzo. Se encargó de reembolsarlos lo mejor que pudo, pidiendo préstamos y sufriendo una pérdida que hundió a su propia familia en deudas durante los años siguientes.

De vez en cuando, Deja veía al promotor recorriendo el pueblo en su imponente todoterreno, trabajando en nuevos proyectos bajo un nombre comercial diferente.

Deja creía que todo se reducía a una verdad fundamental de la que todo el mundo acaba dándose cuenta: la vida, simplemente, no es justa. Catherine Bower, sin duda, estaría de acuerdo si pudiera.

Deja se metió en la cama y se subió la sábana y el edredón hasta la barbilla. Cerró los ojos, todavía pensando en la conversación con su padre y Gran.

¿Qué pasaría si la salud de Gran empeorara? ¿Si se pusiera tan débil que no pudieran dejarla sola? Probablemente no podrían permitirse contratar a alguien para que viniera a cuidarla. Deja podría dejar de trabajar durante unos años y buscar algún trabajillo extra, alguna forma de ganar dinero desde casa.

Sin ganas de dormirse todavía, Deja cogió el teléfono de la mesilla de noche y lo encendió.

Escribió Will Bower en las redes sociales. No pudo encontrarlo por ninguna parte. Extraño. Entonces descubrió que Catherine tenía una cuenta personal, y uno de sus «amigos» era Will Montgomery. Era su hijo, sin duda. En su foto de perfil aparecían Will y Catherine en un barco. Simplemente tenía un apellido diferente al de su madre.

Deja navegó por las fotos de Will. Había publicado algunos paisajes de sus viajes. Tailandia. Marruecos. Israel. Islandia. Una foto de grupo de hace dos años mostraba a chicos guapos en esmoquin y mujeres despampanantes con vestidos de gala. No aparecían otras mujeres en las fotos, lo que significaba que probablemente no tenía una novia seria. Varias veces durante la fiesta de Catherine, él había mencionado una carga de trabajo agotadora y clases intensas. Sin embargo, había encontrado tiempo para un montón de viajes y aventuras. Parecía que llevaba una vida increíble.

Aún desvelada, Deja siguió consultando el móvil. Fue entonces cuando vio por primera vez la actualización sobre los restos de la mujer hallados en Madison Creek Woods. La mujer fallecida ya no era una desconocida. Ahora tenía nombre. La policía la había identificado como una experta en fitness de Virginia que había desaparecido hacía un año.

Deja se incorporó de golpe en la cama.

El nombre de la mujer era Phoebe Watson.

CAPÍTULO 11

Presente - Victoria

Después de correr seis kilómetros a primera hora de la mañana y de una ducha, Victoria se acomodó en el despacho de su casa. La luz entraba a raudales por los altos ventanales sobre un retrato colgado encima de la chimenea: Victoria superando un salto con uno de los caballos de salto de su infancia.

Una de las paredes estaba forrada de estanterías con una extensa colección de volúmenes sobre criminología, fuerzas del orden y psicología. Había dedicado un estante entero a algunas de sus novelas policíacas y de misterio favoritas. La mayoría de las veces, los autores se equivocaban en los detalles, como si nunca hubieran hablado con un agente real del FBI o con un detective. Aun así, las historias solían entretenerla.

La casa estaba en silencio. Ned, su prometido, se había marchado temprano a nadar. En ese momento, probablemente estaría en su clínica, preparándose para sus primeros clientes veterinarios, mientras Victoria se sentaba tras el escritorio tallado a mano que ocupaba el centro de su despacho. La presencia de sus siete majestuosos pero bobos galgos, desparramados en mullidas camas para perros cerca de ella, le aportaba un auténtico confort en aquel espacio. Sus suaves ronquidos se mezclaban con el tecleo de sus dedos en el ordenador.

El FBI había confirmado que la desconocida era Phoebe Watson, que desapareció hace un año en Virginia. El caso de desaparición de Phoebe Watson se había convertido en una investigación por asesinato.

Los documentos de su expediente de desaparición estaban ahora repartidos por la pantalla del portátil y el monitor de Victoria. Había recibido los archivos electrónicos a última hora de la tarde anterior. La mitad de la información tenía alrededor de un año de antigüedad, de cuando comenzó la desaparición de Phoebe. Los detectives no tenían mucho por donde empezar. Phoebe se había esfumado. No había señales de entrada forzada. Se suponía que llevaba consigo su bolso y su teléfono cuando desapareció. Sin testigos. Nada captado en vídeo.

El resto de la información llegó seis meses después. Un programa llamado *¿Qué les ocurrió?* dedicó un episodio a Phoebe. El popular programa generó miles de pistas, pero ninguna llevó a ninguna parte.

Cuando Phoebe desapareció, Dan Sullivan era un hombre libre que vivía en la zona de D.C. Victoria estudió los archivos del caso, buscando específicamente el nombre o la descripción de Sullivan. No encontró ninguno de los dos.

Una búsqueda en internet reveló que Phoebe había publicado más de cincuenta vídeos de ejercicios en YouTube. En otras plataformas existían docenas de vídeos cortos con consejos sobre fitness y alimentación saludable. La personalidad magnética de Phoebe brillaba en cada imagen. Era casi imposible reconciliar a aquella mujer vivaz con el triste montón de huesos sobre la mesa del examinador médico.

Alguien podría haber descubierto a Phoebe en internet, haber visto sus vídeos y obsesionarse. Alguien como Dan Sullivan, que podría tener predilección por asesinar a mujeres jóvenes y atractivas de unos veinte años. Victoria necesitaba encontrar alguna prueba.

Tras despedirse de cada uno de sus perros, salió para reunirse con Sharon Watson, la madre de Phoebe.

A pocos kilómetros del antiguo apartamento de su hija, Sharon Watson vivía en un piso moderno. Victoria tomó asiento a la mesa del comedor. Sharon se sentó frente a ella, vestida con vaqueros y una camiseta blanca. Con su ardiente pelo pelirrojo, Sharon guardaba un parecido asombroso con Phoebe.

—Siento mucho lo de su hija —dijo Victoria.

Sharon se cruzó de brazos y suspiró. A pesar de tener los ojos hinchados y enrojecidos, se mostraba firme y serena. Un año lidiando con la ausencia inexplicable de su hija probablemente la había preparado para la muerte de Phoebe.

—Tenemos nuevas pruebas y estamos analizando de nuevo todo lo relacionado con su caso —dijo Victoria—. Así que, por favor, tenga paciencia conmigo.

—¿Por qué? ¿No está ya en la cárcel el hombre que la mató? Sullivan. —Sharon escupió el nombre entre dientes—. Ya ha confesado. ¿Por qué iba a decir que la mató si no fuera cierto?

Victoria comprendía el asco de Sharon. —Quiere llegar a un acuerdo con nosotros porque se enfrenta a la cadena perpetua.

—Y se lo merece. Nadie debería quitársela. Asesinó a mi hija y la enterró en el bosque —dijo Sharon—. Podría haber enterrado allí también a Diane Johnson si la policía no lo hubiera encontrado antes. ¿Quién sabe a cuántas mujeres más ha matado?

Victoria sacó una fotografía de Sullivan de su bolso. La puso sobre la mesa frente a Sharon y esperó su reacción. —¿Le resulta familiar? ¿Lo ha visto antes?

Sharon miró con furia la imagen de Sullivan. —Parece un monstruo.

Tal vez. Sin embargo, Victoria sabía por experiencia que los monstruos los hay de todas las formas y tamaños.

Sin apartar los ojos de la foto, Sharon negó con la cabeza. —No recuerdo haberlo visto nunca. Aunque eso no significa nada. Phoebe era una adulta con su propia vida. Ella podría haberlo reconocido. Sus amigos quizá sí.

—Tengo previsto mostrar esta foto a sus amigos y compañeros —dijo Victoria—. Ya que estoy aquí, por favor, cuénteme lo de la desaparición de Phoebe. Me gustaría escucharlo de usted.

Sharon se recostó en la silla y se enrolló un mechón de pelo en el dedo. —Esta pesadilla empezó cuando Phoebe no se presentó a impartir su clase de acondicionamiento físico en Fitness World. Una amiga y compañera de trabajo consiguió mi número de la lista de contactos de emergencia de Phoebe y me llamó para saber si yo sabía dónde estaba. Phoebe era cien por cien de fiar. En aquel momento, pensamos que había tenido un accidente de coche. Estaba muerta de preocupación. Pensé que podría estar hospitalizada en alguna parte. Cuando no contestó a mis llamadas, conduje hasta su

apartamento. Había dejado su coche aparcado fuera. No estaba en casa, y no le había dado de comer a Simon.

—¿Quién es Simon?

—Su gato. Era su ojito derecho. En el momento en que lo vi llorando y dando vueltas alrededor de sus cuencos vacíos de comida y agua, supe que algo iba muy mal. Llamé a las dos mejores amigas de Phoebe. Ayudaron a preguntar a todos los que la conocían. Para entonces, habíamos descubierto que también había faltado a todas sus citas de entrenamiento privado del día. La última vez que alguien la vio fue la noche anterior. Salió de Fitness World después de impartir una clase dirigida. Debió de volver en coche a su apartamento. A dónde fue desde allí, todavía no lo sabemos. Su teléfono y su bolso también habían desaparecido. Llamé a la policía.

—Hizo bien —dijo Victoria, pensando que Phoebe tenía suerte por tener a gente que se preocupaba por ella y que notó su ausencia de inmediato.

—Desde el momento en que desapareció, no volvió a haber ni una sola compra con sus tarjetas de crédito. Ni retiradas de sus cuentas bancarias. No publicó nada en internet relacionado con su negocio ni con su vida, y era diligente a la hora de publicar cada día, normalmente a la misma hora. Decía que necesitaba entrenar a los algoritmos y que no podía estropear la programación. Se esforzó mucho por crear su negocio y su plataforma digital. Sabía que nunca lo abandonaría todo de esa forma.

Un gato gris humo entró tranquilamente en la habitación con la cola en alto.

—Ese es Simon —dijo Sharon, con voz notablemente más suave—. Ahora vive conmigo.

—Seguro que su hija estaría muy agradecida de que lo tuviera usted —dijo Victoria.

Sharon asintió y se volvió hacia el gato de pelo largo, que frotaba su cuerpo contra la tela de una silla. Su presencia parecía tener un efecto calmante en Sharon.

—Antes de que Phoebe desapareciera, ¿tenía problemas con alguien? ¿Alguna relación? ¿Clientes? ¿Compañeros de piso? ¿Vecinos? —preguntó Victoria.

—Había roto recientemente con un novio, David. No estuvieron juntos mucho tiempo. Ella ya no quería seguir viéndolo. A él no le gustó su decisión. David fue el principal sospechoso, así que la policía lo interrogó a fondo. Pobre chico. Incluso lo detuvieron. Estaba con sus compañeros de

piso cuando ella desapareció. Tenía varias coartadas. No creo que él le pusiera nunca la mano encima.

—¿Estaba viendo a alguien nuevo?

—Que ninguna de nosotras supiera, no.

—¿Alguien la había amenazado? —preguntó Victoria.

Sharon negó con la cabeza.

Victoria dio un pequeño respingo, sobresaltada por Simon frotándose contra su tobillo bajo la mesa. Se inclinó para acariciar al gato antes de preguntar: —¿Phoebe nunca mencionó que alguien la estuviera acosando o siguiendo?

—Tenía muchos fans, repartidos por todo el mundo. Nunca se quejó ni mencionó que nadie le causara problemas. La noticia de su asesinato disparó las visualizaciones de sus vídeos a millones y millones, sabe.

—Lo sé —respondió Victoria.

—Ojalá pudiera verlo. Estaría encantada. Es por lo que había estado trabajando todo el tiempo. ¿Por qué ha tenido que ocurrir su muerte para que eso suceda? —Sharon se pasó un dedo bajo los ojos, sacó un pañuelo del bolsillo de sus vaqueros y se levantó de la mesa. Cogió al gato en brazos y lo apretó contra su pecho—. Discúlpeme, por favor. Necesito unos minutos.

—No se preocupe. Sé salir sola —dijo Victoria—. Gracias por su tiempo. Le prometo que estaremos en contacto.

Victoria salió de la casa de Sharon y se dirigió directamente a Fitness World, el gimnasio donde Phoebe había trabajado.

Cuando Victoria llegó a casa esa tarde, su prometido ya había dado de comer a los perros, así que no tuvo que preocuparse por ellos. Se quitó los zapatos, los alineó en el zapatero y se dejó caer en el sofá. Las entrevistas del día la habían agotado, y agradecía estar en casa con Ned.

—¿Has cenado ya? —le preguntó.

—Te estaba esperando. Ha llegado un pedido de comida a domicilio que podemos meter en el microondas y recalentar. También hay sobras.

—Me parece bien —respondió Victoria—. ¿Ha pasado algo emocionante hoy en la clínica?

Ned sonrió. —He tenido una sorpresa. No te lo vas a creer. Un cliente nuevo pidió cita para un perro llamado Lancelot. ¿A que no sabes qué apareció en su lugar? ¡Un cabrito!

La cara de Victoria se iluminó. —¿En serio? —dijo riendo—. ¡Las cabras son adorables! Me imagino la cara de todos cuando entró. ¿O era hembra? ¿Hiciste alguna foto?

Ned se rió entre dientes, echando mano de su teléfono. —Por supuesto. Pensé en enviártela durante el día, por si necesitabas que te animaran un poco.

—Deberías haberlo hecho. Déjame verla —dijo ella, alargando la mano —. Siempre puedo contar con un vídeo de cabras para alegrarme el día.

Ned desbloqueó el teléfono y le mostró la foto. La expresión pícara del cabrito destacaba en la imagen mientras apoyaba las patas delanteras sobre la rodilla del auxiliar veterinario.

Victoria se rió. —Parece que te lo pasaste muy bien con tu inesperado visitante.

Ned asintió. —Todos lo hicimos. Ahora, cuéntame qué tal tu día.

Hubo un notable cambio sombrío en sus tonos al pasar la conversación de su trabajo al de ella. Todo el mundo había oído hablar de Phoebe Watson por las noticias, y Ned sabía que Victoria estaba trabajando en parte de la investigación.

—Rivera y yo nos hemos pasado el día haciendo entrevistas, enseñando la foto de Sullivan por ahí, intentando encontrar alguna conexión.

—¿Algún progreso?

—La verdad es que no —admitió Victoria—. Espero que el equipo de pruebas tenga mejor suerte. Todavía estamos al principio de la investigación, pero no hemos encontrado ningún vínculo directo entre Phoebe y Sullivan. Vivían en lados opuestos de la ciudad y no hay constancia de que sus caminos se cruzaran.

Ned se inclinó hacia delante, con sus ojos azules brillantes por el interés. —¿No podría haber sido un crimen de oportunidad al azar?

—Es una teoría plausible. Pero aquí está el detalle: el comportamiento pasado de Sullivan, según consta en sus expedientes de detención, no concuerda con actos impulsivos. Sin embargo, no encontramos pruebas de que estuviera acosando a Phoebe. Nadie que la conociera lo reconoció. Por eso no puedo quitarme la sensación de que hay algo más en todo esto.

—¿Quizá hizo todo el acoso por internet? —sugirió Ned—. Ella tiene mucho material en la red.

—Yo también lo pensé. Aunque, curiosamente, él nunca lo mencionó. Casi como si no supiera que ella tiene una presencia tan importante en internet.

—¿Realmente importa cómo la encontró, Victoria? En última instancia, si el equipo de pruebas descubre algo para incriminarlo en el crimen, eso debería ser suficiente, ¿no?

—Tienes razón. Para mí, el objetivo final es que se haga justicia por Phoebe. Solo tenemos que encontrar algo que nos lleve a ese punto.

—No dudo que lo conseguiréis —dijo Ned.

CAPÍTULO 12

ace un año - Catherine

Catherine cruzó el salón, pasando por delante del retrato familiar más reciente que colgaba sobre la chimenea. Le lanzó una mirada furiosa a John.

Hacía solo un verano que se habían hecho el retrato, aunque ahora parecía que hubiera pasado una eternidad. Habían alquilado una preciosa casa de tres plantas en la playa. El tiempo fue perfecto. Will estuvo encantador, como siempre, e incluso Taylor había reprimido su animadversión hacia John el tiempo suficiente para que el fotógrafo capturara algunas tomas maravillosas. Catherine salía espectacular, lo cual no fue casualidad. De las docenas de imágenes que el fotógrafo les entregó, eligió aquella en la que mejor se veía. El verano pasado… si tan solo pudiera transportarse atrás en el tiempo y quedarse allí, al mando de cada faceta de su vida. La Catherine de hace un año no habría tolerado a un cónyuge infiel. Aunque poco sabía ella de lo que acechaba a la vuelta de la esquina, esperando para trastocar su vida por completo.

Ahora, antes de tomar cualquier decisión sobre su matrimonio, Catherine necesitaba dejar a un lado sus emociones y reflexionar sobre toda la situación. Tenía que considerar qué sería de ella si se divorciaba de John o si le daba una lección que no olvidaría pronto.

Recuperó su diario de la mesita de noche y salió al exterior, donde se sentó en una tumbona a la sombra.

A pesar de su enfermedad, su memoria parecía sólida, por lo que ella alcanzaba a ver, aparte de los pequeños fallos con el lenguaje y los

nombres. Había investigado mucho sobre el Alzhéimer. También recordaba por lo que había pasado su propia madre, que sufrió la misma afección. A medida que la enfermedad progresara, aparecerían lagunas en su memoria día tras día. Fragmentos de esos recuerdos desaparecerían para siempre, mientras que otros irían y vendrían de su cerebro. De ahí la importancia de anotar en el diario los hechos significativos. Lo que había visto entre John y Phoebe parecía significativo.

Como si estuviera escribiendo una novela, Catherine describió la interacción íntima que había presenciado entre John y Phoebe. Catherine no incluyó sus sospechas. No había necesidad de confundirlas con los hechos, que hablarían por sí solos.

Mientras Catherine sacaba del horno el cassoulet de alubias blancas, el suave zumbido de la puerta del garaje anunció la llegada de alguien. Poco después, los pasos de John recorrieron el salón y el pasillo que llevaba a su dormitorio. No saludó en voz alta. Catherine tampoco. Acabaría entrando en la cocina. Hablaría con él entonces.

Dejó los guantes del horno, cogió su copa de vino y dio un trago generoso de merlot. El vino era una de las pocas cosas a las que no iba a renunciar. No cuando el vino tinto tenía beneficios antioxidantes y antiinflamatorios.

Cuando John salió del dormitorio, Catherine estaba picando zanahorias con el cuchillo más afilado que tenían. Con cada corte rítmico, la hoja de acero golpeaba contra la encimera de mármol. Ahora que él estaba en casa y ella estaba a punto de enfrentarse a él, una nube de ira surgió en su interior.

—Hola. ¿Haces la cena? —preguntó John. Le tocó el hombro, se inclinó desde atrás y le besó la mejilla. Se había duchado y se había cambiado la ropa de golf por unos pantalones cortos deportivos y una camiseta. Olía a jabón fresco.

—Casi está lista. No estaba segura de si tendría que cenar sola —dijo ella, siguiendo con los cortes, aunque en la tabla de picar había el triple de rodajas de zanahoria de las que necesitaba.

—Cuenta conmigo. Huele delicioso. —La sonrisa de John era relajada mientras abría los armarios y cogía una copa de vino—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —dijo ella.

—¿Ninguna novedad hoy?

—No. En cuanto a la salud, estoy bien. —Usando la hoja del cuchillo, empujó las verduras a un lado de la tabla y se giró para mirar a John—. Te he visto volver a casa hace un rato. ¿Te habías olvidado algo?

—¿A qué hora ha sido? —preguntó John mientras se servía el resto de la botella, lo que resultó en menos de media copa.

—Antes del mediodía. Has estado hablando con Phoebe un rato y luego te has vuelto a ir.

—Ah, eso. Sí, he vuelto para coger mi driver nuevo.

—He visto que la has tocado —dijo Catherine en tono monocorde. Tenía la intención de abordar el tema con más destreza y tantear la situación, pero sus emociones tomaron el control, lanzándola directa al grano.

John dejó de moverse y se quedó mirando a Catherine. Inclinó la cabeza hacia un lado y frunció los labios. —No recuerdo eso. Si lo he hecho, debió de ser... no lo sé... ¿automático? ¿Subconsciente? —Entornó los ojos—. ¿Me estabas espiando?

Catherine se mofó. —No te estaba espiando. Dio la casualidad de que miré por la ventana y te vi. Ella es mi entrenadora. No puedes ir tocándola por ahí. —Aún con el cuchillo en la mano, Catherine levantó los brazos, enfatizando la estupidez del gesto anterior de él.

John retrocedió, sin quitar la vista del cuchillo. —Vale, Catherine. No debería haberla tocado. —Sus palabras destilaban condescendencia—. De todos modos, no ha sido para tanto.

—Quizá para ti no. Pero ella podría haberlo percibido como un contacto inoportuno por parte del marido de su jefa.

John dejó su copa y frunció el ceño. —¿Se trata de los sentimientos de Phoebe? ¿O de los tuyos?

—Se trata de cómo espero que actúe mi marido para que la gente no malinterprete las cosas.

—¿Qué gente? ¿Conoces a otras personas que me estén espiando?

—Phoebe, para empezar, sabe lo que ha pasado, y George y Christian andaban por allí. —Catherine apretó el mango del cuchillo con tanta fuerza que se le quedaron los nudillos blancos, sin sangre. No era propio de ella estallar así. Durante la mayor parte de su vida, se había guardado sus sentimientos y los había ocultado bien. Era decidida. No discutidora.

—Saco el tema porque deberías pensar antes de actuar con tanta familiaridad con una chica que tiene la mitad de tu edad —dijo ella.

—Tendrá la mitad de *tu* edad. Yo no soy tan viejo —replicó John—. Tienes los ojos vidriosos. ¿Cuánto has bebido?

Durante los últimos meses de su matrimonio, este comportamiento se había convertido en su norma. No todas las noches ni todas las semanas, aunque sí con bastante frecuencia. Ella subía el tono por algo —normalmente relacionado con sus frecuentes viajes de golf—. Más tarde, culpaba de los arrebatos a su enfermedad. Pero ¿cuál era la excusa de él cuando le devolvía el golpe diciendo que era una maníaca del control que quería microgestionar la vida de todo el mundo? Ambos parecían ansiosos por ganar el juego de quién insultaba más al otro.

Esta vez, Catherine no tenía nada. Ni una pulla cruel pero ingeniosa. Ni una respuesta rencorosa pero oportuna. Solo tenía una rabia ardiente y una frustración creciente. Se quedó tan sorprendida como John cuando estampó su copa de vino contra la pared. El delicado cristal se hizo añicos al impactar. Las gotas restantes del líquido rojo oscuro salpicaron la pintura blanca. Los trozos de vidrio roto quedaron esparcidos por el suelo.

—¿En serio, Catherine? —dijo John, como si estuviera hablando con una niña pequeña—. ¿Qué te pasa? Te has vuelto loca.

En cuanto las palabras salieron de su boca, se hizo el silencio. El ablandamiento de su rostro le indicó que no había tenido intención de usar esa expresión. Había cruzado una línea, una regla no escrita, al atacar algo que ella no podía cambiar. Algo que escapaba a su control.

—Te pido disculpas —dijo él, acercándose a ella—. Sé que son síntomas tempranos. Paranoia. Arrebatos emocionales. No debí haber... lo siento.

Catherine no había terminado y tenía la intención de decir la última palabra. —No soy una paranoica. Estoy bien. Esto es cosa tuya. No mía. Permíteme recordarte que firmaste un acuerdo prenupcial. Si nos divorciamos, no te llevas nada. Se acabó eso de estar todo el día por ahí con tus amigos del golf. Si es que eso es lo que haces de verdad.

Unos pasos bajaron las escaleras con fuerza y se dirigieron hacia la cocina.

Catherine se dio la vuelta cuando su hijo entró en la cocina. Se había olvidado de que Will estaba en casa unos días y de que ella y John no estaban solos como de costumbre. Debería haber mantenido la voz baja.

—¡Eh! —dijo Will—. ¿Qué está pasando? —Se quedó en el lado opuesto de la cocina, descalzo y sin camiseta, pasándose una mano por el pelo revuelto. Miró primero a su madre—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —dijo Catherine, intentando sonar convincente.

Will clavó una mirada gélida en su padrastro.

—Tu madre tiene problemas de confianza —dijo John, saliendo de la cocina a pisotones.

—Pues tendrías que andar con pies de plomo —dijo Will, frunciendo el ceño ante la figura de John que se alejaba.

Will rodeó a su madre con los brazos. Aunque siempre sería el bebé de Catherine, le sacaba quince centímetros de altura.

—Siento que hayas oído eso —le dijo ella—. No sé qué me ha pasado.

—Todo va a ir bien, mamá. Vas a tener días malos, pero los superarás. Sé que lo harás. Siempre estaré aquí para ti. Para lo que necesites. Te lo prometo. Puedo volver a casa si quieres. La facultad de Derecho puede esperar.

Will siempre se había comportado con una madurez impropia de su edad, y su amabilidad rompió la barrera interna que ella había erigido. Mejor que nadie en su familia, él comprendía por lo que ella estaba pasando. Comprendía que las preocupaciones profundamente arraigadas sobre su incierto futuro estaban pasando factura a todo lo que decía y hacía últimamente. La enfermedad la estaba cambiando.

Era tan amable al considerar las necesidades de ella por encima de las suyas. ¡Ofrecerse a posponer la facultad de Derecho! Más que nunca, necesitaba a alguien como su hijo. Alguien fiable en quien apoyarse para obtener soporte emocional. Sin embargo, cargar a Will no era justo. Se había esforzado mucho en Duke. Había impresionado a sus profesores de la misma manera que lo hacía con todo el mundo. Actualmente estaba esperando respuestas de algunas de las mejores facultades de Derecho del país. En tres años más, con su título de abogado en la mano, comenzaría una carrera increíble y quizás formaría su propia familia. Eso no podría suceder si se quedaba estancado cuidando de una madre inválida. Ella ni soñaba con permitir que renunciara a su vida por la de ella.

Catherine se apartó de Will para mirarlo bien. Con su pelo oscuro y sus pestañas tupidas, se parecía mucho más a ella que a su padre. Menos mal. No quería que quedara ningún recuerdo de su primer marido en sus vidas.

—Tienes razón. Solo estoy teniendo un mal día —le dijo a Will—. Voy a estar bien y voy a luchar contra esto. Porque ¿sabes qué es lo que más espero? Ver todas las cosas maravillosas que harás con tu vida. Los lugares a los que irás. Las vidas que cambiarás. Pero gracias por considerar siquiera

dejar de lado algunas de esas cosas increíbles por mí. No va a suceder, aunque no puedo agradecerte lo suficiente el ofrecimiento. Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero —dijo él, apretándole los hombros antes de volverse hacia el desastre que ella había organizado—. Deja que te ayude a limpiar esto.

—Gracias, pero no quiero que tengas que hacer eso. Yo me encargo.

—De acuerdo. Si estás bien, me vuelvo a mi habitación. He quedado con Connor y Scott más tarde. Puede que con otros chicos que han venido para la fiesta de Connor.

—Pásalo bien —le dijo ella—. Me parece fantástico que mantengas el contacto con tus amigos del instituto.

Mientras los suaves pasos de Will subían las escaleras, Catherine se quedó sola en la cocina, mirando la variedad de verduras rojas, naranjas y verdes en la tabla de cortar. No recordaba su plan para usarlas. Eso es lo que la discusión con John le había provocado. Eso no era bueno. Tenía que controlar sus emociones, poner su vida en orden y centrarse en su batalla por la salud. No podía desperdiciar su preciada energía en nada más.

Unos momentos con Will le habían recordado qué era lo importante y qué necesitaba.

Hiciera lo que hiciese John, por mucho que la hiciera sentir mal, no podía prescindir de él. Eliminarlo de su vida como hizo con su primer marido no era una opción. Catherine planeaba ponerlo todo para luchar contra el Alzhéimer. Pero las probabilidades no estaban a su favor. Probablemente no ganaría. Cuando la marea cambiara para peor, no podría enfrentarse a su enfermedad sola.

Levantó la vista mientras John caminaba a paso largo desde el dormitorio por el centro de la casa sin mirar hacia la cocina. Escuchó cómo se abría la puerta del garaje y luego se cerraba.

Necesitaba tiempo para calmarse. Cuando volviera, ella se disculparía. Su cambio de actitud no se detendría ahí. A partir de ahora, pasaría por alto sus indiscreciones. Eran temporales. Tenían que serlo. John nunca la dejaría. De eso estaba segura. Más que nada, disfrutaba de las comodidades de la vida que ella le proporcionaba. Sin ella, como ella misma le había recordado, su vida de lujo desaparecería.

Perdonaría los errores de John. Tenía que hacerlo. Cualquier alternativa significaba enfrentarse a sus mayores desafíos completamente sola.

Sabiendo lo que le esperaba, ese no era el futuro que quería para sí misma.

Su futuro sería difícil. Su pasado, específicamente la enfermedad de su madre, le había mostrado lo que necesitaba para superarlo. Lamentablemente, era su marido.

Las lágrimas de Catherine ya se habían secado cuando metió el cassoulet que no habían comido y las verduras picadas en la nevera y cogió su diario. Sentada en su despacho, llenó una página entera describiendo el incidente con John, incluido el momento en que rompió la copa de vino. Terminó la entrada del diario documentando su decisión, no fuera que se olvidara.

Pasarás por alto las indiscreciones y esperarás a que pasen. Es por tu propio bien.

Luego intentó fregar las manchas de vino tinto de las paredes blancas.

CAPÍTULO 13

Presente - Deja

Tras conocer el nombre de la víctima del asesinato, Deja pasó horas en las redes sociales analizando las publicaciones y los vídeos de Phoebe Watson. Deja estaba rozando lo obsesivo en su afán por saberlo todo sobre la antigua entrenadora personal. No había conocido a Phoebe, aunque por la mañana sentía como si lo fuera. Phoebe era tan enérgica y estaba tan llena de vida... Deja apenas podía creer que Phoebe ya no estuviera porque alguien la había asesinado.

¿Sabría Catherine algo sobre la muerte de Phoebe?

De camino a Atrium Gardens, Deja pasó por delante de Fitness World, el gimnasio donde Phoebe impartía clases. En el trabajo, Deja caminaba despacio por el pasillo, con los ojos pegados al móvil. No dejaban de aparecer artículos sobre la desaparición de Phoebe. Contenían la misma información de siempre, reempaquetada con una frase o dos nuevas. La policía aún no había detenido a nadie por el asesinato. Si había sospechosos, los artículos no los mencionaban.

Deja no estaba segura de qué decirle a Catherine, pero tenía que decírselo.

—Siento decirte que tengo noticias inquietantes —comenzó Deja, mientras ayudaba a Catherine a incorporarse en la cama— Tu entrenadora personal, Phoebe, era la persona que la policía encontró en el bosque hace unas semanas. Así que, cuando dijiste su nombre, tenías razón. Es solo que... ¿cómo supiste que era Phoebe la que salía en el telediario?

Deja no esperaba una respuesta, pero ante la pregunta, el cuerpo de Catherine se puso rígido.

—¿Tienes información que pueda conducir al asesino de Phoebe? ¿Es por eso por lo que te pusiste tan mal al ver el telediario? —preguntó Deja.

Catherine permaneció en silencio.

Deja quería llamar a la policía, pero si no conseguían respuestas de Catherine, ¿interrogarían después a su familia? Deja miró el retrato que colgaba sobre la cama y se estremeció. A la familia de Catherine no le haría ninguna gracia verse involucrada en una investigación de homicidio. A Taylor especialmente. A pesar de ser una mujer adulta, desprendía las vibraciones de chica rica y mala más fuertes que Deja había experimentado jamás. Por no mencionar que ninguno de los familiares de Catherine parecía especialmente preocupado por Phoebe cuando surgió su nombre en la fiesta de cumpleaños de Catherine.

Deja imaginó a la policía presentándose en la mansión de Catherine y llamando a aquellas gigantescas puertas de cristal. Dirían: —Deja Torres cree que Catherine sabe algo sobre el asesinato de Phoebe Watson. Estamos aquí para entrevistarla—. Eso podría ser un problema debido al acuerdo de confidencialidad que Deja había firmado. Lo que ocurriera entre cliente y cuidadora era confidencial. Si Deja llamaba a la policía, podría constituir un incumplimiento grave de su contrato. ¿O no? Una situación como un asesinato podría invalidar el contrato que había firmado. Aunque probablemente no. Lo más seguro era que ese fuera exactamente el tipo de motivo por el que la agencia le exigía firmar uno.

Tendría que buscar los papeles y leer detenidamente cada frase del contrato, a diferencia de cuando firmó los documentos. Había páginas y páginas de jerga legal que le recordaban a las interminables condiciones de servicio de su iPhone. ¿Leía alguien realmente esas cosas? Ella apenas les había echado un vistazo por encima.

Deja no quería perder su trabajo. Le gustaba cuidar de Catherine. En poco tiempo, se había encariñado con su clienta. Catherine estaba tan desvalida y, a pesar de tener familia, parecía estar sola en el mundo.

Cuanto más debatía Deja la situación —si debía decir algo o guardar silencio—, más confundida se sentía. No podía quitarse la sensación de que Catherine quería ayudar. Por eso se las había arreglado para hablar en el momento justo. Pero Catherine no podía ayudar sin la ayuda de Deja.

Tras vestir a Catherine, Deja tomó una decisión. Si la policía no encontraba al asesino al final del día, se pondría en contacto con ellos. Era su deber cívico. Hasta entonces, guardaría silencio e intentaría quitárselo de la cabeza.

Catherine no comió nada de su sándwich de ensalada de huevo en el almuerzo. Deja le pidió a Milton, uno de los trabajadores de la cocina, otra cosa. Él trajo sopa minestrone. Catherine tampoco quiso la sopa.

De vuelta en la habitación de Catherine, Deja dijo: —No sé tú, pero a mí no me gustan los huevos. Nunca me han gustado. Nunca me gustarán. Es por el olor y la textura. ¿Tú sientes lo mismo?

Catherine no respondió.

—Ojalá conociera tus comidas favoritas para poder pedirlas por ti.

El personal de cocina de Atrium Gardens preparaba diversas comidas. La mayoría consistía en carne con alguna verdura verde, amarilla o naranja, y puré de patatas o arroz. Intencionadamente suave y blando. Todo el mundo tenía sus gustos y aversiones. Algunos eran más tiquismiquis que otros. ¿No sería terrible que, día tras día, alguien te ofreciera comidas que no te gustan?

—Yo prefiero comer cosas frías —le dijo Deja a Catherine—. Ensaladas con cuscús y verduras, y especias sabrosas. Mi abuela tiene unas recetas increíbles. Prepara una mezcla excelente de cereales con zanahorias y pasas. No estoy segura de qué especias lleva. En realidad hay algo parecido en Trader Joes. Me encanta la textura.

Puede que Deja se lo imaginara, pero Catherine movió la cabeza de tal forma y en el momento justo que realmente pareció un asentimiento.

—Preguntaré si el chef puede preparar algo parecido para ti, y me aseguraré de que no te den más ensalada de huevo —dijo Deja.

Le puso una rebeca sobre los hombros a Catherine y dijo: —¿Te apetece echarte una siesta? O podríamos...

La voz de un hombre la interrumpió: —Buenos días.

Cogida por sorpresa, Deja soltó un jadeo y levantó la cabeza de golpe.

Will estaba en el umbral de la puerta con una amplia sonrisa. —Hola. Supongo que ya no es por la mañana, ¿verdad? Siento haberte asustado. Te dije que vendría, ¿no?

Lo había hecho. Ayer, justo antes de que Deja y Catherine se marcharan de la fiesta. Con Phoebe Watson consumiendo los pensamientos de Deja, se había olvidado de que Will vendría.

Will entró en la habitación de Catherine cargado con varias cosas: un ramo de flores y el iPad que le había regalado por su cumpleaños. Sonrió a su madre y dijo: —He pasado a despedirme antes de volver a la universidad —. Su sonrisa no cambió cuando se volvió hacia Deja.

Inconscientemente, ella se colocó el pelo largo detrás de la oreja y se alejó de Catherine para dejar que Will tuviera más espacio. —¿Quieres que os deje a solas? —le preguntó.

—No. Puedes quedarte. Pero gracias por el ofrecimiento —. Will dejó el ramo sobre una mesa y miró alrededor de la habitación—. En realidad, ¿puedes buscar un jarrón para estas flores?

—Claro —dijo ella.

—Luego vuelve. Quiero enseñarte algunas cosas del iPad. Voy a llamarla por aquí cuando esté en el extranjero.

Era cierto. Se iba a Europa en cuanto terminara los exámenes.

La mera mención de ir al extranjero empañó el humor de Deja. Había perdido a su madre para siempre debido a aquel viaje a Londres. A Deja le resultaba difícil pensar en Europa sin sentir amargura.

Deja buscó un jarrón y regresó a la habitación 104. Mientras lo llenaba de agua, escuchó a Will hablando en voz baja con su madre. Deja no alcanzaba a descifrar sus palabras, solo su tono suave. No queriendo interrumpirlos, se mantuvo apartada, tomándose su tiempo para colocar las flores.

—¿Lista para un tutorial rápido? —preguntó Will.

Deja asintió con la cabeza.

—Los nuevos audiolibros están aquí. Déjame enseñarte dónde encontrarlos —dijo Will—. A ella le gustaba quedarse dormida leyendo.

Deja bajó la mirada hacia el audiolibro que él había elegido. Thrillers legales. Dos tenían la palabra «muerte» en el título. Aunque Deja habría elegido algo más animado para Catherine, Will debía de conocer los gustos de su madre en cuanto a libros.

Le dio a Deja un breve repaso de las funciones del iPad y luego se centró en su madre. —Me quedan dos días de exámenes y después me voy a los Países Bajos. Llamaré todos los días, si es posible, y te enseñaré los paisajes. Espero que eso te sirva de aliciente —. Miró a Deja—. Intentaré llamar a la misma hora todos los días. Mi objetivo serán las tres de la tarde de aquí. ¿Puedes intentar que mi madre esté disponible a esa hora y ponerle el iPad en el regazo para que pueda verlo?

—Sí. No hay problema. Le encantará —dijo Deja.

—Vale. Siento tener que irme corriendo, mamá. Tengo que volver a Durham —. Le dio un beso en la mejilla, se enderezó y luego pareció cambiar de opinión. Se inclinó de nuevo para abrazarla y susurrarle algo al oído.

Deja miró hacia otro lado. No quería entrometerse en aquel momento tan dulce e íntimo.

—Tengo que irme —dijo Will a Deja—. He pegado mi número de teléfono en la parte trasera del iPad. Estaremos en contacto pronto —. Sostuvo su mirada, pero ya estaba retrocediendo hacia la puerta—. Llámame si tienes problemas para entender lo de los audiolibros o para cualquier otra cosa.

Deja ya tenía otra cosa. Quería preguntarle a Will sobre Phoebe Watson. Tenía las preguntas en la punta de la lengua. ¿Debía llamar a la policía? ¿Creía Will que su madre podría saber algo?

Will tenía mucha prisa.

—Buen viaje —dijo Deja en su lugar.

Él movió la mano a modo de despedida y, acto seguido, salió por la puerta y se fue.

En casa, Deja volvió a comprobar si había novedades en la investigación del asesinato. La policía aún no había nombrado a ningún sospechoso. Mientras su familia se reunía en la cocina para compartir la cena, Deja se imaginó por lo que estaría pasando la familia de Phoebe en ese momento. El dolor y el horror. Alguien le había arrebatado la vida a Phoebe mucho antes de tiempo. Su muerte era increíblemente injusta, igual que lo que le ocurrió a la madre de Deja. Quizá en este caso, gracias a Catherine, el culpable no se saldría con la suya. Pero solo si Deja hacía algo para ayudar a que eso ocurriera.

Aún confundida por la situación, Deja no pudo aguantar más. —¿Sabéis lo de Phoebe Watson? —preguntó por fin una vez que hubo ayudado a su padre a poner la comida en la mesa y se hubieron sentado todos.

—¿Es la chica joven que encontraron en el bosque? —preguntó la abuela, levantando la tapa de la fuente del guiso.

—Sí —dijo Deja. Dio varios tragos de agua y luego se lo contó todo a su familia.

Todos se quedaron en silencio un momento, reflexionando. Entonces la abuela dijo: —Parece que Catherine ha tenido un momento de lucidez y ha intentado comunicarse contigo. Tienes que llamar a la policía, cariño. Cuanto antes, mejor.

—¿Debería hablar primero con su familia? ¿O con la agencia? Por lo del acuerdo de confidencialidad.

—No —dijo su padre—. Deja que la policía se encargue de eso. Tú limítate a decirles lo que nos has dicho a nosotros. Eso es todo lo que tienes que hacer. Ellos se encargarán del resto. Los acuerdos de confidencialidad no existen para proteger a asesinos.

La abuela inclinó la cabeza y frunció el ceño mirando a su hijo.

—Catherine no ha matado a nadie, papá —le dijo Deja.

Su padre frunció el entrecejo. —Entonces puede que sepa quién lo hizo.

Deja se tomó un momento para organizar sus pensamientos, tamborileando ligeramente con los dedos en el borde de la mesa. —He pensado que quizá Phoebe le contó algo. Quizá Phoebe le confesó que tenía miedo de alguien o que pensaba que podría estar en peligro. El problema es que Catherine no puede responder a preguntas, así que aunque sepa algo, informar de esto podría ser una pérdida de tiempo para todo el mundo.

—Puede que encuentre la forma de volver a comunicarse —dijo la abuela —. No le falles. Tienes que llamar a la policía en su nombre.

—De acuerdo —asintió Deja—. ¿A quién llamo?

—Al novecientos once —respondió su padre. Bajó la mirada hacia el móvil de ella, que descansaba junto a su plato. Se refería a que lo hiciera ya.

Deja cogió el teléfono y marcó el número.

La llamada conectó y una operadora respondió: —Ha llamado al novecientos once. ¿Cuál es su emergencia?

—Hola. Esto... —Deja tropezó con las palabras. Levantó la vista y se encontró con los ojos de su padre. Él asintió dándole ánimos, instando a Deja a seguir adelante.

—¿Podría hablar con alguien encargado de la investigación del asesinato de Phoebe Watson? Tengo información. Puede que sea importante.

CAPÍTULO 14

Hace un año - Catherine

Emocionalmente agotada, Catherine dejó una copa de vino limpia en la mesilla de noche y entró en el cuarto de baño. Quería lavarse la cara, aplicarse cada capa de sus sérums, cremas y lociones nocturnas, meterse bajo las sábanas y quedarse dormida. Sin embargo, sabía que no debía irse a la cama antes de hacer las paces con John.

En su lugar, Catherine se cepilló los dientes, se retocó el maquillaje y se puso un camisón de seda negro, un regalo de Navidad de John. Se veía fantástico, aunque no resultaba nada cómodo. El tejido se le amontonaba bajo el cuerpo cuando dormía.

Tras quitar todos los cojines decorativos de la cama y dejarlos en el diván, se sentó sobre el edredón y se recostó contra las almohadas de tamaño king. Dos novelas de suspense jurídico, éxitos de ventas, descansaban en su mesilla de noche bajo su diario y su agenda. Últimamente, intentaba leer tan a menudo como podía, y no solo las últimas investigaciones sobre el alzhéimer. Si sus tratamientos fallaban, el acto de leer pronto podría convertirse en una tarea fútil, a menos que fuera capaz de terminarse un libro entero de una sola sentada.

Deslizó la primera novela de la pila. Con sus largas piernas desnudas estiradas sobre la cama, leyó, dio sorbos a su vino y esperó. Terminó cinco capítulos antes de que John llegara a casa.

Él le soltó un seco —hola— antes de entrar en el baño y cerrar la puerta tras de sí. Se oyó la cisterna. Corrió el agua en el lavabo. Luego la ducha, que parecía innecesaria porque se había duchado unas horas antes al volver

de jugar al golf. Estaba alargando el tiempo en el baño para evitar enfrentarse a ella.

Catherine leyó otras diez páginas antes de que John saliera vestido con unos bóxers y una camiseta. Con las luces del techo aún encendidas, apartó las mantas de su lado de la cama y se deslizó bajo las sábanas, de espaldas a ella.

Ella dejó el libro a un lado y apagó las luces. Se acercó a su marido y le puso la mano en el hombro, limitándose a escuchar el sonido de su respiración. Cuando él no respondió, ella le acarició el cuerpo con un toque lento y suave. Finalmente, él se dio la vuelta para mirarla.

Con la cadera rozando la suya, le miró profundamente a los ojos y dijo:

—Siento lo de antes.

John suspiró.

—No tienes por qué disculparte. Debería haber sido más sensible. Lo de Phoebe no parecía para tanto y me molestó la acusación implícita. Pero tenías razón. No debí hacerlo. No quiero que Phoebe piense que soy un viejo verde.

A sus cuarenta y cinco años, John era guapo y estaba en buena forma. No tenía nada de viejo verde. Phoebe mencionó una vez que tanto Catherine como John estaban en excelente forma, aunque Catherine no pensaba compartir esa información con él.

—Y lo más importante, no tienes de qué preocuparte —dijo él, mientras sus dedos acariciaban el hueco entre las costillas y la cadera de ella.

Sabía que John se refería a su lealtad. Por mucho que quisiera creerle, sus palabras no eran más que eso. Palabras. No sería el primer marido que profesara su inocencia con mentiras.

—He estado pensando en cambiar de entrenador —dijo Catherine.

La mano de él se había desplazado a su muslo, y ella se ablandó voluntariamente ante su toque.

—Llevas entrenando con Phoebe más de un año, ¿no? Pensaba que te caía muy bien.

—Me cae bien. No obstante, es importante cambiar las rutinas. No podemos seguir haciendo lo mismo y esperar resultados diferentes. —Y aunque aquello tenía sentido, no se aplicaba a Catherine. Sus resultados eran excelentes. Sus motivos para el cambio no tenían nada que ver con el rendimiento físico. Ya no quería tentar a la suerte trayendo a una mujer

joven y hermosa a su casa varias veces por semana. Para su próximo entrenador, elegiría a un hombre.

—Lo que estás haciendo funciona de maravilla —susurró John. Le acarició la piel trazando pequeños círculos, deteniéndose un segundo solo para darle un suave cachet.

Sonaba tan sincero que le recordó por qué se había enamorado perdidamente de él. John podía ser muy encantador. Podía hacerla sentir como la mujer más bella e inteligente del mundo. Además, tenía razón. Estaba tonificada y firme por cada rincón de su cuerpo.

A diferencia de mi mente, que se está deteriorando mucho antes de tiempo.

Ese pensamiento negativo estuvo a punto de sacarla del momento, y no podía permitir que eso sucediera. Necesitaba perderse con John, bloquear todo lo demás excepto el reconectar con él. Concentrándose en la sensación de su cuerpo masculino contra el suyo, se dejó sucumbir a sus manos tocándola en todos los lugares adecuados. Pronto, no pudo pensar en nada más que en sus cuerpos moviéndose al unísono, despertando un calor creciente en su interior.

Después de hacer el amor, John la retuvo entre sus brazos y la besó con ternura. Ella se acurrucó en su cuello y se apretó contra él. Para cuando él se dio la vuelta sobre su costado, ella se sentía más relajada de lo que esperaba, teniendo en cuenta sus interacciones a primera hora de la noche.

Sonriendo, se levantó de la cama, cogió un camisón suave de su cómoda y entró en el baño. Se aseó y abrió el cesto de la ropa sucia. Antes de dejar caer su camisón sobre la ropa sucia de John, sacó la camisa de él, se la llevó a la nariz e inhaló su aroma. Pero no fue lo único que olió. Otro olor se había mezclado con la colonia que siempre usaba. Una ligera fragancia floral. Perfume.

Y Catherine no usaba perfume.

Le sobrevino una oleada de náuseas. Cada músculo relajado se tensó. Pero en lugar de regodearse en el dolor o dejar que la ira tomara el control, respiró hondo. Se recordó a sí misma que John no podía permitirse dejarla. El lío pasaría. Catherine necesitaba perdonarle ahora. Nada de más discusiones.

Mantendría su dignidad mientras miraba hacia otro lado. Muchas mujeres lo habían hecho desde el principio de los tiempos. Jackie Onassis Kennedy, por ejemplo, ante los ojos de todo el mundo. No era el estilo de Catherine,

pero era lo que más le convenía, aunque hacerlo supondría un desafío. No podía evitar pensar en el aroma de otra mujer en la ropa de su marido. No podía evitar preguntarse quién sería la otra.

Un pequeño detalle le proporcionó algo de consuelo. Phoebe no usaba perfume. Al menos no durante sus sesiones de entrenamiento.

Catherine regresó al dormitorio, donde John roncaba con resoplidos rítmicos. Cogió su diario, se lo llevó a su despacho y escribió lo que había descubierto.

CAPÍTULO 15

Presente - Victoria

En el aparcamiento de la residencia de vida asistida Atrium Gardens, Victoria, sentada en su todoterreno. terminaba los últimos sorbos de su café con leche. Con la ventanilla bajada, disfrutaba del aire fresco, consciente de que las temperaturas frescas pronto se volverían cálidas y bochornosas, y que permanecerían así durante casi todo el día.

Una pista de Deja Torres había pasado de la policía al FBI y acabó llegando a manos de Victoria. Ella cotejó el nombre de Catherine Bower con el de Dan Sullivan, buscando conexiones entre ambos. No había encontrado ninguna. Ni familiares ni amigos. Ni aficiones comunes ni proximidad geográfica. Catherine Bower y Dan Sullivan se habían movido en círculos sociales completamente diferentes. Por eso era muy probable que esta pista, al igual que tantas otras que habían surgido tras el programa sobre la desaparición de Phoebe, no llevara a ninguna parte. Sin embargo, quizás porque resultaba muy inusual y nada en la investigación había resultado significativo hasta el momento, Victoria había decidido seguir el hilo personalmente.

El año pasado, un detective llamado Brady había interrogado a los clientes de entrenamiento personal de Phoebe, incluida Catherine. Brady no había obtenido ninguna información relevante. Quizás las circunstancias hubieran cambiado desde entonces.

Victoria había recopilado su propia información sobre Catherine Bower. A sus cincuenta años, era la única heredera de la fortuna Smartbox. El padre de Catherine había fundado la empresa; fue su director ejecutivo y

presidente del consejo de administración durante más de treinta años. La vendió en una operación de ocho cifras poco antes de morir. Catherine había seguido formando parte del consejo hasta hacía poco. Había estudiado en la Universidad de Vanderbilt, donde cursó artes escénicas, concretamente piano clásico. También tenía un máster en administración de empresas por Northwestern. Todo en su trayectoria apuntaba a una mujer consumada y extremadamente privilegiada. Aunque no exenta de penalidades.

El primer marido de Catherine, Charles Montgomery, había muerto en un accidente náutico. Salió con su barco y nunca regresó. Además, las mujeres de cincuenta años no vivían en residencias de vida asistida por elección propia, así que algo inusual tenía que haberle ocurrido. Quizás un derrame cerebral.

Victoria salió del coche, tiró el vaso de cartón vacío en un contenedor de reciclaje cercano y entró en el centro. No era su primera visita a Atrium Gardens. Algunos amigos de sus abuelos habían vivido allí. Probablemente algunos aún lo hacían. Se registró en la recepción. La recepcionista le indicó cómo llegar a la habitación 104. Cuando Victoria llegó, la puerta estaba entornada. Llamó.

—¿Hola? —respondió una voz amortiguada.

—Hola. Soy Victoria Heslin, del FBI —dijo ella desde el pasillo—. Busco a Deja Torres.

—¿El FBI? Oh. Perdón —respondió la voz lejana—. ¿Puede esperar un minuto? Salgo enseguida. Soy Deja. Solo necesito unos minutos.

Victoria asomó la vista por la abertura de la puerta. No vio a nadie en la habitación.

—Puede entrar —dijo Deja—. Salimos enseguida.

Mientras Victoria entraba, una puerta interior a su izquierda se cerró con un clic seco.

A solas, inspeccionó el espacio abierto. Una sala de estar con mobiliario moderno a un lado y una cama de hospital al otro. Un retrato familiar colgado sobre la cama captó de inmediato su atención. La figura central, una mujer, se la veía satisfecha y al mando, como una reina soberana. La fotografía captaba a la perfección a la hermosa familia y el momento. Sin embargo, el marco que rodeaba el retrato le llamó la atención.

Se oyó el sonido de una cisterna tras la otra puerta.

Victoria se acercó al retrato. Se inclinó hacia delante para verlo mejor y estudió el marco. El sol que entraba por la ventana destelló en una

minúscula mota en la superficie del marco. Rozó con el dedo el panel de madera superior.

Cuando la puerta del baño se abrió con un clic, Victoria se apartó del marco.

Salió una joven empujando a una mujer de mediana edad en silla de ruedas.

—Soy Deja —dijo la mujer joven, con voz baja y expresión seria—. ¿Viene del FBI? ¿Es por lo de...?

—Usted llamó a una línea de información. Su llamada me llegó a mí —dijo Victoria.

—Ah. Entiendo. Gracias por venir. Esta es Catherine. —Deja puso la mano de forma protectora sobre el hombro de la mujer—. Siento haberla hecho esperar. Es un mal momento. Catherine no se encuentra bien. Ha estado enferma todo el día. Quizás algo que comió. La enfermera cree que es una intoxicación alimentaria, pero nadie más aquí parece tenerla. Puede que tengamos que volver corriendo al baño.

Deja había sido la única que había hablado hasta ahora. Catherine aún no había dicho ni una palabra y parecía mirar a través de Victoria. La piel lisa de su rostro carecía de expresión alguna, como si cada músculo hubiera recibido su dosis de bótox. Obviamente era la mujer del centro del retrato que colgaba sobre la cama. Excepto que su rostro ya no estaba bronceado y radiante. Su piel tenía ahora un tono ceniciento que casi combinaba con su rebeca gris suave. Una manta cubría su cuerpo, cayendo desde la cintura hasta los tobillos.

Victoria se dirigió a Catherine y dijo:

—He leído la información que Deja dio a la policía. ¿Fue usted quien identificó a Phoebe?

—Lo hizo ella —respondió Deja—. El caso es que Catherine casi se ahoga y ahora no puede hablar bien porque sufrió una lesión cerebral. Pero sé que lo intentaba cuando dijo el nombre de Phoebe. Estoy segura. Mire, encontré el programa de noticias exacto que estaba viendo. Lo grabé en el móvil. Tenga. Puede verlo. —Deja buscó en su teléfono, encontró el vídeo y le entregó el dispositivo a Victoria.

El vídeo mostraba imágenes del bosque desde distintos ángulos, la escena del crimen acordonada con cinta amarilla y furgonetas de noticias en el exterior. No había mucho en las imágenes que diferenciara esa zona

boscosa de cualquier otra, hasta que el reportero anunció que el lugar era Madison Creek Woods.

—Catherine vio eso y dijo: *Phoebe Watson*. Incluso anoté el nombre en el cuaderno que llevo cada día. Catherine era una de las clientas de entrenamiento de Phoebe. —Deja gesticulaba con las manos mientras explicaba—. Creo que quería que la gente adecuada lo supiera para poder ayudar de alguna manera.

Catherine seguía sin hablar y no daba señales de estar siguiendo la conversación.

—¿Cómo supo que el cuerpo descubierto en ese bosque era el de Phoebe Watson? —le preguntó Victoria.

Catherine cerró los ojos. Un fuerte gorgoteo provino de su estómago o intestinos. Su mandíbula se movió ligeramente, apretando los dientes. La comisura de su ojo tuvo un tic. En una persona sana, esos pequeños gestos serían signos significativos de estrés. Con el estado de salud de Catherine y su posible intoxicación, Victoria no podía estar segura de qué significaban.

—¿Cuánto tiempo hace que cuida de ella? —preguntó Victoria a Deja.

—Es solo mi segunda semana.

No era tiempo suficiente para saber mucho sobre la vida de Catherine en el momento de la desaparición de Phoebe. Si Catherine no podía comunicarse, Victoria tendría que hablar con su familia.

Catherine gimió. Su piel tenía un aspecto enfermizamente pálido.

—¿Quién visita a Catherine con regularidad? —preguntó Victoria, con la intención de hablar con las personas que mejor la conocieran.

Deja bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Eh, bueno, no ha tenido muchas visitas desde que empecé a trabajar aquí. Solo su hijo, que acaba de irse a Europa, y un hombre llamado George Martin. Vino después de mi turno.

Victoria tomó nota mental de averiguar si George Martin era el mismo George al que la policía interrogó hace un año, el hombre con el que Phoebe había hablado en el gimnasio antes de su misteriosa desaparición.

Otro gorgoteo.

—Lo siento, volvemos enseguida —dijo Deja, encaminando a Catherine y la silla de ruedas hacia el baño.

—No se preocupe —dijo Victoria—. Tengo que irme. Estaremos en contacto.

Antes de salir, se detuvo en el mostrador de registro y pidió información sobre quién visitaba a Catherine, por si había otras visitas de las que Deja no fuera consciente. La mujer que trabajaba en recepción le denegó cortésmente la información por ser de carácter privado.

Mientras Victoria abandonaba el centro, llamó al agente Rivera y repasó lo que Deja le había contado.

—¿Crees que es algo más que una coincidencia que la señora Bower dijera el nombre de Phoebe? —preguntó Rivera—. Quizás Phoebe era la única persona desaparecida que la señora Bower conocía, y eso fue lo que provocó su reacción.

—Puede ser, pero no voy a dejarlo correr hasta que averigüe más.

—De acuerdo. Manténme informado. Dime en qué puedo ayudar —dijo él.

—Lo haré. Pero primero tengo que obtener respuesta a algunas preguntas.

Para empezar, ¿quién más sabía que había una cámara oculta en el marco del retrato familiar de Catherine?

CAPÍTULO 16

Hace un año - Catherine

El calor recorría el cuerpo de Catherine. El sudor le perlaba la frente, el escote y la parte posterior de las rodillas. Los sofocos la hacían sentir como si hubiera despertado en una sauna. Por instinto, alargó la mano buscando a John. Solo palpó el revoltijo de mantas que había acabado empujando hacia el lado de la cama de su marido. No le había oído levantarse.

El descubrimiento de ayer la golpeó entonces, trayendo consigo un malestar más potente que el sofoco. John la estaba engañando. No era una posibilidad. Era una certeza.

Se hizo un ovillo y se cubrió los hombros solo con la sábana de arriba. Por el lado positivo, recordaba perfectamente haber olido perfume en la camisa de su marido, lo que significaba que su memoria a corto plazo funcionaba de maravilla.

Aún en la cama, cogió su agenda de la mesilla de noche y repasó sus planes para el día.

7 - natación

10 - masaje de tejido profundo en Scenic SpaAbandonando su tarea y su té helado, caminó hasta la cocina y se sirvió una copa de vino de una botella que ya estaba abierta

12 - consulta en Healing Acupuncture

Automatizar pagos online y revisar el informe financiero de SmartBox.

Confirmar presentación de Duke para el jueves.

John - viaje de golf en Kiawah hasta el domingo.

Así que por eso se había levantado tan temprano. Debía de tener hora para el primer hoyo esa misma tarde. Con la intención de despedirse antes de que se marchara, fue un momento al baño y luego fue a buscarlo. La cocina estaba vacía. Su despacho también. Asomó la cabeza al garaje. Su todoterreno no estaba.

Cuando pulsó su nombre en el teléfono, él respondió al primer tono.

—Buenos días, cielo. Justo estaba pensando en ti. No he querido despertarte antes de irme.

—Mmm —dijo ella, fingiendo una paz que no sentía—. Deberías haberlo hecho.

—Espero que te hayas acordado de mi viaje. Pensaba hablarlo contigo ayer, ya sabes, antes de que las cosas se nos fueran un poco de las manos.

—Lo he visto en el calendario —dijo ella—. Así que, ¿ya estás de camino?

—Sí, jugamos a las dos. Me ha costado salir de la cama. Lo de anoche fue fantástico. Repitamos en cuanto vuelva, ¿vale?

—Algo que esperar con ganas —respondió ella, intentando sonar convincente. El sexo de reconciliación había sido estupendo. Pero que sus sospechas se confirmaran justo después había arruinado cualquier gratificación residual. Apretó la mandíbula en una mueca mientras volvía a preguntarse si él se habría acostado con su amante ayer y si aquello habría sido igual de agradable, no tan bueno o mejor. El lado colérico de Catherine quería plantearle la pregunta y exigir una respuesta. Su lado racional prevaleció, diciéndole que no entrara ahí.

Furiosa por su situación, Catherine siguió su rutina matutina de natación, ducha y un desayuno saludable —tostadas de aguacate y un batido verde— antes de dirigirse a su primera cita.

Cuando regresó a casa por la tarde, el equipo de limpieza salía de la casa de la piscina con su carrito de aspiradoras, plumeros y productos de limpieza. En el momento justo. Siempre limpiaban la casa principal primero, así que ya se marchaban.

Con un vaso de té helado, Catherine entró en su despacho e inició sesión en su cuenta bancaria online. Un asesor financiero gestionaba sus inversiones y se encargaba de otros asuntos económicos, pero desde la muerte de su primer marido, ella se había ocupado de las facturas. Automatizarlas ayudaría, aunque tarde o temprano John tendría que tomar el relevo. Aún no habían llegado a ese punto.

Entró en el portal bancario y se quedó mirando sus cuentas. Frunció el ceño y parpadeó, luego volvió a mirar la pantalla. La cuenta que había etiquetado como *Desembolsos* se emborronaba con la que había llamado *John* y la de más abajo, etiquetada como *Taylor*. La pantalla era ilegible.

Catherine se acercó más y entornó los ojos ante el portátil, esperando a que su visión se corrigiera. Se frotó los ojos, aunque sabía que el problema estaba en su cerebro, no en sus globos oculares. Un síntoma de su enfermedad. La borrosidad no hizo más que empeorar. Se desplomó en la silla y cerró los ojos. Esto no iba a funcionar. Hoy no.

Dejando la tarea y el té helado a un lado, fue a la cocina y se sirvió una copa de vino de una botella ya abierta. Salió con ella al patio. Con las piernas estiradas en una tumbona, bebió su vino con vistas a la piscina y reflexionó sobre su vida hasta que se quedó traspuesta.

Sola en la cama y con la visión ya recuperada, Catherine leyó hasta que le escocieron los ojos antes de dejar el libro a un lado. Debido a la siesta de tres horas de antes, no lograba conciliar el sueño.

La noche cerrada se convirtió en madrugada. Su mente se negaba obstinadamente a desconectar y recargar pilas. Inspiró contando hasta cuatro, contuvo la respiración y exhaló lentamente otros cuatro segundos. Repitió el ejercicio varias veces. No funcionó.

Aceptando la derrota por el momento, salió de la cama y se echó una manta de punto sobre los hombros. Entró en la despensa del servicio y seleccionó un Barbaresco, uno de sus vinos italianos favoritos. Llevando la botella en una mano y una copa en la otra, salió al patio trasero y se sentó en la misma tumbona donde había dormido durante el día.

Las luces de la piscina iluminaban el agua con tonos relajantes de lavanda, azul y gris. Pensó en desnudarse y nadar unos largos en ropa interior. El agua templada calmaría su mente, y el esfuerzo físico quizá fuera lo que necesitaba para dormir. Pero no tenía motivación suficiente para quitarse el camisón y mojarse.

Se apretó la manta, cubriéndose los pies del aire fresco de la noche, y se quedó mirando las estrellas que salpicaban el cielo. Se preguntó qué estaría haciendo John.

Cuando terminó la botella de vino, entró a por otra. El corcho se resistía. Tiró con más fuerza. Su mano salió disparada hacia atrás cuando el tapón cedió con un chasquido húmedo, y sus nudillos la golpearon en la nariz.

—Maldita sea —masculló, haciendo una mueca por el dolor que le hizo llorar los ojos.

Ignorando la copa, bebió directamente de la Botella, a grandes tragos, como si estuviera de nuevo en el instituto bebiendo en el bosque con la única intención de pillar una borrachera de las de caerse al suelo. Se llevó la botella afuera y dejó que sus frustraciones tomaran el control mientras deambulaba bebiendo.

La iluminación del jardín proyectaba un resplandor sobre los parterres meticulosamente cuidados. Al apartarse del camino de piedra, las sombras oscuras ocultaron su entorno. El suelo bajo sus pies descalzos se sentía frío y húmedo. La tierra blanda se deslizaba entre sus dedos. Un choque repentino con un obstáculo invisible le envió una punzada de dolor por el pie. Gritó, soltando una mezcla de llanto que se transformó en risa. Se tambaleó sin rumbo. Entre su deambular y más tragos, las lágrimas rodaban por sus mejillas, sin saber muy bien por qué.

No lograba recordar el momento exacto en que perdió el conocimiento, sufriendo un apagón temporal. Lo único que sabía era que se encontró tendida en el suelo. Reuniendo fuerzas, luchó por levantarse y entró dando tumbos en la casa de la piscina.

Catherine se desplomó sobre una cama en uno de los dormitorios de invitados y volvió a quedarse frita. Unos ruidos inquietantes interrumpieron su estupor, arrancando su conciencia de las profundidades.

Una figura sombría se cernía sobre ella. La voz suave del intruso se abrió paso a través de la niebla.

—¿Qué haces aquí?

Catherine balbuceó de forma incoherente, perdida en los dominios de su extraño sueño.

—No podía dormir...

—No pasa nada. Tengo que dejarte ahora —susurró el desconocido, permitiendo que ella se sumergiera de nuevo en un sueño agitado.

CAPÍTULO 17

Presente - Victoria

El segundo marido de Catherine, John Murdock, vivía en una casa que Catherine poseía antes de que se casaran. Abrió la puerta vestido con pantalones de pinzas, un polo de golf y un chaleco. Estaba en la mitad de la cuarentena y parecía gozar de buena salud, quizá en la flor de la vida.

Victoria mostró su identificación y dijo:

—Estoy aquí por Phoebe Watson.

—Ah. He oído que la han encontrado. Lo que pasó es terrible. Todavía no saben quién la mató, ¿verdad? —preguntó John.

—Así es.

—No sé cómo puedo ayudar. Era la entrenadora de mi mujer, y eso es casi todo lo que sé.

—Me gustaría entrar y hacerle algunas preguntas. Tal vez algo que usted recuerde pueda ayudarme a orientarme en la dirección correcta —dijo Victoria.

—Parece una pérdida de tiempo para ambos —dijo John—, pero pase. —Abrió más la puerta y se hizo a un lado, luego la guio a través de la casa hasta una despensa de servicio con botelleros de vino y vitrinas de cristal. Sacó una botella de agua Fiji de una nevera de bebidas—. ¿Le apetece una? —preguntó.

—Claro. Gracias —dijo Victoria, aceptando la botella que él le tendía. John le recordaba a un encantador anfitrión sureño que no parecía tener ninguna prisa—. ¿A qué se dedica usted? —preguntó ella.

Él ladeó la cabeza y sonrió con suficiencia.

—No todo el mundo tiene que trabajar para ganarse la vida, Ms. Heslin.

Victoria entendía bien el concepto. Gracias a su abuelo, ella encajaba en ese pequeño grupo de personas afortunadas. Sin embargo, ahí estaba ella, intentando averiguar por qué la mujer de John, que no podía comunicarse debido a un accidente —el cual era sospechoso de por sí—, podría tener información privilegiada sobre la misteriosa muerte de su entrenadora personal.

Al parecer, John no sabía nada de Victoria. Eso era algo bueno. Menos distracciones. La atención se centraría en la investigación actual. Una búsqueda rápida en Google cambiaría eso. Se enteraría de la prematura muerte de su madre, consecuencia directa de la riqueza de su familia. Vería numerosos artículos que describían la participación crítica de Victoria en varios casos criminales de alto perfil, desde asesinatos hasta secuestros, e innumerables clips de noticias que catalogaban a Victoria como una superviviente del vuelo 745.

Desenroscó el tapón de su botella de agua y dio un sorbo mientras lo seguía hasta una cocina inundada por la luz del sol. Altos ventanales con marcos de hierro y puertas acristaladas daban al patio trasero. Había una piscina cubierta con una lona y un edificio de ladrillo blanco, una versión pequeña de la casa principal.

John señaló la mesa de la cocina. Se sentó y se recostó contra su silla. Seguía pareciendo relajado, aunque quizá la mejor palabra para describirlo era engreído.

La posición de Victoria le permitía ver el salón y el espacio vacío sobre la repisa de la chimenea.

—Catherine tiene un retrato familiar sobre su cama —dijo Victoria—. ¿Estaba antes sobre la chimenea de ahí?

John giró en su silla y escudriñó el salón durante un segundo o dos.

—Sí. Sus hijos pensaron que querría tenerlo con ella.

Otros cuadros adornaban las paredes blancas de la mansión. Todos tenían marcos modernos y lisos. El marco de la habitación de Catherine era más grueso y ornamentado. Mejor para esconder una cámara.

—¿Mandó reencuadrar el retrato para ella? —preguntó Victoria.

—¿Qué? —John frunció el ceño—. No sé qué me está preguntando.

—Tenía curiosidad por la cámara de la habitación de Catherine.

—¿Estuvo en su habitación?

—En Atrium Gardens.

—Ah. ¿Qué cámara?

—La cámara de vídeo que hay allí, en un marco de fotos.

—No sé de qué me habla —dijo John, mirándola de forma extraña—. ¿En qué puedo ayudarla, Ms. Heslin? ¿De qué ha venido a hablar exactamente?

—Su mujer mencionó el nombre de Phoebe antes de que las autoridades la identificaran —dijo Victoria.

Unas pequeñas arrugas aparecieron en la frente de John mientras la fruncía aún más.

—De nuevo, no la sigo.

Victoria le explicó las circunstancias.

—Mmm, me temo que el cuidador de mi mujer se lo imaginó, o es solo una coincidencia. Con el estado de Catherine, probablemente no sea posible.

—¿Probablemente?

—Lo más seguro es que no ocurriera.

—¿Dónde estaba usted la noche que Phoebe desapareció? —preguntó Victoria.

John ladeó la cabeza como había hecho antes y le lanzó una mirada de «no puede estar hablando en serio».

—¿Espera que la gente sepa dónde estaba hace un año? ¿Cree que puedo responder a esa pregunta ahora mismo?

—Se la vio por última vez el cuatro de mayo.

—Sabe, si yo fuera responsable de lo que le pasó, tendría una respuesta preparada. Pero no la tengo. Eso debería indicarle que no importa dónde estuviera, porque yo no tuve nada que ver con la muerte de Phoebe. —La expresión de John cambió de repente. Victoria pudo ver los engranajes girando en su cerebro—. En realidad, espere —dijo. Se levantó y fue hacia la isla de la cocina, donde cogió un iPhone con una funda negra—. No llevo una agenda, por así decirlo. Sin embargo, sí hago un seguimiento de mis estadísticas de golf.

Victoria esperó mientras él deslizaba el dedo por su teléfono.

—Esto es un golpe de suerte. Afortunadamente, *puedo* decirle dónde estaba entonces. Jugando al golf con unos amigos en Kiawah toda la semana. El viaje se prolongó debido a las fuertes lluvias. Fui con otros tres tíos. Ellos pueden confirmárselo. Nos alojamos en el Winston Retreat. Tengo los cargos de la tarjeta de crédito. Fotos.

—Gracias por facilitar la información. Nos ayudará a descartarlo y a seguir adelante —dijo Victoria, anotando el nombre del hotel en su libreta.

—Probablemente debería tener un abogado presente. Pero dado que no he hecho nada malo, confío en que haga su trabajo correctamente. —John sonrió mientras hablaba, aunque sus palabras no eran amables—. Por favor, haga constar que he cooperado plenamente con su investigación —añadió, volviendo a su asiento.

—Anotado —le dijo Victoria—. ¿Y Catherine? ¿Dónde estaba ella mientras usted estaba en su viaje de golf?

—Estaba aquí, imagino. Bueno, ahora que lo pienso... El viaje de golf a Kiawah coincidió con la primera visita de mi mujer a Duke Medical. No pude ir con ella. Estuvimos en contacto a menudo.

Victoria dio otro sorbo a su agua y luego dijo:

—Si no le importa, me gustaría entender mejor el incidente que le provocó la lesión cerebral.

—Está bien. No es que sea lo más mínimo relevante, y la visita a Duke no tuvo nada que ver con eso. —John pasó su botella sin abrir de una mano a otra—. Su lesión cerebral fue el resultado de que Catherine casi se ahogara. Hace poco menos de un año. En nuestro propio patio trasero.

Victoria miró hacia la piscina cubierta y preguntó:

—¿Sabía nadar?

—Era una nadadora excelente. Hacía largos varios días a la semana, todo el año. También salía a correr y entrenaba con un preparador privado con regularidad. —John hizo una mueca como si acabara de recordar que el fallecimiento de ese preparador privado era la razón misma por la que Victoria estaba sentada frente a él haciéndole preguntas. Abrió su botella, se la llevó a los labios y bebió.

—¿Llevaba puesto el traje de baño en el momento del incidente?

—Llevaba su ropa de entrenamiento.

—¿Hubo algún indicio de que tal vez hubiera resbalado, se hubiera golpeado la cabeza y hubiera caído al agua? —preguntó Victoria. No tenía acceso al historial médico de Catherine, así que dependía de que John le dijera la verdad sobre lo ocurrido.

—No —respondió él.

—¿Quién la encontró?

—George. El jardinero.

Victoria notó que John usaba «su» jardinero en lugar de «nuestro». Y ahí estaba el nombre de George otra vez. ¿Era el mismo George que visitaba a Catherine en Atrium Gardens? Victoria se preguntó si su empresa de jardinería utilizaba los mismos pesticidas orgánicos encontrados en el pelo de Phoebe.

—¿Cuál es el apellido de George? —preguntó Victoria.

—Es... es... me he quedado en blanco ahora mismo. No estoy seguro.

—¿Había alguien más con George en el momento del incidente? ¿Un equipo de jardinería? —preguntó ella.

—No un equipo. Estoy bastante seguro de que solo tenía otro trabajador. Su hermano, creo. Ese tipo también estaba aquí cuando ocurrió.

—¿Alguna razón por la que George o su hermano quisieran hacerle daño?

John sacudió la cabeza como si la pregunta fuera ridícula.

—No. Ni siquiera lo he considerado. George llevaba trabajando para Catherine más de una década. Se había encargado de otra propiedad antes de esta. No solo del jardín. También de las labores de mantenimiento. Eran amigos.

—¿Qué clase de amigos?

John se rió.

—No me refiero a que viniera a cenar o que fueran de compras juntos. Solo a que Catherine hablaba muy bien de él. Supongo que le pagaba bien. Ella parecía preocuparse por lo que le pasaba a él y a su familia. Era buena con él. Eran cordiales, eso es lo que debería haber dicho.

—¿Y George fue quien la sacó del agua?

—Sí. Llegué a casa unos segundos después de que la encontrara. Él llegó primero hasta ella. Él es la razón de que siga viva.

—¿Usted estaba aquí?

—Como acabo de decir, llegué a casa después de que él la encontrara. —La irritación impregnaba las palabras de John. De repente su voz cambió, volviéndose baja y densa por lo que ella solo podía imaginar que era arrepentimiento. O lo que él quería hacer pasar por arrepentimiento—. Si tan solo hubiera llegado antes... Acababa de volver de nuestro club. Quail View. Entré en la cocina y oí a alguien gritar. Era George. Parecía desesperado. Frenético. Pensé que tal vez se había caído y se había cortado un brazo o una pierna con alguna de sus máquinas. Miré por la ventana de aquí, y fue entonces cuando vi a Catherine tumbada junto a la piscina. Al principio no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Al verla así, con George

encima de ella... Tenían la ropa y el pelo empapados. Me quedé desconcertado. Parecía... —John sacudió la cabeza—. Tardé un segundo en asimilarlo todo. Le estaba haciendo la reanimación. Cogí mi teléfono y llamé al 911 mientras corría hacia fuera. Más tarde me enteré de que el hermano de George ya les había llamado.

Victoria se giró hacia la ventana, tratando de imaginar la escena tal como John la había presenciado.

—¿Cómo supo George que Catherine estaba en la piscina?

—No puedo responder a eso. Tendrá que preguntarle a él.

—¿Tiene alguna prueba que sugiera que realmente no fue un accidente?

John inspiró profundamente y soltó el aire despacio. Se miró las manos.

—Por razones obvias, el incidente no es algo de lo que nuestra familia hable jamás. Nunca sabremos con certeza qué ocurrió. Como estoy seguro de que comprenderá, sus hijos y yo preferimos creer que fue un accidente. Así es como siempre nos hemos referido a ello. Es lo que le hemos dicho a todo el mundo. Un accidente terrible y desafortunado.

—¿Pero usted no cree que lo fuera?

—Catherine no era ella misma cuando ocurrió. Unos tres meses antes, supo que tenía Alzheimer de inicio temprano.

—¿Tenía síntomas? —preguntó Victoria.

John asintió.

—Tenía lapsus mentales. Toda su personalidad parecía cambiar. Se volvió paranoica.

—¿Paranoica por qué?

—Por diferentes cosas. Me acusó de engañarla cuando no era cierto. Sabía que sus dificultades no harían más que aumentar a medida que su estado progresara. Su madre sufrió la misma enfermedad. Era difícil para cualquiera de nosotros imaginar a Catherine perdiendo el control. Si la hubiera conocido, siempre estaba trabajando. Constantemente tenía proyectos en marcha con alguna de las casas, o con una organización benéfica, o con sus hijos. Reuniones de la junta de Smartbox. Era increíblemente centrada y llena de energía. Aunque era mayor que yo, nunca lo pareció. Pero Catherine había presenciado el declive de su madre de primera mano. Sabía cómo progresaría la enfermedad. El precio que se cobraría.

—¿Y cree que no lo estaba llevando bien?

—Bueno, para ser sincero, bebía. Mucho. También había comenzado un ensayo clínico en Duke Medical. Esa es la visita que mencioné antes. La que ocurrió durante mi excursión a Kiawah. Solo recibió uno o dos tratamientos. Luego... no sé cómo explicar lo que pasó, pero algo cambió. Se volvió aún más paranoica. Deprimida. Retraída. Todos esos son síntomas tempranos de la demencia. Es casi como si el tratamiento hubiera acelerado su condición y la hubiera empeorado. En el momento de su accidente, realmente no era ella misma en absoluto. Una ambulancia la llevó directa al hospital tras el incidente de la piscina. Los análisis allí mostraron que su nivel de alcohol en sangre estaba por las nubes. También había tomado somníferos.

Victoria se quedó mirando a John, estudiándolo. Parecía convencido de que la condición médica de Catherine y el consumo de alcohol habían propiciado un acto suicida.

John se enderezó en su silla. Cruzó los brazos sobre la mesa y fijó la mirada intensamente en Victoria.

—No entiendo por qué hace tantas preguntas sobre Catherine. ¿Qué tiene que ver su accidente con el asesinato de Phoebe Watson?

—Aún no lo sé. Quizá nada —respondió Victoria—. Gracias por la explicación y por su tiempo. Antes de irme, ¿podría ayudarme con algo?

—Eso depende —respondió él.

—Me parece justo. Le agradecería que me mostrara dónde estaba trabajando George antes de que usted llegara a casa. Si lo sabe, claro.

Con Victoria siguiéndole, John salió por la puerta trasera y rodeó el lateral de la casa por un sendero de jardín empedrado. Pasaron junto a hileras de arbustos de viburnum, azaleas e hortensias, todo muy crecido. Brotes aleatorios sobresalían invadiendo el camino. John apartó una rama.

—El servicio que los ha sustituido no hace un trabajo tan bueno como solía hacer George —dijo John mientras la rama regresaba con un golpe seco contra el pecho de Victoria.

—¿George ya no trabaja para usted? —preguntó ella.

—No. Dimitió después del incidente. Dijo que encontrar a Catherine le había traumatizado y que no quería seguir reviviendo lo que había pasado. Supongo que no necesitaba el dinero.

Dejaron de caminar.

—Aquí es donde George dijo que estaba cuando oyó algo —dijo John.

Desde donde estaban, en el lateral de la casa, el camino de entrada no era visible.

¿Y si George no hubiera oído un ruido en la piscina? Quizá, en cambio, había oído el coche de John acercarse o la puerta del garaje abrirse y solo se lanzó a rescatarla entonces. «Salvarla» era la mejor manera de parecer inocente. Si creía que ya era demasiado tarde para que sobreviviera, no tenía nada que perder.

Victoria solo estaba especulando. Sopesando todas las posibilidades. No tenía motivos para creer que el hombre que cuidaba el jardín de Catherine quisiera hacerle daño. Probablemente John era quien más tenía que ganar con el fallecimiento de su esposa.

La relevancia del accidente dependería de su conexión con la muerte de Phoebe.

La experiencia y los instintos de Victoria le decían que los dos incidentes estaban relacionados.

CAPÍTULO 18

Presente - Victoria

El apartamento de Taylor parecía limpio, pero desordenado. Había ropa colgando de los respaldos de las sillas. Un bolso caro y unas botas altas de ante estaban amontonados cerca de la puerta. Platos, sobres sin abrir y papeles dispersos abarrotaban la encimera de mármol blanco. Un cenicero descansaba en la isla de la cocina y otro en la mesa de centro. Ambos contenían cigarrillos apenas fumados.

Sentada en un amplio sillón de color crema frente a Victoria, Taylor encogió sus delgadas piernas debajo del cuerpo. Se inclinó hacia delante, como si estuviera conversando con una amiga íntima. Unas diminutas venas azules surcaban la parte interior de sus pálidos brazos. A Victoria le recordaron al aspecto que tenía ella misma justo después de su rescate tras el accidente de avión. Demasiado delgada.

—Cuando encontraron a Phoebe, ¿estaba entera? O, ya sabes, ¿el asesino la desmembró? —preguntó Taylor.

—Estaba entera —respondió Victoria, sorprendida por la gélida franqueza de Taylor.

—Ah. Solo era curiosidad. Nunca la conocí, ya sabes, a Phoebe Weston.

—Watson —corrigió Victoria.

—Cierto. Sé que mi madre la adoraba. Sin embargo, la asistenta se equivoca si cree que mi madre puede arrojar algo de luz sobre tu caso de asesinato. A estas alturas ella ya no sabe qué es qué. Básicamente, tiene el cerebro destrozado. Es tan injusto... —Taylor sacudió la cabeza—. Totalmente injusto.

—Esa era también la opinión de tu padrastro —dijo Victoria—. Hablé con él ayer.

Taylor resopló mientras cogía un paquete de cigarrillos y un encendedor de la mesa de centro. —Él y yo no compartimos muchas opiniones. Lo que sea que te haya dicho John, probablemente sea mentira.

—Hablamos sobre todo del accidente de tu madre.

—Te ha dicho que mi madre intentó suicidarse por culpa del Alzhéimer, ¿verdad? —preguntó Taylor, cruzando las piernas mientras encendía un cigarrillo.

—En realidad no usó esas palabras, pero sí, esa fue la conclusión que saqué de nuestra conversación.

Taylor frunció el ceño. —Es lo que él cree. Y es una gilipollez absoluta. El Alzhéimer ya la estaba afectando, no lo voy a negar. Lo escribía todo lo importante en un diario, preocupada por si se le olvidaba algo. Se confundía, y eso la frustraba muchísimo. Pero aún podía hacer todo lo que había hecho siempre. Conducir. Hacer ejercicio. Las cosas de Smartbox. Si no fuera por mi abuela, mi madre ni siquiera se habría enterado de que tenía Alzhéimer hasta mucho más tarde. Visitó a especialistas que confirmaron el diagnóstico con resonancias magnéticas y escáneres. Ella me contaba todo lo que hacía porque yo también podría tenerlo algún día. Para cuando me afecte a mí, si es que lo hace, ya debería haber una cura. Se supone que tengo que hacerme las pruebas de la mutación genética, pero es como, ¿realmente quiero saber que eso me espera? —Taylor aspiró de su cigarrillo y giró la cabeza a un lado para soltar un hilo de humo—. Ya tengo suficiente encima. He decidido que prefiero esperar a que llegue la cura y lidiar con ello entonces.

—Espero de veras que haya una cura pronto —dijo Victoria.

—Yo también. Mi madre también lo esperaba. Mientras tanto, no se sentó a compadecerse de sí misma. Buscó los mejores tratamientos de intervención temprana. Ya estaba participando en un estudio para un nuevo tratamiento en Duke.

—Tu padrastro mencionó el protocolo del tratamiento. Dijo que su estado empeoró después de empezarlo.

Taylor se encogió de hombros. —Puede ser. No es que hubiera nada que pudiera hacer al respecto, salvo dejarlo. Firmó documentos diciendo que no podía demandar si los fármacos le hacían algo raro. Ahora ya no es candidata. Cuando casi se ahoga, se le murieron tantas neuronas que su

mente se destruyó en un instante; le ganó la partida al Alzhéimer. Ya no hay ninguna posibilidad de que mejore jamás.

—Siento mucho oír eso —dijo Victoria.

—Todavía le hacen escáneres cerebrales de vez en cuando. Solo porque Will se empeña. En realidad, entre el accidente que le cortó el oxígeno y el avance del Alzhéimer, no puede recuperarse haga lo que haga. Como he dicho, es totalmente injusto. —Taylor extendió un dedo delgado y lo agitó —. Antes del incidente del ahogamiento, lo único que puedo decir es que mi madre era una luchadora, no alguien que se rinde. No se daba por vencida y no dejaba que nadie la mangoneara. Nada ni nadie podía intimidarla. Ni siquiera una enfermedad.

—¿Si no fue un intento de suicidio...? —preguntó Victoria, dejando la pregunta inacabada a propósito.

—Nunca he dicho que no lo fuera, solo que no puedo creer que lo fuera. ¿Sabes?

Victoria asintió, aunque no estaba del todo segura.

—Mi madre era una nadadora increíble. Entrenaba constantemente, intentando no envejecer y todo eso. Eso es lo que pasa cuando te casas con un tipo poco de fiar y mucho más joven que tú.

—¿Poco de fiar?

Taylor sostuvo el cigarrillo a un lado. El humo subía en espirales desde la punta. —Le ponía los cuernos, y ella lo sabía.

—¿Tenías pruebas de eso? —preguntó Victoria—. John mencionó que ella estaba paranoica.

Taylor resopló de nuevo. —Claro que diría eso. Si tu marido te estuviera engañando, ¿no te volvería aún más loca que afirmara que eres una paranoica? Mira, conozco a mi madre. No me creo que intentara quitarse la vida. Tenía demasiado por lo que vivir. Estaba loca por Will y por mí. Uy. No debería haber dicho loca. Lo que quiero decir es que nos adoraba.

—Entonces, cuéntame qué le pasó a tu madre.

Taylor descruzó las piernas. Aunque solo había dado una calada, aplastó el cigarrillo en el cenicero más cercano. —No puedo demostrar lo que pasó, ni cómo lo hizo. Pero piénsalo. Ahora John no tiene que ver cómo empeora su estado. No tiene que lidiar con el personal de enfermería convirtiendo la casa en la planta de un hospital. Su casi ahogamiento le ha salido muy bien. Mejor que si hubiera muerto de verdad, en cuyo caso la mayor parte de lo que tiene va para Will y para mí. ¿Entiendes lo que digo? Quizá mientras

investigas lo de Phoebe, alguien debería por fin fijarse más en John. No me fío de él. Nunca lo he hecho. No se parece en nada a mi verdadero padre.

—He visto que tu padre falleció. Siento tu pérdida.

—Sí. Un accidente de barco. Fue hace mucho tiempo. Yo solo tenía siete años. Nunca te recuperas del todo de algo así, ¿sabes? Probablemente me dejó trastornada y aún no lo sé. Primero el accidente de mi padre, y luego el de mi madre.

Victoria también había experimentado una pérdida profunda. La muerte de su madre fue repentina e inesperada, después de que su secuestro diera un giro devastador. Aquella pérdida había alterado para siempre el rumbo del futuro de Victoria, convirtiéndose en el factor principal que la impulsó a seguir una carrera en las fuerzas del orden. ¿Significaba eso que el incidente la había trastornado? Algunos podrían pensarlo. Su papel como agente de campo implicaba sacrificar su propio bienestar y seguridad, en lugar de confiar en la red de seguridad de su herencia. Para Victoria, era una forma de enfrentarse a sus demonios cara a cara, de marcar la diferencia en un mundo que lo necesitaba desesperadamente. Su trabajo nunca le devolvería a su madre, pero le daba un propósito y la oportunidad de evitar que otros sufrieran una tragedia similar.

Taylor se reclinó y se quedó mirando a Victoria, para después hacerle la misma pregunta que su padrastro. —¿Cómo hemos acabado hablando del accidente de mi madre? ¿Qué tiene que ver con Phoebe?

—Aún no lo sé —respondió Victoria—. ¿Cómo era la relación de tu madre con George Martin?

Tras visitar a John, Victoria había confirmado que el apellido del jardinero era Martin. El mismo George que figuraba en el expediente de persona desaparecida de Phoebe. El mismo hombre que visitó a Catherine en Atrium Gardens.

Taylor frunció el ceño. —¿Quién?

—El jardinero y encargado de mantenimiento de tu madre. John dijo que trabajó para vuestra familia durante más de diez años.

—Ah. Ese George. No el guapo. El otro. El que hizo que el corazón de mi madre volviera a latir. No estoy segura de si ella se lo agradecería o no, teniendo en cuenta cómo ha acabado. Le rompió cuatro costillas. Por lo visto, eso es algo común con la RCP. En cualquier caso, es imposible que mi madre tuviera una aventura con él, si es a eso a lo que te refieres —dijo Taylor con un bufido.

—¿Los viste discutir alguna vez?

—Incluso cuando vivía en su casa, no prestaba mucha atención a lo que pasaba fuera. Soy más de interiores, por si no te habías dado cuenta. —Taylor deslizó las yemas de los dedos sobre la pálida piel de su brazo—. Sin embargo, te aseguro que mi madre no se pondría a *discutir* con el jardinero. Quiero decir, obviamente mi madre confiaba en él. Tenía llaves de nuestra casa y de la casa de la piscina. Entraba y salía cuando quería. —La expresión de Taylor se volvió más escéptica mientras arqueaba una de sus cejas, gruesas y bien perfiladas—. ¿Por qué preguntas por él? ¿Crees que sabe algo sobre Phoebe?

CAPÍTULO 19

Hace un año - Catherine

Catherine abrió los ojos y parpadeó, apartando la vista de la luz cegadora que entraba por un ventanal inmenso. Le latía la cabeza.

Sentía la piel alrededor del ojo izquierdo muy sensible. Tenía la boca tan seca que no podía tragar. Sentía la lengua hinchada. La botella de agua que siempre se llevaba a la cama no estaba allí. No estaba en su dormitorio. Necesitó respirar varias veces más para orientarse. Se había despertado en la casita de la piscina.

Cuando era más joven, despertarse con resaca en un lugar extraño significaba que se lo había pasado de maravilla. No creía que fuera el caso ahora, aunque no recordaba nada de la noche anterior. Esperó a que los recuerdos regresaran y formaran una imagen de sus actividades. No aparecieron. Solo obtuvo un vacío absoluto.

Las alarmas se encendieron, chirriando en su interior.

¿Era así como empezaba? No sabía si había perdido un fragmento de su memoria debido a la placa que le paralizaba el cerebro, o si se había emborrachado tanto que había perdido el conocimiento.

Con las piernas temblorosas, se levantó de la cama y se dirigió tambaleante hacia el baño. Su equilibrio, habitualmente soberbio, fallaba. Esperaba que la falta de estabilidad fuera cosa de la resaca, no de la enfermedad.

Al pasar por delante del espejo, se detuvo en seco para mirar bien. Se le había formado un moretón violáceo alrededor del ojo izquierdo.

Sentada en el váter, Catherine se miró los pies. Tenía los laterales cubiertos de suciedad, con una capa más gruesa bajo las plantas. Desconcertada, abrió el grifo de la ducha y se los lavó.

Aunque no había nadie cerca, hizo el «paseíllo de la vergüenza» por el patio hacia la casa, caminando deprisa y con la cabeza baja. A mitad de camino alrededor de la piscina, se detuvo en seco. Había una toalla amontonada sobre las piedras. Las rayas blancas, antes inmaculadas, estaban manchadas con un líquido carmesí que parecía sangre. El pánico brotó en su interior.

Se acercó a la toalla. La mancha roja no era espesa, como esperaba. No era sangre. Era vino tinto. Aliviada, cogió la toalla y la llevó dentro. Su teléfono sonó, rompiendo el silencio de su hogar. Corrió a coger el dispositivo de su dormitorio antes de que dejara de sonar. Era John.

—Solo llamaba para darte los buenos días. ¿Cómo estás? —preguntó él.

—Estoy bien —mintió ella, mientras buscaba su agenda—. ¿Dónde estás?

Él vaciló antes de responder:

—En el viaje de golf. ¿Se te ha olvidado?

Ella miró la página abierta de su calendario.

10—Entrenamiento con Phoebe.

John en Kiawah, día 2 de 4.

—No se me ha olvidado —dijo ella—. Es que me acabo de despertar y todavía estoy un poco aturdida. Apenas he dormido nada esta noche.

—Me ha parecido que sonabas cansada. Échate una siesta si lo necesitas.

—Me eché una siesta ayer. Por eso no podía conciliar el sueño. No volveré a hacerlo.

—Muy bien. Bueno, haz lo que necesites. Tómatelo con calma y cuídate. Te llamaré más tarde. Te quiero.

—Yo también te quiero. Disfruta de tu viaje.

Todavía mareada, Catherine se vistió y fue a la cocina. Prioridad número uno: hacer que la cabeza dejara de latirle. Se tragó tres analgésicos, acompañándolos con una botella entera de agua con electrolitos.

Apoyada en la encimera, se masajeó las sienes mientras el hervidor calentaba agua para el té. Su mirada se dirigió a las puertas del armario que ocultaban los cubos de basura y reciclaje. Sentía curiosidad por saber cuánto alcohol había hecho falta para que se sintiera tan fatal. Apenas importaba ya. El daño estaba hecho. Era mejor no saberlo. Sin embargo,

abrió las puertas de todos modos y miró dentro de los cubos. Los recipientes de basura y reciclaje estaban vacíos. Ni siquiera tenían puestas las bolsas de plástico.

No sabía qué había pasado con las botellas vacías. El equipo de limpieza habría retirado la basura y el reciclaje cuando estuvieron trabajando ayer por la mañana. Siempre reponían las bolsas. Había pasado medio día desde que se fueron. Puede que Catherine hubiera dejado las botellas vacías en otro lugar. Aun así, los cubos deberían haber contenido algún indicio de su presencia de ayer. Envoltorios de comida. Bolsitas de té. Un par de servilletas de papel usadas. Los cubos completamente vacíos la desconcertaron.

A las diez en punto, Catherine ya se había tomado dos tazas de té verde, se había duchado y se había puesto ropa de deporte. Una punzada sorda había sustituido a su dolor de cabeza. Estaba lista para su sesión de entrenamiento.

Como siempre, al acercarse a la puerta principal, se vio reflejada en el gran espejo. Por suerte, tenía mucho mejor aspecto del que se sentía. Abdominales planos. Piernas delgadas y musculosas. Nada de flacidez ni michelines. Quizá, después de todo, no despediría a Phoebe.

Porque Phoebe no usaba perfume.

Con los pies sobre un reposapiés, Catherine esperó en un sillón con vistas a la entrada, bebiendo agua de su botella deportiva. Las diez llegaron y pasaron. Aquello era inusual. Phoebe siempre llegaba puntual. Excepto en una ocasión reciente en la que tuvo que parar a por gasolina y se disculpó por llegar un minuto tarde. Tenía la rutina de llegar temprano, esperar en su coche hasta las 09:55, y luego bajar y llamar al timbre.

Catherine revisó los mensajes de su teléfono. Esperaba ver algo como: *Perdona, voy con retraso. Estoy de camino.*

El único mensaje era de Taylor, junto con un enlace a una galería de arte. *Mira este cuadro. ¿No quedaría increíble en mi dormitorio? Una idea para mi cumpleaños, indirecta, indirecta.*

Pasaron cinco minutos más. Catherine le envió un mensaje de texto a Phoebe: *Teníamos una sesión programada para las diez. ¿Vas a venir?*

Pasaron otros quince minutos. Ni rastro de Phoebe. Ni respuesta al mensaje de Catherine.

Catherine recorrió la planta baja en círculos y enderezó un cojín del sofá. Tiró dos flores marchitas del ramo del vestíbulo y movió sus gafas de sol de

un extremo de la encimera al otro, donde prefería tenerlas. Con una irritación creciente, se preguntó qué le habría pasado a Phoebe. Llevaba treinta minutos de retraso.

Llamó a John, aunque supuso que estaría en el campo de golf. Él no respondió y ella no dejó mensaje. Salió al exterior y volvió a llamarle. Después, le envió un mensaje de texto: *Llámame.*

Catherine apoyó las manos en el respaldo de la tumbona, la misma donde anoche mismo había bebido de más.

John estaba fuera de la ciudad y Phoebe no se había presentado al entrenamiento. ¿Coincidencia?

Phoebe no usa perfume. O quizá sí lo usa cuando no está haciendo ejercicio.

Catherine quería una copa. A las diez y media de la mañana y todavía con la resaca de antes, aquello le parecía demasiado como rendirse.

Su teléfono vibró sobre la mesa auxiliar. El nombre de su marido iluminó la parte superior de la pantalla. Dejó que el dispositivo sonara dos veces más, sopesando qué diría, antes de deslizar el botón de respuesta a la derecha.

—He visto varias llamadas perdidas y tu mensaje —dijo John, con tono preocupado—. ¿Qué pasa?

—¿Dónde estás?

—En el campo. No debería estar al teléfono, pero estaba preocupado por ti. ¿Está todo bien?

—¿Con quién estás? —preguntó ella, con la voz más grave tras cada pregunta.

—Con Dean, Todd y Jeff. Estoy seguro de que te lo dije. ¿Qué está pasando?

A Catherine no se le pasó por alto que la preocupación de John se estaba convirtiendo en impaciencia.

—Phoebe no ha aparecido para mi sesión de entrenamiento —dijo ella.

Siguió un silencio. Tiempo suficiente para que Catherine se levantara de la tumbona y empezara a caminar de vuelta a la casa. Tiempo suficiente para que John inventara una excusa.

—¿Pero no la habías despedido? —preguntó él finalmente.

La respuesta de Catherine fue tajante:

—No, no la he despedido.

—Estuviste hablando de ello la otra noche. Parecía que ibas a hacerlo. ¿Es posible que se te haya olvidado?

El primer instinto de Catherine fue arremeter contra su marido. Pero ¿y si se le *había* olvidado? El no saber, el no estar segura de qué había hecho o qué no, hizo que se le encogiera el estómago de pavor. Solo estaba segura al noventa y tantos por ciento de no haber despedido a Phoebe.

Alguien de fondo —Dean, Todd o Jeff— llamó a John por su nombre.

Oír la voz de otro hombre cerca le proporcionó algo de tranquilidad. Quienquiera que estuviera hablando con él, no era Phoebe.

—Catherine, tengo que irme. ¿Vas a estar bien?

—Sí. Estoy bien. Adiós —dijo ella y colgó primero.

Revisó sus mensajes de teléfono otra vez y seleccionó el nombre de Phoebe. El intercambio de mensajes más reciente antes de hoy ocurrió el domingo pasado. Phoebe le había preguntado si podía grabar un vídeo junto a la piscina. Catherine le había respondido con un emoji de pulgar hacia arriba.

Miró de nuevo hacia la despensa del servicio. *Demasiado pronto todavía*. Caminó con paso firme por la estancia hasta su agenda. Con letra grande, garabateó: *buscar nueva entrenadora*. Si iba al club, podría hacer ejercicio y quizá preguntar si alguien en el gimnasio tenía recomendaciones.

Cogió sus cosas y subió a su Mercedes. En piloto automático, lanzó el bolso al asiento del copiloto, se abrochó el cinturón y pulsó el botón para arrancar el SUV.

No arrancó. Un mensaje se iluminó en la consola frente a ella: *No se encuentra la llave en el vehículo.*

Deslizó la mano en el bolsillo interior de su bolso. La llave no estaba allí. Tras rebuscar por todo el bolso, seguía sin encontrarla. Este tipo de cosas nunca le pasaban a ella, aunque le estaban ocurriendo ahora. Como si no estuviera ya lo suficientemente frustrada.

Nunca perdía nada. Ni gafas de sol, ni teléfonos, ni auriculares, y mucho menos las llaves. Tenía un sistema que le funcionaba. Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar. Sus llaves debían estar en el bolsillo interior del bolso. Si no estaban allí, alguien las había movido.

Al salir Catherine del coche, algo pequeño crujió bajo su pie contra la alfombrilla de goma. Se agachó para mirar de cerca.

Un collar de oro con un colgante de una pesa estaba tirado, mitad sobre la alfombrilla y mitad sobre la moqueta de detrás. Un collar exactamente igual

al que ella le había regalado a Phoebe. El que Phoebe parecía llevar siempre puesto. Su presencia fue suficiente para convencer a Catherine de que John y Phoebe *estaban* teniendo una aventura. Sin duda alguna. Si parece un pato y camina como un pato… No tuvo problemas para recordar esa frase específica. Muchas cosas eran exactamente lo que parecían ser.

¡Apenas podía creérselo, después de todo lo que Catherine había hecho por Phoebe! Regalos, bonificaciones, recomendaciones entusiastas a sus amigos, dejar que Phoebe grabara sus vídeos en la piscina... ¿Cómo podía alguien ser tan rastrero y desagradecido?

Catherine entró furiosa en casa y vio sus llaves en la mesa del vestíbulo, junto al arreglo floral. Ese no era el sitio donde solía dejarlas. Estaba demasiado enfadada con John y Phoebe como para pensar en cómo habían llegado allí.

Pulsó el dedo con fuerza sobre su teléfono y gruñó:

—Llamar a Phoebe.

Catherine tuvo que escuchar primero el alegre saludo de Phoebe: —Seguramente esté ocupada con un cliente. Si te interesa ponerte en la mejor forma de tu vida, deja un mensaje y te responderé pronto.— Luego, el pitido para dejar el mensaje.

—¿Cómo te atreves? —dijo Catherine—. ¿Cómo te atreves?

CAPÍTULO 20

Presente - Victoria

Victoria se detuvo ante la puerta abierta del despacho de Murphy, de donde llegaba el olor a comida para llevar. Un recipiente vacío manchado de salsa roja descansaba sobre el cubo de reciclaje junto a su escritorio.

—Llegas en buen momento —dijo él, sosteniendo una gruesa pila de carpetas contra el pecho—. El fiscal del distrito me ha dejado un mensaje. ¿Qué puedo decirle?

—Dígale que necesitamos más tiempo.

—¿Aún no has encontrado nada que vincule a Sullivan?

—De momento, no. Rivera está colaborando con la policía y creo que estoy sobre una pista prometedora.

Murphy apartó unas carpetas de su escritorio para hacer sitio a las nuevas. —¿Qué has encontrado?

—Todo empezó con un soplo de una de las clientas de entrenamiento personal de Phoebe. Catherine Bower. Ella supo que era Phoebe la que estaba en aquel bosque antes que nadie, a pesar de que Sullivan nunca la mencionó explícitamente.

—¿Cómo consiguió esa información?

—Eso es lo que intento averiguar. Catherine casi se ahoga poco después de la desaparición de Phoebe. Creo que lo que le ocurrió podría ser relevante. Pienso que Catherine sabía algo, así que alguien intentó silenciarla.

—Bueno, ¿y qué dice ella al respecto?

—Teniendo en cuenta lo que pasó con el «accidente» —dijo Victoria, haciendo el gesto de las comillas en el aire—, la comunicación es un reto. No puede decírmelo.

Murphy abrió la boca para decir algo más, pero cambió de opinión. Se pasó la mano por su cabeza calva. —¿Tienes sospechosos potenciales? ¿Alguien que pudiera haber hecho daño a Catherine y a Phoebe?

—Sí. El marido de Catherine y su jardinero. Y, fíjese en esto, el jardinero fue una persona de interés cuando Phoebe desapareció.

—¿Fue descartado?

—Sí. Tenía una coartada para el momento de la desaparición de Phoebe. El detective pasó a otras pistas. Por aquel entonces, la policía no tenía el cuerpo de Phoebe. Ahora sí. El equipo forense nos ha dicho que alguien golpeó a Phoebe con una pala, o una herramienta similar, y su cabello contenía trazas de pesticidas orgánicos. Si pudiéramos analizar las herramientas de jardinería de George...

Murphy negó con la cabeza. —Casi todo el mundo tiene palas. Ningún juez te concederá una orden judicial basándose en eso, especialmente si la investigación ya lo descartó en su día. Además, si él mató a Phoebe, seguro que ya se ha deshecho del arma del crimen. Vas a necesitar algo más que eso.

—Lo sé. Por eso necesito más tiempo —dijo ella, justo cuando sonó el teléfono de Murphy.

—Espera, no te vayas todavía —dijo Murphy, levantando un dedo en el aire antes de responder a la llamada.

Victoria se apoyó en la pared fuera de su oficina, repasando mentalmente su lista de personas de interés. Dan Sullivan, John Murdock, George Martin y Catherine Bower. Victoria tenía retazos de pruebas circunstanciales que apuntaban a cada uno de ellos. El único con un motivo sólido —beneficio económico y libertad— era el marido de Catherine, John.

John había cumplido su palabra. Ya había enviado documentos acreditativos, fotos y nombres de personas que podían respaldar su afirmación de que estaba jugando al golf en Kiawah. Pero él y sus compañeros de golf tenían habitaciones separadas. No podían saber si estuvo en el hotel toda la noche. Podría haber conducido de vuelta a Virginia, matado a Phoebe y haberse presentado a su partida de golf al día siguiente. Victoria necesitaba ver las grabaciones de vídeo de su hotel antes de poder descartarlo.

Y luego estaba la cámara oculta en la habitación de Catherine. El dispositivo podría ser simplemente una cámara para vigilar a los cuidadores y evitar malos tratos. Victoria tenía que averiguar quién la había puesto allí y quién estaba viendo las imágenes.

Murphy terminó su llamada y asintió a Victoria. —¿Por dónde íbamos? Por tus sospechosos, ¿verdad? ¿Hay alguna conexión entre ellos y Sullivan?

—No. Todavía no —dijo ella, molesta por la repetición de sus propias palabras. Había dicho «todavía no» demasiadas veces últimamente—. Puede que no la haya... si Sullivan no mató a Phoebe y alguien del círculo de Catherine Bower lo hizo.

CAPÍTULO 21

Presente - Deja

Sabiendo que era el primer día de Will en los Países Bajos, Deja estaba lista y esperando su llamada a las tres de la tarde. No lo conocía lo suficiente como para estar segura de que cumpliría su palabra. Cuando lo hizo, apenas unos minutos después de la hora acordada, se sintió agradecida por el bien de Catherine.

Deja respondió a la videollamada y apoyó el iPad frente a Catherine, orientándolo lejos de la ventana y del resplandor del sol.

Will explicó que había tomado un vuelo nocturno y no había dormido. Se le veía cansado.

Una vez que se aseguró de que el iPad estaba bien colocado de modo que Catherine y Will pudiesen verse, Deja se trasladó al otro lado de la habitación. Se entretuvo ordenando las velas aromáticas y los objetos de decoración de la cómoda de Catherine. Era una tarea innecesaria.

Will habló sobre un retraso en el vuelo, que ya de por sí era largo. La aerolínea había perdido su maleta y se la llevarían a su casa de alquiler en cuanto la encontraran. A pesar de todo ello y de su falta de sueño, parecía estar bastante animado mientras describía la «encantadora» casita que había reservado para los próximos dos días. Le hizo a su madre un recorrido por todas las habitaciones.

—Esta es la terraza del dormitorio del segundo piso —dijo—. Mira los canales.

Deja imaginó escenas de una película romántica de Hallmark que había visto recientemente. Cuando la pareja se daba cuenta de su destino, bebían

vino al atardecer, contemplando los canales.

—Deja, ¿estás ahí? —preguntó Will—. Tengo una pregunta para ti.

Fingió no oírle al principio. Fue un poco tonto, pero no quería que él supiera que había escuchado cada palabra que había dicho hasta el momento. Después de que él la llamara por su nombre una segunda vez, ella respondió:

—¿Sí? Ya voy.

—¿Sabes quién es Phoebe Watson? —preguntó él.

Ella no se esperaba eso. Un nerviosismo repentino la invadió. —Sí —dijo, sin saber qué vendría a continuación. ¿Sabía él que se había puesto en contacto con la policía y que ya había hablado con una agente del FBI?

—Alguien del FBI me dejó un mensaje. Algo sobre que te habías puesto en contacto con ellos en relación con Phoebe Watson y mi madre. ¿De qué se trata?

Deja tragó saliva. —Llamé a la policía para ver si tu madre podía ayudarlos. —Deja explicó lo que había pasado y por qué había alertado a las autoridades.

—¿Mi madre pronunció el nombre de Phoebe? —preguntó Will.

Sonaba como si no creyera que realmente hubiera sucedido. Lo cual hizo que Deja se cuestionara todo lo que había visto. Pero no... definitivamente había sucedido. —Tu madre estaba muy alterada por ello.

—¿De verdad crees que sabía lo que estaba diciendo?

—Puede... o puede que no. Tiene momentos en los que se comunica conmigo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Después de que ocurriera aquello, no pude pensar en otra cosa hasta que llamé a la policía. Estaba segura de que eso era lo que tu madre quería. Luego supuse que la policía tendría otras pistas porque nunca volvieron a contactar conmigo.

—Bueno, parece que se han tomado en serio tu información. La misma agente que me llamó a mí también visitó a mi padrastro y a mi hermana. Todavía tengo que devolverle la llamada. No es que yo pueda ayudar mucho, pero tengo verdadero interés por saber qué ha descubierto. Phoebe era la entrenadora de mi madre, ya sabes.

—Lo sé. Te pido perdón por no habértelo dicho cuando pasaste por aquí a visitarla. Debería haberlo hecho y supongo que me olvidé. Tenías mucha prisa.

—No te preocupes por eso. Pero escucha esto: mi hermana ha dicho que están centrando sus sospechas en el jardinero de nuestra familia. Quizá mi madre sabía de lo que hablaba cuando mencionó el nombre de Phoebe. Quizá mi madre vio a George hacer algo.

CAPÍTULO 22

Presente - Victoria

Bajo el crepúsculo, Victoria llegó a la dirección de George Martin. Estaba impaciente por hablar con el antiguo jardinero, manitas y supuesto amigo de Catherine Bower.

Un cartel de *George's Landscaping* destacaba en una camioneta aparcada frente a su casa. El vehículo llevaba enganchado un remolque abierto en la parte trasera. El remolque contenía un amplio cortacésped, además de una serie de herramientas grandes colgadas de ganchos laterales.

Los sentidos de Victoria se agudizaron ante la perspectiva de interrogar a George. Su nombre había surgido una y otra vez.

Aparcó y envió una nota a Rivera: *Estoy en casa de George Martin. 541 Sugar Grove Lane.*

George no tenía antecedentes penales. Ni siquiera una infracción de tráfico a su nombre. Su primer encuentro con las fuerzas del orden se produjo cuando lo interrogaron sobre la desaparición de Phoebe. Un empleado de un gimnasio lo había visto en el aparcamiento hablando con Phoebe la noche en que ella desapareció. George había acudido al gimnasio por primera vez ese día, en lugar de ser socio. Nadie lo conocía, lo que lo hacía parecer sospechoso. Cuando la policía se enteró de que George y Phoebe trabajaban para la misma persona, se convirtió en un posible sospechoso.

Con su arma en la funda de la cadera, Victoria caminó hacia la casa de estilo rancho con revestimiento de vinilo gris. Una valla metálica rodeaba la

propiedad. Alguien había cortado el césped recientemente y la fragancia de la hierba recién cortada flotaba en el aire.

Dudó junto a la puerta, escuchando y vigilando por si aparecía algún perro guardián que pudiera abalanzarse sobre ella, aunque no esperaba ver ninguno a pesar de la valla. No cuando el césped presentaba un verde uniforme. Sin rastro de manchas marrones o amarillas, ni de agujeros antiestéticos con montones de tierra al lado. Los parterres, recién cubiertos de mantillo y sin malas hierbas, estaban impecables.

Abrió el pestillo de la puerta y la empujó hacia dentro.

George Martin abrió su puerta antes de que ella llegara al porche. Vestía unos pantalones cortos de nailon gris y una camiseta azul marino. Sus piernas tenían varios tonos más claros que su rostro y brazos bronceados. Aunque su cara era redonda, se veía demacrada, con los ojos hundidos. Nada en la postura del hombre ni en su forma de caminar desde la casa resultaba amenazador. Su expresión era la de una persona curiosa a punto de hacer una pregunta, más que la de alguien que planeaba echar a Victoria de su propiedad. Como sospechaba que era un asesino, se había imaginado que habría algún indicio visible de una vena cruel y malvada acechando bajo la superficie. Estando a menos de dos metros de él, con la mano levantada en un saludo de bienvenida, no vio nada parecido.

Pero las apariencias podían engañar.

—Bonito jardín —dijo ella. En caso de que se equivocara sobre su implicación en la muerte de Phoebe, no había razón para no ser civilizada. El hombre era inocente hasta que se demostrara lo contrario, a menos que su instinto o las pruebas gritaran que él lo había hecho.

Los ojos de George se dirigieron a la placa que colgaba del cuello de ella. Ella la levantó para que él la viera.

—Soy Victoria Heslin, del FBI. No sé si está al tanto, pero las autoridades encontraron restos de una mujer en Madison Creek Woods la semana pasada. Hace poco la hemos identificado como Phoebe Watson.

Él se llevó la mano al lóbulo de la oreja para apretarlo entre el pulgar y el índice, un posible gesto delatador. Antes de responder, miró por encima del hombro hacia su casa. —Sí, me he enterado. Una noticia muy triste —dijo.

Seguía sin haber nada hostil en el comportamiento de George. Todo lo contrario. Sus hombros se desplomaban hacia delante, lo que lo hacía parecer más bajo de su metro ochenta aproximado. No era rudo, ni tampoco elocuente o encantador, rasgos tras los que se esconden muchos asesinos.

—¿Por qué está aquí? —preguntó George.

—Tengo algunas preguntas. ¿Usted y Phoebe se conocían porque tenían el mismo jefe? —preguntó Victoria.

George bajó la mano y se aclaró la garganta antes de responder. —En realidad no nos conocíamos. Veía a Phoebe de vez en cuando en casa de Catherine. Nunca hablábamos. Solo nos saludábamos.

—Usted la vio la noche que desapareció.

—Sí. Fue solo una coincidencia. Me presenté después de asistir a su clase. No creo que ella me reconociera. Cuando me fui, la vi salir del gimnasio en su coche, sana y salva. La policía aun así me interrogó. Les conté lo que hice esa noche. Fui a casa y cené con mi madre. Un amigo vino más tarde. Vimos un partido. Trabajé casi todo el día, empezando sobre las ocho de la mañana.

La historia de George coincidía con lo que le había contado a la policía hacía un año, tal como constaba en el archivo de personas desaparecidas. Una cámara de vigilancia lo había captado conduciendo en dirección opuesta a Phoebe después de que ambos salieran del gimnasio. Otro vídeo lo grabó en el servicio de ventanilla de un Bojangles al otro lado de la ciudad. Su amigo y su familia respaldaron su coartada. Las fuerzas del orden no tenían nada que vinculara a George con la desaparición de Phoebe y ninguna razón para seguir interrogándolo.

—¿Qué partido vieron? —preguntó Victoria, que no estaba dispuesta a rendirse.

—Fútbol. Real Madrid contra AC Milan —dijo él—. La policía me lo preguntó más de una vez. Por eso lo recuerdo.

—¿Vio alguna vez a Phoebe discutiendo con Catherine Bower? —preguntó Victoria, cambiando de tema.

—No.

—¿Y con el marido de Catherine? ¿Llegó a verlos juntos a él y a Phoebe?

George negó con la cabeza. Su mano volvió a dirigirse al lóbulo de la oreja.

—¿Conoce a Dan Sullivan? —preguntó Victoria.

—No. ¿Quién es?

—Alguien que afirma haber asesinado a Phoebe. Él es la razón por la que las autoridades la encontraron.

Algo brilló en la mirada de George, solo por una fracción de segundo. Si Victoria no hubiera estado observando con atención, se habría perdido el

cambio.

—¿Tiene pruebas de que él la mató? —preguntó George.

—Confesó y dio a la policía el lugar donde la enterró.

George tragó saliva; su nuez de Adán subió y bajó mientras permanecían en el porche en silencio.

—Creemos que podría estar mintiendo. ¿Usted qué cree?

Una gota de sudor rodó por la sien de George.

—El marido de Catherine me dijo que usted estaba allí cuando ella estuvo a punto de ahogarse. ¿Recuerda aquel día? —preguntó finalmente Victoria.

George apartó la vista, fijándola en los tablones de cedro bajo sus pies. —Lo recuerdo. No es algo que vaya a olvidar jamás —dijo, con la voz apenas por encima de un susurro, de modo que ella no pudo estar segura de las tres últimas palabras.

—Cuénteme cómo fue aquella mañana —dijo ella.

Sin mirar a Victoria a los ojos, respondió: —Catherine y yo hablamos cuando llegué a su casa. Había bebido demasiado.

—¿Cómo pudo notarlo?

—Por su forma de hablar. Tenía los ojos un poco desenfocados.

—¿Eso fue por la mañana?

—Sobre las diez —respondió—. El sistema de riego se activó a las cinco. Esperé unas horas antes de ir. Hasta que el césped estuviera lo bastante seco para cortarlo.

—¿Era inusual que Catherine estuviera borracha a las diez de la mañana?

Él se encogió de hombros. —En realidad no lo sé. No puedo responder a eso.

—¿De qué hablaban Catherine y usted?

—De proyectos de mantenimiento. —Seguía teniendo dificultades para sostener la mirada de Victoria. Estaba ocultando algo.

—¿De verdad? ¿Quería hablar de proyectos de mantenimiento a pesar de estar borracha? —preguntó Victoria.

George volvió a tragar saliva y asintió.

—¿Le preocupaba el bienestar de ella aquel día?

—Sabía que estaba pasando por muchos problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Su salud. Tenía una enfermedad. La estaba cambiando. Creo que tenía problemas para recordar las cosas.

—¿Qué pasó después aquella mañana?

George dio unos pasos hacia delante, se agarró a la barandilla del porche y miró fijamente a Victoria. —Mi cuñado y yo estuvimos trabajando juntos en un lateral de la casa durante unas horas. Terminé y fui hacia la parte de atrás. Catherine estaba tumbada en el fondo de la piscina. No se movía. Llevaba su ropa normal. No un traje de baño. —George hizo una pausa y se pasó una mano por la barbilla, como si necesitara un respiro antes de continuar con la historia—. Me tiré y la saqué. No respiraba. Se le había parado el corazón. Le hice la RCP.

—¿Cómo sabía hacer la RCP?

—Mi madre, mi hermana y yo hicimos un curso en la YMCA. Por si alguna vez alguien necesitaba que lo salvaran, queríamos saber qué hacer.

—¿Había alguien más allí aparte de usted y su cuñado? —preguntó Victoria.

—John.

—John me dijo que llegó a su casa justo antes de que usted sacara a Catherine del agua.

—Es cierto. Eso es lo que dijo. Lo había olvidado.

—¿Vio su coche entrar por el camino antes de salvar a Catherine?

George soltó la barandilla. Se pasó la mano por su espeso cabello y se aclaró la garganta por segunda vez. —No, estaba trabajando. Luego estuve con Catherine. No lo vi llegar a casa. Él estaba allí antes de que viniera la ambulancia.

—¿Cómo terminó Catherine en el fondo de la piscina? —preguntó Victoria. Atrapó la mirada de George y la sostuvo.

—Yo... no lo sé. Estaba pasando por un momento difícil con algunas cosas.

Victoria esperó, pero eso fue todo lo que George tenía que decir al respecto. —¿Y dejó de ocuparse de la propiedad de Catherine... cuándo? —preguntó.

George se metió ambas manos en los bolsillos y levantó la mirada al cielo, como si buscara la respuesta. —Un mes después de que casi se ahogara.

Unas risas infantiles llegaron desde algún lugar cercano. Victoria se giró hacia el sonido de las voces y el movimiento.

Una niña con coletas, pantalones cortos rosas y una camiseta de tirantes corrió hacia ellos desde el lateral de la casa. Tendría unos cuatro o cinco

años. Una niña un poco mayor corría tras ella. Vieron a Victoria en el porche y se detuvieron a unos metros de ella.

—Hola —dijo Victoria, sonriendo a las niñas.

Ellas le devolvieron la mirada con grandes ojos marrones y pestañas oscuras.

—¿Son sus hijas? —le preguntó Victoria a George.

—Mis sobrinas —respondió él—. Las hijas de mi hermana.

—Estamos viviendo aquí mientras mi papá está en la cárcel —dijo la más pequeña.

La niña mayor le dio un codazo a la pequeña en el costado y dijo: —Cállate. No se cuentan esas cosas a la gente.

—Id a jugar al patio trasero para que pueda tener una conversación de adultos. O entrad y empezad a prepararos para dormir —les dijo George, sin brusquedad y sin levantar la voz.

—Todavía no es hora de dormir. Falta mucho para irse a la cama —dijo la pequeña.

George observó a las niñas mientras se alejaban corriendo. Cuando desaparecieron tras el lateral de la casa, volvió a mirar a Victoria.

—¿En qué prisión está su padre? —Esperó con impaciencia a que respondiera el Centro Correccional de Rutherford, la misma prisión donde estaba Dan Sullivan. Eso habría presentado la primera conexión entre Catherine y el hombre que afirmaba haber matado a Phoebe.

En su lugar, George respondió: —En la Institución Correccional Federal de Petersburg.

—¿Cómo se llama su cuñado? —preguntó ella.

—Christian Davis.

—¿Por qué está dentro?

—Falsificación. Una sentencia de un año.

—¿Cree que Christian sabe lo que le pasó a Phoebe Watson? —preguntó Victoria.

—No. Él nunca ha hecho daño a nadie —dijo George con más pasión de la que había mostrado en toda su conversación.

Victoria le entregó su tarjeta. —Si se acuerda de cualquier otra cosa que deba saber, por favor, llámeme.

—Lo haré —dijo él.

Mientras caminaba por el sendero delantero hacia su coche, Victoria volvió la cabeza varias veces, vigilándolo mientras él permanecía en su

porche. Su historia encajaba con todo lo que sabía hasta ahora y, sin embargo, su comportamiento señalaba que había algo más que no le estaba contando. A diferencia de John y Taylor, él no había hecho una pregunta clave. ¿Por qué Victoria lo había visitado por la muerte de Phoebe, pero lo interrogaba sobre el accidente de Catherine?

CAPÍTULO 23

Presente - Victoria

El cielo nocturno estaba completamente negro cuando Victoria se instaló en su despacho para seguir trabajando, y sus perros se acomodaron en las camas más cercanas. Mientras iniciaba sesión en su ordenador, los altos ventanales reflejaban las luces de la lámpara de araña y su propio perfil sentado tras el escritorio.

Tras buscar en la base de datos de prisiones federales, descubrió que la ubicación actual de Christian no era la primera. Había estado detenido preventivamente en el Centro Correccional de Rutherford. El mismo lugar que Dan Sullivan. No eran compañeros de celda, aunque habrían tenido oportunidades de hablar durante las comidas o en el patio. Ahora solo existían unos pocos grados de separación entre Catherine Bower y Dan Sullivan. La conexión convenció a Victoria de que iba por el buen camino.

Dejó un mensaje para el gestor del caso de Christian, solicitando concertar una reunión con él.

Dado que la falsificación de moneda es un delito federal, Victoria tenía acceso a los expedientes de arresto de Christian. Mientras esperaba a que se abriera la base de datos del FBI, llamó al agente federal que lo detuvo. Eran casi las diez de la noche. Victoria no esperaba que respondiera, y no lo hizo. Dejó un mensaje para que le devolviera la llamada. Solo había leído la primera página de los archivos del caso de Christian cuando el agente le devolvió la llamada. Su rápida respuesta la sorprendió.

—Gracias por devolverme la llamada de inmediato —dijo Victoria—. Se lo agradezco mucho.

—No hay de qué. Tengo los expedientes de Christian Davis en pantalla ahora mismo.

—Yo también. Aún no los he leído. No esperaba que me devolviera la llamada tan pronto. Estoy investigando a Christian Davis en relación con el asesinato de Phoebe Watson.

—Conozco el caso.

—¿Qué puede decirme de Christian? —preguntó Victoria.

—Su condena no tuvo nada que ver con un asesinato. Le cayó un año por un cargo de falsificación. Intentó comprar un vehículo nuevo en efectivo. El concesionario avisó a la policía. No sabemos para quién blanqueaba el dinero. Se negó a decirnos de dónde lo había sacado. Solo pudimos acusarle de ese delito. Tal vez fuera el primero, porque estaba claro que no sabía lo que hacía.

—¿Solicitó el fiscal sus registros financieros? —preguntó Victoria.

—Sí. Sus únicos ingresos declarados procedían de George's Landscaping, así que ese negocio se vio arrastrado a la investigación.

—Oh, bien. George Martin también es sospechoso. ¿Aparece esa información en el expediente? —preguntó ella, desplazándose por las páginas escaneadas.

—Debería estar todo incluido. Estoy mirando el informe de síntesis ahora mismo. El grueso de los ingresos de George Martin procedía del patrimonio de Catherine Bower. Se le paga bien, desde luego. Más de lo que yo habría pensado. Eso despertó sospechas. Pero todo estaba en regla. Recibe un pago semanal automatizado por el mantenimiento de la propiedad. La misma cantidad de forma periódica justo hasta que terminó nuestra investigación.

—¿Cuándo terminó su investigación? —preguntó ella.

—Hace cuatro meses —le dijo él.

Victoria se recostó en su silla y arrugó la frente. —¿George recibía ingresos de Catherine Bower hace cuatro meses? Eso no encaja. Me dijeron que dejó de trabajar para la familia hace ocho meses.

—No según sus registros financieros. Recibió transferencias automáticas en su cuenta durante todo el periodo de nuestra investigación.

—Me pregunto si a la familia se le olvidó cancelar los pagos automáticos —dijo Victoria, pensando en voz alta.

—Podría ser. ¿Ha visto los pagos que recibió George en mayo?

—¿A qué se refiere?

—Recibió un depósito de una suma importante y un aumento considerable por su trabajo del año pasado. Teniendo en cuenta la actividad del cuñado, tuvimos que comprobarlo. El dinero procedía definitivamente de la misma cuenta que le ha estado pagando durante más de una década. Nada de dinero en efectivo. Todo electrónico. Todo legal. Pero desde luego parecía sospechoso.

—Mmm. Voy a leer los archivos. Puede que vuelva a contactar con usted si tengo dudas —dijo Victoria—. Gracias por llamarme y por el resumen.

—De nada. Cuando quiera, agente Heslin. Manténgame informado. En realidad...

—¿Ha pensado en algo más?

—No tiene que ver con el caso. Tengo una hija, Kylie. Tiene doce años y es una gran admiradora suya. Tiene una foto de una revista en su pared del vuelo 745. Si se la enviara por correo interno, ¿le importaría firmársela?

—Eh, claro.

—Genial. Le va a encantar. Ponga: «Para Kylie». Incluiré una nota para que sepa cómo se escribe su nombre y todo eso. Gracias de nuevo.

—Que pase una buena noche —dijo Victoria.

Siguió revisando los expedientes de Christian. Dejó de escanear al llegar al último pago importante que George había recibido. Uno de seis cifras. Fue la fecha del pago lo que le llamó la atención. 19 de mayo del año pasado. Una semana después de que Phoebe desapareciera.

Una suma elevada. Luego pagos de la familia Bower, que continuaron después de que él dejara de trabajar para ellos.

Aquello no parecía una coincidencia extraña. Parecía una extorsión.

¿Estaba George chantajeando a la familia Bower?

Incluso si fuera así, demostrar la extorsión no era fácil. Requería pruebas de que había amenazado a Catherine. George no iba a admitirlo, y dado que Catherine no podía hablar en su propio nombre, las pruebas serían difíciles de encontrar.

Sin embargo, basándose en la interacción de Victoria con George, la posibilidad del chantaje sencillamente no le parecía correcta. Él no le daba la impresión de ser el tipo de persona que hace exigencias a nadie, y menos a alguien tan poderoso como Catherine Bower.

Las palabras de Taylor resonaron en los oídos de Victoria: *Nadie mangoneaba a mi madre. Nadie podía intimidarla.*

Aun así, algo no cuadraba con George. Apenas podía sostenerle la mirada cuando hablaban, y tenía aquel hábito nervioso de tocarse la oreja. Se comportaba como si fuera culpable de algo. No... culpable no era la palabra adecuada para describir su comportamiento. Era más bien vergüenza.

¿Se avergonzaba de algo que había hecho su cuñado? ¿Era Christian el chantajista? Si lo era, ¿qué información tenía sobre Catherine?

Sin lugar a dudas, Catherine y sus jardineros guardaban secretos. Había demasiadas señales de alerta para ignorarlas.

CAPÍTULO 24

Presente - Victoria

A la mañana siguiente, después de salir a correr temprano con Ned, Victoria se duchó y se dirigió a la Institución Correccional Federal para reunirse con Christian Davis. La responsable del caso de Christian, Maria Ruiz, aún no le había devuelto la llamada. Sin la intervención de Maria, conseguir entrar en la prisión para ver a Christian podría llevar unos días. Victoria no disponía de ese tiempo.

Su jefe quería una actualización de sus progresos. Tenía la sensación de que cada minuto contaba, y cada hora que no la acercaba a descubrir la verdad era tiempo perdido. Porque si Sullivan pretendía atribuirse el asesinato de Phoebe y estaba mintiendo, el verdadero asesino seguía libre.

Victoria sabía que había cruzado la línea de lo molesto, pero aun así dejó otro mensaje para Maria. La persistencia solía ser la única razón por la que se conseguían las cosas. Luego llamó al marido de Catherine, John Murdock.

—Soy la agente especial Victoria Heslin. Nos conocimos el otro día.

—Sí. ¿Ha recibido la información que le envié?

—Así es. Muchas gracias. Le agradezco mucho su cooperación.

—Confío en que eso me exima de cualquier sospecha.

—Tengo unas cuantas preguntas más sobre George Martin, su antiguo jardinero.

—Adelante —respondió él.

—Me he percatado de que los pagos del patrimonio de los Bower a George continuaron después de que él dejara de trabajar para ustedes.

—No sé a qué se refiere. ¿Está diciendo que seguimos pagándole?

—Sí.

—¿Cómo sabe eso?

—Por una investigación relacionada.

—¿Otra investigación? No sé nada al respecto. Si le estamos pagando actualmente, obviamente no es correcto. Todavía tengo mucho que resolver con nuestras finanzas. Catherine se encargaba de todo, gran parte estaba automatizada. Se lo comunicaré a nuestro contable. ¿De cuánto dinero estamos hablando? No importa. No tengo por qué preguntarle a usted por mis gastos. Lo averiguaré. Está claro que sospecha de George por algún motivo. Por todas esas preguntas que hizo el otro día... Deduzco que es su principal sospechoso en la muerte de Phoebe. También cree que pudo haber intentado ahogar a Catherine. ¿Me equivoco?

—Yo no he dicho nada de eso, señor Murdock —respondió Victoria, aunque lo había pensado—. ¿Le importaría si hablara con su contable?

A Victoria le fastidiaba preguntar porque presentía que la respuesta sería negativa.

—Eso es cruzar la línea hacia nuestros asuntos personales y privados. Me temo que tengo que decir que no.

—Si pudiera encontrar una explicación para los pagos continuos a George y un pago único de seis cifras el pasado mes de mayo, le agradecería que me lo hiciera saber.

John no respondió de inmediato, dando a Victoria la impresión de que no sabía nada del dinero. O, por el contrario, lo sabía todo, no quería decirle la verdad y no tenía preparada una buena mentira.

—Le avisaré si considero que es relevante para su investigación. Dudo que lo sea —dijo él—. Y a partir de ahora, puede llamar a nuestro abogado.

—Envíeme el número, por favor —dijo ella antes de que él cortara abruptamente la llamada.

Victoria estaba a mitad de camino de la prisión cuando Maria Ruiz le devolvió la llamada.

—No se reunirá con usted —dijo Maria.

—¿Por qué no? —preguntó Victoria.

—Lleva dos meses de una condena de un año. Saldrá antes por buena conducta. Es su primer delito. Deje que el hombre salga de aquí de una pieza —dijo Maria, con tono protector hacia Christian.

—Creo que sabe algo sobre el asesinato de una mujer. Necesito hablar con él. En persona.

—Ya sabe cómo funcionan los rumores en la cárcel —dijo Maria—. Si los otros internos piensan que está cooperando con los federales, tendrá problemas. Christian no es un hombre violento, y ya lo ha pasado bastante mal.

—Necesito hablar con él. Concierte la cita a nombre de Victoria Heslin. Solo mostraré mi carné de conducir. Sin placa. Sin arma. Nadie sabrá quién soy.

—¿Me está tomando el pelo? Todo el mundo sabe quién es usted. El mundo entero siguió la búsqueda del vuelo 745. Su nombre e imagen estaban en todas partes. Y después del secuestro de la chica universitaria en México... todo el mundo sabe quién es usted.

—Quizá todos en las fuerzas del orden, pero desde luego no todo el mundo. Puede llamar a la reunión como necesite para protegerle. Por favor. ¿Puede conseguirme una cita para alrededor del mediodía?

Maria suspiró. —¿Cuándo?

—Hoy.

—¿Hoy? ¿Habla en serio? —se mofó Maria.

Victoria miró la hora estimada de llegada en su consola central. —Escuche, Maria, no se lo pediría si no fuera importante. Su cooperación podría ayudarnos a hacer justicia con esta joven. ¿No quiere formar parte de eso? —dijo Victoria, esforzándose por sonar animada aunque prácticamente estaba suplicando, porque su GPS indicaba que estaba a treinta minutos de la prisión.

—Está bien. Veré qué puedo hacer. Debería tener a un abogado presente.

—Mi caso no tiene tiempo para eso. Solo ayúdeme. Usted puede estar presente con nosotros.

—Sí, gracias. Como si no tuviera otra cosa que hacer hoy. Escuche, incluso si acepta y puedo organizar esto, no tiene obligación de responder a sus preguntas. Ah, y mantenga las manos en los bolsillos para que sus dedos no la delaten.

A pesar de las protestas de Maria, la gestora de casos consiguió la cita justo antes de que Victoria llegara a la prisión.

Cumpliendo su promesa, Victoria paró en una estación de servicio para llenar el depósito de gasolina y cambiarse de ropa. En el minúsculo cubículo de un aseo, cambió su traje de negocios color marengo por unos vaqueros, zapatillas y una camiseta gris que guardaba en su bolsa de viaje. Con su pelo rubio recogido en una coleta y pasado por la parte de atrás de su gorra, lucía el aspecto que solía tener los fines de semana y siempre que no estaba trabajando.

Dentro de la prisión, mantuvo las manos cerradas en puños relajados para ocultar los dedos que le faltaban. Tras mostrar su carné en la zona de registro, divisó a una mujer con gafas de montura oscura y pelo negro que la observaba.

La mujer asintió a Victoria y dijo:

—Soy Maria Ruiz.

—Hola, Maria. Gracias por organizar esto. Se lo agradezco de verdad.

—Tengo otra cita aquí en media hora. Así que ese es todo el tiempo del que dispone —dijo Maria.

Un guardia de prisiones las llamó desde un extremo del centro de visitas. Lo siguieron hasta una sala privada con paredes de hormigón gris verdoso y una mesa de metal.

El mismo guardia regresó unos minutos después con Christian. Con el uniforme caqui de la prisión, se veía musculoso y de constitución compacta, tirando a pequeño para ser un hombre. Era atractivo, incluso con una costra ancha y fresca en la sien. Tenía unos dientes bonitos y alineados, ojos de un marrón profundo y unas pestañas espesas envidiables. Las palabras de su gestora de casos cobraban sentido ahora. El tamaño de Christian y su innegable buen aspecto le causarían dificultades.

Maria hizo las presentaciones mientras Christian tomaba asiento.

—Obviamente no ha habido tiempo para que estuviera presente su abogado, pero Christian ha accedido a reunirse con usted —dijo Maria.

—Gracias —dijo Victoria.

Christian inclinó la cabeza.

—De nada. ¿En qué puedo ayudarla? —Su tono era educado. Se sentó con la espalda recta y el pecho hacia adelante, pero Victoria pudo ver la desesperación en sus ojos y el ligero temblor de sus manos.

—Hablé con su cuñado ayer —dijo Victoria.

—¿Con George? ¿Y? —preguntó Christian, arrugando la cara de modo que se formaron pequeños surcos alrededor de sus ojos y frente.

Victoria fue directa al grano, arriesgándose, con la esperanza de impactarle para que soltara sus secretos.

—Dan Sullivan dijo a la policía dónde encontrar el cuerpo de Phoebe Watson. Sabía dónde encontrarla porque usted se lo dijo. Estamos analizando las pruebas de sus restos y de la escena del crimen ahora mismo. Descubriremos quién la mató. Si fue usted, ahora es el momento de adelantarse a los hechos.

Christian parpadeó varias veces. El lado izquierdo de su boca tembló. —¿De qué está hablando? —preguntó, aunque ya era demasiado tarde para fingir que no sabía nada, y Maria también debió de verlo.

Maria hizo un gesto con la mano en el aire.

—Eh, eh. Dijo que él podría saber algo que ayudara a su caso. No mencionó que iba a acusarle de asesinato.

Tenía razón. Si Christian confesaba, la prueba no sería admisible. Victoria podía interrogarle sobre la falsificación porque ya había sido condenado, y sobre cualquier cosa que hubiera presenciado. Si sospechaba de él para algo más, debía andar con pies de plomo.

—Sullivan no mató a Phoebe, estoy segura de ello —continuó Victoria—. Sin embargo, sabía dónde encontrar su cuerpo. Alguien le dio esa información. Sé que fue usted. Quizá no la mató usted. Quizá fue su cuñado. O quizá fue otra persona. Usted sabe quién fue.

Mirando con dureza a Victoria, Maria dijo:

—No tienes que decir nada, Christian.

Él sacudió la cabeza.

—Lo ha entendido todo mal. No soy un asesino. George tampoco. Si lo ha conocido, eso debería resultarle obvio. No sabemos quién mató a la chica. Es la pura verdad, lo juro por Dios. Lo juro por la vida de mis hijas pequeñas, ninguno de los dos la mató.

La convicción de Christian resultaba persuasiva.

El ceño de Maria se frunció más.

—No debería haber aceptado esto. Christian debería tener un abogado presente.

—Si no me ayuda ahora, me veré obligada a trabajar con lo que tengo, lo que podría suponer añadir complicidad en un asesinato a su condena actual —dijo Victoria.

—No haga eso, por favor. No tengo nada que ver con el asesinato de nadie. —Christian se inclinó hacia adelante, suplicándole que le creyera.

—Sabía dónde encontrar a Phoebe, ¿verdad? Le dio la información a Sullivan. Dan Sullivan es un tipo enorme, y usted no. Estoy pensando que intercambió su información por protección.

El rostro de Christian se tensó, confirmando a Victoria que había acertado. Abrió la boca varias veces para decir algo, pero se detuvo.

Victoria cambió de táctica.

—Sé que Catherine Bower vio algo. Ahora no puede comunicarse. Estoy investigando qué le pasó realmente y lo descubriré. Por ahora, necesito que me cuente lo que sabe.

Christian se mordió el labio inferior.

—Nunca he hecho daño a nadie. Jamás.

—¿Entonces quién lo hizo?

Christian sacudió la cabeza.

Victoria probó con otro enfoque.

—¿Por qué George sigue recibiendo pagos del patrimonio de Catherine Bower cuando ya no trabaja allí? Desde mi perspectiva, parece que usted y George la estaban chantajeando.

Solo hubo una brevísima pausa antes de que Christian respondiera.

—Eso es una cuenta de jubilación. Como un plan de pensiones. Seguro que usted tiene uno. La mayoría de las empresas los proporcionan a sus empleados a tiempo completo si pueden permitírselo. La familia Smartbox puede.

¿Sería esa la verdad? Victoria pagaba bien a sus jardineros. Pero eso no incluía un plan de jubilación. Aunque ella no era su empleadora a tiempo completo.

—¿Qué hay del pago cuantioso que George recibió de Catherine Bower el pasado mayo? —preguntó Victoria.

—Lo mismo. El pago compensaba el no haber establecido un plan de jubilación cuando empezó a trabajar para ella. Eso es lo que ella le dijo. Todas las empresas tienen esas cosas. Es justo. Por una vez, un tipo humilde recibió lo que merecía en el buen sentido.

La cuenta de jubilación podía ser justa y merecida. También era inusual. ¿Era Catherine Bower realmente una empleadora tan maravillosa? El momento de los pagos sugería que había algo más en juego. El chantaje encajaba en ese perfil. Pero George no parecía poseer lo necesario para intimidar a una mujer como Catherine Bower. Ahora que Victoria conocía a Christian, tampoco creía que él fuera capaz.

Así que, si no la estaban chantajeando a *ella*... ¿era ella quien los estaba sobornando a *ellos*? ¿Pagándoles para que guardaran silencio? De repente, esa explicación parecía más adecuada.

—¿Por qué quería Catherine mantener a George callado? —preguntó Victoria—. ¿Qué tienen usted y George contra ella?

Christian guardó silencio. El sudor relucía en su frente.

Victoria quería ponerle nervioso para que hablara. Hasta ahora, no le había ofrecido ni de lejos lo suficiente. Tenía muchísimas preguntas y no sabía cómo encajaban las piezas que había reunido.

—Sé que usted y George estaban allí cuando Catherine tuvo su supuesto accidente —dijo Victoria—. ¿Estaban cansados del control que ella ejercía sobre ustedes?

Los ojos de Christian se agrandaron.

—Fue George quien le salvó la vida. Ya se lo he dicho, no somos de los que matan, y no teníamos motivos para dañar a la señora Bower. Todo lo contrario. Era nuestra jefa, y una excelente. Pagaba bien. Casi nunca se quejaba de nuestro trabajo. Dejaba que George cuidara de su propiedad como si fuera suya. A George le encantaba trabajar allí. A los dos.

—¿Entonces por qué lo dejó? —preguntó Victoria.

La silla de Maria chirrió contra el suelo al levantarse. Miró fijamente a Christian.

—Ya has dicho más que suficiente. Es hora de irse. —Llamó al guardia.

—Busco a la persona que asesinó brutalmente a una mujer de veintiséis años y la dejó enterrada en el bosque —dijo Victoria—. Eso es lo que me importa ahora mismo. Estoy segura de que sabe más de lo que dice. Averiguaré qué le pasó y quién está implicado.

Llegó el guardia y Maria dijo:

—Hemos terminado aquí. Puede dejarnos salir.

—¿Mató Catherine a Phoebe Watson? —preguntó Victoria.

Antes de que el guardia se llevara a Christian, hubo tiempo más que suficiente para que él dijera que *no*, o incluso un *no lo sé*.

Christian no respondió.

CAPÍTULO 25

Hace un año - Catherine

Bajo un cielo azul despejado y con un tráfico mínimo, Catherine se mantuvo en el carril central, preguntándose cuánto tiempo más podría conducir.

Se dirigía a la Universidad de Duke para reunirse con el Dr. Tarro. Su primera infusión médica no podía llegar lo suficientemente pronto. Cuanto antes empezara el tratamiento, más posibilidades tendría de mejorar. O más despacio empeoraría. Prefería lo primero. El tratamiento tenía que funcionar. Tenía que aportar algún beneficio.

Catherine cambió el canal del satélite. Una letra familiar inundó el coche. *Yesterday. All my troubles seemed so far away.* La canción nunca había resonado tanto en su vida como ahora. El tema de los Beatles le trajo a la mente a la difunta esposa de Paul McCartney, Linda. Había sucumbido a un cáncer de mama a los cincuenta y seis años, apenas tres años después de su diagnóstico. Ese dato siempre había inquietado a Catherine, pues servía como un crudo recordatorio de la inevitable mortalidad de todo el mundo. A pesar de la inmensa fama y los recursos de Paul, la búsqueda desesperada de los mejores tratamientos médicos no pudo salvarla.

Steve Jobs era otro ejemplo. La creatividad del cofundador y presidente de Apple se vio interrumpida bruscamente por el cáncer a los cincuenta años. Quizá su diagnóstico llegó tarde porque descuidó sus revisiones periódicas. Catherine no lo sabía. La realidad seguía siendo la misma. Ni la riqueza, ni el poder, ni la fama tenían control sobre las muertes prematuras y las enfermedades que alteran la vida. Catherine se unía a los innumerables

otros que sufrían a pesar de sus medios. Ella no era la primera y no sería la última. Pero lucharía con todo lo que tenía. Se negaba a rendirse en silencio ante la oscuridad. Tenía demasiado por lo que vivir. Demasiadas cosas le daban alegría. Conciertos de piano. Vacaciones en la casa de Tailandia. Su familia, especialmente Will, el único que no ponía a prueba su paciencia de forma activa.

Con las manos firmes en el volante a las diez y a las doce, adoptó una actitud positiva y dio gracias por su suerte. Ya había contratado a un médico personal con experiencia en cuidados de Alzheimer. El acuerdo privado le garantizaba acceso inmediato cuando tuviera preguntas sobre su estado, y ahora se dirigía a uno de los mejores centros de investigación médica del país.

Había encargado a expertos en el campo del Alzheimer que buscaran los nuevos protocolos de tratamiento más prometedores. Basándose en esos hallazgos, había valorado la Clínica Mayo. Un equipo de allí había obtenido recientemente unos resultados preliminares fascinantes. Por suerte para ella, el equipo del Dr. Tarro en Duke Medical también estaba cosechando éxitos. Su campus médico estaba más cerca de su casa y era más fácil llegar. La ventaja añadida del tratamiento en Duke era ver a Will. Más tarde, esa misma noche, lo llevaría a él y a algunos de sus amigos a cenar. Tenía muchas ganas de ese encuentro.

Sonó su teléfono. Miró la consola, no reconoció el número e ignoró la llamada. Probablemente un comercial. La siguiente canción estaba terminando con un solo de guitarra cuando el teléfono le avisó de un mensaje de voz. Esperó a que un camión de dieciocho ruedas la adelantara por la izquierda antes de escuchar el mensaje de quien llamaba.

—Soy el detective Brady, del Departamento de Policía de Arlington, busco a Catherine Bower. Llamo por Phoebe Watson. Está desaparecida. Usted figura en su lista de clientes privados y estoy llamando a todos. Necesito saber cuándo la vio por última vez, cuándo habló con ella por última vez y si sabe a dónde podría haber ido. Devuélvame la llamada a este número.

La grabación terminó con un clic.

Catherine apretó la mandíbula. Soltó una risa amarga. *¡Tiene que ser una broma!*

Phoebe estaba «desaparecida» porque estaba con John.

Qué ridículo por parte de Phoebe tirar a la basura su negocio, destruir sus relaciones con los clientes. Eso es lo que había hecho al marcharse de la ciudad sin decírselo a nadie, y todo por una aventura con John. Al parecer, Phoebe no sabía que la riqueza de John pertenecía a Catherine y que él vivía de los ingresos que ella le proporcionaba. No lo llamaban una asignación, aunque eso era exactamente lo que John recibía. Por qué se había casado con alguien tan poco ambicioso, no sabría decirlo. Quizá porque, en ese aspecto, era lo opuesto a su primer marido. Sin embargo, habían acabado teniendo algo en común. Ella no había sido suficiente para ninguno de los dos.

No. No era eso. Ella no había hecho nada malo. Eran ellos. Ellos eran los traidores.

Mientras tanto, Phoebe estaba *desaparecida.*

Si el detective cumplía bien con su trabajo, pronto la encontraría en Kiawah con John. Más le valía a Phoebe dar señales de vida antes de eso. Si la búsqueda continuaba, si la gente se enteraba... si Taylor y Will se enteraban... aquello podría ser demasiado para Catherine.

CAPÍTULO 26

Hace un año - Catherine

Catherine estaba a solas con sus pensamientos, y aún a una hora de camino de Duke, cuando recibió otra llamada. Era Taylor. Lo que significaba que necesitaba algo.

Catherine amaba a su única hija con todo su corazón, pero Taylor era una irresponsable y solo se preocupaba por sí misma. El fuerte sentimiento de superioridad de Taylor provenía de su educación consentida. Catherine culpaba de ello a su primer marido, el padre de Taylor. La había adorado. Se lo había dado todo sin esperar nada a cambio. Su ausencia dejó a Taylor destrozada, razón por la cual Catherine tuvo que mimar a su hija de tantas maneras. Para cuando Taylor se hubo recuperado y Catherine intentó inculcarle el sentido de la responsabilidad, ya era demasiado tarde. Taylor se resentía ante cada intento. Lo más normal era que sus interacciones terminaran de mala manera.

—Hola, Taylor —dijo Catherine—. ¿Cómo estás?

Catherine se preparó para lo que vendría después. Quizá Taylor la sorprendería y diría que solo llamaba para ver cómo estaba, para asegurarse de que Catherine se encontraba bien.

—He estado mejor —respondió Taylor—. Bud y yo acabamos de romper.

—Lo siento, cariño. —Taylor había tenido tantos novios que Catherine apenas podía llevar la cuenta. No había tenido ninguna relación seria a largo plazo. De esas se acordaría. Solo una larga serie de relaciones que nunca parecían funcionar. Relaciones cortas que siempre dejaban a Taylor sintiéndose ofendida por diversos motivos.

—Estaré bien —dijo Taylor—. No es que fuera algo serio ni nada parecido. No me gustaba mucho. Odiaba su aliento.

Catherine oyó un suspiro fuerte y un chasquido. Su hija mascando chicle.

—Además, acabo de recibir la factura de la AmEx y me había olvidado del viaje a Aruba con Lucy. Creo que debo más de lo que tengo ahora mismo. ¿Podrías ingresar más dinero en mi cuenta?

—Claro —dijo Catherine—. Ahora no puedo hacerlo. Estoy conduciendo. Voy de camino a Duke. Envíame un correo electrónico y dime cuánto necesitas. —Taylor añadiría unos cuantos miles a lo que ya debía. Catherine podía permitírselo, aunque le preocupaba que su hija nunca aprendiera a valerse por sí misma ni a solucionar sus propios problemas como había hecho ella.

Taylor no preguntó el motivo de la visita de Catherine. Para ser justos, probablemente al oír Duke supuso que su madre iba a visitar a Will.

—Mi entrenadora personal ha desaparecido —dijo Catherine. No tenía intención de compartir esa información con nadie y, sin embargo, se le había escapado.

—¿A qué te refieres con desaparecida? —preguntó Taylor—. ¿Como si alguien la hubiera secuestrado?

—Lo dudo mucho. Solo sé que me ha llamado un detective. Están llamando a todos sus clientes.

—Qué raro —dijo Taylor, y eso fue todo el tiempo y la atención que le dedicó al tema—. Ah, otra cosa que quería decirte. Si todavía quieres que busque un trabajo, creo que me gustaría trabajar para Clauss y Steinman. ¿Conoces a alguien allí? ¿Puedes conseguirme una entrevista con alguien? No creo que sea tan malo. Te dije que Stacey Morgan trabaja allí, ¿verdad? No es que sea muy lista y ya lleva un año allí.

—No conozco a nadie allí. ¿Por qué no le pides a Stacey que te ayude a conseguir una entrevista?

—Ni hablar. Sería muy vergonzoso. No quiero que piense que no puedo conseguir un trabajo por mi cuenta.

—Ya —dijo Catherine, poniendo los ojos en blanco. Su hija no bromeaba. Por triste que fuera, también resultaba algo divertido—. Veré qué puedo hacer —dijo Catherine—. Envíame un correo sobre el tema para que no se me olvide.

—Lo estoy haciendo ahora —dijo Taylor—. He enviado lo que necesito para la AmEx y una nota sobre el trabajo.

Catherine se limitó a asentar con la cabeza y Taylor no pudo verla.

—¿Madre? ¿Estás ahí? ¿Estás bien? —preguntó Taylor.

—Todo lo bien que se puede estar, cariño.

—Will os oyó discutir a John y a ti. Me contó de qué iba el tema. Si John te está poniendo los cuernos, tienes que mandarlo a la mierda. Deshazte de él. Ya tienes bastante encima sin esa basura. Échalo. No lo necesitas. Papá nunca te habría hecho algo así.

Taylor se equivocaba en muchos aspectos. Tenía a su padre en un pedestal. Por lo que Taylor sabía, él no había hecho nada malo. Catherine dejaba que sus hijos se creyeran la mentira. Era el regalo que podía hacerles. En parte, protegerlos de la verdad también era una decisión egoísta. No quería que pensaran en ella con la lástima o el desdén que ella había sentido hacia su propia madre. Ojalá nunca se hubiera sentido así, pero lo hizo.

El padre de Catherine era un mujeriego empedernido. Tuvo una larga serie de aventuras de una noche y romances breves. Para cuando Catherine empezó el instituto, ya lo sabía, y su madre también. Era imposible que no lo supiera, las señales eran demasiado evidentes. Sin embargo, se quedó con él. Catherine decidió que nunca dejaría que nadie la tratara con semejante falta de respeto.

Luego llegó el Alzheimer precoz de su madre. Inesperado. Inoportuno. Aterrador y triste. En los difíciles años finales de su madre, Catherine fue testigo de la inquebrantable devoción que su padre mostró al cuidarla. Organizó el mejor sistema de apoyo, proporcionando una excepcional enfermera interna y un equipo de ayudantes dedicados. Sin embargo, fue su padre quien asumió el papel de cuidador principal, dándole de comer cuando ella ya no podía hacerlo por sí misma, asegurándose de que se sintiera amada y querida. La arropaba en la cama cada noche, susurrándole declaraciones de amor hasta su último aliento. La madre de Catherine permaneció en el santuario de su hogar. La presencia de su marido garantizó que recibiera unos cuidados excelentes.

A pesar de los desafíos que enfrentaron como pareja, la dedicación de su padre fue un testimonio de su amor y compromiso. Catherine sabía que quería ese mismo apoyo incondicional, incluso si venía acompañado de infidelidades por el camino.

Catherine volvió a prestar atención a la conversación con su hija y dijo:

—En realidad, Taylor, sí que necesito a John.

Pero ¿le daría él lo que necesitaba cuando llegara el momento?

CAPÍTULO 27

Hace un año - Catherine

Poco antes del mediodía, Catherine llegó al Centro Médico de la Universidad de Duke. Salió de su Mercedes y se encontró con el pintoresco campus. Los extensos jardines verdes y los majestuosos edificios neogóticos desprendían un aura de excelencia académica. Se protegió los ojos de los rayos del sol con un sombrero de ala ancha y gafas de sol.

Catherine conocía el camino hacia el edificio médico donde tendría lugar la presentación sobre el ensayo clínico del Neruvenax. Un nerviosismo emocionado le recorría las venas. Un posible salvavidas la esperaba.

Dentro de la gran sala de juntas, Catherine se unió a otros posibles donantes. Picoteó algo de fruta fresca, un sándwich pequeño y un delicado petit-four. No pudo evitar preguntarse quiénes de los presentes compartían su doble papel de benefactora y paciente. Nada motivaba más a la gente a abrir sus cuentas bancarias que una situación extrema que afectara directamente a su propio bienestar. La desesperación podía encender actos de generosidad memorables.

La presentación estaba a punto de comenzar y ella se situó en el borde del asiento, con los sentidos agudizados. El ensayo clínico del Neruvenax le había devuelto la esperanza, mezclada con la siempre presente posibilidad de una decepción.

El doctor Tarro, director del ensayo del Neruvenax, se presentó. Un listado de sus credenciales apareció en la pantalla blanca detrás de él: estudios de grado en Harvard, facultad de medicina en Duke y una lista que parecía representar dos vidas enteras de investigación médica previa.

El historial académico y de investigación de Tarro desapareció, sustituido por una sola palabra: Neruvenax. El antídoto potencial para la criptonita de Catherine. La medicina que esperaba que hiciera magia en su cerebro.

El doctor Tarro se puso de lado y apuntó con un puntero láser rojo a la primera línea de la pantalla. Describió la investigación del fármaco, los estudios con animales y los recientes ensayos con humanos. A pesar de su impresionante currículum, el doctor Tarro hablaba con voz monótona, incapaz de transmitir el entusiasmo que ella quería sentir. Pero si toda su energía se destinaba a sus pacientes y a ofrecer resultados eficaces, no le importaba que tuviera la personalidad de un mueble.

—La terapia intravenosa es para pacientes con deterioro cognitivo leve y demencia leve —dijo, casi sin entonación—. La FDA concedió la aprobación acelerada basándose en la reducción de la beta-amiloide, una proteína fundamental en la enfermedad de Alzheimer. El Neruvenax funciona evitando que las placas de amiloide se agrupen.

Catherine conocía los hechos. Tomó notas de todos modos, concentrándose como si su profunda comprensión fuera a reforzar la eficacia del tratamiento.

Una nueva lista de información llenó la pantalla a espaldas del doctor Tarro. —En nuestra primera ronda de ensayos clínicos, tras nueve meses con la medicación, el 62 % de los participantes mostró mejoras cognitivas —dijo—. Los efectos secundarios incluyeron vértigo, náuseas, inflamación cerebral y microhemorragias. Es necesario realizar resonancias magnéticas repetidas a lo largo de todo el protocolo de tratamiento para detectar esos cambios.

Catherine tenía una cita con el doctor Tarro en cuanto terminara la presentación. Él aún no la había aceptado oficialmente en el ensayo. El protocolo exigía personas en las primeras etapas... comprobado. Por lo demás sanas... comprobado. Personas con un familiar cercano con la enfermedad... comprobado. Luego estaba el cheque de donación que ella había prometido. Tenían que aceptarla.

El doctor Tarro volvió a mirar la pantalla y ajustó el haz del láser rojo. —Antes del tratamiento, los pacientes se reúnen con nosotros para una visita de referencia, que incluye análisis de sangre y pruebas físicas y cognitivas. Se les asigna aleatoriamente a un grupo de tratamiento o a un grupo de control. Los pacientes asignados al grupo de control pueden recibir un

placebo, un medicamento o una serie de pruebas que no tienen ningún efecto.

Catherine escribió *placebo* en su bloc de notas seguido de tres signos de interrogación y uno de exclamación.

Cuando concluyó la presentación, el director agradeció a todos su asistencia. Mientras los demás recogían sus pertenencias y se levantaban, él buscó el contacto visual con Catherine. Se reunió con ella al final de un pasillo y salieron juntos de la sala.

—¿Pueden hacerme los análisis de sangre y las demás pruebas hoy mismo? —preguntó ella mientras caminaban por un arco que conectaba un edificio con otro—. Estoy ansiosa por empezar lo antes posible.

—Sí —respondió él—. Cuando lleguemos a mi despacho, necesito echar otro vistazo a su historial y hacerle unas cuantas preguntas más.

Charlaron, aunque Catherine llevó el peso de la conversación, mientras entraban en el siguiente edificio, subían un tramo de escaleras y entraban en su despacho. Le habló al doctor de Will, de cómo estaba terminando su último año de carrera, y de que la ubicación del ensayo clínico le venía muy bien. Ahora tendría una excusa para ver más a su hijo.

El doctor Tarro era un conversador pésimo. En lugar de caminar en silencio a su lado, Catherine persistió.

—Ha hecho de la búsqueda de una cura para el alzhéimer el trabajo de su vida. ¿Por qué eligió este tema de estudio? ¿Tuvo algún familiar con la enfermedad? ¿Fue eso lo que le motivó a buscar una cura?

El doctor Tarro se limitó a asentar con la cabeza. Habían llegado a su despacho. Dentro, se sentó tras su escritorio y se puso a trabajar en su ordenador. Catherine se sentó frente a él, retorciéndose las manos en el regazo.

—Tengo las pruebas y el diagnóstico que enviaron sus médicos —dijo—. Parece que se encuentra en las etapas iniciales de la enfermedad.

—Sí, si no fuera por mis antecedentes médicos, por la experiencia de mi madre, puede que no hubiera entendido lo que estaba pasando. Lo habría atribuido a cambios hormonales y todavía no tendría un diagnóstico.

—¿Tiene problemas con la percepción de la profundidad o algún problema de visión? —preguntó él.

—Sí. Diría que he experimentado algunos problemas.

—¿Dificultad para reconocer rostros?

—No.

—¿Dificultad para encontrar palabras específicas?

—Unas cuantas veces.

—¿Extravía objetos?

Ella vaciló. —No.

—¿Está olvidando cosas? ¿Pierde minutos u horas de su memoria a corto plazo?

—No —dijo ella.

—¿Cambios en el comportamiento o la personalidad?

—No —dijo ella, estremeciéndose por dentro al recordarse a sí misma gritándole a John y lanzando su copa de vino contra la pared del salón.

—No que usted sepa —dijo él. El doctor golpeó el teclado mientras sus ojos se movían de izquierda a derecha y viceversa.

Para mantener la calma, Catherine tamborileó sobre sus muslos la Balada n.º 4 en fa menor de Frederic Chopin. La interpretó de principio a fin mientras el doctor Tarro miraba fijamente su pantalla. —¿Necesita alguna otra información de mi parte? —preguntó finalmente.

—Estoy revisando la información que nos envió. Todo lo que está tomando actualmente. Es una lista larga.

Lo era. Remedios herbales, vitaminas y otros suplementos conocidos por promover la salud cognitiva. Vitamina E, ácidos grasos omega-3, ginkgo, cúrcuma.

—Hay pocas pruebas que respalden que estas cosas sean tratamientos eficaces —dijo él, sin mirarla—. Los suplementos pueden interactuar con la medicina de nuestro ensayo. Nos gustaría que dejara de tomar todo lo demás.

—Oh —dijo ella, pensando en las docenas de botes y frascos que ahora llenaban su despensa.

—Y no ha enumerado ningún consumo de alcohol ni de drogas recreativas. ¿Es correcto?

—Solo alguna copa de vino ocasional —respondió ella, con la intención de reducir el consumo para dar al tratamiento la mejor oportunidad de funcionar sin interferencias—. Entonces, ¿ha determinado si soy apta para el ensayo?

—Sí, lo es —dijo él, esbozando una sonrisa—. Le pido disculpas por no haberlo aclarado ya.

Sintió una liberación enorme de tensión. —Es maravilloso. ¿De verdad cree que me ayudará?

—Los efectos podrían ser modestos. Realmente no hay forma de saber si sus síntomas serían más graves sin el fármaco. Los beneficios para la memoria aún no están claros.

Su respuesta parecía estar a kilómetros de distancia del *sí* que ella tanto necesitaba oír. ¿Creía el médico en el tratamiento o no? No lo parecía. Al menos, todavía no. Sin embargo, la investigación la había convencido de que el protocolo era una de sus mejores bazas.

—Recibiré el fármaco real, ¿verdad? No el placebo —dijo ella.

El doctor Tarro giró en su asiento para encararla. Inclinó la cabeza y miró fijamente a Catherine.

Ella sabía que no era justo esperar recibir la medicina cuando nadie más podía estar seguro de ello. Pero mala suerte. Nada en la vida era justo, y a todo aquel que no lo supiera todavía, le esperaba un amargo despertar.

Catherine pestañeó y, aunque su voz destilaba encanto, su intención era clara. —¿Cuántos de sus otros pacientes están financiando tan generosamente su estudio?

El doctor sostuvo su mirada. Tras unos segundos, asintió.

—Bien. Me alegro de que nos hayamos entendido. Me gustaría empezar lo antes posible. Con la *medicina real*, de verdad —añadió para asegurarse de que quedara claro.

—Puede empezar el lunes —dijo él, sin rastro de sonrisa—. ¿Le viene bien ese día?

—Sí —respondió ella.

Por fin, creía que algo en su vida estaba a punto de cambiar para mejor.

CAPÍTULO 28

Presente - Deja

Will no había faltado a una sola videollamada con su madre desde que llegó a Europa. Deja podía confiar en él. Ella se esmeraba en el peinado y el maquillaje de Catherine para que se viera lo mejor posible.

Deja consultó la hora. Faltaban cinco minutos para las tres. Después de llevar a Catherine en silla de ruedas fuera del baño, Deja volvió a meterse para comprobar su propio reflejo. No quería que nadie la viera alisándose el pelo o aplicándose una capa de brillo de labios. No solía hacer esas cosas en el trabajo, y ahora las hacía todos los días, justo antes de la llamada programada de Will.

Deja esperaba las tres en punto con un cosquilleo de emoción en su interior. Will irradiaba energía positiva y un espíritu aventurero. Compartía historias entretenidas sobre los lugares que visitaba, su búsqueda de restaurantes y pubs recomendados y sus charlas con gente de todo tipo. Will manejaba con maestría las conversaciones unilaterales con su madre, sin permitir nunca pausas incómodas. Se comportaba como un presentador de televisión narrando un programa improvisado titulado *Aventuras de viaje de Will*. A menudo dirigía sus preguntas a Deja, entablando una charla entre ellos.

Si pasaba un día en el que Will estaba demasiado ocupado y no tenía tiempo de llamar, Catherine no sería la única decepcionada.

Deja tenía el iPad listo cuando entró la videollamada pocos minutos después de las tres.

—Hola, mamá. Hola, Deja —dijo Will.

—Hola —respondió Deja mientras apoyaba el iPad en el escritorio frente a Catherine y luego retrocedía unos pasos, fuera de la vista de la cámara. El rostro de Will llenó la pantalla. Llevaba una gorra gris y tenía una sombra de barba de varios días.

—Hace un día precioso. No hay ni una nube de lluvia a la vista —dijo él —. He pensado que os gustaría ver Londres conmigo hoy.

Giró la cámara de su teléfono y la movió para ofrecer una vista panorámica de una calle de la ciudad.

Una sensación de familiaridad inquietante envolvió a Deja mientras observaba los edificios históricos y los escaparates que flanqueaban la carretera. Esta era la ciudad donde ocurrió la trágica muerte de su madre.

Will volvió a girar la cámara, pasando de las calles de la ciudad a su rostro sonriente. —¿Qué os parece? —preguntó.

Un sollozo se le quedó atrapado en la garganta de Deja mientras los recuerdos terribles la asaltaban. Su rostro se contorsionó mientras luchaba por mantener la compostura.

—Disculpadme —dijo, alejándose rápidamente del iPad. Tuvo que reprimir otro sollozo y apretar los labios. Extrañaba mucho a su madre.

Deja fue al baño y cerró la puerta casi por completo. Necesitaba librar su mente de esos recuerdos espantosos. A punto de perder el control, llenó el lavabo con agua jabonosa. Tras recoger las brochas de maquillaje de Catherine, Deja empezó a limpiarlas de la misma forma que había visto hacer a su madre años atrás.

Cuando Deja terminó de colocar las brochas sobre una toalla de mano, ya había recuperado el control de sus emociones. Había devuelto su dolor anterior a su estado habitual: una sensación crónica de vaga melancolía. En la habitación principal, Will seguía narrando paso a paso todo lo que sucedía a su alrededor. Caminaba por una calle bulliciosa llena de peatones, coches y un autobús de dos pisos.

Parte del rostro de Deja apareció en el campo visual de la cámara al acercarse al lado de Catherine.

—Oye. ¿Adónde te habías ido? —preguntó Will.

—Tenía que ocuparme de unas cosas en la otra habitación.

—¿Qué pasa? ¿Está todo bien por ahí?

—Solo algunos recuerdos dolorosos —respondió ella.

—¿De qué? Si no te importa que pregunte.

Deja suspiró. —Es una historia larga y triste —dijo, sorprendida por haber compartido siquiera eso.

—Cuéntanoslo. Tenemos tiempo. Sé que a mi madre le gustaría saber qué te preocupa. A menos que ya se lo hayas contado. Supongo que no sé de qué habláis cuando estás con ella.

—Hago lo mismo que tú —dijo Deja—. Hablo sobre lo que estamos haciendo. En lo que pienso mientras lo hacemos. Lo que vamos a hacer después.

—¿Y en qué estabas pensando que te puso triste?

El corazón de Deja se encogió mientras permanecía detrás de la silla de ruedas de Catherine, acariciándole los hombros. Un breve debate interno se desató en su interior. Trabajaba para Catherine y no debería explayarse sobre su vida personal, especialmente sobre su historia cargada de dolor. No era apropiado. Pero algo la impulsó a compartirlo. Con una respiración profunda, comenzó a relatar el día que cambió su vida para siempre.

Detalles vívidos resurgieron en la conciencia de Deja. El letrero rosa vibrante en letra cursiva de la tienda de regalos de la que acababan de salir, el bastón de caramelo a rayas en su mano y la bolsa que contenía un regalo para su abuela; todos elementos insignificantes que ahora tenían un peso inmenso. El regalo nunca llegó a casa, perdido para siempre en el implacable giro de los acontecimientos.

La voz de Deja tembló mientras pintaba el cuadro de su viaje inocente.

Cruzando la calle por delante de su madre.

Un coche acelerando al doblar la esquina, demasiado rápido para una zona peatonal.

Los gritos de su padre desde el otro lado de la calle.

Deja se quedó paralizada, clavando la vista en el deportivo rojo cereza. A través del parabrisas, cruzó la mirada con el conductor. Los ojos de él, de párpados caídos, se encontraron con los suyos.

Entonces, una sacudida impactante: un acto de sacrificio desinteresado cuando su madre la empujó hacia delante.

Deja hizo una mueca al recordar el estruendo sordo cuando el coche colisionó con su madre, lanzándola por los aires. Aterrizó en la acera, con los brazos y las piernas abiertos, inmóvil, exhalando su último suspiro. Esa imagen, más que cualquier otra, atormentaba las pesadillas de Deja hasta el día de hoy.

—Lo siento muchísimo —dijo Will.

Deja encontró sus ojos con los de él. —Está bien —susurró, aunque su voz revelaba una verdad distinta—. No hubo consecuencias para la persona que nos la arrebató. Nunca se detuvo. Tres transeúntes distintos anotaron su matrícula. Más tarde, nos enteramos de que era un diplomático extranjero con inmunidad. Probablemente borracho. No le pasó nada. No hubo justicia.

—Lo siento de veras —dijo él de nuevo—. ¿Por qué les pasan cosas terribles a las buenas personas?

Las palabras de Will resonaron en ella. Will y Deja compartían la experiencia de la pérdida. Estaban conectados.

Deja se vio incapaz de responder. Instintivamente, rodeó los hombros de Catherine con sus brazos.

—Oye, Deja —susurró Will—. Mira a mi madre.

Deja soltó a Catherine y se hizo a un lado a petición de Will.

Las lágrimas surcaban las mejillas de Catherine.

Catherine, aunque lastrada por la tragedia, seguía aquí. Estaba viva. Quizás no podía articular palabra ni comunicarse, pero podía participar de las experiencias y emociones de quienes la rodeaban.

Deja volvió a encontrarse con la mirada de Will y un entendimiento tácito pasó entre ambos.

CAPÍTULO 29

Hace un año - Catherine

Pocas horas después de reunirse con el Dr. Tarro, Catherine estaba exactamente donde quería estar: en un opulento restaurante de cinco estrellas cerca del campus. Sentados a su alrededor estaban Will y cuatro de sus amigos más cercanos de la universidad, incluido Nick, que compartía un apartamento fuera del campus con Will. Los cinco poseían el brillo radiante de la juventud, la fuerza y la energía.

Will tenía amigas. O al menos Catherine pensaba que las tenía. No encontraba ninguna razón por la que no fuera así. Simplemente no había tenido una novia seria en años. Sus estudios le quitaban demasiado tiempo. Catherine esperaba que conociera a alguien especial en la facultad de derecho. Todo el mundo debería tener a alguien en quien confiar y de quien poder depender. Nadie debería pasar por la vida completamente solo.

A menos que así lo quisiera.

Si hubiera descubierto los engaños de John antes de su diagnóstico, habría terminado su relación y habría abrazado una vida solitaria. No tendría remordimientos, aparte del de haberse casado con él.

Catherine inhaló profundamente. Tenía que dejar de pensar en John y disfrutar plenamente de este momento con su hijo y sus amigos. Para empezar, pidió para la mesa varias botellas del mejor vino del restaurante.

—Pedid los mejores cortes de carne de la carta —les dijo a los jóvenes—. Y tú —le dijo a Nick, que era vegano—, diles que te preparen algo fantástico y especial.

—Agradezco tu generosidad —dijo Nick, sonando muy sincero.

Un coro de gratitud surgió de alrededor de la mesa.

Catherine no sabía si Will les había contado el propósito principal de su visita, o sobre su enfermedad, y eso estaba bien. Ella no iba a sacar el tema. En su lugar, les preguntó por sus planes para el próximo año. Las conversaciones incluyeron charlas sobre puestos financieros en Nueva York y Charlotte, y un programa de postgrado en física. Nick, al igual que Will, estaba esperando noticias de las facultades de derecho. Eran unos jóvenes estupendos. A menos que ocurrieran tragedias imprevistas, tendrían vidas maravillosas. Catherine disfrutaba dejándose llevar por sus planes. Escucharlos le proporcionaba una necesaria distracción de sus problemas.

Sorbía su vino, sintiéndose animada por el alcohol y la energía positiva que la rodeaba. Catherine quería atesorar este momento. Esperaba recordarlo dentro de dos años. O incluso dentro de unos meses.

—¿Pasa algo nuevo o emocionante en casa? —preguntó Will cuando Catherine se quedó callada, incapaz de pensar en nada más que decir.

—Hum —dijo ella—. Tengo que buscar un nuevo entrenador personal. ¿Alguien a quien queráis recomendar? ¿Fuiste a clase con alguien que se dedique al entrenamiento privado?

—No. Lo siento. Conozco estudiantes que ofrecen entrenamiento aquí. No en casa —dijo Will—. ¿Qué pasó con tu última entrenadora? Pensaba que te gustaba.

—He oído que era muy guapa —dijo Nick.

Catherine esbozó una media sonrisa. —Hemos tomado caminos distintos —dijo, preguntándose por qué había sacado el tema cuando se lo estaba pasando bien—. ¿Qué tal un postre? —preguntó, al notar que Will y sus amigos habían rebañado todo lo que había en sus platos.

Antes de que pidieran nada más, su camarero se acercó a la mesa. Traía una magdalena con sprinkles de colores y una vela encendida en el centro, y la colocó frente a Catherine.

—¿Qué es esto? —preguntó. Para su cuadragésimo noveno cumpleaños aún faltaban semanas.

—Solo estamos celebrando que existes, mamá. O puedes llamarlo un cumpleaños adelantado si quieres. Siempre has estado ahí para apoyarme, y yo estoy aquí para ti. Totalmente. Animándote. Apoyándote. No hay nada que no puedas lograr.

Cada uno de los amigos de Will se levantó de su asiento para darle un abrazo. Will fue el último. La abrazó con fuerza y no la soltaba. —Te

quiero, mamá, y estoy muy orgulloso de ti. Tú puedes con esto, y nosotros estamos contigo.

Catherine sonrió. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Pasara lo que pasara después, necesitaba recordar lo afortunada que era gracias a Will.

Tras despedirse de su hijo y sus amigos, Catherine se registró en un hotel cercano. Dejó su maleta pequeña justo al lado de la puerta y se quitó los zapatos. Con su diario, se sentó con las piernas cruzadas tras el escritorio y anotó los detalles de la conversación durante la cena. Cuando terminó, le envió un mensaje a Will pidiéndole que le enviara las direcciones de sus amigos. Tenía planeado enviar un paquete de cuidados y un regalo de graduación a cada uno. Ya estaba deseando que tuvieran éxito.

Catherine estaba comprando en una página web que enviaba paquetes de regalos cuando John finalmente llamó. Ella dudó antes de responder. Aún mantenía el ánimo alto por la cena. Hablar con John le cambiaría el humor. Solo ver su nombre en el teléfono hizo que se le tensaran los músculos de la cara, pero no podía evitarlo por mucho tiempo. Soltó un suspiro de aire y pulsó el botón verde de *aceptar* en su teléfono.

—¿Cómo ha ido hoy? ¿Con el estudio médico? —preguntó John.

—Ha ido bien. Me han admitido.

—Eso es fantástico. Siento no haber podido estar allí contigo.

—Está bien. Llevé a Will y a sus amigos a cenar. Solo por eso ya ha valido la pena el viaje, y ahora estoy en el Washington Duke Inn.

—Ah, bien. Relájate y disfruta.

—Me quedaré aquí cuando vuelva para mis tratamientos. El proceso de infusión dura unas tres horas. Cada dos semanas. Recibiré la primera el lunes.

—Iré contigo. Podemos quedarnos allí juntos.

—Estupendo —dijo ella, con sequedad—. Por cierto, he recibido una llamada de un detective esta mañana. Está buscando a Phoebe. Te dije que ayer no apareció. Ahora parece que ha desaparecido. —Ahí estaba, ya lo había dicho. Estaba impaciente por oír cómo respondería él.

—Eso es extraño. Entonces, puede que después de todo no la despidieras. ¿Qué creen que le ha pasado?

—No sé qué creen. No me lo han dicho. ¿Qué te imaginas tú que le ha pasado? —Catherine intentó que su voz no sonara cortante. No lo consiguió del todo.

John notó el sarcasmo y suspiró. —No es algo en lo que vaya a ponerme a pensar. No sé dónde está tu entrenadora, Catherine.

Seguro que no, pensó ella, pero se mordió la lengua y no dijo nada más. Se incorporó más en la silla y levantó la barbilla, adoptando la sensación de autocontrol necesaria para ceñirse a su plan. Superaría el duro trance de fingir que su marido no la estaba engañando y lo haría con elegancia y madurez. Sin embargo, si Phoebe no volvía pronto a Virginia y al trabajo, si los detectives seguían buscando, el romance podría estallarles a todos en la cara.

Entró otra llamada; el número se desplazaba por la parte superior de la pantalla del móvil de Catherine. Al no reconocer el número, la ignoró.

—Será mejor que me vaya —dijo John—. Mañana empiezo temprano. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo ella, aunque ya no estaba tan segura. Quería quererlo. Él no se lo estaba poniendo fácil—. Que te diviertas —dijo, fingiendo sinceridad. Había tomado clases de actuación en el instituto y había participado en algunas obras en la Universidad. Si se lo proponía, podía fingir tan bien como el mejor.

Apareció una nueva notificación. El autor de la llamada anterior había dejado un mensaje de voz. Catherine le dio al play.

—Soy el detective Brady llamando para Catherine Bower de nuevo. Necesito hablar con usted. Dejó un mensaje telefónico para Phoebe Watson el miércoles por la mañana. Me gustaría saber de qué se trataba. También tengo algunas preguntas sobre su jardinero, George Martin. Fue una de las últimas personas que habló con Phoebe antes de que ella dejara el trabajo. Antes de que fuera vista por última vez.

Catherine no podía imaginar que su reservado jardinero y su extrovertida entrenadora tuvieran nada en común. George era al menos diez años mayor que Phoebe, lo cual, ahora que Catherine lo pensaba, era una diferencia de edad menor que la que había entre Phoebe y John.

Quizá Phoebe era mucho más amable con todo el mundo de lo que Catherine imaginaba.

Mantuvo el dedo sobre el botón de borrar durante un instante, luego cambió de opinión y dejó el mensaje del detective en su teléfono.

CAPÍTULO 30

Presente - Deja

Debido a un accidente, el tráfico no avanzaba. Dentro de su Honda, Deja tamborileaba con sus uñas pintadas de gris sobre el centro del volante. Nunca las había llevado muy largas, y ahora las tenía cortas. Necesitaba mantenerlas así para no pinchar a Catherine en el ojo ni en ninguna otra parte.

Deja consultó en su móvil una ruta alternativa. Todas estaban colapsadas. El café que había preparado en casa se había enfriado hacía rato hasta alcanzar una temperatura molesta, apenas tibia, pero aun así se bebió las últimas gotas. Al llegar al trabajo, siempre se cepillaba los dientes para asegurarse de no desprender aliento a café sobre la cara de Catherine. Hoy tendría que saltarse esa tarea y correr directamente a la habitación de Catherine.

Cuando por fin llegó a Atrium Gardens, pasó su tarjeta por el escáner y fichó en el ordenador de registro.

—Deja. Hola.

Se giró y vio a Jasmine detrás de ella.

—Pásate por el despacho antes de ir a la habitación de Catherine. La directora quiere verte —dijo Jasmine.

Deja solo había hablado con la directora del centro un par de veces. Técnicamente, Deja trabajaba para la agencia, no para Atrium Gardens, pero la directora era la máxima responsable del cuidado de cada residente.

—¿Sabes por qué quiere verme? —preguntó Deja.

—No —respondió Jasmine—. Pero hay alguien allí con ella. Alguien que parece importante.

Deja caminó a paso ligero hacia el despacho. Le preocupaba que le fueran a llamar la atención por llegar quince minutos después de su hora habitual. Era la primera vez que llegaba tarde.

La directora estaba de pie junto a su mesa. Cerca de ella, una mujer de mediana edad con un traje impecable observó a Deja entrar en el despacho.

—Deja, la estábamos esperando —dijo la directora. Ni una sonrisa.

La mujer del traje no perdió ni un segundo antes de dar un paso al frente. —Soy Larissa Carmichael. Abogada del patrimonio de los Bower. La familia Bower se encuentra actualmente en medio de una investigación criminal debido a su llamada a la policía.

—Ah. Lo siento, yo...

Larissa no la dejó terminar. —Lo hecho, hecho está. La familia de Catherine desea que continúe en su puesto. Simplemente no podemos permitir que algo así vuelva a suceder. A partir de ahora, si tiene alguna preocupación relacionada con la señora Bower o su familia, debe llamar primero a la agencia. No debe ofrecer información a nadie. Si un representante del departamento de policía, del FBI o de cualquier otro lugar le hace preguntas relacionadas con la familia Bower y su vida personal, debe responder que no tiene comentarios.

Deja asintió.

—¿Está claro?

—Sí —dijo Deja.

—Usted aceptó y firmó acuerdos de confidencialidad cuando aceptó su puesto —continuó Larissa—. Cualquier incumplimiento posterior de su contrato resultará en el despido y en procedimientos legales contra usted.

—Vaya —dijo Deja, sintiendo que le ardían las mejillas.

—Usted es responsable del cuidado personal directo de Catherine Bower. De nada más. ¿Comprendido?

—Sí —dijo Deja.

Sin bajar la mirada, Larissa abrió una fina tarjetero plateado y le tendió una tarjeta de visita a Deja para que la cogiera. —Aquí tiene mi número. Si alguien de las fuerzas del orden quiere hablar con usted, llámeme. No hable con ellos.

—Lo haré —respondió Deja, sintiéndose humillada. Todo por haber contactado con la policía. Aquella llamada y su reunión con el agente del

FBI, Heslin, no habían valido la pena por los problemas que habían causado. Todavía no habían encontrado al asesino de Phoebe Watson.

CAPÍTULO 31

Presente - Deja

A las tres en punto, Will les sonrió a Catherine y a Deja desde la pantalla del iPad.

Deja no podía dejar de pensar en su reunión en el despacho de la directora. Alguien de la familia de Catherine debía de haber llamado a su abogada. ¿Había participado Will en la decisión que llevó a eso? Aunque al parecer Deja había incumplido su contrato, no podía evitar sentirse un poco indignada por la reprimenda.

Si Will no mencionaba la situación durante la llamada, Deja tampoco lo haría. De ahora en adelante, se limitaría a hacer su trabajo.

—Hola, Deja —dijo Will—. Hola, mamá. Estás tan guapa como siempre. ¿Cómo estás?

—Está bien —respondió Deja de manera objetiva y profesional, sin el entusiasmo que había mostrado en las recientes llamadas de Will.

—Ya no estoy en Londres. Estoy en el tren de vuelta a los Países Bajos para recoger mis cosas —dijo Will.

Giró la cámara para mostrar el tren abarrotado antes de volver a enfocarse a sí mismo. Estaba sonriendo. —Tengo noticias. Cambio de planes. Vuelvo a casa en unos días. No puedo aguantar más de cierto número de monumentos y pubs antes de empezar a sentirme como un vago. Necesito volver a la rutina antes de que se me olvide lo que es trabajar duro —se rió.

Deja no pudo evitar pensar que probablemente él no trabajaba tan duro como creía. Se alejó del lado de Catherine y se puso a doblar la colada limpia mientras Will seguía señalando el paisaje que pasaba desde el tren.

Durante las últimas llamadas, Deja probablemente se había permitido estar demasiado cómoda. Sucedió de forma natural, ya que las llamadas a menudo se convertían en conversaciones entre ella y Will. Había empezado a sentir que Will llamaba para hablar con ella. Además, Deja había bajado la guardia de verdad al compartir la historia del fallecimiento de su madre.

Desde el otro lado de la habitación, donde estaba guardando la ropa en la cómoda, Deja no perdía de vista a Catherine.

—Te veré en cuanto vuelva —le dijo Will a su madre—. Y a lo mejor puedo invitar a cenar a Deja por cuidar tan bien de ti. Si ella quiere acompañarme, claro. ¿Qué te parecería eso?

Debía de haber querido que Deja lo oyera. ¿Qué significaba exactamente invitarla a cenar? ¿Una cena de agradecimiento cordial? Si no fuera por el incidente de esta mañana, Deja se habría sentido emocionada. En cambio, le vinieron a la mente las palabras de Larissa Carmichael.

Entonces Deja se percató de la expresión de infelicidad en el rostro de Catherine. Una mera coincidencia, a menos que Catherine hubiera entendido que Will acababa de pedirle una cita a Deja. ¿Acaso pensaba que Deja no era lo suficientemente buena para su hijo?

«No seas ridícula», se dijo Deja. Probablemente Catherine no se sentía bien.

—Deja, ¿estás ahí? —preguntó Will—. ¿Me has oído?

Ella cruzó la habitación y se asomó por encima del hombro de Catherine hasta que apareció en el encuadre del vídeo. —Te he oído.

—¿Y qué te parece? ¿Te apetece venir a cenar conmigo? Lo menos que puedo hacer es invitarte a una velada agradable, ya que has tenido que aguantar todos mis relatos de viaje. ¿O sería simplemente echar sal en la herida?

—Agradezco la oferta, Will. De verdad. Pero la cena no es necesaria. Disfruto cuidando de tu madre y es mi trabajo.

—Y yo agradezco tu actitud —dijo él—. Pero sigues sin responder. Si no fuera a matarte salir a cenar a algún sitio agradable conmigo, me gustaría mucho que dijeras que sí.

Deja vaciló antes de decir: —No sé si es apropiado.

Will la miró fijamente desde la pantalla del iPad y bajó la voz. —Si no quieres ir, eso es una cosa, y te prometo que no volveré a insistir. Sin embargo, que sea apropiado o no no es asunto de nadie más.

Deja se quedó callada unos segundos. Debería decir que no. Pero ahí estaba ese cosquilleo en su interior otra vez. Quería ir. —Lo que pasa es que... la abogada de vuestra familia ha venido por aquí esta mañana. De algún modo me ha recordado cuál es mi lugar.

—¿Tu lugar? —Will sonó incrédulo—. ¿Qué te ha dicho exactamente? Sabes qué, no me lo digas. Hablaré con ella. ¿Es eso lo único que te hace sentir incómoda?

Ella asintió.

—Y si yo resolviera esa zona de incertidumbre por ti y te lo volviera a preguntar, ¿crees que podrías decir que sí?

—No lo sé, Will.

Él parecía muy sincero, como si estuviera esperando a que ella cambiara de opinión.

—Quizá —dijo ella.

—Está bien, entonces. Ya hablaremos —su sonrisa había vuelto—. ¿Tú qué piensas, mamá? —se rió—. No puedo creer que tenga que pedirte una cita con mi madre escuchando.

Cuando terminó la llamada, Deja no podía dejar de pensar en ello. Hacía meses que no tenía una cita. Will era diferente. No era por su riqueza, que la hacía sentir inquieta y de la que su padre seguramente desconfiaría por ese motivo. Will destacaba entre otros chicos de su edad por el cuidado excepcional que le brindaba a su madre. Estar pendiente de ella todos los días ahora que no estaba en la universidad. Compartir su vida. Mantener una actitud alegre y actuar como si las circunstancias de Catherine fueran normales, cuando en realidad la situación era increíblemente triste e injusta.

Deja esperaba que Will volviera a invitarla a salir y la convenciera para decir que sí.

CAPÍTULO 32

Hace un año - Catherine

Con John todavía en su viaje de golf, Catherine se enfrentaba a una casa vacía este sábado. Tras su cena con Will y sus amigos, había sopesado quedarse un día más en Durham, tal vez para invitarlo a comer e ir de compras. Probablemente necesitaba algo de ropa nueva. Al final decidió no hacerlo porque él estaba ocupado con los trabajos de clase y un evento en la fraternidad de su amigo. Como tenía planeado volver a verlo el lunes después de su primer tratamiento de infusión, no quería abusar de su hospitalidad. No es que Will la hubiera hecho sentir nunca como una molestia, pero respetaba que era un estudiante universitario con muchas cosas entre manos.

La luz del sol entraba a raudales por las ventanas mientras Catherine cruzaba el salón con un grueso albornoz blanco sobre su bañador negro. Hacía un día precioso. Lo aprovecharía al máximo.

George había aparcado su camioneta en la entrada. No era inusual que trabajara un sábado.

Los pensamientos de Catherine volaron de George a Phoebe. El detective había mencionado una conexión entre ellos. No había mencionado a *John* y a Phoebe en su mensaje. Había preguntado por *George* y Phoebe. Desde entonces, aquella mención había despertado la curiosidad de Catherine. ¿Podría tener algo que ver George con la supuesta desaparición de Phoebe? Catherine se lo preguntaba y también lo esperaba. Phoebe y George juntos presentaban una situación mejor que Phoebe y John.

Después de nadar, Catherine planeaba buscar a George. Le preguntaría si había algo que debiera saber sobre su propiedad. Le preguntaría por el bienestar de su familia. Él se había llevado a vivir a su madre a su casa hacía unos años, tras la muerte de su padre. Catherine no había vuelto a saber mucho de la situación. Luego, tras charlar un poco, quizá le preguntaría de pasada por su relación con Phoebe.

George aún no había puesto en marcha ninguna de sus máquinas, y el único ruido en el jardín trasero provenía de las animadas conversaciones de los pájaros en las copas de los árboles. Catherine se dirigió por el patio hacia la casa de la piscina. El edificio solía bullir de actividad, vibrando con el parloteo y las risas de los adolescentes cuando Taylor y Will vivían en casa. Sus amigos se quedaban a dormir a menudo. Se despertaban sobre el mediodía y holgazaneaban junto a la piscina. Catherine solía encargar bandejas de sándwiches, fruta fresca y galletas y las dejaba en la cocina de la casa de la piscina. La música sonaba hasta altas horas de la noche. No había de qué preocuparse por molestar a los vecinos cuando los más cercanos estaban a hectáreas de distancia.

Nadie excepto Catherine usaba la piscina últimamente. Por eso se quedó bajo el dintel de las puertas francesas, mirando fijamente hacia el interior, sintiéndose completamente desconcertada. El lugar no estaba en su estado habitual. No es que hubiera sido saqueado, con muebles volcados u objetos rotos. Nada tan extremo. Simplemente no estaba perfecto como de costumbre.

En uno de los dormitorios de invitados, el edredón colgaba por un lado de la cama, rozando el suelo de baldosas de mármol. Las almohadas estaban torcidas. Una yacía en el suelo, cerca.

¿Había entrado George a echarse una siesta desde la última visita del equipo de limpieza? No, él no haría eso. Christian, en cambio, *sí* sería capaz de algo así. En su opinión, nadie debería dormir la siesta en su lugar de trabajo, y debería haber dejado la cama tal y como la encontró.

A regañadientes, estiró la cama. No quería verla en ese estado. Taylor y John dejaban desorden casi por dondequiera que pasaban. Pero ellos eran de la familia.

Al entrar en el baño adyacente, algo de reojo atrajo su mirada hacia las baldosas de piedra beige del suelo. Se detuvo en seco y observó unas manchas de suciedad. No era solo tierra, eran huellas sucias. El dedo gordo y el talón eran claramente visibles. Alguien había caminado por la casa de

invitados con los pies inmundos. ¡Eso era demasiado! No eran de un invitado ni de un miembro de la familia, lo cual sería una situación totalmente distinta. Irritante quizá, pero no indignante.

Justo cuando el rostro de Catherine se contraía con desaprobación, le vinieron recuerdos vagos. Sintió que un frío repentino se extendía por su piel.

George no había causado el desorden. Tampoco Christian. Había sido ella. Había dormido en la casa de invitados hacía solo unas noches. Se había desmayado, ¿verdad? Se despertó con los pies sucios y se los enjuagó en la ducha. Entonces no había recordado cómo se le habían ensuciado los pies. Seguía sin saberlo.

Otro escalofrío le recorrió el cuerpo. Así era como empezaba. Retazos de olvido sumidos en la confusión, y nada que pudiera hacer al respecto. Durante un largo rato, permaneció en la esquina del baño, abrazándose a sí misma, mirando su reflejo en el espejo sin ver nada.

El fuerte zumbido de una máquina la devolvió al presente. Sería George, soplando restos de suciedad de la entrada o de los senderos del jardín.

Catherine regresó a la cama que había arreglado. Retiró las mantas. Había tierra sobre las sábanas de debajo. Quitó toda la ropa de cama y lo dejó todo hecho un montón con las toallas sucias del baño. Luego se quedó junto a la puerta, intentando recordar para qué había entrado en la casa de invitados en primer lugar. Estuvo allí parada al menos un minuto, sacudiendo la cabeza, antes de que le viniera a la memoria. Con un fuerte suspiro, cogió una de las grandes toallas de rayas blancas y azules de la pila del armario.

Más que nunca, necesitaba nadar un buen rato con intensidad.

Tras cuarenta minutos haciendo largos, se estiró en una de las tumbonas. El ejercicio había cumplido su función y se sentía bien. Incluso en paz. Su mente y su cuerpo se habían relajado. Se sentiría aún mejor con una copa de vino a su lado. Pero ni siquiera eran las diez de la mañana. Tenía que esperar.

Los rayos del sol masajeaban su piel. Admiró las enredaderas con grandes flores blancas que caían sobre un muro de piedra y las petunias blancas que brotaban de grandes macetas rodeando la piscina. Cerró los ojos y alzó el rostro hacia el cielo.

Catherine estaba empezando a dormitar cuando George pasó caminando lentamente, empujando una carretilla llena de herramientas. Sin detenerse,

soltó una de las asas y señaló más allá de la casa de la piscina, diciéndole: —Voy a recortar los bordes de los senderos del jardín.

Ella asintió y dijo: —Estupendo.

George solía decidir qué haría y cuándo lo haría. Mantener su propiedad requería mucho trabajo. Él se enorgullecía de sus esfuerzos y Catherine lo agradecía.

La jardinería no iba en la sangre de Catherine. Los anteriores dueños, una pareja de jubilados, eran unos jardineros excepcionales y titulados. Habían creado algo muy especial en la propiedad. Una verdadera obra de amor. Senderos de piedras planas serpenteaban entre frondosas plantas en macetas y flores vibrantes. Pequeñas placas grabadas en postes de plata identificaban plantas y arbustos. Catherine había destruido parte del legado de los antiguos dueños cuando construyó la casa de invitados. Al otro lado del edificio, ahora ocultos a la vista, los jardines florecían. Al menos, Catherine suponía que lo hacían.

No sabría decir cuándo fue la última vez que fue allí atrás para apreciar los jardines y los esfuerzos de George. Ya era hora de que echara un vistazo a aquel jardín para polinizadores suyo. Un área natural cultivada con plantas autóctonas para atraer abejas, pájaros y mariposas, según le había dicho él.

Dirigiéndose por un sendero junto a la casa de la piscina, George se agachó y arrancó algo de entre los arbustos. Una mala hierba, probablemente. No. No era una mala hierba. Cuando se enderezó, sostenía una botella de vino. La dejó en su carretilla, volvió a agacharse y recuperó dos botellitas de minibar vacías.

Catherine entreabrió la boca con horror. No podía explicar cómo habían acabado esas botellas allí, igual que no podía explicar cómo había acabado ella en la cama de la casa de invitados con los pies sucios. Sin embargo, una punzada de vergüenza le dijo que ella era la responsable. George mantenía su propiedad preciosa, y su contribución más reciente había sido lanzar botellas de alcohol vacías a los arbustos. Era su prerrogativa como dueña, pero no la hacía sentirse orgullosa.

George continuó su camino. Catherine se calzó las sandalias, se envolvió en la toalla y lo siguió.

Las glicinias formaban arcos sobre las celosías de hierro. Había olvidado lo hermosas que eran las plantas a finales de primavera y principios de verano. Las hojas frondosas. Las pesadas flores púrpuras colgantes.

Divisó a George en un rincón del jardín, junto al pozo. De espaldas a ella, su perfil se veía duro y musculoso. Sostenía una pala en una mano. Con la otra agarraba la parte superior del pozo. La casa tenía agua de la red municipal, así que no era un pozo real. Construida con piedra y revestimiento de cedro con un techo inclinado, la estructura era simplemente decorativa. Parte de la visión del jardín de los antiguos dueños, hasta donde Catherine sabía. En realidad, no lo sabía. Como todo lo demás allí atrás, no tenía ni idea al respecto. Nunca le había preguntado a George ni había levantado la tapa para mirar dentro. No era asunto suyo. Confiaba en que, si había algún problema con algo en su propiedad, George se lo haría saber, aunque lo más probable era que simplemente lo arreglara.

Este era un momento tan bueno como cualquier otro para hacerle unas preguntas.

—Hola —dijo Catherine mientras se dirigía hacia George.

La mano que él tenía libre voló a su pecho mientras se daba la vuelta bruscamente. Tenía la boca abierta por la sorpresa.

—Perdón, no quería asustarte —dijo ella, sonriendo—. He venido aquí atrás para echar un vistazo. ¿Qué estás haciendo?

—Eh. Estoy sellando esta tapa en su sitio. No estaba del todo cerrada. Habría entrado agua de lluvia.

—Entonces supongo que no es un pozo de verdad con agua dentro, ¿no? ¿Qué hay ahí abajo?

George se encogió de hombros, se tocó el ala del sombrero y dijo: —Es un hueco de cemento. Hermético cuando la tapa está en su sitio. Los anteriores dueños lo usaban para guardar sacos de alpiste para los comederos de pájaros.

—¿Guardas algo ahí ahora? —preguntó Catherine.

George sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó la frente con él. —No hay nada ahí dentro. Lo limpié hace años.

—Me gustaría verlo —dijo Catherine, con los ojos puestos en el pozo. Aunque la estructura tenía más de una década, no mostraba signos de musgo ni moho. Como ocurre con todo lo demás en el exterior, George lo mantenía impecable.

—Realmente no merece la pena verlo. Como he dicho, es solo un hueco de cemento —le dijo George, todavía parado frente a él.

Catherine recorrió con paso firme los últimos pasos hasta el pozo. George finalmente se apartó.

Ella agarró el asa de metal con ambas manos y la arrastró hacia un lado. Pesaba más de lo que esperaba. Con las manos en el borde, se asomó.

¿Pero qué...?

El aliento se le detuvo en la garganta.

No puede ser...

Retrocedió de golpe y soltó un grito que helaba la sangre.

CAPÍTULO 33

Hace un año - Catherine

Catherine se apartó del pozo de un salto. La toalla se le resbaló del cuerpo. Una de las etiquetas de las plantas le arañó el tobillo, rasgándole la piel mientras tropezaba de espaldas hacia los arbustos.

Intentó procesar lo que acababa de ver.

Pelo. Pelo largo y pelirrojo. Presuntamente unido a un cuerpo, aunque no estaba segura. Una toalla de rayas de la caseta de la piscina cubría todo lo que había debajo de la cabeza.

Catherine se quedó paralizada, con un pie todavía en medio de un arbusto espinoso. Se quedó mirando a George, y el momento se prolongó mientras él la miraba fijamente. Ninguno de los dos se movió.

Catherine había dejado el teléfono junto a la piscina. Miró en esa dirección por una fracción de segundo, el tiempo justo para calcular la distancia. ¿Podría llegar hasta el móvil? ¿Tendría tiempo de correr adentro, cerrar las puertas y pedir ayuda? ¿Era ella más rápida que él?

George empezó a moverse hacia ella, observándola con extrañeza. Todavía llevaba la pala.

Catherine extendió los brazos. Con más valor del que sentía, espetó: —No te acerques a mí.

George ladeó la cabeza y frunció el ceño. —¿Qué has visto?

Catherine no respondió.

—¿Se han metido serpientes ahí dentro? —preguntó él.

Catherine negó con la cabeza lentamente, sin apartar los ojos de George. Entonces empezó a cuestionarse lo que había visto. Tal vez era algo que

solo parecía pelo pelirrojo: cuerda o cordel amontonado. Tal vez *era* una masa bullente de pequeñas serpientes recién nacidas. Pero lo que había visto no se movía. Estaba mortalmente quieto.

Finalmente, George apartó la vista de Catherine. Ella sintió que recuperaba el aliento mientras él se acercaba al pozo. Se detuvo a unos pasos de la estructura y se inclinó hacia delante para ver por la abertura.

Aquella era su oportunidad de salir corriendo. Se quitó una sandalia de una sacudida y estaba a punto de soltar la otra para echar a correr por el jardín. Antes de que lo hiciera, George ahogó un grito. Se le dilataron las pupilas. Lentamente, retrocedió. —¿Esa era... es Phoebe? ¿Tu entrenadora?

Como Catherine seguía sin responder, la miró directamente a los ojos. Con voz temblorosa, preguntó: —¿Qué ha pasado?

—¡No lo sé! ¿Cómo voy a saberlo? No he venido por aquí en meses. Quizá años. Tú estabas haciendo algo en el pozo cuando doblé la esquina de la casa.

Se arrepintió al instante de haberle acusado. Él todavía sostenía la pala. Solo le llevaría un segundo recorrer la corta distancia que los separaba. Se había puesto a la defensiva porque él insinuó que *ella* sabía algo sobre el macabro hallazgo. Como si pudiera ser responsable de algún modo.

George sacudió la cabeza, parpadeando rápidamente. —La tapa no estaba bien puesta. Alguien la ha movido.

George parecía más conmocionado que Catherine por el descubrimiento. Solo por esa razón no se había arriesgado ya a correr hacia la casa. Aun así, mantuvo las distancias. De pie entre los arbustos, vestida solo con su traje de baño, cerca del cuerpo sin vida de Phoebe y con George empuñando una pala, Catherine se sentía excepcionalmente vulnerable. Se estremeció, aunque no hacía frío. Entonces se le ocurrió algo.

—¿Hay alguna posibilidad de que siga viva? —preguntó Catherine.

El rostro de George se había contraído en una mueca permanente de dolor. —Está muerta. Han pasado unos días.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Catherine, todavía recelosa. Él parecía completamente impactado. Aunque su reacción podía deberse a haber sido descubierto, más que al hallazgo del cadáver.

—El olor. Se nota por el olor —dijo él. George se balanceó hacia delante y hacia atrás sobre los talones. No parecía saber qué hacer con su cuerpo.

—¿Por qué te interrogó la policía? —preguntó Catherine, entornando los ojos.

George respondió sin vacilar. Las palabras brotaron de su boca atropelladamente. —Fui una de las últimas personas que la vio. Fui a una de sus clases en el gimnasio. Ni siquiera sabía que trabajaba allí. La saludé cuando terminó. Luego me fui. Eso es todo. No sé qué le pasó. La policía sospechaba de mí. Ahora que la hemos encontrado, pensarán que he sido yo.

Si la policía ya sospechaba de George antes, ahora tenía muchos más motivos para hacerlo. Catherine lo había pillado allí atrás con las manos en la tapa del pozo, en una zona de la propiedad a la que solo él y Christian solían ir.

Pero al presenciar el pánico y la angustia de George, Catherine le creyó. Conocía a George. No creía que fuera capaz de engañar a nadie. Especialmente a ella. Pero si George no había puesto a Phoebe en el pozo, ¿quién lo había hecho?

Una explicación probable emergió de repente con claridad, dejando a Catherine momentáneamente paralizada por el pavor. Era tan obvio. John tenía una aventura con Phoebe. Ahora Phoebe estaba muerta en el jardín trasero. Algo debía de haber ocurrido. ¿Había amenazado Phoebe con revelar su relación? ¿Tuvieron una discusión violenta? ¿O fue algo accidental? Tal vez Phoebe tuvo un accidente terrible y John tuvo demasiado miedo de informar.

O tal vez Catherine se equivocaba sobre quién estaba dentro del pozo. Una toalla cubría la mayor parte del cadáver, incluida la cara. Tal vez la muerta no era Phoebe después de todo. Phoebe no era la única mujer en Virginia con el pelo pelirrojo. Catherine tenía que echar otro vistazo.

Se acercó al pozo, frente a George. Con el diámetro del pozo separándolos, volvió a asomarse al interior de cemento. Se tapó la nariz mientras sus ojos captaban cada detalle visible. La longitud y el color del pelo. La forma de la cabeza. Una mano delgada que asomaba bajo la toalla. Uñas cortas con esmalte transparente. Todo indicaba que era, indiscutiblemente, Phoebe. Ya no estaba desaparecida. Estaba dentro del pozo decorativo, y estaba definitivamente muerta.

Mientras Catherine luchaba por procesar la impresión, George buscó en el bolsillo trasero de su pantalón, sacó su teléfono y pulsó la pantalla.

—¿A quién llamas? —espetó Catherine.

—A la policía —respondió él, aunque sus dedos se quedaron quietos, dejando de moverse por la pantalla. Bajó el móvil. —¿Qué hago si no me

creen?

En ese momento, Catherine debería haber dicho: *Eso es algo por lo que tendremos que preocuparnos más tarde. Tenemos que llamar a la policía ahora mismo.*

Cualquiera, salvo el culpable, estaría de acuerdo: llamar al 112 es lo que se hace tras encontrar un cadáver. Pero Catherine no estaba preparada. Esa llamada podría alterar su futuro permanentemente. Primero, necesitaba entender qué había sucedido.

Levantó una mano. —Espera. No llames a nadie todavía. Tengo que pensar en esto. —Recogió su toalla del suelo, se envolvió el cuerpo con ella y se sujetó el extremo en la cadera—. *Tenemos* que pensar en esto. Porque tienes toda la razón, George. Si ya estás en su punto de mira... y ahora esto... probablemente no te creerán.

CAPÍTULO 34

Presente - Deja

La máquina de resonancia magnética dominaba la sala. Ataviada con una pálida bata de hospital, Catherine yacía en la estrecha camilla, con la cabeza dentro del túnel.

Separada de Catherine por un grueso cristal, Deja permanecía en la sala de observación. Sus ojos no se apartaban de la figura de Catherine. Al ver que los brazos y las piernas de Catherine se agitaban. Deja sintió una oleada de empatía. La máquina emitía ruidos fuertes e inquietantes. Para alguien mínimamente claustrofóbico, el túnel resultaba aterrador. Más aún si la persona de dentro no comprendía realmente qué estaba pasando. Deja deseó haber podido quedarse en la sala con Catherine, tomarle la mano y ofrecerle algo de tranquilidad.

Un crujido detrás de Deja hizo que se diera la vuelta.

John Murdock se acercó al cristal. Vestía un polo con la insignia del Quail View Country Club, pantalones cortos y cinturón.

Le dedicó una sonrisa a Deja. — ¿Cómo va todo? —preguntó—. ¿Acaban de empezar?

—Lleva solo unos minutos en la máquina —dijo Deja. No sabía que el marido de Catherine planeaba unirse a ellas para la visita médica. Deja no había visto a John desde la fiesta de cumpleaños. Que ella supiera, Catherine tampoco. Él no había ido a visitarla.

—Quiero oír de primera mano lo que tenga que decir el médico —dijo John.

Deja se dio la vuelta para mirar de nuevo a través de la barrera y seguir vigilando a Catherine.

Había mucho sitio junto a la ventana. El cristal se extendía varios metros. Sin embargo, John se puso tan cerca que su brazo rozaba el costado de Deja. Ella esperó que se disculpara y se apartara un poco. No lo hizo. Ella retrocedió rápidamente, fingiendo sacar algo de su bolso.

—¿Cuánto han dicho que tardaría el escáner? —preguntó John.

—Unos veinte minutos, si se queda quieta dentro de la máquina.

—A mí no me parece que esté quieta —dijo John.

Él se sentó en una de las sillas de espera y se quedó mirando su teléfono. Deja permaneció junto a la ventana para no perder de vista a Catherine.

Treinta minutos después, el técnico de radiología deslizó la camilla con Catherine fuera de la máquina e hizo una señal a Deja para que entrara.

—Soy su marido —dijo John, entrando en la sala con Deja—. ¿Qué ha visto? ¿Algún cambio?

—Tendrá que esperar a que su médico lea las imágenes —respondió el técnico—. Las revisará y hablará con ustedes en cuanto pueda.

Aquello era inusual. En la experiencia de Deja con su abuela, que se lastimó la espalda y necesitó una resonancia, el médico tardó días en revisar los resultados de las pruebas y ponerse en contacto con ellas.

El técnico ayudó a Deja a pasar a Catherine de la camilla a su silla de ruedas. Deja la llevó a una sala de exploración, la vistió y le volvió a poner sus joyas. Por las indicaciones previas a la resonancia, Catherine llevaba el rostro sin maquillar. Deja sacó un pequeño neceser de su bolso y le dio un poco de color a las mejillas de Catherine y algo de delineador en los ojos.

Cuando sacó a Catherine en silla de ruedas a la sala de espera, John se alejó a la esquina opuesta de la sala con el teléfono en la oreja y hablaba en un susurro tenue.

—Ahora tiene mejor aspecto —dijo unos minutos después, tras guardarse el teléfono en el bolsillo trasero y reunirse con ellas. Inclinó la cabeza como si intentara averiguar qué había cambiado.

—Lleva un poco de maquillaje —dijo Deja, sonriendo a Catherine—. Pero creo que está guapa, con o sin él.

—Sí. Siempre ha sido una belleza —dijo John, y volvió a sus cosas con el móvil.

Deja se puso los auriculares de Catherine en sus propios oídos para comprobar el volumen. Pulsó el botón de reproducción del audiolibro

actual, escuchó unos segundos, retrocedió un minuto y luego le puso los auriculares a Catherine.

Poco después, el médico de Catherine los llamó a otra sala y Deja le quitó los auriculares.

El médico giró el monitor de su ordenador para mostrarles las imágenes del cerebro de Catherine.

—¿Qué significa esto en cuanto a cambios? —preguntó John. Estaba de pie junto a su mujer y ahora le sujetaba la mano.

Algo en el hecho de que tocara a Catherine incomodó a Deja. Como si fuera su trabajo proteger a Catherine de ese hombre que fingía conocerla. Lo cual tenía poco sentido. John era el marido de Catherine. No obstante, la sensación de inquietud persistía.

—Hay cambios menores desde su última visita —respondió el médico—. Como era de esperar, esos cambios no son positivos. El alzhéimer está progresando, y el daño en su cerebro por la falta de oxígeno parece prácticamente el mismo.

—Así que… nada que reseñar, ¿es lo que me está diciendo? —preguntó John.

—Solo que su enfermedad progresa como cabría esperar. ¿Han notado algún signo de lucidez en el que se comunique claramente?

—No, la verdad es que no —respondió John.

—A veces tiene momentos de lucidez —dijo Deja—. En los que se comunica conmigo.

John frunció el entrecejo hacia Deja como si ella hubiera hablado cuando no le tocaba. Como si estuviera equivocada. No lo estaba. Había habido momentos claros, por breves que fueran.

—¿Puede ponerme un ejemplo? —preguntó el médico.

Había muchas cosas. Sin embargo, Deja no pudo pensar en nada aparte de cuando Catherine identificó correctamente a Phoebe Watson en la noticia.

El médico no esperó mucho antes de continuar. —Las conexiones emocionales y los cambios hormonales pueden desencadenar esos incidentes. Son parte memoria muscular, parte respuestas instintivas provocadas —explicó.

—Destellos de su personalidad que asoman, ¿verdad? —preguntó Deja.

—Totalmente —respondió el médico—. No podemos saber con certeza qué está experimentando Catherine, cuánto oye o procesa de lo que sucede

a su alrededor. Como resultado de la deprivación de oxígeno, está principalmente en su propio mundo, perdida para nosotros. Dicho esto, el cerebro es un órgano increíble. De vez en cuando, ella podría romper las barreras.

—Pero según los escáneres, no hay signos de ninguna mejoría, ¿correcto? —preguntó John.

Por la forma en que John formuló la pregunta, inclinándose hacia adelante con un aspecto más ansioso que decepcionado, Deja habría jurado que quería que el médico dijera que no.

CAPÍTULO 35

Hace un año - Catherine

George no tenía buen aspecto. Apoyado contra la cocina Viking de Catherine, dio una bocanada de aire ruidosa y jadeante. —Cómo ha podido... Quién ha podido... —No era capaz de terminar las frases.

—Tienes que calmarte. Te estás hiperventilando —le dijo Catherine. Percibía su debilidad y se esforzaba por contener su frustración, reprimiendo el impulso de gritar: *¡Contrólate, George!*

Cerró los ojos y dijo: —Tenemos que informar de que la hemos encontrado.

—Lo haremos.

Y lo harían. Pero todavía no. Primero, Catherine tenía que saber quién había matado a Phoebe y la había dejado en el pozo. Suponiendo que hubiera ocurrido en ese orden.

George no parecía saber nada del lío entre John y Phoebe. Le convendría mencionar la relación ilícita para desviar las sospechas de sí mismo. En cambio, cuando no estaba expresando su conmoción y horror por la muerte de Phoebe, declaraba su propia inocencia y se preocupaba por lo que la policía haría con él.

Catherine se sirvió un trago de whisky y se lo bebió de golpe. Le ofreció la botella a George. Él la rechazó. Ella bebió otro.

George se movió de la cocina a la ventana. Con una mano jugueteaba con el lóbulo de la oreja; con la otra apretaba su teléfono. —Mejor los llamamos ahora. No deberíamos esperar más —dijo. Se giró hacia ella y fijó la vista

en un punto cualquiera a su izquierda. No la había mirado a los ojos desde que ella le dijo que no llamara a las autoridades.

—No hay ninguna urgencia ahora. Phoebe ya está muerta —dijo Catherine.

Se sentó y se presionó las sienes con las yemas de los dedos. Si tan solo George no hubiera estado cerca cuando ella encontró el cuerpo. Ahora también tenía que preocuparse por él. Si ella no tomaba el mando, las cosas podrían descontrolarse rápidamente. Para Phoebe, lo peor ya había pasado. Llamar a la policía no la traería de vuelta. Causaría estragos en la vida de Catherine. Una investigación criminal. Un juicio. Todo centrado en Catherine y su familia. No quería pasar por eso. Tenía que pensar en su salud. Sus tratamientos semanales. No quería que John fuera a la cárcel. ¿Cómo iba a cuidar de ella si cumplía condena en prisión? O peor, ¿si se enfrentaba a una sentencia de muerte? Tenía que resolverlo todo para mantener el control sobre los resultados.

Se obligó a analizar quién había estado en su propiedad en los últimos días. Tres personas que ella supiera con certeza. John. George. Y Christian. Casi se había olvidado de él.

—¿Dónde está tu cuñado? —preguntó—. ¿Está aquí contigo hoy?

En el mismo instante en que terminó de hacer la pregunta, Christian apareció a la vista tras la ventana de la cocina. Se detuvo junto a la piscina. Con las manos en la cintura, miró a su alrededor, probablemente buscando a George. Con otro leve giro de cuello, se dejó caer en una tumbona.

—¿Sería capaz de hacerle eso? —susurró Catherine, aunque era imposible que Christian los oyera. No a través de las ventanas de triple acristalamiento y desde el otro lado del jardín.

George se dio la vuelta bruscamente. —No. Él no.

Catherine no estaba dispuesta a descartar a Christian como sospechoso tan rápido. Apenas conocía al hombre. Quizá Phoebe llegó temprano el miércoles por la mañana y se topó con él. Era posible. Todo era posible. Pero si eso fue lo que pasó, ¿dónde estaba el coche de Phoebe?

—Christian no es un asesino —añadió George.

Catherine tampoco había pensado que John lo fuera. Un mentiroso y un adúltero, sí. Pero no un asesino. Y sin embargo, alguien había metido a Phoebe dentro del pozo.

Catherine se inclinó hacia George y mantuvo la voz baja. —Cuando me pediste por primera vez traer a Christian para que te ayudara, dijiste que lo

vigilarías. He investigado un poco. Sé por qué estabas preocupado. Tiene antecedentes penales.

—Por hurto menor. No por asesinato —dijo George—. Tengo que hablar con él.

—¿Hablar con él de qué?

—De Phoebe.

Catherine se agarró al borde de la mesa. —No sabes si te dirá la verdad. Por ahora, nadie más debe saberlo.

Se preguntó si John le diría la verdad si se lo preguntara. Había mentido sobre su aventura. Mentiría sobre un asesinato. Una profesión de inocencia no valía nada si no podía confiar en él. Y desde luego, no quería oírle decir que *sí*. Era mejor no saberlo. Lo cual la llevaba de vuelta a Christian.

—Tal vez Christian no tenga nada que ver con la muerte de Phoebe, pero ¿crees que un jurado le creerá? —preguntó Catherine, decidida a ser la voz de la razón—. Ya tiene antecedentes. Es una de las pocas personas con acceso a mi propiedad. Si la policía me interroga, tendré que decir que lo vi mirando a Phoebe el otro día. Mientras tú trabajabas, él se la quedó mirando durante mucho, mucho tiempo, observando cómo grababa un vídeo. Quizá se le insinuó más tarde y ella lo rechazó. Se enfadó. Quizá intentó violarla.

—No. —La voz de George temblaba, y sus manos también—. Eso no ocurrió. Tiene mujer e hijos.

—Eso tiene poco que ver. El matrimonio no impide que un hombre desee a otra persona. La violación trata sobre el poder y el control. Escucha, la policía encontrará pruebas. Quizá ADN. Descubrirán quién lo hizo. Esa persona irá a la cárcel de por vida. ¿Es eso lo que quieres para tu cuñado?

—Si él la mató... entonces sí —dijo George—. Merece que lo encierren.

Ah, ahí estaba. El *si*. La representación de la duda. Una parte de George, tal vez pequeña, pero una parte al fin y al cabo, creía que Christian podría haber matado a Phoebe.

—Si no encuentran pruebas que demuestren que Christian lo hizo... pensarán que fuiste tú —dijo Catherine—. Irías a prisión y lo perderías todo.

George se hundió en una silla. Apoyó los codos en la mesa y dejó caer la cabeza entre las manos.

La mirada de Catherine permaneció fija en él mientras sus pensamientos se aceleraban. Si implicaban a la policía, la investigación comenzaría de forma natural por su propia familia. Teniendo en cuenta el cuerpo sin vida

de Phoebe en el jardín trasero y la aventura de John, tanto John como Catherine parecerían culpables.

—Quédate ahí un momento —dijo Catherine. Cogió su diario del dormitorio y volvió con él a la cocina. No podía permitirse olvidar nada. Tampoco podía escribir: *He encontrado a Phoebe muerta en el jardín trasero*. En su *lugar, con un ligero temblor en la mano, garabateó: «He encontrado un mapache muerto en el pozo».*

El zumbido eléctrico de una desbrozadora llegó desde la parte delantera de la casa. Christian había vuelto al trabajo.

George seguía aferrado a su teléfono. No había hecho ninguna llamada. Todavía no. Catherine tenía el mando. Él esperaba sus instrucciones.

—Christian se va a preguntar qué me ha pasado. Tengo que avisarle de que estoy aquí hablando contigo —dijo George.

—No digas ni una palabra de esto —le ordenó Catherine—. Y vuelve enseguida.

George salió por la puerta trasera. Cuando lo perdió de vista, Catherine repasó su diario. Sus ojos se detuvieron en una nota que había escrito el día anterior.

El detective.

Ya había llamado dos veces. Podría venir a la casa para interrogarla en persona. Podría ser en cualquier momento. No podía retrasar más el devolverle la llamada. Tenía que hacerlo antes de que él viniera a buscarla. Aunque todavía no. No hasta que tuviera alguna información sobre el estado de la investigación.

Navegó por su teléfono. No tardó mucho en dar con el nombre de Phoebe. Catherine hizo clic en un enlace de noticias actualizado hace apenas unos minutos. Esperó a que se abriera la historia. Su corazón ya iba a mil por hora. Se preparó para ver una imagen de su casa. O una foto de John. Algo que significara que todo había terminado para ellos. Tras unos segundos, que parecieron minutos, apareció el artículo. Una de las fotos profesionales de Phoebe ocupaba la parte superior. La noticia debajo era breve.

Las autoridades buscan información sobre la desaparición de Phoebe Watson, entrenadora de fitness de veintiséis años. Fue vista por última vez saliendo de la sede de Edgemont de Fitness World a las 19:30.

Los hombros de Catherine se relajaron un poco. La policía no tenía ni idea.

Afortunadamente, el mensaje del detective seguía en su buzón de voz. Pulsó su número. El teléfono sonó una, dos, tres veces. Las preocupaciones bullían en sus pensamientos. ¿Habían cerrado George y ella el pozo por completo? ¿Podría George mantener la boca cerrada? ¿Había descubierto ya el detective el lío de Phoebe con John?

—Diga, Brady —dijo el detective tras el cuarto tono, justo cuando Catherine miraba hacia la entrada del coche y su pánico volvía a aumentar.

Inhaló profundamente antes de hablar. Tenía que sonar normal. —Hola. Soy Catherine Bower. El otro día me dejó dos mensajes relacionados con Phoebe Watson. Soy clienta suya. Le pido disculpas por no haberle respondido hasta ahora. Estaba de viaje y no reconocí su número de teléfono. Acabo de escuchar sus mensajes. ¿Todavía no ha aparecido Phoebe?

—No, todavía no. ¿Ha dicho que era clienta de ejercicio suya?

—Sí. Así es. Una de sus clientas.

—Un momento —dijo él.

Se oyó un golpe seco al otro lado de la línea. Siguieron ruidos de papeles moviéndose, lo que le dio a Catherine la impresión de que tenía a tanta gente en su lista de contactos que no estaba seguro de quién era quién. Otra buena señal.

La línea se quedó en silencio y Brady dijo: —Me alegro de que haya llamado, Sra. Bower. Me ha ahorrado un viaje para ir a verla.

En lugar de alivio, sintió horror. Había estado a punto de tenerlo en su propiedad. Respiró entrecortadamente e intentó estabilizar sus manos. Todo su cuerpo temblaba por dentro, una vibración malsana provocada por demasiados nervios disparados a la vez.

—Dejó usted un mensaje en el teléfono de Phoebe el pasado miércoles —dijo él.

—No recuerdo eso.

—¿No recuerda haberle dejado un mensaje?

—Tengo algunos problemas de memoria. —Hasta ahora, se había abstenido de contárselo a nadie que no necesitara saberlo. Se lo había dicho a su familia y a sus médicos. A los compañeros de piso de Will. A nadie más. Ahora, parecía que la honestidad era la mejor política, al menos en este pequeño detalle, para poder averiguar qué había dicho en el mensaje a Phoebe.

—No estoy seguro de a qué se refiere con problemas de memoria, señora —dijo él.

—Tengo Alzheimer de inicio precoz. La mayor parte del tiempo estoy bien. A veces afecta a mi memoria a corto plazo. Pequeñas cosas. Mi mensaje a Phoebe debe de ser una de ellas. ¿Puede recordarme qué dije?

—Dijo, y cito textualmente: «¿Cómo te atreves?». Parecía enfadada.

—Vaya. Cielo santo —dijo ella, con la intención de sonar avergonzada e inofensiva—. Estaba disgustada porque Phoebe faltó a nuestra sesión de entrenamiento sin avisar.

—A partir del jueves pasado, faltó a muchas citas de entrenamiento. Ninguno de sus otros clientes dejó mensajes parecidos al suyo.

—Estaba teniendo un día difícil. Mi enfermedad, ya sabe. Ahora me siento avergonzada y me doy cuenta de lo fatal que debí de sonar.

—Por lo que he averiguado sobre la Srta. Watson, nunca faltaba a las citas y era extremadamente puntual. ¿Nunca se le ocurrió que podría haberle pasado algo? —Su pregunta sonó más a reprimenda. A oídos de Catherine, no era sospecha, sino solo prejuicio.

—Así es. Phoebe siempre era puntual. Obviamente, yo no sabía que estaba desaparecida. Nunca se me pasó por la cabeza. No sé qué pensé. Viéndolo ahora, me arrepiento de mi mensaje y me siento fatal por mi falta de preocupación, teniendo en cuenta que todavía no saben dónde está. ¿De verdad no tienen ni idea?

—¿Mencionó ella alguna vez que se fuera a ir de la ciudad? —preguntó él, dejando la pregunta de Catherine sin respuesta.

—No. No lo hizo. No a mí.

El detective Brady pareció aceptar la explicación de Catherine. —Tiene mi número. Llámeme si se acuerda de algo.

Catherine golpeó su bloc de notas con el bolígrafo. Una crisis evitada. Suponía que podría ser la primera de muchas. Se tomó unos minutos para determinar qué tenía que pasar a continuación, específicamente cómo manejar mejor a George. Rápidamente, hizo una lista mental de todo lo que sabía sobre él.

Sin llamar, él entró en la cocina por la parte de atrás. En cualquier otra circunstancia, el acto habría sido inapropiado. Considerando todo lo demás, apenas importaba.

—La policía no sabe dónde está. No parecen saber nada —dijo Catherine —. ¿Le has dicho algo a Christian sobre... sobre lo que hemos encontrado?

George se agarró al respaldo de una silla de la cocina con ambas manos. —No.

—Bien.

Soltó la silla y caminó por la cocina, con los ojos volviendo hacia la casa de la piscina y hacia lo que ambos sabían que yacía más allá de ella.

Catherine era un manojo de nervios en tensión, pero cuando habló, sonó calmada y profesional. Podría haber estado dando instrucciones en una reunión de la junta directiva de SmartBox. Ella tenía el control de este asunto.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas para mí, George?

—Doce años —respondió él sin vacilar.

—Así es. Empezaste en mi casa de Valenterra Circle. ¿Sigues cuidando de tu madre?

Él asintió.

—Y tu hermana y su familia viven contigo, ¿verdad?

—Sí.

—Todos dependen de ti. Hmm. Te propongo un plan de jubilación.

George la miró, claramente confundido por el hecho de que ella sacara ese tema ahora.

—Me encargaré de ello hoy mismo. Empezará con cien mil. Estableceré pagos mensuales. Una aportación del quince por ciento sobre lo que te he estado pagando. Es lo que hacemos con los ejecutivos en SmartBox. Es lo menos que puedo hacer. Para que no tengas que preocuparte por ti ni por tu familia. —Le sostuvo la mirada entonces—. Para que ninguno de los dos tengamos que hacerlo.

—¿Por qué haces esto? —preguntó él, sin definir específicamente a qué se refería con *esto*. Quizá se refería al plan de jubilación. O quizá ya comprendía lo que el dinero representaba en realidad.

Él no había preguntado de quién más sospechaba Catherine como asesino de Phoebe, y Catherine no iba a decírselo.

—Tenemos que sacarlo de ahí —dijo ella. Ese *lo* era el cuerpo sin vida de Phoebe—. Confía en mí en esto. Es la única manera. Tenemos que sacarlo de la propiedad.

George volvió a apoyar la cabeza entre las manos y soltó un gemido suave. Ella esperaba una respuesta similar, teniendo en cuenta el tipo de hombre que era él. Devolvía la vida a las plantas marchitas en lugar de arrancarlas de la tierra. George la había convencido de que dejara de usar el

tratamiento de fumigación de la compañía de mosquitos, a pesar de que era asombrosamente eficaz. Le había explicado que también envenenaba a los pájaros, a las abejas y a otros animales silvestres. Alguien como él no llevaría bien un asesinato o su encubrimiento. Sin embargo, tras más de una década empleándolo, sabía una cosa con certeza: George haría lo que ella le dijera.

—Vuelve esta noche y nos encargaremos de todo —susurró, aunque seguían solos en la casa—. Nos desharemos del mapache. Conozco un buen sitio.

CAPÍTULO 36

Hace un año - Catherine

El cielo se oscureció amenazadoramente a lo largo de la tarde. Al caer la noche, las espesas nubes habían desatado un torrente de lluvia. Catherine estaba sentada junto a la ventana delantera con las piernas encogidas bajo el cuerpo. Miraba hacia fuera mientras las pesadas gotas de lluvia golpeaban el cristal.

Una sensación inquietante había calado hasta los huesos. Sabía que sería así durante algún tiempo. Se acabaría acostumbrando a la sensación, como con tantas otras cosas en la vida. Sin embargo, a lo que no podía acostumbrarse era a guardar un cadáver en su propiedad.

Mover el cadáver de Phoebe era arriesgado, pero necesario. Incluso si lo sacaban del pozo y lo enterraban en la zona boscosa más allá del jardín, Catherine siempre sabría que estaba allí fuera. Algún día, un detective podría aparecer con perros de búsqueda de cadáveres. Por tanto, el cuerpo debía desaparecer en otro lugar... permanentemente. Un lugar donde los secretos enterrados permanecieran ocultos.

Catherine agarró la cremallera de su sudadera negra con capucha y la subió y bajó. Se giró hacia el espejo arqueado para estudiar su reflejo. Vestida de negro de arriba abajo, no parecía ni se sentía ella misma. Se confundiría con la noche. Se dirigían a un lugar de absoluta oscuridad.

Unos faros aparecieron al final de la entrada. La camioneta de George con el remolque enganchado detrás. Aparcó y caminó hacia la parte delantera de la casa con la cabeza gacha. Para cuando llegó a la puerta, Catherine ya la tenía abierta.

Él vaciló en el umbral. Catherine le hizo un gesto para que pasara.

Entró en el vestíbulo y goteó lluvia sobre el suelo de piedra. —No es demasiado tarde para llamar a la policía —dijo, apretando el borde de su sombrero—. Decir que acabamos de encontrarla.

Catherine dejó la boca abierta durante un segundo. Tenía que hacerle entrar en razón. —¿Has venido a medianoche y resulta que la acabamos de encontrar? ¿Por qué iba alguien a creerse esa historia?

George se mordió el labio inferior. —Podrías decir que la has encontrado y que me has llamado porque no sabías qué hacer.

La exasperación de Catherine aumentó. No era el momento de dudar. Necesitaba que George estuviera convencido y cooperara plenamente para lograrlo. —No tendría ningún motivo para mirar dentro del pozo en plena noche. E incluso si lo hubiera hecho, no te habría llamado a ti. Habría llamado a la policía.

—¿Entonces por qué no lo hiciste? —preguntó George con voz suave.

Catherine tuvo que morderse el interior de la boca. Jamás le admitiría a otra alma que era una persona terrible y egoísta que no quería que su marido fuera a la cárcel, a pesar de que la había engañado y había asesinado a su amante. Todo porque Catherine lo necesitaría más adelante, cuando ya no pudiera valerse por sí misma. Esa verdad ya era bastante difícil de sobrellevar para ella como para compartirla.

Miró fijamente a los ojos de George. —Esto es lo que acordamos hacer. Es lo que estamos haciendo. Es lo mejor para todos nosotros.

Él desvió la mirada. —He traído la lona, como me pediste.

—Perfecto —respondió ella, sin el encanto o la emoción que normalmente acompañaban al uso de esa palabra.

George fue a por la lona y Catherine se puso unas botas Hunter de goma. Se quedó mirando su gabardina negra de Burberry en el armario del recibidor. Era la elección lógica para este tiempo, pero no para lo que estaban a punto de hacer. Sacó uno de los chubasqueros de golf de John de su percha. Resistente al agua, no impermeable. Negro. Aun así, cuando se deshiciera de él más tarde, él nunca lo echaría de menos.

George regresó cargando la lona y con guantes de jardinería puestos.

Catherine apagó los focos de la parte delantera de la casa, previendo el caso improbable de un visitante inesperado a altas horas de la noche. Luego se puso sus propios guantes. De cuero negro forrados de cachemira. La mejor opción entre las que tenía.

—Vámonos —dijo, colgándose el bolso al hombro y dirigiéndose a la puerta trasera. Afuera, se apresuraron hacia la casa de la piscina. Bajo el toldo, protegidos de la lluvia, George extendió la lona.

—Vamos —dijo Catherine, cubriéndose la cabeza con la capucha del chubasquero.

Cuando llegaron al pozo, ella apartó la tapa y dejó que George hiciera el resto. Inclinándose, con las manos bajo las axilas de Phoebe, la sacó y la depositó suavemente sobre el suelo mojado. La toalla que le cubría la cabeza se había deslizado hasta los tobillos. Catherine la cogió y la colocó sobre el rostro de Phoebe. Un rostro que no soportaba ver.

Phoebe llevaba un vestido ajustado azul y sandalias de cuña con tiras. No era un atuendo que se hubiera puesto para su sesión de ejercicio si hubiera venido a la casa el miércoles por la mañana. Lo cual parecía descartar a Christian como su asesino. Era el tipo de vestido mono que se pondría para salir por la noche. Una cita, tal vez.

Incluso al aire libre, bajo la lluvia recién caída, el olor del cadáver en descomposición llenaba el aire. Catherine intentó no fijarse en nada más, pero el cuerpo inerte de Phoebe yacía directamente bajo una luz exterior del jardín. La toalla no le había cubierto el cuello. Una línea roja de piel irritada rodeaba la piel de color azul pálido en esa zona. El tipo de marca que resultaría de una cuerda apretándose y exprimiéndole la vida.

George también lo había visto. Sus ojos se demoraron en la fea línea roja.

¿Había sido algo de sexo duro? A John le gustaba tener el control siempre que hacían el amor. Una vez había rodeado el cuello de Catherine con las manos. Ella pensó que se trataba más de probar algo nuevo que de satisfacer un deseo secreto. Por lo que recordaba, ninguno de los dos había disfrutado de la sensación de asfixia lo suficiente como para repetir el acto.

Catherine se sacudió los pensamientos para centrarse en la tarea que tenían entre manos. —Hagamos esto —dijo, agarrando los tobillos de Phoebe. Esperó a que George agarrara el extremo opuesto.

—Oh, Dios —dijo George, apartándose del cadáver tambaleándose—. La parte de atrás de la cabeza. Está aplastada. —Sacudió la cabeza hacia un lado y vomitó entre los arbustos.

Catherine esperó a que George se recuperara. Tenía ganas de decirle que se comportara como un hombre. Podía vomitar cuando todo hubiera terminado. Se contuvo porque esa estrategia podría ser contraproducente. Tenía que ser paciente con él.

George finalmente regresó pesadamente hacia ella y levantaron el cadáver del suelo. Con George caminando hacia atrás, regresaron a la lona y depositaron el cuerpo de Phoebe. Tras cubrir el rostro y el cuello de Phoebe con la toalla, Catherine desabrochó los cierres de las sandalias de Phoebe y se las quitó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó George.

Agarrando el bajo del vestido de Phoebe, Catherine respondió: —Quitándole la ropa, por si hay pruebas en ella.

—Pensé que la íbamos a llevar a un lugar donde nadie la encontrara jamás.

—Así es, y no la encontrarán. Aun así, es mejor ser lo más cuidadosos posible. De esta forma, no habrá nada que la relacione con nadie.

—Quieres decir... —George no terminó la frase.

Catherine no sabía qué estaba pensando George. Lo único que importaba era que siguiera sus instrucciones.

Le subió el vestido a Phoebe, revelando un sujetador de algodón de color melocotón con ribetes de encaje de ojal. Phoebe no llevaba bragas. Su depilación brasileña estaba a la vista. Catherine recordó una conversación anterior sobre la visibilidad de la ropa interior.

—Sabes, no hay nada más vulgar que se te marquen las líneas de la ropa interior bajo los pantalones de yoga —había dicho Catherine—. No quiero verle eso a nadie.

—Puede ser, pero no soporto los tangas —había respondido Phoebe—. Además, son como un nido de bacterias. —La sonrisa de Phoebe desapareció y sus labios formaron una pequeña o—. ¡Uy! ¿Tú llevas tanga? Lo siento mucho.

Catherine había sonreído con suficiencia y respondido: —No. No uso tangas. Prefiero ir sin nada.

Phoebe arrugó un poco la nariz, como si no lo entendiera. Luego echó la cabeza hacia atrás y se rió. Su coleta bailó en el aire tras ella. Catherine podía imaginarlo ahora. En su mente, Phoebe volvía a ser real, no una figura sin vida, sino la joven llena de energía con la que Catherine había disfrutado pasar el tiempo.

No podía permitirse ponerse sentimental. Tenía que concentrarse. De lo contrario, algo podría pasarse por alto. Ya habían movido el cuerpo. Le habían quitado la ropa. Ya no había vuelta atrás. Catherine llevaría este empeño hasta su amargo final.

Tú no la mataste, se dijo Catherine a sí misma.

Alguien más lo hizo.

Simplemente estás tomando medidas para proteger tu propia vida.

Catherine metió el vestido, los zapatos y el sujetador de Phoebe en una bolsa de basura negra.

Juntos, Catherine y George hicieron rodar el cadáver sobre su costado hacia el borde de la lona. Mientras quedaba boca abajo, algo en la nalga derecha de Phoebe llamó la atención de Catherine. Una mancha oscura en la piel. Tenía unos cinco centímetros de ancho y forma de cuadrado de bordes afilados. Algo parecido a un tatuaje. No. Estaba oscuro por la sangre. Alguien le había rebanado limpiamente la capa superior de piel de la pierna. No había mucha sangre, así que debió de ocurrir después de morir. Catherine no entendía qué significaba. No quería pensar en ello.

Enrollaron la lona como si fuera una alfombra, con Phoebe dentro, y luego levantaron el fardo del suelo.

—Vamos a rodear la casa porque esto no va a entrar —dijo Catherine.

En silencio, caminaron pesadamente alrededor de la casa bajo la lluvia torrencial, cargando la lona entre los dos. El paquete se volvía más pesado con cada paso. Los hombros y la zona lumbar de Catherine estaban en tensión. Siguió moviéndose. No quería retrasar sus esfuerzos. Tenían que terminar este trabajo lo antes posible.

Llegaron a la entrada y pusieron el bulto en la parte trasera del remolque de George, encajado entre un panel lateral de madera y un cortacésped.

Empapada por la lluvia, Catherine corrió hacia el lado del pasajero y despegó el cartel magnético de *George's Landscaping* de la puerta.

George subió a su camioneta, sosteniendo el otro cartel. Lo dejó caer en el espacio detrás de los asientos delanteros. Mirando al frente, se pasó un dedo por la mejilla. Catherine no sabía si estaba llorando o quitándose las gotas de lluvia de la cara.

—Vámonos —dijo mientras el aliento de ambos empañaba los cristales.

Una vez fuera del vecindario, Catherine le dijo a George por dónde ir y cuándo girar. Las gotas de lluvia al salpicar, el roce de las escobillas del limpiaparabrisas y el traqueteo del remolque formaron la banda sonora de su viaje. Catherine estaba agotada emocionalmente, pero la adrenalina la mantenía alerta. Se recitaba los hechos a sí misma, solo para confirmar que eran ciertos y que no estaba teniendo simplemente un mal sueño.

Hemos envuelto a Phoebe en una lona y la hemos metido en la parte trasera de la camioneta.

Alguien la estranguló.

Estaba muerta dentro del pozo de mi casa.

Catherine no sabía qué había pasado, pero se había encargado del problema. No había lugar para las semillas de la duda.

Una hora más tarde, pasaron por delante de un cartel de una próxima salida. —No falta mucho —le dijo a George.

Fuera de la autopista, tras unos pocos kilómetros más y una serie de giros, las carreteras pasaron de pavimento a gravilla. —Ve más despacio —dijo Catherine. Escudriñó a través de la ventanilla lateral salpicada de lluvia hacia el denso bosque, aunque casi se pasa el desvío. —¡Aquí! —gritó—. Gira a la derecha aquí.

—¿Qué es este lugar? —preguntó George mientras daban bandazos al entrar y salir de zanjas llenas de agua en un camino sinuoso apenas lo suficientemente ancho para su camioneta.

Bosques de Madison Creek, pensó ella, pero dijo: —Ninguna parte. Es propiedad privada. Nadie viene por aquí. Nunca lo hicieron y probablemente nunca lo harán.

—¿Y cómo lo conoces tú?

—Simplemente lo conozco —dijo ella.

El camino estaba en peor estado de lo que recordaba. Nadie lo cuidaba. Sin un mantenimiento adecuado, el tiempo pasaba factura a todo.

El remolque de George traqueteaba en señal de protesta ante cada bache del terreno escabroso. No habían visto otro vehículo desde mucho antes de desviarse de la carretera principal, pero a Catherine le preocupaba que alguien oyera el ruidoso traqueteo.

George redujo aún más la velocidad. Ante ellos, un puente viejo y desvencijado cruzaba un arroyo. El arroyo no era ancho, era profundo, y el puente parecía una balsa que alguien hubiera armado en una isla desierta.

—No sé yo lo de cruzar esa cosa —dijo George.

Catherine se había olvidado del viejo puente. Ya estaba en pésimas condiciones hace una década. No estaba segura de que aguantara el peso de la camioneta ahora.

—Sigue adelante —dijo ella. Se tensó mientras rodaban sobre el puente hasta que llegaron al otro lado. La estructura solo necesitaba mantenerse entera para el viaje de vuelta. Si se desmoronaba después, tanto mejor.

—Ya casi estamos —dijo mientras la camioneta traqueteaba al tomar otra curva.

Un enorme tronco de árbol bloqueaba el camino más adelante. George frenó hasta detenerse y dijo: —Tengo una motosierra atrás.

—No. Hará demasiado ruido. Tendrá que ser aquí —dijo Catherine. Desenroscó el tapón de una petaca plateada. Tras varios tragos largos, se la tendió a George.

—No quiero —dijo él, mientras el viento azotaba una rama muerta frente a los faros.

—Como quieras —respondió ella.

Un rayo zigzagueó por el cielo, seguido de un trueno. La lluvia implacable seguía golpeando el techo y el parabrisas. Al menos el suelo estaría blando.

Catherine engulló más líquido antes de guardarlo en su bolso. Se puso los guantes mojados en los dedos. Por encima de sus botas, se puso unos patucos que se había dejado el equipo de limpieza. Dejó caer un par en el asiento junto a George. —Por si acaso —dijo—. Para no dejar huellas. Y ni se te ocurra vomitar aquí y dejar tu ADN.

George seguía mirando por la ventana delantera. —No tenemos por qué hacer esto. No es demasiado tarde.

—Sí, lo es —respondió ella, con los dedos enguantados rodeando el tirador de la puerta—. Coge las palas.

CAPÍTULO 37

Presente - Victoria

Después de su reunión con Christian, Victoria llamó a la Institución Correccional Federal y pidió hablar con el director. Esperó diez minutos enteros escuchando música de espera antes de que él se pusiera al teléfono.

—Soy Victoria Heslin. Soy agente especial del FBI. Llamo por una de sus gestoras de casos, María Ruiz.

El director suspiró ruidosamente. —¿Cuál es el problema?

—Necesitaba programar una entrevista de emergencia con poca antelación. Como parte de una investigación de asesinato. María lo ha hecho posible. Solo quería comunicarle cuánto agradezco su ayuda. Por nuestra reunión, es obvio que realmente vela por los internos que tiene asignados.

—Ah —dijo él—. Tomaré nota de nuestra llamada y la incluiré en el expediente de María. Durante todo el día solo escucho a gente que está enfadada o tiene problemas. Recibir comentarios positivos es un cambio agradable.

—Le estoy agradecida por su ayuda. Por favor, asegúrese de que su jefe lo sepa.

—Lo haré. Gracias.

—Gracias a usted. Que tenga un buen día.

Con ese pequeño gesto cumplido, Victoria volvió a centrarse en la investigación. Su jefe quería pruebas indiscutibles que demostraran que Dan Sullivan había matado a Phoebe. Victoria no las había encontrado. En su lugar, había descubierto una conexión indirecta que vinculaba a

Catherine Bower con Dan Sullivan. Salvando la distancia entre ellos había una red de personas que poseían información y secretos. George, Christian y John. Uno de ellos podría haber matado a Phoebe.

A menos que... ¿y si no había sido *uno* de ellos? Quizás *todos* habían participado en la muerte de Phoebe. Por desgracia, Victoria no tenía pruebas. Solo tenía un rastro que empezaba con Catherine y seguía remitiendo a ella.

Victoria entró en la autopista y llamó a Rivera. Esperaba que hubiera encontrado algo nuevo en la escena del crimen. Quizás un punto en común entre Phoebe Watson y Diane Johnson, la mujer que habían encontrado en la parte trasera de la furgoneta de Sullivan.

—¿Me acabas de llamar tú? —dijo él.

—Sí —ella se rió entre dientes—. Obviamente. Estamos hablando.

—Qué raro. Te he llamado al mismo tiempo.

—Buena puntería, entonces —dijo ella—. Estaba comprobando si los forenses te han dado más información sobre las fibras que encontraron.

—Sí. Tengo algo, pero puede esperar. Tengo noticias importantes. A menos que ya te hayas enterado.

—¿De qué se trata? —preguntó Victoria.

—Han encontrado otro cadáver.

Victoria aflojó el agarre al volante. Su mano voló instintivamente hacia su pecho. —¿Dónde?

—En el bosque de Madison Creek. Cerca de donde descubrieron a Phoebe. El equipo forense espera que los restos lleguen tarde esta noche. Empezarán su análisis mañana por la mañana.

Una oleada de inquietud invadió a Victoria. —¿Los ha llevado Sullivan hasta el cuerpo? ¿Ha dado otro soplo a la policía?

—No. Durante la búsqueda anterior, un árbol caído bloqueaba el camino. Llevaba allí años, así que no se molestaron en buscar más allá. Luego, después de que la escena del crimen inicial no diera mucho de sí, volvieron y ampliaron el área de búsqueda usando perros rastreadores de cadáveres. Así es como han descubierto los restos.

—Cielos. Ese lugar se está convirtiendo en un cementerio. ¿De quién es el terreno?

—Pertenece a una familia llamada Madison, lo cual tiene sentido —dijo Rivera—. Más de cien acres que han pasado de generación en generación.

Se usa como coto de caza. Los propietarios actuales viven ahora en California.

—Me gustaría llamarles. Tengo algunas preguntas propias relacionadas con este ángulo que estoy persiguiendo con Catherine Bower.

—Te enviaré la información de contacto. Ahora, sobre las fibras que encontraron con Phoebe Watson. Provienen de una línea de toallas de playa de alta gama llamada Château de Mer. Nombre francés. Empresa estadounidense. Se venden en grandes almacenes de lujo por todo el mundo. También se venden por internet. Te enviaré los detalles.

Victoria esperó hasta llegar a casa para revisar la información que Rivera le había enviado. Incluía el número de teléfono y la dirección de una mujer llamada Linda Madison, que había heredado las tierras de Madison Creek de su familia. Había más. La dirección de los padres de Catherine, la casa donde Catherine vivió hasta que se fue a la universidad, estaba situada a pocos kilómetros de la casa de la familia Madison. Era posible que se conocieran.

Victoria llamó a Linda Madison.

—¿Es otra vez por mis tierras en Virginia? —preguntó Linda—. ¿No me diga que han encontrado un *tercer* cadáver?

—No. No lo han hecho —no que ella supiera.

—Como ya sabe la policía, hace una eternidad que no piso esos bosques —dijo Linda—. Es asombroso cómo una propiedad privada puede convertirse en un viva la virgen donde la gente hace lo que le place. Siempre supuse que la gente la usaba para cazar, a pesar de los carteles de *Prohibido el paso* colocados por todas partes. Jamás me habría imaginado que se estaba usando como cementerio.

—Sí, es ciertamente una situación lamentable —murmuró Victoria, aunque aquello era quedarse corta—. El motivo de mi llamada es averiguar si conoce a Catherine Bower —Victoria usó el apellido de soltera de Catherine. Catherine lo había conservado, sin cambiarlo tras ninguno de sus matrimonios.

—¿A quién? —preguntó Linda.

—Su familia solía vivir a pocos kilómetros de la suya en Virginia.

—¿A pocos kilómetros de qué casa? ¿De nuestra casa principal? Espere, ¿se refiere a Missy Bowers? Su padre, o quizá su abuelo, era el director general de Smartbox, ¿no? ¿Sus padres vivían en una casa que solía ser una plantación?

—Sí.

—Entonces la llamábamos Missy. No la he visto desde que éramos adolescentes. Solía ir por ahí con un Porsche descapotable azul.

—¿Así que ella y usted eran amigas?

—Conocidas. Ni siquiera estoy segura de cómo la conocí. ¿Quizá del club de campo? Fuimos de fiesta juntas unas cuantas veces durante el verano. Solíamos ir al bosque de mi abuelo para emborracharnos y armar un montón de ruido.

—¿Al mismo bosque donde la policía ha encontrado los cuerpos?

—Al mismo sitio. No he vuelto por allí desde el instituto. Una vez que conseguimos identificaciones falsas, tuvimos otras opciones. Antes de eso, íbamos en caravana al bosque. Puedo imaginarnos sentadas en el viejo puente, con los pies colgando en el aire, bebiendo lo que fuera que hubiéramos confiscado de los muebles bar de nuestros padres.

Linda no podía saber lo comprometedores que resultaban sus recuerdos para Catherine Bower

—¿Qué recuerda de Missy? —preguntó Victoria.

—Era muy divertida. Inteligente, creo. Un prodigio de la música. ¿Violín?

—Piano —dijo Victoria.

—Cierto. Cierto. Tampoco era alguien con quien quisieras meterte.

—¿Por qué dice eso?

—Estoy recordando una noche. Probablemente estaríamos bebiendo. Esa era la única razón por la que íbamos allí. Missy acusó a alguien de flirtear con su novio. Missy fue muy cruel al respecto. No puedo recordar por nada del mundo qué dijo o hizo, pero se me quedó grabada esa vibra de maldad. Lástima que sea eso lo que más recuerdo de ella. Desgraciadamente, es la verdad. Me dejó la impresión de ser alguien a quien no conviene contrariar. ¿De qué se trata esto? No me diga que ella también ha desaparecido. Ay, espero que esté bien.

Era obvio que Linda no se había enterado de que Catherine estaba ahora física y mentalmente mermada.

—No ha desaparecido. Gracias por su tiempo. Se lo agradezco —dijo Victoria.

Las pruebas se iban acumulando. Cuanto más profundizaba Victoria en la investigación, más segura se sentía. Catherine no fue una mera observadora

accidental de la muerte de Phoebe. Fue una participante activa. Quizá incluso la orquestadora. Catherine no solo sabía *algo*. Podría saberlo *todo*.

Y si Victoria no se equivocaba, alguien no había querido que Catherine compartiera esa información.

CAPÍTULO 38

Presente - Victoria

Victoria Heslin estaba sentada en su modesto escritorio en un rincón del edificio del FBI. Distaba mucho de su hermoso despacho en casa y era menos privado, pero le servía de base de operaciones cuando estaba en la oficina para asistir a reuniones. Tiró un post-it arrugado a la papelera junto al vaso de Starbucks de esa misma mañana.

El hijo de Catherine, el esquivo Will Montgomery, no había devuelto las llamadas de Victoria. A diferencia del resto de los familiares de Catherine, a los que Victoria había entrevistado, él resultaba inalcanzable. No podía presentarse en Europa de repente para hacerle unas cuantas preguntas. Aunque no vivía en casa desde hacía años, Victoria seguía queriendo hablar con él. Quizá tuviera alguna idea de lo que estaba pasando realmente con su madre y los jardineros. Tal vez fuera la única persona que no ocultaría información. Aunque Victoria no contaba con que eso sucediera.

Su silla crujió mientras alargaba la mano hacia el teléfono. Llamó a Will y se disponía a dejar otro mensaje. Él la sorprendió respondiendo.

—Hola, siento no haber... luego hoy... mi hermana... hablado...

—Se corta —dijo Victoria—. No le entiendo.

—Ah. Llevo puestos los auriculares. Un momento. —Unos segundos después, el sonido de la línea se aclaró—. ¿Así mejor? ¿Me oye ahora?

—Sí. Gracias —le dijo Victoria.

—Esto es por Phoebe Watson, ¿verdad?

—Sí —respondió ella, y esperó a ver qué decía él a continuación.

—He oído que está investigando a George, el jardinero —dijo Will—. Mi hermana lo mencionó. Quiero darle mi opinión sobre él. Por lo que sé, es un tipo realmente bueno. Es cierto que no lo conozco tanto como debería, teniendo en cuenta todo lo que hizo por mi familia. El internado me mantuvo fuera de casa casi todo el tiempo. Después la universidad. Sin embargo, a mi madre le caía bien y confiaba en él. Trabajó para nosotros durante años y le puedo asegurar que, si alguna vez se hubiera extralimitado en sus funciones, mi madre no lo habría tolerado.

—¿Y qué hay de su cuñado? ¿Christian? ¿Le conoce?

—Sé incluso menos de él. Le he visto por casa de mi madre. Nos saludamos al pasar. Eso es todo.

—¿Sabe usted algo sobre el cuantioso pago que su madre envió a George en mayo del año pasado?

—No. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Más de diez veces superior a los pagos habituales que recibía.

—No sé para qué fue ese pago, pero la función de George iba más allá de las tareas de jardinería. ¿Le ha preguntado a John sobre ello? Pensándolo bien, olvídelo. Él no lo sabrá. Estoy bastante seguro de que no se involucra en asuntos financieros. Mi madre o su contable lo gestionaban todo de forma deliberada.

Resultaba un poco inusual que John no participara en ninguna de las decisiones financieras del hogar. Aunque si Catherine se había encargado de todos los gastos relacionados con su patrimonio antes de casarse con John, tenía sentido. La mayoría de la gente de la propia familia de Victoria dependía de contables y abogados para gestionarlo todo.

—Sus preguntas sobre ese pago tan grande me dan la impresión de que sospecha algo más —dijo Will—. ¿Qué tiene en mente?

—El momento del pago coincide con la desaparición de Phoebe.

Will soltó una carcajada. —No estoy seguro de adónde quiere llegar. Si cree que mi madre tuvo algo que ver en lo que le pasó a Phoebe, me parece ridículo. Estoy convencido de que solo estaba ayudando a George. Quizá concediéndole un préstamo personal.

—Él dice que ella estaba abriendo una cuenta de jubilación —dijo Victoria.

—Eso suena bastante creíble. Mi madre era una mujer de negocios astuta, muy versada en tratar a los empleados valiosos con respeto. Sin duda, valoraba a George. Permítame aclararle algo, agente Heslin. ¿Está usted o

alguien más intentando crear problemas a mi madre? ¿Está lanzando acusaciones contra ella?

—Su madre sabe qué le pasó a Phoebe. De alguna manera, está implicada.

—Agente Heslin, debo discrepar respetuosamente de su valoración. Incluso si, hipotéticamente, pudiera demostrar su implicación en algo ilegal, no se enfrentaría a consecuencias legales debido a su estado. Carece de la capacidad de defenderse o de presentar su versión de los hechos. Su abogado alegaría incapacidad para ser juzgada. Es incapaz de cometer ningún delito en esta etapa, y no hay posibilidad de que recupere sus facultades. Le sugiero que deje de perder el tiempo investigándola a través de nosotros. Es un enfoque verdaderamente reprobable.

Will ya hablaba como un abogado.

—¿Dónde estaba usted cuando Phoebe desapareció la noche del cuatro de mayo? —preguntó Victoria.

—Estaba en Duke. Estudio derecho allí ahora. Es mi primer año. El año pasado fue mi último año de carrera. Recuerdo cuando Phoebe desapareció.

—¿Por qué lo recordaría si estaba en la universidad?

—Mi madre estaba conmigo para uno de sus primeros tratamientos médicos. Mis amigos y yo la llevamos a cenar para mostrarle nuestro apoyo. Nos contó que su entrenadora estaba desaparecida y nos preguntó si podíamos recomendarle a alguien para sustituirla. Naturalmente, recordé esa conversación la primera vez que oí la noticia sobre la desaparición de Phoebe. Tengo una memoria excelente. Es raro que olvide algo. Sin importar cuándo ni cómo.

—Entonces probablemente le irá muy bien como abogado —dijo Victoria.

—Ese es el plan. Gracias —respondió Will.

Cuando terminó la conversación, Victoria dio unos golpecitos con el bolígrafo contra el escritorio durante unos segundos mientras repasaba mentalmente la lista de nombres que había recopilado. Luego volvió a consultar su correo electrónico.

La grabación de vídeo del viaje de golf de John en el Winston Retreat la esperaba en su bandeja de entrada. Excelente. Si Catherine sabía algo, había muchas posibilidades de que su marido estuviera implicado.

La coartada del viaje de golf de John Murdock se había verificado, pero no contaba toda la historia. Esta nueva grabación presentaba la oportunidad

de ver qué hacía cuando no estaba jugando al golf. La mayoría de los delitos ocurrían en plena noche, cuando la gente dormía. Menos testigos y el amparo de la oscuridad proporcionaban ventajas a los criminales.

La grabación procedía del pasillo de fuera de la habitación de John. Victoria envió los archivos a una aplicación que detectaba el movimiento.

En el fotograma del vídeo, John salía de su habitación a las siete de la mañana vestido con ropa de golf. Regresaba a última hora de la tarde. Una hora después, aparecía con ropa distinta y volvía para pasar la noche poco después de las diez de la noche. Siguió una rutina similar el segundo día. El tercer día, su rutina cambió. Cuando regresó a su habitación por la noche, no estaba solo. Una mujer le acompañaba. Era joven, de unos veintitantos, quizá. No era Phoebe. No salieron de la habitación hasta la mañana siguiente. La joven rubia apareció y desapareció de la habitación de hotel de John durante el resto del viaje. Pasaron las noches juntos dentro de la habitación, con múltiples visitas del servicio de habitaciones.

Aunque John no había mencionado a su acompañante femenina, su coartada se mantenía. Estaba en Kiawah cuando Phoebe desapareció. No salió a hurtadillas de su habitación durante la noche. Pero Taylor tenía razón. Tenía una aventura.

John había hecho referencia a la paranoia de Catherine. Teniendo en cuenta su aventura, la paranoia parecía justificada. Si ella hubiera sido consciente de la infidelidad de su marido, si hubiera sospechado que Phoebe era su amante, eso le daba a Catherine un motivo para el asesinato.

Victoria reflexionó sobre el carácter de Catherine. La información procedía de entrevistas con amigos y familiares, y cada uno de ellos podía tener sus propios intereses. ¿Era Catherine capaz de asesinar?

No era solo el matrimonio de Catherine con John Murdock lo que rondaba por los pensamientos de Victoria. También tenía que considerar al primer marido de Catherine, Charles Montgomery. ¿Quién era y cómo fue su matrimonio?

Victoria realizó una búsqueda rápida de sus antecedentes. Los resultados, al sumarlos a lo que ya sabía y sospechaba, le provocaron un escalofrío.

Victoria no podía quitarse la sensación de estar al borde de una revelación donde la línea entre víctima y perpetrador se emborronaba.

—Habla la agente Heslin, del FBI —dijo Victoria cuando Taylor respondió al teléfono.

Pasaron unos segundos antes de que Taylor respondiera. —¿Qué quiere, detective?

Al notar que algo había cambiado desde su última conversación, Victoria pasó por alto el error de tratamiento. —Tengo unas cuantas preguntas más para usted.

—¿Ya han descubierto quién mató a la entrenadora de mi madre? —La voz de Taylor tenía un tono frío, casi cruel.

—Todavía no.

—Es raro que no deje de llamarnos a mi hermano y a mí. Cuando vino a mi casa antes, pensé que estaba entrevistando a todo aquel que pudiera haber conocido a Phoebe, y como mi madre no podía hablar... Pero ahora no creo que sea el caso. Mi familia no está implicada. Y no sabemos quién mató a Phoebe.

—Usted dijo que su padre murió en un accidente de barco —dijo Victoria.

—Así es. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Qué podría tener que ver con nada de esto?

—¿Recuerda cuándo ocurrió?

Taylor se burló. —Eso no es algo que se olvide fácilmente.

—¿Es cierto que su familia nunca recuperó el cuerpo? —preguntó Victoria.

—Sí. No es inusual cuando alguien se pierde en el mar. Los Guardacostas buscaron durante días. Mi familia también contrató buzos. No queríamos dejar de buscar, no queríamos rendirnos. Al final tuvimos que hacerlo. Mi madre esperó un año entero antes de celebrar el funeral.

—¿Encontraron alguna prueba de su muerte?

—¿Prueba? ¿Está sugiriendo que podría seguir vivo? ¿Cree que fingió su muerte? —Otro bufido—. Mi padre está muerto. Tenía una vida demasiado buena como para abandonarla, y nos quería. Especialmente a mí. Teníamos un vínculo muy estrecho. —Taylor sorbió por la nariz, y parecía que estaba llorando—. Probablemente crea que anda por ahí escondido matando a gente ahora, ¿verdad? Esto es ridículo. No tengo por qué hablar con usted. Voy a colgar.

Clic.

La comunicación se cortó.

CAPÍTULO 39

Presente - Victoria

Victoria entró decidida en el centro Atrium Gardens y se puso a la cola detrás de una pareja que esperaba para registrarse en la recepción. Cuando terminaron y se marcharon, Victoria se acercó al mostrador con su identificación en la mano. —Victoria Heslin, de la Oficina Federal de Investigación. Vengo a ver a Catherine Bower.

—Oh —dijo la mujer tras el mostrador.

Se quedó allí sentada sin hacer nada durante tanto tiempo que Victoria empezó a preguntarse qué pasaba—. Un momento, por favor. —La mujer finalmente se levantó de la silla y habló hacia el umbral de una puerta entreabierta que había a sus espaldas—: Alguien del FBI está aquí para ver a Catherine Bower. —La mujer abandonó la zona de recepción y Victoria no oyó el resto.

Mientras esperaba, Victoria tuvo tiempo para reflexionar sobre los motivos por los que había regresado a Atrium Gardens para intentar sonsacarle información a Catherine una vez más. Estaba el momento en que se produjo el sospechoso accidente de Catherine, y el vínculo entre Dan Sullivan y Christian, su jardinero. Victoria también había descubierto el cuantioso pago de Catherine a George Martin, y su familiaridad con Madison Creek Woods. Por no mencionar que Catherine había identificado correctamente a Phoebe. Quizá Catherine comprendía más de lo que su familia parecía creer.

La puerta tras el mostrador volvió a abrirse. —Lo siento —dijo la mujer —. Catherine no puede recibir visitas sin que su abogado esté presente.

Tendrá que programar una cita. Este es el número de su abogada. —La mujer le entregó a Victoria una tarjeta de visita con el nombre de Larissa Carmichael.

¿Abogada? ¿Cuándo había sucedido eso? Catherine, que supuestamente no podía comunicarse, ¿ahora necesitaba que un abogado estuviera presente para recibir visitas? Y no un simple abogado de familia. Larissa Carmichael. Una de las mejores y más cotizadas abogadas penalistas del estado de Virginia.

Victoria salió del centro. Frente a las puertas principales, una furgoneta de Atrium Gardens bloqueaba el camino. Un hombre uniformado terminaba de subir una rampa para sillas de ruedas y cerraba la puerta de la furgoneta. A su lado, una mujer morena se colgó una bolsa al hombro y giró la silla de ruedas ocupada. Eran Deja y Catherine.

Deja sonrió. Hubo un breve instante de reconocimiento. Luego su expresión se ensombreció y apretó los labios.

El conductor había vuelto a subir a la furgoneta. Solo Victoria, Deja y Catherine estaban fuera.

—Lo siento, no puedo hablar con usted —dijo Deja en voz baja, con un tono claramente de disculpa.

—Me he enterado —respondió Victoria—. Me alegro de que nos llamara cuando lo hizo.

—Aunque no debería haberlo hecho. —Deja lanzó una mirada de reojo hacia la fachada del edificio—. Firmé un acuerdo de confidencialidad con mis empleadores.

—La información que nos proporcionó ha sido fundamental para esta investigación —dijo Victoria—. Solo tengo unas cuantas preguntas más.

Deja sacudió la cabeza. —Lo siento. No puedo. Todo lo relacionado con la investigación tiene que pasar por la abogada de los Bower. Puedo darle su número.

—No hace falta. Ya lo tengo —dijo Victoria.

Antes de que Deja pudiera alejarse, Victoria se agachó frente a la silla de ruedas. Estaba a solo unos centímetros de Catherine. —¿Sabe quién mató a Phoebe Watson? —preguntó Victoria.

Catherine fijó la vista en Victoria. Se miraron a los ojos.

Victoria repitió: —¿Sabe quién mató a Phoebe Watson?

Catherine asintió, asintiendo con la cabeza enérgicamente. Se llevó la mano al pecho y pareció darse unos toques en el corazón.

Deja ahogó un grito y tiró de la silla de ruedas hacia atrás. —No sabe lo que le está preguntando. Eso no significa nada. —La voz de Deja subió de tono mientras se alejaba de Victoria a zancadas, empujando a Catherine hacia la entrada del centro—. Cometí un error terrible al llamarla. Póngase en contacto con la abogada de la familia de Catherine si tiene preguntas. Por favor, no vuelva por aquí.

Victoria se reunió con el agente Rivera en la cafetería de la azotea de un edificio de oficinas con vistas al paisaje urbano de D.C. Tenían una vista panorámica de la ciudad y de sus monumentos más emblemáticos. La zona de asientos al aire libre contaba con mesas y sillas de diseño. Optaron por una mesa en una esquina bajo una amplia sombrilla, lo que les proporcionaba algo de intimidad y sombra del sol de la tarde. Un viento ligero traía el tenue sonido del tráfico de abajo y agitaba algunos mechones del pelo de Victoria sobre su cara.

Rivera se inclinó sobre la mesa hacia ella mientras intercambiaban notas y teorías.

—Nada en el vehículo ni en el apartamento de Sullivan coincide con las pruebas recogidas en la escena del crimen o en los restos de Phoebe —dijo.

Victoria se alegró de oír aquello. Significaba que sus propias teorías respecto a Catherine, aunque vagas, seguían siendo sólidas. —¿Alguna novedad sobre el segundo conjunto de restos de Madison Creek Woods?

—Sabemos que son más antiguos. La víctima lleva muerta al menos quince años. Todo lo que tenemos son huesos. Sin signos de traumatismo. Pero, obviamente, el cuerpo no se enterró solo allí fuera.

—¿Crees que una misma persona es responsable de ambas víctimas? —preguntó Victoria.

—No tenemos suficiente información para afirmarlo —respondió Rivera.

—Pero es probable que sea alguien que conozca Madison Creek Woods. Estoy segura de que es Catherine. Creo que George y Christian vieron algo y ella les estaba pagando mediante un plan de jubilación inusual. Por desgracia, no tengo pruebas. Todo es circunstancial. Sus historias coinciden. Catherine no dice nada. No puede.

Victoria no llegó a contarle a Rivera cómo Catherine había asentido cuando se lo preguntó directamente. Eso no se sostendría en ningún

tribunal. Ni era fiable, dado el estado mental de Catherine.

—Tus instintos cuentan mucho —dijo Rivera.

—Ya. Es mi corazonada contra una mujer que no puede defenderse. Aunque ahora tiene abogados que nos impiden verla.

—Ahora está indefensa, pero no lo estaba cuando Phoebe desapareció. ¿Por qué no pedimos sus registros telefónicos? Y también averiguamos si guardaba un diario.

—Excelente idea. Escribía en un diario. Su hija lo mencionó. —Victoria suspiró—. Necesitaremos una orden judicial para registrar su propiedad.

—Si juntamos todo lo que tenemos y tú lo presentas, conseguiremos una. Construir casos es tu fuerte, señora campeona estatal de debate —dijo Rivera.

Victoria sonrió. También necesitaría un juez favorable a la acusación.

CAPÍTULO 40

Presente - Deja

Creo que la ensalada de pollo Waldorf es uno de tus platos favoritos del menú del almuerzo —dijo Deja a Catherine mientras doblaban la esquina en dirección a la habitación 104.

Una mujer del servicio de limpieza salió de la habitación de Catherine con la ropa de cama usada.

—Gracias —dijo Deja, como si la mujer le hubiera hecho un favor personal. Ahora se sentía así cada vez que alguien la ayudaba con los cuidados de Catherine. Deja veía sus responsabilidades como algo más que un trabajo. Cuando no estaba en Atrium Gardens, se preocupaba por Catherine.

Deja usó el trasero y los hombros para empujar la puerta y entrar en la habitación de espaldas. Cuando giró la silla de ruedas, las recibió un ramo fresco de flores blancas y color lavanda. Alguien las había colocado en un jarrón alto sobre la mesa junto a la puerta. Apenas tuvo tiempo de preguntarse cómo habían llegado allí antes de que Will saliera del baño, pasándose una mano por el pelo.

—Hola —dijo él, dirigiéndose directamente hacia su madre. Le dio un abrazo y un beso en la mejilla. Luego se enderezó y sonrió a Deja—. —Me alegra volver a verte en persona.

Sintió que ya se estaba sonrojando. Un calor hormigueante se extendió por su interior. Era la forma en que Will la miraba. No era una mirada lasciva, en absoluto, pero su expresión transmitía aprecio.

—¿Interrumpo algo? —preguntó.

—No —respondió Deja—. Acabamos de volver de almorzar.

—¿Qué es lo siguiente en la agenda?

—Solemos salir a dar un paseo si no hace demasiado calor.

—Genial. No hace demasiado calor. Hagámoslo. Iré con vosotras.

Deja fue al armario a buscar un sombrero. Agradeció que Will no pudiera verle la cara en ese momento. Su visita inesperada la había puesto un poco nerviosa y emocionada y no quería que se le notara. Del estante superior bajó un precioso sombrero de paja con una cinta negra y se lo puso a Catherine en la cabeza para protegerla del sol.

—Muy bien. ¿Estamos listos? —preguntó Will, agarrando las empuñaduras de la silla de ruedas.

—Casi —dijo Deja. Cogió una botella de agua de la mininevera y la metió en la parte trasera de la silla de ruedas para poder ofrecerle de beber a Catherine más tarde.

Fuera, Deja eligió un sendero sombreado que conducía a los estanques y jardines del centro de Atrium Gardens.

Una pareja de ancianos se acercaba hacia ellos por el camino. El hombre vestía camisa de vestir y una corbata que combinaba con el vestido floral de manga larga de la mujer. Venían de la dirección del comedor formal, que tenía un código de vestimenta incluso para el almuerzo.

—Buenas tardes. Disfruten del día —dijo Will mientras movía la silla de ruedas hacia el borde del camino para dejar más espacio a la pareja.

Deja admiró la seguridad de Will y sus modales, que parecían brotarle de forma natural.

Will llevó la voz cantante mientras caminaban. Les habló de su viaje de vuelta a los Estados Unidos, recordándole a su madre los viajes que su familia había hecho junta. Tras unos minutos así, la mayoría de sus preguntas fueron para Deja. Primero, relacionadas con el horario y las actividades diarias de su madre, luego sobre las de la propia Deja.

Ella intentaba reconducir la conversación hacia Catherine para mantener el profesionalismo, pero Will tenía una forma de ser que hacía que Deja se relajara. Para cuando llegaron al estanque y cruzaron el puente, Deja se había olvidado de las reservas y simplemente disfrutaba de su tiempo con Will.

Él se detuvo cerca de una pequeña cascada. —¿Quieres que nos sentemos aquí unos minutos? —preguntó.

—Claro —respondió Deja.

Will colocó la silla de ruedas a la sombra, cerca de un banco.

Deja comprobó que a Catherine no se le cayera la baba ni necesitara que le limpiaran la nariz. Al pasar por delante de Will, sintió el peso cálido de su mano contra la parte baja de su espalda. Tan rápido como llegó, se fue. Deja pensó que podría habérselo imaginado, de no ser por el hormigueo que su toque había dejado.

Will se sentó en el banco. —Un día estupendo —dijo mientras una brisa agitaba la hierba ornamental alta y plumosa que tenían al lado—. Ni mucho calor ni mucho frío. Y no llueve, como casi todos los días cuando estaba en Londres. —Miró a Deja y luego al espacio que quedaba libre en el banco a su lado. Deja sonrió mientras se sentaba, dejando un espacio generoso entre ambos.

—Bueno, quería decirte que he hablado con Larissa Carmichael. Nuestra abogada —dijo Will—. No volverás a oír nada de ella que te haga sentir incómoda. Te lo prometo.

—Espero que no hayas... —Deja no terminó porque no estaba segura de qué esperaba exactamente. Simplemente no quería causar problemas.

—Larissa trabaja para mí, así que tiene que respetar mis deseos —dijo Will—. Soy el fideicomisario de mi madre y quien te contrató.

—No sabía que me habías contratado tú. —Deja se imaginó a Will leyendo su solicitud y mirando las fotografías que había tenido que adjuntar. Le sorprendió saber que Will estaba a cargo de los cuidados de su madre. Había asumido que el marido de Catherine era quien tomaba esas decisiones.

—Mi madre y yo estábamos muy unidos —dijo Will—. Nos entendíamos muy bien.

Deja asintió. —Parece que seguís estándolo.

—Sí. Aunque obviamente ahora es distinto. —Suspiró—. Verás, hay algo más que quería preguntarte. Debería haberlo hecho antes. ¿Estás saliendo con alguien?

—¿Te refieres a, tipo...?

Will sonrió. —Tipo un novio al que le importaría que te invitara a salir de nuevo.

—No. No estoy saliendo con nadie.

—Es difícil de creer, aunque me alegra oírlo —dijo él—. ¿Y tu padre? ¿Crees que le importaría que salieras conmigo?

—¿Por qué iba a importarle? —preguntó Deja, aunque se le ocurrían varias razones. Pero sabía que cambiaría de opinión si conociera a Will.

Will se encogió de hombros. —Solo intento cubrirme las espaldas para que no me duela demasiado si vuelves a decir que no. Creo que nos llevamos bien y me gustaría conocerte mejor.

Deja sintió que la piel se le encendía. Miró hacia el estanque, donde dos patos se habían separado de los demás y flotaban en la orilla del agua.

—Entonces, ¿qué tal mañana por la noche? —preguntó Will.

Ella se volvió y lo encontró mirándola con las cejas levantadas, y no pudo evitar sonreír. —¿Qué tienes en mente? —preguntó.

—Depende de lo que te guste hacer. ¿Cena? ¿Baile? ¿Otro paseo?

—Cenar suena bien. Podría ser divertido.

—¿Podría? Lo será. Te prometo una velada que no olvidarás. —Will se levantó del banco y se plantó delante de la silla de ruedas—. ¿Has oído eso? —le preguntó a su madre—. ¡Ha dicho que sí!

Deja se rió. También tuvo una sensación extraña. Sentada allí con Will, flirteando con él, se había olvidado de algo, y sabía de qué. Se había olvidado de que la madre de Will estaba con ellos, oyendo cada palabra. Sin duda era la primera vez que alguien le pedía una cita delante de su madre.

Deja estudió el rostro de Catherine en busca de señales de que hubiera entendido algo de la conversación.

Catherine miraba al vacío, como hacía a menudo. No parecía ni feliz ni triste. Entonces Deja se fijó en los dedos de Catherine. Agarraba los bordes de su silla de ruedas con tanta fuerza que estaba cortando la circulación.

Deja le abrió suavemente los dedos a Catherine y le puso las manos sobre el regazo.

Por mucho que Deja quisiera a Catherine, porque realmente la quería, podría estar bien pasar una noche con Will. Solo ellos dos a solas por una vez. Estaba deseando que llegara el momento.

CAPÍTULO 41

Hace un año - Catherine

Si tan solo supiera las circunstancias. Todas las historias tenían al menos dos versiones. Catherine no conocía ninguna otra de esta. Solo había especulado. Lo que de verdad le había pasado a Phoebe seguía siendo un misterio.

Desde el sofá del salón, miraba fijamente a John en el retrato que colgaba sobre la chimenea. Estaba lloviendo de nuevo. No con tanta fuerza como el día anterior, pero el ambiente húmedo parecía haber llegado para quedarse. Puede que John volviese antes a casa debido al tiempo. Odiaba jugar al golf bajo la lluvia. Catherine no estaba lista para verle. Necesitaba más tiempo para asimilar el reciente giro de los acontecimientos.

La noche anterior apenas parecía real. Se antojaba más una pesadilla extraña en la que se sentía desgraciada, estaba empapada y había pasado horas en una camioneta con George. Desde entonces, había revivido cada detalle para asegurarse de que no habían pasado nada por alto. Recordaba estar cavando. El dolor en la espalda y los hombros no la dejaba olvidarlo. La tierra estaba blanda pero pesada por la lluvia.

Siguiendo las instrucciones de Catherine, George había metido la lona en un contenedor detrás de un restaurante con un cartel de neón verde que decía *Pasta and Pizza*. Un lugar en el que ella no comería ni muerta de hambre. Habían escondido la bolsa de basura negra con la ropa de Phoebe en otro contenedor a treinta kilómetros, en un Arby's. Sus guantes y el chubasquero de John fueron a parar a un cubo distinto en una tienda de

conveniencia. No se pararon a repostar en ningún momento. George había llenado el depósito con una garrafa que llevaba en su remolque.

Lo mejor que podían hacer ambos ahora era fingir que nada de aquello había ocurrido. Catherine no tendría problemas para hacerlo. ¿Y George?

Temblando, se sirvió whisky en un vaso y dio varios tragos desesperados. Su teléfono sonó, haciendo vibrar la superficie de cristal de la mesa de centro. Era John. ¿Hasta qué punto se volvería todo surrealista cuando él volviera a casa? ¿Notaría que ella lo sabía? ¿Y si no hubiera tenido la intención de dejar el cuerpo de Phoebe en el pozo de forma indefinida? ¿Y si fuera a comprobar cómo estaba? ¿Le preguntaría: —Oye, Catherine. ¿Por un casual has movido el cadáver que metí en el pozo?— ¿O sospecharía que ella se había encargado de la situación, como hacía con casi todos los asuntos que afectaban a sus vidas? Al fin y al cabo, había actuado para protegerle. Para proteger su futuro.

El teléfono no dejaba de sonar. Al final lo cogió. —¿Diga? —respondió, haciendo una mueca ante la imagen repentina y perturbadora de John de pie detrás de Phoebe, con los músculos de los brazos tensos mientras tiraba de una cuerda cada vez con más fuerza.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

«Agotada porque solo he dormido unas pocas horas. Estaba en el bosque enterrando a la mujer que estrangulaste y dejaste en el patio trasero», pensó ella mientras tragaba saliva y contestaba: —Bien. ¿Estás ya de camino?

—De eso precisamente quería hablarte. Hemos perdido dos días por la lluvia. El campo se inundó. Todos hemos planeado quedarnos un día más. Se supone que el tiempo despejará esta tarde. Ya tenemos hora de salida para mañana a última hora de la mañana. Para entonces debería estar lo bastante seco.

—Me parece bien —dijo ella, y lo decía en serio, agradecida por el retraso—. Espero que el campo se arregle para vosotros. Mañana voy a Duke para mi primer tratamiento. Puedo apañármelas sola.

—Oh, maldita sea. Quería ir contigo. ¿Sabes qué? No hace falta que me quede. Iré a casa.

No había mucha convicción en su afirmación. Quería que ella le dijera que no era necesario que volviera y que debía quedarse. Por ahora, que John se mantuviera alejado de casa era lo que mejor le venía. No estaba preparada para verle.

—No, de verdad, John. No es ningún problema. Luego pasaré un tiempo con Will. Si este tratamiento va bien, habrá muchos más.

—De acuerdo, si estás segura de que no te importa.

Como ella esperaba, no insistió.

—Seguro —dijo ella—. No te preocupes.

—Vale. Te llamo luego. Te quiero —dijo él—. Pienso en ti a cada minuto.

Catherine no se sintió decepcionada al despedirse de él. Sintió alivio. Ahora tenía más tiempo para poner en orden sus sentimientos. Para sopesar cómo se sentía al dejar que un asesino cuidara de ella por el resto de su vida.

Si John supiera lo que ella había hecho por él, seguramente lo agradecería. Quizá se lo contara algún día. Como mínimo, sus esfuerzos y su silencio deberían granjearle años de gratitud, confianza y buena voluntad. Si se lo contaba, si hablaban de la muerte de Phoebe, Catherine tendría por fin la oportunidad de saber qué había pasado.

Ahora que sabía de lo que su marido era capaz, tenía otras preocupaciones que considerar. ¿Qué pasaría si John se cansaba de cuidarla algún día? ¿Acabaría ella en el pozo como Phoebe? Quizá debería haber reflexionado sobre estos escenarios con más cuidado antes de mover el cadáver de Phoebe.

No por primera vez, se preguntó cómo lo estaría llevando George. Ella le había dicho qué hacer y él la había obedecido. Pero no se sentía cómodo con lo que habían hecho. Eso era evidente. Era su jardinero. No un guardaespaldas de la mafia para quien deshacerse de cuerpos fuera una forma de vida.

Debido a la incesante lluvia, no era probable que George se pasara por su casa a trabajar. Más valdría que comprobara cómo estaba. No había ninguna razón para no hacerlo. Era su jardinero. No había nada sospechoso en ponerse en contacto con él por teléfono. No es que sus llamadas estuvieran siendo grabadas.

Primero, se terminó el vaso de whisky. Para cuando le llamó, un agradable entumecimiento se había apoderado de su cuerpo.

—Soy yo —dijo.

—¿Eh, está todo bien? —preguntó él.

—Todo está bien —dijo ella, sonando con su habitual seguridad—. Solo llamo para ver cómo lo llevas hoy.

Él no respondió de inmediato, y Catherine estaba a punto de hablar cuando él soltó de sopetón: —Christian no lo hizo.

—¿Qué? —Otra capa de preocupación se sumó a las que ya pesaban sobre ella—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho. Le creo.

Catherine cerró el puño y habló con los dientes apretados. —¿Por qué le has dicho nada? ¿Por qué?

—Él no sabe que la encontramos. Yo solo... tenía que enfrentarme a él. Tenía que saber qué pasó. Por el bien de mi hermana y mis sobrinas. ¿Cómo iba a dejar que viviera en mi casa si hubiera hecho eso?

Su pregunta caló hondo en el interior de Catherine. Sentía el estómago revuelto y pesado, como si el whisky que se había bebido estuviera a punto de devolverlo. —Diga lo que diga, no puedes creerle. No va a confesar después de lo que ha hecho.

—Le creo —dijo George—. No sabe nada de ella.

—¿Pero no le has dicho nada más?

George vaciló y luego dijo: —No.

Mentía. No le cabía duda. Las mentiras parecían ser la norma entre los que la rodeaban. John. Christian. Ahora, incluso George. Era como una epidemia que se propagaba rápidamente. Todos decían lo que fuera necesario para encubrir sus fechorías y salvaguardar sus intereses. Con la suficiente repetición, también se convencían a sí mismos. Sus invenciones se convertían en su versión distorsionada de la realidad. Catherine lo comprendía demasiado bien porque ella también lo había hecho.

—¿Es que no quieres averiguar qué pasó? —susurró él—. ¿No necesitas saber quién le hizo daño?

—No. No lo necesito —dijo ella—. Ya está hecho. No quiero volver a pensar en ello. Deberías estar agradecido de que ni tú ni Christian tengáis que ir a la cárcel por algo que no habéis hecho.

—Pero ¿sabes tú quién lo hizo? —preguntó él.

—No. En absoluto. —Su pregunta la dejó atónita. ¿Sospechaba de John? Tenía que ser eso. Porque George no podía pensar que lo hubiera hecho ella. No después de haber sido testigo de su sincera conmoción al encontrar el cuerpo.

—Probablemente no deberíamos estar hablando de esto —dijo George.

—Exacto. No deberíamos haberle dicho nada a nadie. Nunca —siseó ella —. Eso fue lo que acordamos, y por eso tienes ahora una cuenta bancaria

abultada y más dinero que está por venir.

—Él no se lo dirá a nadie —repitió George—. Pero ¿no crees que deberíamos averiguar...?

—No —dijo Catherine, cortándole—. No me lo vuelvas a preguntar. Aprende a vivir con lo que has hecho, George. O no te gustará lo que pase a continuación. Tú y tu cuñado sois los que podéis perderlo todo.

Todo su cuerpo temblaba cuando colgó el teléfono de un golpe.

CAPÍTULO 42

Hace un año - Catherine

Dos días después de enterrar al *mapache*, a Catherine todavía le dolían los brazos y la espalda. Sus entrenamientos, incluso los ejercicios más exigentes que Phoebe diseñaba, nunca habían incluido palear tierra para cavar una fosa. Sin embargo, la resaca de Catherine resultó ser lo más implacable. Había intentado ahogar sus penas en whisky. Ahora no era su amigo. Se había pasado toda la noche preocupada pensando en que George le habría contado a Christian lo de haber movido el cuerpo. Tenía que haberlo hecho. Nadie mencionaba el hallazgo de un cadáver sin que le preguntaran: *¿Y qué hiciste después?*

Catherine no estaba segura de cómo manejar la situación con George y Christian, aunque cualquier cosa que dijeran sería la palabra de ellos contra la suya. Estaba firmemente convencida de que la de ella tenía más peso.

Preocuparse por algo que podría suceder nunca había sido su estilo. Como siempre, seguiría adelante con confianza. Por ahora, necesitaba centrarse en sí misma.

Se preparó un batido repleto de superalimentos, sin los suplementos, y se tomó tres ibuprofenos.

Hasta el momento en que salió por la puerta hacia el garaje, sopesó la posibilidad de cancelar su primer tratamiento. No mencionaría que estaba de resaca. Simplemente diría que se sentía indispuesta. Pero cada vez que iba a llamar al Dr. Tarro, se recordaba a sí misma que cualquier aplazamiento del tratamiento permitía que su estado empeorara. Las infusiones ofrecían una oportunidad de mantenerse bien el mayor tiempo

posible. Quizás incluso lo suficiente para que alguien desarrollara una cura. Y mientras estuviera en Duke, podría ver a Will.

Metió una bolsa de viaje en la parte trasera de su SUV y le envió un mensaje de texto a su hijo para ver si podían volver a cenar juntos. Solo ellos dos esta vez.

Apenas había llegado al final del camino de entrada cuando Will respondió a su mensaje.

—Iré a verte a mi apartamento cuando termines. ¡Buena suerte!

Mientras le daba un «me gusta» a la respuesta de Will, llegó un segundo mensaje suyo.

—¿Necesitas que alguien te recoja después del tratamiento? Puedo ir yo.

Ella sonrió mientras escribía su respuesta. —Debería estar bien. Te aviso. ¡Gracias!

Luego comenzó el viaje de tres horas hasta Duke. Tres horas para recomponerse. Para sacar de su mente a George, a Christian, a John y a la difunta Phoebe. Podía hacer sus ejercicios de respiración profunda. Su salud dependía de ello. También su cordura.

Mientras conducía, los rayos del sol iluminaban el parabrisas, dejando ver una película brumosa de suciedad. Tenía la intención de lavar el coche. Accionar el líquido limpiaparabrisas solo emborronó más la mugre.

Una sacudida de horror la atravesó cuando un recuerdo regresó.

Despertar en la casa de la piscina. Con los pies cubiertos de suciedad.

¿Cómo se le habían ensuciado tanto los pies?

¿Era posible? ¿Podría haber matado a alguien y no tener ningún recuerdo de ello?

No, intentó convencerse. Era inconcebible.

Cometer un asesinato no era un acto que una persona pudiera olvidar.

Sin embargo, una incertidumbre punzante se extendió en su interior.

Tenía que haber sido John. Tenía que haber sido él.

¿Y si se equivocaba?

CAPÍTULO 43

Presente - Victoria

Con la puerta principal entreabierta, John miraba con hostilidad a Victoria, a Rivera y al equipo de pruebas de dos personas.

—Ustedes no pueden entrar aquí —dijo John—. Voy a llamar a nuestro abogado.

Victoria quiso reírse de su confianza mal interpretada; en su lugar, se contuvo mientras blandía la orden judicial—. Permítame aclararle cómo funciona una orden de registro. Tenemos autoridad para entrar. Se requiere que usted desaloje las instalaciones.

John hizo amago de cerrar la puerta. Victoria metió el pie en el hueco que se estrechaba. Sintió como si el borde de hierro colisionara con su hueso. Ocultó su mueca de dolor y el arrebato de ira que la acompañó—. No haga que esto sea más difícil de lo necesario, por favor. Tenga la amabilidad de esperar fuera mientras realizamos el registro.

—¡Esto es indignante! —dijo John, dirigiendo su mirada penetrante a Victoria.

—De hecho, no lo es —dijo Victoria con todo el profesionalismo que pudo reunir, a pesar del dolor punzante en el pie—. Este es el procedimiento habitual cuando tenemos motivos fundados.

Se abrió paso hacia el interior y John, finalmente, retrocedió.

—Puede ayudarnos a no desordenar tanto esto si nos dice dónde está el teléfono de Catherine —dijo Victoria.

—¿Su teléfono? No lo sé. Obviamente, no lo ha usado desde su accidente.

—No importa, ya lo encontraremos. Si no lo hacemos, ya he enviado la orden a su operadora. Deberíamos tener esos registros pronto.

John se limitó a negar con la cabeza.

—Taylor dijo que Catherine escribía un diario. ¿Dónde está? —preguntó Victoria.

—Tenía uno —respondió John—. Pero no sé dónde está ahora.

Tras registrar la casa, el equipo de pruebas encontró tres iPhones de modelos consecutivos. Dos en un cajón de la cocina y uno dentro de una mesita de noche. Habían llenado varias bolsas con toallas y mantas.

—Ropa de cama suficiente para un pequeño ejército —dijo Rivera—. Y todavía tienen que registrar la casa de invitados.

Victoria entró con cansancio en el recibidor de servicio de su casa, con los perros arremolinándose a su alrededor. Sus colas inquietas y sus resoplidos de saludo le levantaron el ánimo, proporcionándole un breve respiro del peso de la decepción. A pesar de los mejores esfuerzos del equipo de registro, no habían encontrado el diario de Catherine ni las respuestas que podrían ocultarse en su interior. Aunque el hallazgo de los iPhones era prometedor, alguien había borrado los mensajes. Los expertos en comunicaciones del FBI podrían recuperarlos. Requeriría tiempo por su parte y paciencia por la de ella.

Tras guardar su arma reglamentaria en la caja fuerte del pasillo, Victoria rodeó a Myrtle con sus brazos y le rascó el cuello. A su perra alfa le encantaba que la mimaran.

—Oye —dijo Ned, con la voz llena de empatía y preocupación—. ¿Día difícil?

Sus miradas se cruzaron y un entendimiento silencioso pasó entre ellos.

—Solo uno largo. Me alegra estar en casa —dijo ella. Dejó caer su teléfono sobre la encimera cercana y se refugió en los brazos abiertos de Ned.

Apenas habían pasado unos segundos cuando su teléfono sonó. Levantó la cabeza del pecho de Ned y miró la pantalla. Durante un breve instante, consideró no cogerlo, ya que acababa de cruzar el umbral de la puerta. Anhelaba dejar atrás el caso por el resto de la noche y disfrutar del santuario de su hogar. Pero la llamada prometía información crucial o un

avance en el caso. Acababa de pasar todo el día con Rivera. No la llamaría ahora a menos que fuera importante. Su emoción y curiosidad se impusieron.

—Un segundo —le murmuró a Ned a modo de disculpa.

—Claro. No hay problema. Aunque te estaré esperando. —Él le besó la frente y salió de la habitación.

Ella respondió a la llamada. —Hola, Rivera. ¿Qué pasa?

—Acabo de hablar con Rebecca. Ha identificado los restos recientes de Madison Creek Woods mediante una prueba dental.

La emoción en la voz de Rivera era inconfundible. —¿Quién es? —preguntó Victoria.

—Charles Montgomery.

—El primer marido de Catherine —susurró Victoria.

CAPÍTULO 44

Presente - Victoria

Los agentes se reunieron en una sala de conferencias sin ventanas en la sede del FBI. La sala contaba con una gran mesa rectangular, pulida hasta que relucía, rodeada de cómodas sillas de cuero. Unos cuantos emblemas del FBI adornaban las paredes blancas.

Rivera cogió una botella de agua de una pequeña zona de refrigerios situada en una esquina y se sentó junto a Victoria. Mientras se sumergían en los detalles del caso, sus voces llenaron la habitación, que de otro modo estaría en silencio. Discutieron las pruebas. De una cosa estaban seguros: no habían encontrado nada nuevo que señalara a Dan Sullivan como el asesino de Phoebe.

Murphy se les unió diez minutos después. El fiscal del distrito Harold Walker entró tras él.

Murphy hizo las presentaciones y le dijo a Walker que Victoria era la agente a cargo.

Walker, un veterano fiscal de distrito conocido por su enfoque directo, no perdió el tiempo y fue al grano. —¿Qué han encontrado? —preguntó—. ¿Fue Sullivan?

Victoria sostuvo la mirada de Walker. —Sullivan no mató a Phoebe Watson —afirmó.

Rivera habló a continuación, exponiendo las vías que había explorado para descartar a Sullivan como el asesino. Se debía principalmente a la falta de pruebas, independientemente del ángulo que investigara.

—¿Entonces cómo sabía dónde encontrarla? —preguntó Walker, con la voz teñida de incredulidad.

—Creemos que Sullivan obtuvo la información de otro recluso. Se llama Christian Davis. Sin embargo, nunca le reveló el nombre de Phoebe a Sullivan.

—¿Así que Christian Davis mató a Phoebe? —preguntó Walker.

—Christian puede haber participado en el encubrimiento o haber tenido conocimiento de ello a través de su cuñado. Trabajaban para una mujer llamada Catherine Bower. Es nuestra principal sospechosa —dijo Victoria.

Al mencionar el nombre de Catherine, la reacción de Walker fue inmediata. Miró sorprendido y se quitó las gafas, lo que hizo que Victoria dudara un instante. Luego, continuó.

—Tenemos pruebas de que el segundo marido de Catherine Bower tenía una aventura extramatrimonial —dijo Victoria.

El rostro de Walker se iluminó. —¿Con Phoebe Watson?

—Con otra persona. Aunque es posible que Catherine sospechara que Phoebe era su amante. Catherine le dejó a Phoebe un mensaje de voz furioso. El mensaje decía: «¿Cómo te atreves?».

Walker se cruzó de brazos. —Conozco a la familia Bower/Montgomery. Conocí a Charles, el primer marido de Catherine. Fue una tragedia lo que le pasó. Y luego su propia tragedia. Según tengo entendido, es incapaz de hablar o comunicarse. Deben estar absolutamente seguros antes de acusar a alguien como Catherine Bower.

—Estamos consultando con nuestro departamento jurídico sobre la mejor manera de proceder —le aseguró Murphy—. Pero todas las pruebas que hemos reunido apuntan a ella. Las toallas de la caseta de la piscina de los Bower coinciden con las fibras encontradas en el pelo de Phoebe. Sospechamos que estaba sobornando a su jardinero, quien probablemente posee información crucial. Varias entrevistas con familiares y empleados mencionaron los problemas de Catherine. La bebida. Un problema de salud grave. También está el motivo inicial por el que nuestra investigación se centró en ella. Según su cuidadora, Catherine pronunció el nombre de Phoebe durante un reportaje de noticias, antes de que nadie supiera que los restos en cuestión eran los de Phoebe Watson. Es como si Catherine Bower hubiera querido asegurarse de que alguien conociera su papel en la muerte de Phoebe.

—Todo son pruebas circunstanciales —dijo Walker.

—Tenemos su teléfono en nuestro poder y el equipo forense está trabajando para recuperar los mensajes. Podría proporcionarnos pruebas concretas —dijo Victoria.

—Aun así, ¿eso es todo lo que tienen?

—Catherine conocía bien el bosque de Madison Creek, y hemos confirmado la identidad del segundo cuerpo que encontramos allí —añadió Victoria.

—¿De quién se trata? —preguntó Walker.

—Charles Montgomery —respondió Victoria.

El fiscal ahogó un grito y se tapó la boca con la mano. —Pero Charles murió en un accidente náutico.

—Y su cuerpo nunca fue recuperado —dijo Victoria—. No podemos asegurar con certeza si Catherine es la responsable de su muerte. Todavía no. Aunque todo apunta a ello.

—Supongo que manejaréis esta información con cuidado —dijo el fiscal —. No hay necesidad de que salga a la luz todavía. —Se echó hacia atrás en la silla y se frotó la barbilla—. ¿Estáis seguros de que Dan Sullivan nos mintió sobre el asesinato de Phoebe Watson?

—Sí —respondió Victoria.

El fiscal dirigió su atención a Murphy. —Entonces nos está mintiendo sobre sus otras víctimas. No quería hacer un trato con un asesino. Ahora no tengo por qué hacerlo. Bien hecho.

—El mérito es de mis agentes —comentó Murphy.

—Gracias, señora Heslin y señor Rivera —dijo el fiscal—. Soy muy consciente de su impresionante historial. Se lo agradezco de verdad.

—Siempre cumplen —dijo Murphy.

Sin embargo, Victoria no lograba quitarse de encima sus preguntas sin respuesta. ¿Fue el cuasi ahogamiento de Catherine realmente un accidente, una consecuencia de su deteriorada salud y su consumo excesivo de alcohol? ¿O había algo más siniestro en juego?

Victoria creía que no había sido un accidente. Sin embargo, la teoría no tenía sentido si Catherine era la asesina.

Mientras la mente de Victoria daba vueltas a las posibilidades, surgió una nueva. Tal vez el incidente nunca tuvo como objetivo silenciarla. En cambio, alguien quería castigar a Catherine Bower.

CAPÍTULO 45

Presente - Victoria

Victoria sentía una mezcla de anticipación e inquietud. Se trataba de un momento crucial, un punto de inflexión en la investigación. Las pruebas contra Catherine eran abrumadoras y Victoria estaba decidida a llegar a la Verdad. Para lograrlo, había llevado a George Martin a las oficinas del FBI para interrogarlo. George no había acudido solo. Traía consigo a una abogada, y no a una cualquiera: Larissa Carmichael. Todos en las fuerzas del orden del área de Washington D.C. sabían quién era. Era imposible que George pudiera permitirse sus honorarios desorbitados a menos que la familia Bower se encargara de pagarlos.

Con todos sentados en la sala de conferencias, Victoria presentó las pruebas que tenían contra Catherine. Dejó pasar unos segundos para que la información calara. Después, se centró en George. Su voz rompió el cargado silencio: —Catherine Bower le pagaba para que guardara silencio, ¿no es así?

La interjección de Larissa fue veloz: —El señor Martin se acoge a la Quinta Enmienda —dijo, invocando el derecho de su cliente a permanecer en silencio. Era un movimiento táctico para proteger a George de la autoincriminación.

Sin inmutarse, Victoria insistió: —¿Le dijo a su cuñado dónde enterró a Phoebe?

George no respondió. Sus ojos se movieron con inquietud bajo el peso de lo que ella creía que era una culpa y un miedo abrumadores.

Victoria presionó más. Se estaba acercando al núcleo de la investigación y necesitaba que George la guiara hasta allí: —Díganos, ¿ayudó a Catherine a enterrar a Phoebe en el mismo lugar donde enterró a su primer marido?

George seguía sin responder. Una mueca de angustia le torció los rasgos.

—La Quinta —reiteró Larissa.

—¿Asesinó Catherine Bower a Phoebe Watson? —preguntó Victoria.

La respuesta de George salió como un suspiro largo y jadeante en forma de una sola palabra: —Sí. —Resonó en toda la sala, dejando tras de sí un silencio escalofriante.

Larissa frunció el ceño y Victoria luchó por mantener la compostura. Aunque la confesión confirmaba lo que sospechaba, escucharla la dejó atónita.

—Y después ella no pudo vivir con lo que había hecho —dijo George con una voz que reflejaba todo el peso de su arrepentimiento.

La verdad estaba saliendo finalmente a la luz.

CAPÍTULO 46

Hace un año - Catherine

El tratamiento de infusión de Neruvenax de Catherine duró dos horas. Durante ese tiempo, le volvió el dolor de cabeza. ¿Seguía siendo por la resaca o era un efecto secundario del tratamiento?

Intentó relajarse y dejarse llevar por la novela que había traído. Después de leer el mismo párrafo una y otra vez, acabó por cerrar el libro y los ojos. La máquina que bombeaba la medicina en sus venas emitía un ruido intermitente, un suave borboteo que le crispaba los nervios. Sonaba como su pala hundiéndose y saliendo de la tierra húmeda para cavar la tumba de Phoebe.

Antes de que pudiera descartar ese perturbador recuerdo, se entrometió otra imagen. Una escena vívida en la que sacaba el cadáver desnudo de Phoebe de la lona y lo arrojaba al vacío oscuro mientras un relámpago iluminaba su cuerpo desplomado.

Con un estremecimiento involuntario, Catherine forzó su mente hacia pensamientos reconfortantes sobre conciertos de piano y el encuentro con Will después del tratamiento.

Llegó al apartamento de Will a última hora de la tarde. Nick abrió la puerta. Estaba a punto de salir con una mochila al hombro y las llaves del coche en la mano.

—Señora Bower —dijo él. Sonrió y le dio un abrazo—. Will me ha comentado que hoy tenía su primer tratamiento.

—Sí. Ha ido bien.

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí. Me han hecho esperar una hora para asegurarse antes de dejarme marchar. Me siento un poco rara. No soy del todo yo misma.

—Buenas noticias. Bueno, eh, yo voy de camino a un seminario. No estoy seguro de dónde está Will.

—Está en clase —Catherine levantó su teléfono—. Puedo comprobar su ubicación.

—Muy bien. Póngase cómoda mientras espera —dijo Nick.

—Lo haré. Gracias —pensó que Nick era un buen muchacho, y que Will tenía suerte de tenerlo como amigo.

Dentro del apartamento, Catherine echó un vistazo a la cocina. Estaba sorprendentemente limpia, teniendo en cuenta que allí vivían dos universitarios. Catherine pagaba un servicio de limpieza, pero solo venían cada dos semanas, así que los chicos tenían que encargarse del mantenimiento entre visita y visita.

Desde que había salido del tratamiento, el dolor de cabeza de Catherine no había hecho más que intensificarse. Fue al cuarto de baño de Will, abrió el armario de espejos y se tomó tres analgésicos.

¿Cómo podía hacerse útil hasta que volviera su hijo? No había hecho gran cosa por él últimamente. No desde su diagnóstico. Había estado demasiado ocupada con sus propias necesidades. Esta era una buena oportunidad. Mientras esperaba, podía revisar el estado de la ropa de Will y ver si necesitaba reponer alguna prenda. Taylor compraba constantemente. En cambio, Will nunca pedía nada y jamás había sido de los que van de compras por su cuenta. Probablemente algunos de sus zapatos y prendas necesitaban una renovación.

Catherine abrió el armario de Will y examinó el espacio. Unas zapatillas de deporte y un par de náuticos estaban desperdigados por el suelo. Todos parecían desgastados. Hizo fotos de las tallas impresas en el interior para poder sustituirlos.

Dos pilas de cajas de zapatos bordeaban el fondo del armario. Apartando la ropa de su hijo para poder llegar a las cajas, Catherine seleccionó una pila de tres y las llevó a la cama de Will.

La primera caja contenía unos zapatos de vestir marrones en excelente estado. La siguiente contenía unos zapatos de vestir negros. Recordaba haberlos comprado junto con un par idéntico para John. Estaban impecables y relucientes. Una mirada a las suelas le confirmó que Will nunca se los había puesto.

La caja del fondo de la pila pesaba menos. Fue entonces cuando cayó en la cuenta por primera vez: quizá no debería haber sacado nada de su armario. ¿Y si las cajas contenían algo que no fueran zapatos? Objetos personales. El pensamiento llegó demasiado tarde, pues ya estaba abriendo la tercera caja y levantando el papel de seda blanco que cubría la parte superior. Miró en el interior y vio unas bragas negras de encaje de Victoria's Secret.

Por lo que Catherine sabía, Will no tenía novia. Al parecer, se acostaba con alguna chica o chicas que, por accidente, se dejaban la ropa interior olvidada. Eran cosas que pasaban, y no era asunto de Catherine. Se sintió mal por haber invadido la privacidad de su hijo. No había considerado que pudiera estar curioseando y, de verdad, no tenía intención de encontrar nada que no fueran zapatos.

Estaba a punto de cerrar la caja cuando un destello de color en su interior le llamó la atención. Había algo más allí dentro.

Catherine apartó las bragas negras y se quedó mirando lo que había debajo. Se le dilataron las pupilas, se le oprimió el pecho y soltó un grito de asombro.

CAPÍTULO 47

Hace un año - Catherine

Dentro de la caja, escondido bajo la ropa interior negra, había otro juego de ropa interior para mujer. De color melocotón con puntilla de ojetes.

Se le formó un nudo en la garganta a Catherine. Los reconocía. Eran exactamente iguales al sujetador que había sacado del cadáver de Phoebe.

Imágenes horribles que nunca habría imaginado invadieron la mente de Catherine.

Will apretando una cuerda alrededor del cuello de Phoebe. Sus dedos arañando para aliviar la presión.

Catherine se reprochó dejarse llevar por ese camino mental. Había explicaciones alternativas. Quizá el mismo juego de sujetador y braguitas era una opción popular entre las mujeres jóvenes. Tal vez el patrón no era el mismo que el del sujetador que Phoebe llevaba cuando murió.

¿Pero por qué Will los guarda en una caja de zapatos en el fondo de su armario?

De nuevo, tantas explicaciones posibles. Su hijo coleccionaba ropa interior para mujer. Tenía un fetiche. Eso era todo. Sí, era un poco asqueroso. Quizá un poco extraño. Pero había cosas peores. Muchísimo peores. Se estremeció porque no podía dejar de imaginarse esas cosas mucho peores y desagradables.

Will no tenía nada que ver con la muerte de Phoebe, se dijo Catherine a sí misma. Estaba en la escuela cuando Phoebe desapareció.

Excepto... espera... no. Catherine sacó su diario del bolso, lo abrió en una página de hace unos días y escaneó sus notas. *Discusión con John. Pierdo*

el control y lanzo mi copa de vino. Will lo oye.

Una sensación enferma la inundó. Recordó su extraño sueño inducido por el alcohol en las primeras horas de la madrugada dentro de la casa de huéspedes.

Tengo que dejarte ahora.

La voz susurrada pervivía en su mente. Quizá no había sido un sueño en absoluto. Había sido Will diciéndole adiós. Y había sucedido la mañana de la desaparición de Phoebe.

Pero Will no sería capaz de herir a nadie.

Taylor era la que tenía el lado despiadado y cruel. Oféndela una vez y podría nunca perdonarte. Catherine lo había visto muchas veces desde que Taylor era niña. Will no era nada de eso. Era una buena persona. La mejor.

Catherine estaba de pie en el centro de la habitación de Will, temblando.

John mató a Phoebe. Catherine necesitaba que eso fuera verdad.

Salió al pasillo para asegurarse de que seguía sola. El apartamento estaba en silencio. No había nadie más. Volvió al dormitorio de Will y llamó a John. Su mano temblaba mientras escuchaba el teléfono sonar. Una vez. Dos veces. Tres veces. Luego John respondió.

—Hola. Justo iba a llamarte para ver cómo te ha ido —dijo—. ¿Has tenido tu primer tratamiento?

—John, necesito que me digas la verdad, o llamaré a mi abogado ahora mismo y le pediré que redacte los papeles del divorcio.

John respondió en un susurro. —Sea lo que sea, cariño, puedo explicarlo. Sabes que te amo. Por favor, necesitas calmarte.

Demasiado tarde. No podía seguir fingiendo que todo estaba bien. Necesitaba saber con certeza, sin la menor duda, si él mató a Phoebe.

—¿Pasó algo entre tú y Phoebe?

—¿Tu entrenadora? —preguntó John, sonando incrédulo—. ¿Volvemos a esto otra vez?

—Te prometo que no te pasará nada. No te meterás en problemas. Te prometo que te protegeré. Ni siquiera tienes que explicar. No necesito conocer los detalles. Estoy segura de que fue un accidente. Solo dime la verdad. —No eran solo las manos de Catherine las que temblaban ahora. Todo su cuerpo vibraba.

John no respondió enseguida.

—¿Le hiciste algo? —preguntó Catherine, rogando silenciosamente que dijera *sí.*

—Ya hablamos de esto. Te lo dije, no.

—No me importa si tú y ella estabais teniendo un lío. Necesito saber si pasó algo más. Algo malo. Dímelo, John. Por favor, dímelo. —Suplicaba, desesperada por oírlo admitir que había matado a Phoebe.

—Por última vez, he hablado con Phoebe quizá un par de veces de pasada. Eso es todo. No hay nada más. Nada entre Phoebe y yo. Nunca lo ha habido ni lo habrá. Sé que desapareció. No tengo nada que ver con eso. No sé dónde está.

Mientras John hablaba, se oyó un murmullo procedente de algún lugar cerca de él. Claramente femenino.

La respiración de Catherine se congeló en el pecho. Se esforzó por oír el sonido de nuevo y para asegurarse de que no se lo había imaginado.

Durante varios segundos, solo hubo silencio.

—¿Qué era eso de fondo? —preguntó finalmente, tan tensa que parecía a punto de romperse.

—¿Qué era el qué? —respondió John.

—Creí oír algo.

—¿Por qué no le cuentas ya de una vez lo nuestro? —dijo una voz femenina, seguida de una risa de desprecio.

John debe haber intentado tapar el teléfono. Lo que siguió llegó amortiguado.

Catherine oyó a la mujer decir: —Dijiste que pronto no se acordaría.

Las piezas encajaron. Había una mujer con John. Su amante.

Lo más rápido que pudo, Catherine apretó el dedo contra el botón de finalizar llamada.

Se apoyó contra la pared del dormitorio de Will, el pecho agitado.

CAPÍTULO 48

Hace un año - Catherine

Estando en el dormitorio de Will, con la mirada fija en la caja de zapatos abierta, todo el cuerpo de Catherine se quedó entumecido. Se sentía vacía.

John realmente estaba teniendo una aventura.

Pero no con Phoebe.

Aquel descubrimiento la había dejado mareada, con las piernas tan débiles que apenas podía mantenerse en pie. ¿Sería un efecto secundario del tratamiento? ¿O la montaña rusa emocional descarrilando en su interior?

No sabía qué hacer. Se dijo a sí misma que debía mantener la calma. No saques conclusiones precipitadas.

Puede que las bragas de calado color melocotón del armario de Will no tuvieran ninguna relación con Phoebe. ¿Debería preguntarle a Will? No, no era capaz de hacerlo. Ojalá no hubiera hurgado entre sus pertenencias.

Inmersa en un letargo febril, Catherine se sentó en la cama de su hijo, junto a la caja de zapatos abierta. Tenía que devolverlo todo al armario. Mientras volvía a guardar las bragas, tratando de recordar exactamente cómo las había encontrado, divisó un objeto más dentro de la caja. Una pequeña bolsa de plástico con cierre hermético que contenía algo oscuro. Algo del tamaño de una moneda de veinte céntimos que no pesaba casi nada. Sacó la bolsa para verla de cerca e inmediatamente deseó no haberlo hecho. Ojalá la bolsa contuviera marihuana o drogas. Ojalá fuera cualquier otra cosa.

La bolsita de plástico contenía un trozo de carne seca y coagulada en forma de cuadrado. Exactamente igual que el trozo de piel que le faltaba a Phoebe en el glúteo.

Entonces las cosas empeoraron. Había otra bolsa escondida debajo de la primera. En su interior, otro cuadrado de carne.

Tenía que ser un error.

Tenía que serlo.

Se le ocurrió una idea: ¡era el armario equivocado! Esta era la habitación de Nick, no la de Will. Sus ojos recorrieron las paredes, desesperados por ver algo que no le resultara familiar. En cambio, la habitación contenía fotografías, banderines y cuadros que reconoció. Muchos de los objetos eran regalos que ella misma le había hecho. El armario guardaba ropa conocida y ella estaba sentada sobre la ropa de cama que había elegido y comprado para su hijo. Era la habitación de Will.

No. No. Por favor, no.

Si no hubiera mirado dentro del pozo, puede que nunca lo hubiera sabido.

Si no le hubiera quitado el vestido a Phoebe.

Si no hubiera abierto la caja de zapatos.

Todo eso había sucedido. Ya era demasiado tarde para deshacer nada de aquello.

Catherine volvió a mirar el contenido de la caja. Había leído suficientes novelas de suspense y visto suficientes programas de crímenes reales para saber que los asesinos en serie guardan recuerdos y trofeos para rememorar a sus víctimas. Si las bragas rosadas pertenecían a Phoebe, ¿de quién eran las negras?

Catherine se maldijo a sí misma por conjurar las palabras *asesino en serie.* Will no pertenecía a la misma estratosfera que las connotaciones que acompañaban a ese término. Sin embargo, ¿cómo podía explicar lo que había encontrado?

Un grito ahogado escapó de sus labios. Empezó a sudar y a tiritar al mismo tiempo. Salió corriendo de la habitación de Will y llegó al cuarto de baño justo a tiempo antes de vomitar.

Un minuto después, sintiendo como si le hubieran arrancado el estómago, se aferró al borde del lavabo y contempló su reflejo en el espejo. Tenía que ser un error. Un malentendido. Una extraña coincidencia. Algo que se le escapaba. Otra explicación. Una que eximiera a Will de toda culpa. Porque Will no podía haber hecho algo tan horrible. No su perfecto, dulce y amable

Will. La gente como Will, lo mejor de nuestra sociedad, no cometía actos terribles.

Catherine tiró de la cadena y se enjuagó la boca en el lavabo. Había estado tan segura de que John lo había hecho. Casi sin dudarlo, había creído y aceptado que su marido le había arrebatado la vida a Phoebe por estrangulamiento. Pero no su hijo. Will no. Incluso con las pruebas evidentes, no podía creerlo. No obstante, no podía borrar de su mente lo que había encontrado.

Era culpa suya. Tenía que serlo. Ella era la madre de Will. Algo debía de haber ido terriblemente mal en su vida para que él hubiera... Catherine cerró los ojos con fuerza, incapaz de terminar aquel espantoso pensamiento.

—Hola, mamá —dijo Will—. Estás aquí.

Con el corazón acelerado, Catherine se dio la vuelta para mirar a su hijo. No le había oído entrar. Ni tampoco le había oído cruzar la cocina y entrar en el pasillo.

Desde el umbral del baño, podía ver a través del pasillo hasta su habitación. La caja de zapatos y su contenido estaban a la vista, allí donde los había dejado sobre la cama.

Los ojos de Will siguieron la mirada de Catherine hacia las bragas que estaban junto a la caja.

Tras varios latidos atronadores, dijo:

—Es un poco violento que las hayas encontrado, ¿eh? —Se echó a reír entonces, con una mezcla convincente de humor bonachón y vergüenza.

Catherine no se rió, ni tampoco sonrió.

Se quedaron mirándose el uno al otro; Will escudriñaba su rostro, con toda seguridad preguntándose si ella comprendía lo que había descubierto. La respuesta de ella confirmó sus sospechas. En cualquier otra circunstancia, ella se habría reído, se habría disculpado, habría bromeado, le habría preguntado si conocería a la dueña de esa ropa interior algún día. No hizo nada de eso. Sumida en la conmoción y el horror del momento, no tenía fuerzas para fingir.

Will se miró los zapatos y arrastró uno por la alfombra.

Catherine pareció salir entonces de su estado de estupor, invadida por la repentina necesidad de escapar del apartamento de Will y procesar su horror en privado.

—Lo siento, Will, no me encuentro bien. El tratamiento... —balbuceó, mirando de reojo su rostro ceniciento en el espejo—. Tendremos que dejar

nuestra cena para otro momento.

—Vale. Lo entiendo. ¿Quieres echarte una siesta aquí en mi habitación? Me quedaré en la cocina estudiando.

—No, será mejor que vuelva al hotel.

—Puedo llevarte en coche.

—No hace falta. De verdad. Estoy bien.

Los ojos de él se dirigieron a la caja sobre su cama y luego volvieron a Catherine. Sonrió. Una sonrisa tímida.

Catherine obligó a sus pies a moverse, uno tras otro, con los ojos clavados en la puerta principal.

Will habló a sus espaldas.

—No te preocupes, madre. Cada uno tendremos nuestros secretos.

Aturdida, siguió caminando.

—Sé lo que hiciste para protegernos —dijo él, con voz suave.

¿Cómo lo sabía? Nadie aparte de George lo sabía. Quizá Christian. Entonces, ¿de qué estaba hablando Will?

Todavía a varios metros de la puerta, la visión de Catherine se nubló. La sensación de mareo se intensificó, carcomiéndola. Necesitaba salir de allí.

—La perfusión... Simplemente no me siento yo misma. Tengo que irme. Te llamaré luego —dijo ella, alargando la mano hacia el pomo de la puerta.

Por primera vez en su vida, se marchó de al lado de Will sin darle un abrazo de despedida.

CAPÍTULO 49

Hace un año - Catherine

Con el sol aún bajo en el cielo oriental, Catherine condujo de Durham a Virginia, con el estómago encogido por una sensación pesada y nauseabunda. Desde su descubrimiento en el apartamento de Will, no le había dicho ni una palabra a nadie. Todavía le costaba asimilar lo que había encontrado. Había una cosa que sabía con certeza. Jamás divulgaría su secreto a ningún otro alma viviente. Nunca. El secreto de su hijo permanecería a salvo con ella para siempre. Sin embargo, Will y ella tenían que hablar seriamente. Sin importar qué le hubiera impulsado a hacer lo que ella creía que había hecho, tenía que parar.

Ya se había encargado de asegurar su protección, aunque entonces no sabía a quién estaba protegiendo. Nadie encontraría jamás los restos de Phoebe. Sin un cuerpo, no podía haber investigación por asesinato. Si alguna vez pillaban a Will —*¿por qué a quién pertenecían aquellas bragas negras?*—, Catherine contrataría a Larissa Carmichael para reunir a un equipo con los mejores abogados. Alegarían demencia si fuera necesario. Conseguirían terapia para Will en lugar de tiempo en prisión. Porque para hacer lo que él había hecho, algo en su interior debía de estar roto.

Su teléfono vibró de nuevo. John también estaba en la carretera, de camino a casa desde Kiawah. Desde ayer, le había dejado una docena de mensajes de voz con tono preocupado a Catherine. Ella los había ignorado todos. Tenía problemas más graves.

Cuando se detuvo a repostar el depósito de gasolina, escribió *Phoebe Watson, desaparecida* en su navegador y pulsó en un vídeo de noticias. Una

mujer que se parecía mucho a Phoebe miraba a la cámara con los ojos bañados en lágrimas. Era la madre de Phoebe, Sharon Watson.

—Sé que Phoebe está ahí fuera y que está bien —dijo Sharon, mientras las lágrimas ya rodaban por sus mejillas—. Puedo sentirlo. Va a volver a casa.

Eso no iba a suceder. Sharon podía repetir esas palabras hasta creérselas, si eso era lo que necesitaba para seguir adelante. Aun así, no iba a suceder.

Los ojos de Sharon, llenos de desesperación, parecían clavarse directamente en el alma de Catherine. —Si sabe algo, si tiene la más mínima pizca de información, cualquier cosa, se lo ruego, por favor, dé un paso adelante y compártalo con nosotros —dijo Sharon.

Catherine no podía soportar ser testigo del dolor de la mujer. Con el corazón encogido, apagó el teléfono y lo dejó boca abajo en la consola de su Mercedes. Fijó la mirada en el gigantesco letrero de Shell que se alzaba ante ella. Por cruel que pareciera, a veces las madres estaban mejor sin conocer la horrible verdad sobre sus hijos.

CAPÍTULO 50

Hace un año - Catherine

Catherine tecleó varias palabras clave de búsqueda en su ordenador portátil.

Asesinato sin resolver mujer Virginia.

Misterioso asesinato sin resolver de una mujer en Carolina del Norte.

Víctima de asesinato a la que le falta la ropa interior, Carolina del Norte.

Víctima de asesinato con una peculiar incisión de forma cuadrada en la piel.

¿Algún caso de víctimas de asesinato femenino halladas sin ropa interior y con extirpación de piel?

Los resultados fueron desalentadores, aunque no inesperados. Noticias sobre mujeres desaparecidas y asesinatos sin resolver poblaron su pantalla. Sin embargo, ninguna de las informaciones mencionaba los detalles específicos que ella buscaba. No era de extrañar. Las fuerzas del orden solían ocultar ciertos datos al público. Por lo general, detalles que resultaban extraños o perturbadores. Tenían que distinguir a los verdaderos culpables de las pistas falsas.

Al no haber averiguado nada útil, Catherine borró su historial de búsqueda. Se levantó y se desperezó antes de abrir el frigorífico y mirar en su interior. A pesar de no haber comido nada en todo el día, no tenía hambre. No tenía apetito ni de comida ni de nada más. Imágenes de Sharon y Phoebe Watson la asaltaban de forma aleatoria, pero los pensamientos más angustiosos se centraban en Will. Él siempre había sido su mayor

fuente de alegría. Era la mejor motivación que tenía para luchar contra su enfermedad el mayor tiempo posible. Ahora todo aquello estaba arruinado.

Se alejó de la nevera con las manos vacías y, en su lugar, se sirvió una copa. Dio un largo trago al líquido ambarino y lo dejó sobre la mesa, a su lado. De los armarios empotrados junto a la chimenea, sacó los álbumes de recortes con fotos de la infancia de Will. Hacía años que no los hojeaba. Ahora quería saber en qué momento su hijo se había convertido en algo distinto a la persona maravillosa y casi perfecta que ella creía que era. ¿Había pistas a la vista de todos que ella había pasado por alto?

Las primeras páginas del libro que seleccionó tenían instantáneas de la época de la escuela secundaria de Will. Will sonriendo con un palo de lacrosse. Riendo en un velero. Radiante ante la cámara bajo su casco de fútbol americano. Con cada página que pasaba, el cuerpo de Will se desarrollaba más; se volvía más alto y fuerte, pasando de ser un niño mono a un hombre innegablemente guapo. Ni una sola foto lo captaba con una mueca de superioridad. No había sonrisas engreídas. Ni miradas siniestras. Parecía tan feliz, como alguien en quien se podía confiar.

Catherine abrió otro álbum. Las fotos de las páginas centrales mostraban a Will jugando al rugby. En un lado de la página estaba su certificado de deportista All-American. Unas páginas más adelante, aparecía con toga y birrete, graduándose como el segundo de su promoción de bachillerato. Tras el rendimiento académico poco estelar de Taylor en el internado, cualquier nota por encima del aprobado habría enorgullecido a Catherine. Will había hecho mucho más, y todo ello mientras destacaba en los deportes, ejercía de presidente de su clase y completaba horas de servicio comunitario. Era su pequeño. Su orgullo y su alegría. Lo que ella había encontrado ayer, sencillamente, no tenía sentido.

Catherine se sirvió otra copa y abrió un tercer álbum. En este, Will era un niño pequeño irresistiblemente adorable, con la cara salpicada de pecas y la nariz un poco quemada por el sol. Con el sol en el horizonte, aparecía en el porche delantero de su casa de la playa, sosteniendo una caracola gigante. A su lado, su padre se apoyaba en la barandilla blanca. Charles llevaba un polo blanco y unos pantalones cortos de color rojo Nantucket.

Un arrebato de adrenalina recorrió el sistema de Catherine al reconocer aquel atuendo. Había hecho la foto *aquel* día. ¿De verdad había incluido la foto en un álbum de recortes? ¿En qué estaba pensando?

No quería volver a visitar esa parte del pasado, pero los recuerdos acudieron a ella en tropel. Hace dieciocho años, Catherine, Charles y Will estaban pasando un fin de semana largo en su casa de la playa mientras Taylor estaba en un campamento de equitación. Mientras Catherine hurgaba en el bolsillo del cortavientos de Charles buscando la llave de repuesto del coche, su teléfono pitó. Lo sacó y vio un mensaje nuevo de su asistente. Entonces, el mundo entero de Catherine empezó a dar vueltas.

Catherine no era tonta. Había sospechado que la relación de su marido con su atractiva asistente iba más allá de lo profesional. Había pequeños indicios y pistas. Horas nocturnas en la oficina. Más cenas de negocios y viajes fuera de la ciudad de lo habitual. Un distanciamiento creciente entre ella y Charles.

Catherine planeaba enfrentarse a su marido en cuanto tuviera pruebas reales. Si su corazonada era cierta, pensaba darle dos opciones. Una, terminar el romance de inmediato y despedir a su asistente. Dos, hacer las maletas y decir adiós a su matrimonio para siempre. Catherine no seguiría el mismo camino que su madre. No miraría hacia otro lado mientras Charles se acostaba con alguien por ahí. Porque eso es exactamente lo que supuso que pasaría si no le daba un ultimátum a su marido. Su aventura era un lío sin importancia. Por supuesto que lo era.

Pero los mensajes de su teléfono demostraron que estaba equivocada.

—Avísame en cuanto se lo digas. Buena suerte. Te quiero.

Catherine se sintió mareada y desorientada. Le temblaban las manos mientras leía los demás mensajes. Se remontaban a meses atrás. Comentarios coquetos al principio, que luego daban paso a intercambios más cariñosos y significativos.

El ultimátum que había planeado no importaría. Los mensajes lo dejaban claro. Charles ya había tomado una decisión.

Catherine devolvió el teléfono al bolsillo y luego se encerró en el cuarto de baño a llorar y a pensar. Cuando se le secaron las lágrimas, ya tenía un plan.

Aquella noche, Will, de tres años, dormía en el dormitorio de arriba, agotado tras un largo y divertido día bajo el sol y el aire marino. Abajo, con el sonido de las olas rompiendo cerca de su casa frente al mar, Catherine preparó unos cócteles para ella y su marido.

Charles pidió uno doble. Quizá iba a decírselo ahora y necesitaba el valor extra que eso le proporcionaría.

Catherine se preparó para el fin de su matrimonio mientras elaboraba las bebidas con precisión.

El cóctel de él contenía una infusión de aceite de frutos secos, una mezcla que podía matarlo.

CAPÍTULO 51

Hace dieciocho años - Catherine

Charles se tomó media copa antes de que se le enrojeciera la cara y se desplomara sobre la baldosa de mármol. Se llevó las manos al cuello, arañándoselo. Pronunció su nombre con un hilo de voz.

Catherine. Ayúdame.

—En lo bueno y en lo malo —susurró ella mientras él se retorcía en el suelo—. Supongo que esto es lo malo, Charles.

Cada bocanada de aire que luchaba por inhalar se convirtió en un estertor desesperado cuando ella salió de la habitación, llevándose los teléfonos de ambos. Charles guardaba EpiPens en casa debido a su grave alergia a los frutos secos. Catherine los había quitado de su sitio. Esperaba que el final le llegara rápido, y así fue.

Tras volver a colocar los EpiPens en varios cajones, arrastró a Charles hasta la parte trasera de su SUV. Pesaba unos ochenta kilos. Ella afrontó el desafío físico con pura adrenalina y la ventaja de años de agotadores entrenamientos.

Desde el extremo del muelle, Catherine lanzó el teléfono de su marido al océano y vio cómo desaparecía en el agua oscura. Tras dejar su cortavientos y las llaves del barco en la embarcación, desamarró el navío y le dio un fuerte empujón, rezando para que la corriente se lo llevara lejos. Si no era así, no importaba; estadísticamente hablando, la mayoría de los accidentes ocurrían cerca de casa.

Antes de abandonar la casa de la playa, despertó a su hijo pequeño, que dormía, y lo abrochó en su sillita de seguridad.

—Nos vamos a casa porque tenemos que recoger a Taylor de los establos por la mañana —le dijo a Will.

—¿Por qué te tiemblan las manos, mami? —había preguntado él.

Ella apretó el volante con más fuerza para detener el temblor. —He tomado demasiado café, cielo. Me pone nerviosa. Lo que necesitaba era una o dos copas fuertes. Pero no bebía si tenía que conducir, y menos con Will en el coche. Se tomaría un Xanax en la próxima parada.

—No tomes tanto otra vez. No quiero que te sientas temblorosa —le dijo Will, con los labios ligeramente fruncidos y su pequeña frente arrugada por la preocupación. Su mirada de amor puro le llegó al corazón a Catherine.

—No lo haré, cielo —dijo ella, devolviéndole la sonrisa por el espejo retrovisor.

Will encendió su tableta y se puso a ver una película de dinosaurios.

—¿Dónde está papá? —preguntó después de llevar más de una hora conduciendo.

—Se queda en la casa de la playa un día más —le dijo Catherine.

—Ah. —Eso fue todo lo que dijo Will. Incluso de niño, nunca cuestionaba a su madre. Nunca discutía con ella. Era curioso, pero siempre aceptaba lo que ella le decía. Confiaba en ella.

Catherine sintió punzadas de arrepentimiento por el bien de sus hijos. Taylor quería a su padre porque la consentía. Sin embargo, los niños eran resistentes. Estarían bien. Charles no pasaba mucho tiempo en casa. Siempre había pasado más tiempo en la oficina que en cualquier otro lugar. Especialmente desde que había incorporado tiempo para su amante en su ya apretada agenda laboral.

Todo lo que Catherine necesitaba para templar cualquier sentimiento de culpa creciente era recordar el último mensaje de texto que Charles había recibido de su amante. *Buena suerte. Te quiero.* Hacía que a Catherine se le revolviera el estómago y la motivaba a llevar el plan hasta el final.

Catherine no podía deshacerse del cuerpo de Charles en el océano y arriesgarse a que los buzos o cualquier otra persona lo encontraran pronto. Un marido muerto con aceite de frutos secos en su organismo podría señalarla directamente a ella. Charles tenía que pudrirse en algún lugar donde nadie encontrara jamás sus restos. Conocía el sitio ideal. De camino allí, llamó a su teléfono unas cuantas veces y dejó mensajes.

Conduciendo apenas por encima del límite de velocidad y evitando todas las carreteras de peaje, Catherine se dirigió a los bosques profundos y

apartados donde solía ir de fiesta cuando era adolescente. A unos cuatrocientos metros del viejo puente destartalado, aparcó su SUV. Mientras Will dormía plácidamente en su silla, ella sola cavó una tumba poco profunda y enterró a su marido. Desde allí, condujo hasta casa, se duchó y cuidó de su hijo.

Quiso la suerte que una tormenta inesperada azotara la playa solo unas horas después de que ella se marchara. El estruendo de las olas y los truenos no haría más que ayudar a que se saliera con la suya.

A la mañana siguiente, de camino a recoger a Taylor de los establos, Catherine llamó a su vecino de la casa de la playa.

—¿Te importaría acercarte a nuestra casa y ver si mi marido está allí? —preguntó Catherine—. No es propio de él pasar tanto tiempo sin dar señales de vida a los niños o a mí.

Su vecino le devolvió la llamada veinte minutos después. —Vuestro barco no está en el amarre. Charles probablemente ha salido a navegar.

—Ah. Debe de haberse dejado el teléfono —dijo Catherine, asegurándose de sonar dubitativa—. Muchas gracias por comprobarlo —añadió—. Te lo agradezco. Seguramente no debería preocuparme, pero no puedo evitarlo.

Para calmar sus nervios, llevó a sus hijos a almorzar y tocó el piano por la tarde. Luego volvió a la playa con Taylor y Will.

Como era de esperar, el amarre del barco seguía vacío. Catherine llamó a sus padres y les contó lo preocupada que estaba. Ellos la animaron a llamar al 112.

A partir de ahí, fue un torbellino de días angustiosos representando el papel de esposa afligida, algo que hizo de forma convincente. Contrató a buzos para que buscaran el cuerpo de Charles cerca de su muelle. Nunca lo encontraron. El océano estaba muy lejos de Madison Creek Woods.

Al final, sin pruebas de lo contrario, las autoridades concluyeron que Charles había muerto en un accidente náutico. Lo declararon muerto oficialmente. La vida continuó para Catherine como viuda. Criar a dos hijos sola, incluso con niñeras, dejaba poco tiempo para pensar en lo que había hecho. Visitaba a sus padres a menudo y se enteró de que su madre padecía un Alzhéimer precoz.

Entre los niños, sus obligaciones en Smartbox y las visitas a su madre, Catherine se mantenía ocupada. La muerte accidental de su marido surgía con bastante frecuencia, normalmente en forma de condolencias de amigos y conocidos. Con el tiempo, como todo el mundo, Catherine llegó a creerse

su propia mentira. Charles, efectivamente, había perecido en un trágico accidente de barco.

Esa ilusión se hizo añicos en un instante.

Un día cualquiera, Will y un amigo de su clase de parvulario jugaban en su habitación. Desde el pasillo, Catherine oyó por casualidad su conversación.

—Mi abuela tiene una enfermedad por la que no sabe quiénes somos —había dicho Will con naturalidad—. No sabe quién es nadie. Se está muriendo.

—Mi abuelo ya murió —dijo el amigo—. ¿Sabes qué pasa cuando la gente muere?

Will vaciló y luego respondió: —Tu familia cava un agujero y te entierra en el suelo.

Catherine se tapó la boca mientras un grito ahogado escapaba de sus labios. Se desplomó contra la pared, abrumada por una mezcla nauseabunda de emociones, pero con la necesidad de oír lo que venía a continuación.

—Qué va. Así no ocurre —dijo el amigo de Will—. Vi un programa sobre gente que... ya sabes... los que se llevan a los muertos cuando mueren. No lo hace tu familia. Son unos tíos que trabajan en el cementerio. Sepultureros.

—No siempre son desconocidos. A veces es tu familia —dijo Will. No sonaba a la defensiva. Sus palabras transmitían una certeza inquebrantable, con esa seguridad que ya era el sello de su personalidad.

Aquel breve intercambio había ocurrido hacía más de una década. Catherine lo había olvidado. De repente, lo que Will le había dicho la última vez que salió de su apartamento cobraba sentido.

No te preocupes, madre. Cada uno tendremos nuestros secretos. Sé lo que hiciste para protegernos.

Will sabía lo que ella había hecho. Debió de verla, aunque nunca le había dicho ni una palabra al respecto. Había visto a su madre enterrar a su padre muerto en el bosque y luego fingir que nunca había pasado nada. La experiencia había traumatizado su pequeña mente. Ahora, por culpa de ella, Will también era un asesino.

Todos esos años atrás, Catherine creyó que se había librado de su problema. Le había dado una lección a Charles por traicionarla. Matarlo había preservado su dignidad y se había salido con la suya. Sin arrepentimientos. Sin embargo, su decisión había vuelto para atormentarla,

destrozando su mundo y destruyendo todo lo que amaba. Lo que había hecho había creado una situación mucho peor. Catherine no sabía cómo podría vivir con ello. No estaba segura de querer hacerlo.

CAPÍTULO 52

Hace un año - Catherine

La directora de Atrium Gardens guió a Catherine por un gran comedor dotado de lujosas comodidades.

En una mesa, una mujer frágil estaba desplomada en su asiento con la mirada perdida. Su mano temblorosa llevaba una cucharada de comida hacia la boca. Unas judías verdes se resbalaron y cayeron sobre su regazo. Su cuchara vacía se tambaleaba en el aire, a pocos centímetros de sus labios, como si hubiera olvidado lo que estaba haciendo. Llevaba un precioso collar de perlas sobre un conjunto de chaqueta de punto de color azul pálido. Tenía el cabello plateado perfectamente peinado, pero se la veía vieja y delicada. Mucho más vieja que Catherine.

Catherine apartó la vista; sus ojos se dirigieron a un hombre en silla de ruedas, inclinado hacia un lado, con las manos nudosas en el regazo. Estaba sentado con un hombre vestido con el uniforme blanco de Atrium Gardens. El anciano abrió la boca expectante mientras el cuidador le daba de comer. Era un atisbo de un futuro que Catherine quería evitar. Aquel no podía ser su destino.

Atrium Gardens ostentaba la reputación de ser el centro más caro y, por tanto, el mejor del estado. Sin embargo, Catherine rezaba por no tener que llamarlo nunca hogar. La visita solo había sido una medida de precaución, una exploración de sus opciones. Ahora, entre los muros de la institución, estaba segura de que aquella no era la solución que deseaba. No quería pasar sus últimos años en aquel lugar rodeada de personas que ya habían vivido vidas tan largas. No obstante, le preocupaba no poder confiar en que

John respetara sus deseos. ¿Qué posibilidades tenía de contar con él cuando ella no pudiera valerse por sí misma?

Catherine siguió a la directora por los pasillos bien iluminados, decorados con obras de arte perfectamente seleccionadas. A medida que pasaba por delante de un desconocido tras otro, los recuerdos de la batalla de su madre contra el alzhéimer inundaron su mente. Su madre había perdido gradualmente su personalidad, sus capacidades y sus recuerdos. Sin embargo, incluso en medio de la tristeza, había podido permanecer en la familiaridad de su propia casa, rodeada de sus comodidades habituales. Sus gatos persas. Las impresionantes vistas desde los balcones. Las alegres visitas de sus nietos, a pesar de la confusión y el desorden de su mente.

Catherine estaba decidida a garantizar que sus propios años finales siguieran un camino similar. Poco después de su diagnóstico, había intentado sacar el tema con John. Trató de explicarle la importancia de contratar cuidados a domicilio, a alguien que viviera en la casa de invitados. Él se había mostrado indiferente, evitando la conversación. Probablemente porque le incomodaba. Había afirmado que tenían tiempo de sobra para abordar esos asuntos, sin captar la urgencia de la situación. Cuando llegara el momento, sería demasiado tarde para hablar. Catherine sería incapaz de tomar decisiones racionales respecto a su propio cuidado.

Tenía que tomar las riendas del asunto, establecer un plan mientras todavía tuviera capacidad. Cuidados en el hogar, criterios específicos, varios cuidadores y directivas legales; todos ellos detalles que debía organizar con su abogada para asegurar que se cumplieran sus deseos.

Catherine estaba sentada en el elegante despacho de Larissa Carmichael. Las estanterías albergaban pilas de libros encuadernados en cuero y documentos legales ordenados con precisión.

Larissa, vestida impecablemente con un traje de diseño a medida, sonrió a Catherine desde detrás de un gran escritorio. Una colección de premios y diplomas adornaba la pared que tenía a la espalda.

—Le agradezco que se encargue de esto por mí —le dijo Catherine a la abogada—. Sé que no es su área de especialización legal; no obstante, confío en que pueda gestionarlo o asegurarse de que se gestione correctamente.

—Por supuesto —asintió Larissa—. En cuanto decida lo que quiere, envíemelo. Esos formularios le servirán de guía.

—Recibirá algo de mi parte esta semana —dijo Catherine.

Cuando la conversación llegaba a su fin, Catherine buscó en su bolso y sacó un paquete: un sobre de unos veinte por treinta centímetros sellado con cera. Contenía su diario. Le había hecho algunos cambios sutiles y cuidadosamente elegidos.

—En caso de que quede incapacitada o fallezca, necesitaré que lea esto y proceda según sea necesario —dijo Catherine.

Debería haber sentido una tristeza devastadora en ese momento. Pero no fue así. Solo se sentía extrañamente distante, con las emociones enterradas bajo un entumecimiento impenetrable. El peso de su secreto más terrible la estaba aplastando.

CAPÍTULO 53

Hace un año - Catherine

Catherine canceló su tratamiento de infusión y llevaba días sin salir de casa. Cansado de verla dormir, John se fue a jugar al golf. En cuanto se marchó, Catherine se levantó de la cama y empezó a beber.

Un motor rugió hasta detenerse en la entrada. Ella se giró hacia los ventanales delanteros, casi perdió el equilibrio, pero logró estabilizarse a tiempo.

Era George. No lo esperaba. Su presencia llegaba en el momento oportuno. Tenía que decirle algo. Mejor hacerlo en persona. Abrió la puerta y le llamó. Él caminó pesadamente hacia ella con los hombros hundidos.

—Confío en que hayas recibido tu plan de jubilación —dijo ella, apoyándose en el marco de la puerta.

Él asintió, estudiándole la cara. —¿Estás enferma?

—Estaré bien —dijo ella, echando los hombros hacia atrás y enderezando la postura—. Por favor, escucha. Esto es importante. —Esperó a que se acercara más—. Si alguna vez encuentran al, ya sabes... al mapache, y empiezan a hacer preguntas, diles que lo hice yo.

George se le quedó mirando con la expresión en blanco. —Dijiste que nadie iría jamás allí fuera.

—No lo harán. Pero si ocurre algo completamente inesperado y, de algún modo, se nos vincula con ello, tienes que decir sin falta que lo hice yo.

—¿Que fuiste tú a esos bosques y...?

—Diles que lo hice todo yo. Yo soy la razón por la que el mapache acabó en el pozo.

George entornó los ojos y escrutó su rostro como si buscara algo allí. —No es... tú no lo hiciste —dijo, sin sonar del todo convencido.

—Sabes que estoy enferma, ¿verdad? Mi enfermedad tiene una forma cruel de cambiar a la gente, de hacer que olviden cosas.

George se mostró escéptico. —Mi madre tiene demencia. Ella nunca...—

—A cada uno le afecta de forma distinta —dijo Catherine, cortando su argumento. Debatir los síntomas de la demencia con George no formaba parte del orden del día.

—¿Es por eso por lo que no querías llamar a la policía? ¿Pensaste que podías ser la responsable?

Catherine se mordió el interior de la mejilla mientras respondía. —Sí, puede que se me pasara por la cabeza. Creía que Phoebe tenía una aventura con mi marido.

—¿Nunca pensaste de verdad que fuera Christian?

—No estaba segura entonces, y sigo sin estarlo.

George parecía aturdido, aunque a esas alturas nada debería haberle sorprendido de una pseudoconfesión. No después de un asesinato, un encubrimiento y el pago por su silencio.

Catherine volvió a suavizar la voz. —¿Puedes hacer eso por mí, George? ¿Puedes hacer lo que te he pedido?

—¿Por qué?

—Porque es lo mejor para todos. Si llegara el momento en que fuera necesario, puede que yo no sea capaz de hacerlo por mí misma. No estarás solo. Me he asegurado de que tengas la mejor representación legal para ayudarte a solucionar las cosas... si alguna vez llegamos a eso. No debería ocurrir. Todo lo que tienes que hacer es seguir con tus asuntos. Disfruta de la vida. Olvida lo que pasó. ¿De acuerdo?

Se miraron fijamente durante varios segundos. Un sabor amargo subió por la garganta de Catherine. Se apoyó con más fuerza contra la puerta, necesitando más soporte. Respondiera George o no, tenía que confiar en él.

Él giró la cabeza hacia el lateral de la casa. —Voy a podar los viburnos.

—No tienes por qué decírmelo. Confío en que harás lo que se debe hacer. Siempre lo he hecho.

Él abrió la boca como si fuera a decir algo más. En lugar de eso, asintió sin sostenerle la mirada. Luego se alejó.

Catherine le vio marcharse. No sabía si podía contar con él después de lo que le había contado a su cuñado y, sin embargo, confiaba en él más que en

nadie. ¿Qué decía eso de su vida?

Con un fuerte suspiro, cerró la puerta y volvió al salón, donde se desplomó sobre los cojines del sofá, sintiéndose verdaderamente agotada. Eran muchos los factores que agravaban su situación. Su demencia de inicio temprano: la estaba cambiando, agotando su energía y su capacidad de pensar. El vino y el whisky: bebía cada vez más sin poder controlarlo, pero lo necesitaba. La aventura de John y sus mentiras no habían ayudado en nada.

Sin embargo, ninguno de esos problemas la había afectado como el asunto de su hijo. Una abrumadora sensación de culpa la oprimía con una fuerza tan pesada que no tenía voluntad para salir de debajo. En última instancia, ella era la responsable de haber convertido a Will en algo terrible, igual que ella misma. Quizá él fuera incluso peor. ¿Tenía siquiera un motivo para matar a esas mujeres?

Era tan guapo.

Tan servicial.

Tan inteligente.

Y, al parecer, tenía una afición extracurricular de la que ella nunca había sospechado ni una sola vez.

Catherine ni siquiera podía pensar en él ahora sin reprimir un sollozo y echar mano de otra copa.

Sabía lo que quería hacer. Seguir adelante con ello significaba no tener que elaborar nunca las directrices legales ni organizar sus cuidados futuros, y no tener que preocuparse por su futuro con John. Podría poner fin a todo eso.

Su decisión no fue repentina. Meses atrás, cuando recibió el diagnóstico, había contemplado la posibilidad de marcharse bajo sus propios términos en lugar de ceder gradualmente ante el Alzheimer. No cuando apenas tenía síntomas. Más tarde. Mucho más tarde. Sin embargo, mientras permanecía allí sentada a solas, sin ninguna buena razón para luchar durante los próximos días, por no hablar de semanas, meses y años, el momento parecía el adecuado.

Nada en la decisión le parecía cobarde. Se sentía como lo más valiente que podía hacer por sí misma: permitirse el regalo de la piedad. Lo correcto, teniendo en cuenta todo a lo que se enfrentaba.

Catherine envió un mensaje a su hijo, con un nudo en la garganta mientras escribía, borraba y revisaba. No quería que pensara que su

decisión era culpa suya. Había muchos otros factores. Aun así, la verdad era que quería recuperar a su Will. Al Will inocente.

Finalmente, le dio a enviar.

Siguió un intercambio de mensajes breve pero crítico.

Con un movimiento inestable, se levantó del sofá, con la decisión plenamente tomada.

Se colocó las primeras pastillas para dormir en la lengua y se las tragó en seco. Tomó más y las acompañó rápidamente con el whisky que quedaba.

En un estupor letárgico, caminó pesadamente hacia la piscina. Se le nubló la vista. El jardín giraba a su alrededor. La casa de la piscina se inclinó hacia su derecha y luego se disparó hacia el cielo. Necesitaba tumbarse, cerrar los ojos y rendirse al sueño. Ignorando el impulso, obligó a sus pies a arrastrarse hacia delante, uno tras otro, en un estado onírico. Extendiendo los dedos, buscó la barandilla de hierro que serpenteaba por los escalones de la piscina.

Bajó las escaleras, con los ojos apenas abiertos. El agua tibia le subió hasta la cintura, luego hasta el pecho. Le acariciaba la piel, abrazándola, invitándola al olvido. Cuando le llegó al cuello, dejó que sus ojos se cerraran por completo y sus piernas cedieron bajo ella.

Mientras se posaba en el fondo, no sintió autocompasión. No después de haber enterrado dos cuerpos en los bosques de Madison Creek y de saber que su hijo no era la persona perfecta que siempre había creído que era.

CAPÍTULO 54

Presente - Victoria

____ ¿Vas a venir pronto a la cama? —preguntó Ned.

—Sí. Solo tengo que comprobar una cosa —dijo Victoria, inclinándose hacia su ordenador portátil. Sus ojos se centraron en un nuevo correo electrónico con *E-Z pass* en la línea del asunto.

Había una autopista de peaje entre la casa de la familia Bower y Madison Creek Woods. Por esa razón, Victoria había solicitado los registros del E-Z pass de los cinco vehículos registrados a nombre de la propiedad de los Bower.

Victoria recorrió los registros, empezando por el Mercedes SUV que John dijo que solía conducir Catherine.

El Mercedes no había pasado por un punto de control de peaje en más de un año, lo cual tenía sentido. Tampoco se había registrado en ningún lector de peajes entre el momento de la desaparición de Phoebe y el accidente de Catherine. Esa falta de pruebas apenas importaba. No cuando tantos otros indicios apuntaban a Catherine.

Victoria comprobó los otros vehículos registrados a nombre de Catherine. Solo uno de los cinco había pasado por una zona de peaje durante el periodo en cuestión. Era el Jeep Grand Cherokee Limited. El coche que conducía Will. El informe del peaje mostraba que el Jeep viajó hacia el sur el dos de junio. Regresó por el lector de peaje a las cinco de la mañana del cinco de junio.

Will no había dicho la verdad sobre su paradero el cuatro de junio, la noche en que desapareció Phoebe. No estaba en la facultad en Carolina del

Norte. Estaba en Virginia.

¿Sobre qué más había mentido?

Poco después de su segunda taza de café, una notificación de un técnico de comunicaciones forenses sacó a Victoria de su silla. Se apresuró por los pasillos del edificio del FBI. Habían recuperado los mensajes borrados del teléfono de Catherine Bower; mensajes que podrían contener información crítica sobre lo que ocurrió realmente.

Mientras caminaba, saludaba con la cabeza a los colegas con los que se cruzaba. Dentro del Departamento de Informática Forense, los técnicos se encorvaban sobre las pantallas, analizando líneas de código y patrones de datos, con los rostros iluminados por un resplandor azulado.

Victoria se acercó al analista que la había avisado. Él le entregó una tableta con los mensajes recuperados. Ella se dirigió a un escritorio en la esquina de la sala y fue pasando por las pantallas, fijándose en los últimos mensajes. Will y Catherine los habían enviado la mañana de su accidente.

Catherine: *Te quiero con todo mi corazón y mi alma. Nada puede cambiar eso. Asumiré tus faltas. Haré que sean mías.*

Will: *¿¿¿Estás bebiendo???*

Catherine: *Lo he hecho.*

Will: *¿Hecho qué? ¿Estás hablando de lo de la ropa interior?*

Catherine: *La ropa interior. Los cortes cuadrados. Todo.*

Will: *Gracias. No hace falta que asumas nada. Estamos bien.*

Catherine: *Lo sé. Solo por si acaso, en el futuro, algún día.*

Will: *Esto... ¿¿¿vale???*

Catherine: *Necesito que me hagas una promesa. Tienes que parar.*

Will: *No sé si puedo.*

Catherine: *Puedes, y lo harás. Es todo lo que te pido.*

Will: *Vale. Me estás asustando. No pareces tú.*

Catherine: *Siento haberte hecho esto. Te quiero.*

Will: *Tú no me has hecho nada. Ahora mismo me estás dando mucho miedo. ¿Estás bebiendo? ¿Está John ahí contigo?*

Victoria leyó los mensajes de nuevo. ¿Qué le había pedido Catherine a su hijo que dejara de hacer? ¿Qué era «lo de la ropa interior» y los «cortes cuadrados»? ¿Eran referencias al asesinato de Phoebe? Los asesinos no

aludían a lo que habían hecho por mensaje de texto. A menos que estuvieran sumamente seguros de que nunca los pillarían. Quizás Catherine y su hijo tenían precisamente esa seguridad.

De vuelta en su mesa, Victoria entró en la base de datos VICAP. Buscó asesinatos sin resolver en un radio de cien millas de Virginia y Carolina del Norte.

Se centró en palabras clave de las conversaciones de texto y encontró una coincidencia.

Unos meses antes de que Phoebe desapareciera, una pareja que estaba de vacaciones en Miami encontró el cuerpo de una mujer joven de Alabama. Había visitado la ciudad por las vacaciones de primavera. Durante la noche, se había separado de sus amigos. No sabían con quién se había ido, ni quién se la había llevado, solo que había desaparecido. Cuando la pareja la encontró semienterrada en las dunas de arena, días después de su desaparición, llevaba sujetador pero no ropa interior. Alguien la había estrangulado y le había arrancado un trozo de carne de forma cuadrada de las nalgas.

Victoria anotó la fecha de la desaparición de la mujer. Luego fue a la cuenta de redes sociales de Will. Su foto de perfil mostraba un momento sereno capturado en un velero: una imagen de él y su madre, con sus sonrisas radiantes congeladas para siempre en el tiempo. Pero algo oscuro acechaba bajo esas sonrisas. Victoria estaba segura de ello.

La presencia de Will en internet era mínima. Sus infrecuentes publicaciones mostraban paisajes de rincones distantes del mundo. Nadie le había etiquetado en ninguna foto. Parecía que había tomado precauciones para evitar que lo hicieran. No había dejado rastro digital obvio que seguir. Era un movimiento inteligente, propio de un futuro abogado.

Victoria hizo clic en la lista de amigos de Will, empezando por sus compañeros de estudios. Abril del año anterior le sirvió como punto de partida, el momento en que la mujer se había esfumado en Miami. Una a una, Victoria analizó las imágenes y anécdotas compartidas por los amigos de Will. El primer amigo que eligió había viajado a las vibrantes calles de Tokio durante las vacaciones de primavera. Su segunda elección había compartido instantáneas de un grupo animado divirtiéndose en Cancún. El tercer amigo, un estudiante de último año de Duke llamado Nick, había publicado varias fotos de grupo en las playas bañadas por el sol de Miami.

Miles de estudiantes universitarios acudían a las playas de Florida para los viajes de vacaciones de primavera. Aun así, el pulso de Victoria se aceleró al ampliar cada una de las fotos de grupo de Nick y examinar minuciosamente cada rostro. Hasta que... allí estaba él: Will, su presencia era inconfundible. Envuelto en un remolino de camisas hawaianas, bañadores de colores brillantes y cervezas, con el brazo pasado de forma casual por encima de su acompañante.

¿Era casualidad que estuviera en Miami cuando desapareció la mujer de Alabama? Victoria no lo creía.

Si alguien hubiera encontrado el cuerpo de Phoebe poco después de su muerte, en lugar de un año después, ¿habría tenido un corte similar en el cuerpo? Basándose en los mensajes de texto entre Will y su madre, Victoria estaba segura de que sí.

Tras la entrevista con George, Victoria había redactado un caso para demostrar que Catherine Bower asesinó a Phoebe Watson. En ese mismo momento, el departamento jurídico estaba determinando cómo proceder.

Ahora, Victoria ya no estaba tan segura de haber interpretado bien los hechos.

CAPÍTULO 55

Presente - Victoria

____ No creo que Catherine matase a Phoebe —le dijo Victoria a Rivera.

Él ladeó la cabeza, escuchando.

—Fue su hijo. Empecé a sospechar de él cuando supe que mintió sobre su paradero en el momento en que Phoebe desapareció. Creo que he encontrado a otra de sus víctimas. Una chica en Miami.

Victoria le entregó a Rivera una lista impresa de los mensajes de texto. —Estos son de la mañana del accidente de Catherine. Parece que Catherine sabía lo que él había hecho. Ella quería cargar con la culpa si alguna vez salía a la luz. Quería proteger a Will.

—Si Will mató a Phoebe, ¿cuál era su motivo? —preguntó Rivera.

—No lo sé. Quizá es como Dan Sullivan y simplemente disfruta haciendo daño a las mujeres —dijo Victoria—. No dejaba de oír lo maravilloso que es Will, cuánto le adoraba su madre. Creo que cuando se enteró de lo que él hizo, no pudo vivir con ello. Por estos mensajes, parece que ella está planeando acabar con su vida.

—Lo parece —asintió Rivera—. Pero ¿no estaba usted segura de que su supuesto accidente era el resultado de alguien intentando castigarla?

—Sí. Y tenía razón. Esa persona era *ella misma.* Se sentía responsable de los actos de Will. El suicidio fue su propia forma de castigo —Victoria se perdió un instante en sus pensamientos, pero reaccionó de inmediato—. Tenemos que registrar su coche. Todavía está a nombre de su madre, así que nuestra orden lo cubre. Puede que esté en Durham. Si sabe que le seguimos

la pista, tendrá a un abogado a su lado y nunca encontraremos pruebas, si es que queda alguna por hallar.

—Tenemos el teléfono de Catherine, ¿verdad? —preguntó Rivera—. Si su hijo todavía está en su plan de telefonía, es posible que podamos ver su ubicación. Intentemos eso primero.

Sin perder un instante, los agentes regresaron a Análisis Forense Digital y retiraron el teléfono de Catherine de la sala de pruebas. Accedieron a los contactos, navegando hasta la sección de favoritos y al nombre de Will. Victoria pulsó el icono de información. La pantalla se transformó en un mapa con un solitario punto azul en el centro: la ubicación actual de Will.

Will no estaba disfrutando de ningún paraíso tropical, ni había regresado a Durham. El mapa revelaba que estaba en Virginia, en Atrium Gardens.

Victoria apretó el teléfono de Catherine con más fuerza mientras decidía su siguiente paso.

CAPÍTULO 56

Presente - Deja

Deja vio el Jeep blanco de Will al fondo del aparcamiento, donde él le había dicho que la estaría esperando. Resultaba curioso que todavía no tuviera su número de teléfono. Solo se habían comunicado a través del iPad de Catherine o del teléfono de su habitación.

—Hola. Estás increíble —dijo Will cuando Deja se acercó a su ventanilla bajada.

—Gracias. —Normalmente ella habría respondido: «tú tampoco estás nada mal». Con el pelo recién cortado y una camisa de lino blanca, sin rastro de aquel aspecto desaliñado de viajero, nunca lo había visto tan guapo. Ya habían compartido mucho en las videollamadas, pero aun así se sentía tímida. Una vocecita en su cabeza no dejaba de recordarle que pertenecían a mundos diferentes.

—¿Lista para cenar? —preguntó Will sin bajarse del Jeep.

—Lista —respondió ella.

—¿Quieres dejar aquí el coche e ir juntos? Te traeré luego.

—Claro —aceptó ella, rodeando el vehículo hacia el otro lado.

—De verdad que estás muy guapa —repitió él cuando ella subió.

—¿Quieres decir cuando no llevo el uniforme? —No se había arreglado en exceso, ni mucho menos; solo se había puesto un poco más de maquillaje, un vestido mono y unos zapatos de tacón bajo.

Will puso música y apartó la vista de la carretera para sonreírle y preguntar:

—¿Has dicho a alguien que ibas a estar conmigo?

—No. No le he dicho nada a nadie —contestó ella encogiéndose de hombros, como queriendo decir *¿por qué iba a hacerlo?* Solo le había comentado algo a su abuela, diciéndole a Gran que tenía planes para cenar en The Palm con un amigo que acababa de volver de viaje.

—Seguramente es mejor que no se lo hayas dicho a nadie —comentó Will—. Ya que trabajas para la agencia. Te dije que había hablado con nuestro abogado. También debería hablar con la agencia y averiguar qué dice tu contrato. Tiene tantas restricciones, hechas a propósito para proteger la privacidad de mi madre... Diga lo que diga, puedo apañarlo. Puedo redactarlo de nuevo para que diga lo que convenga para... ya sabes... lo que sea que tengamos aquí.

—Ah —dijo Deja. ¿Por qué salía a relucir constantemente su situación laboral?

—Le haces mucho bien a mi madre —dijo Will.

—Gracias —respondió Deja. Casi añadió: «la quiero». Era cierto. Habían pasado mucho tiempo juntas. Deja sentía una conexión fuerte. Pero Will podría pensar que era extraño.

La música llenó el coche y permanecieron en silencio hasta que Deja dijo:

—A veces tu madre y yo nos comunicamos.

—¿Ah, sí? —preguntó Will—. ¿Ha dicho algo más sobre su antigua entrenadora? ¿Phoebe Watson?

—No. No ha dicho ni una palabra desde entonces. Es más bien a través de sus expresiones faciales y su lenguaje corporal.

—¿Ha vuelto a hablar contigo la agente del FBI? La agente Heslin. La del accidente de avión.

—¿Es ella? —preguntó Deja, sorprendida. Sabía que Victoria Heslin le resultaba familiar. Eso explicaba que le faltaran dedos—. Volvió hace unos días. Le dije que llamara al abogado. No puedo creer que aún no hayan encontrado al asesino de Phoebe. Quienquiera que sea, sigue por ahí y podría estar en cualquier parte. ¿Te imaginas a alguien haciendo algo tan terrible?

—Es bastante fuerte —dijo Will, enarcando las cejas—. El tiempo es perfecto. ¿Qué te parece si hacemos un pícnic en su lugar?

Ella no se había vestido para un pícnic, aunque podría apañárselas.

—¿Tienes algún sitio pensado? —preguntó.

—Sí. Tengo una nevera en la parte de atrás con comida para llevar. Una botella de vino. He pensado que sería agradable. Si te apetece.

—¿Ya has comprado la comida?

—Me gusta ser previsor.

Deja se giró para mirar a la parte trasera del coche. Una gran bolsa nevera estaba en el centro de los asientos, junto a una bolsa de lona negra y rollos de cuerda.

—¿Y si hubiera dicho que no porque no me gustan los pícnics o comer al aire libre? —preguntó Deja riendo.

Él se encogió de hombros.

—Me llevaría la comida a casa y me la comería más tarde.

—¿Para qué es la cuerda? —preguntó ella.

—Es cabo. Para la escota de la mayor y la del foque.

—No tengo ni idea de qué significa eso —dijo ella.

Will se rió por lo bajo.

—Para mi velero. Mira la comida que he traído. A ver si te gusta.

—¿Ahora?

—No tiene sentido ir de pícnic con comida que no te gusta.

El coche estaba reduciendo la velocidad ante una señal de stop. Deja volvió a girarse y alargó el brazo hacia atrás. Abrió la cremallera de la bolsa nevera. Will había metido dentro una botella de vino fría. El resto del espacio lo ocupaban recipientes de plástico con comida: ensaladas frías del deli de Troutman's, un local selecto no muy lejos de Atrium Gardens.

—Esta es exactamente la clase de comida que yo elegiría —dijo Deja—. Todo tiene una pinta estupenda.

Aunque todavía no lo había visto todo. Sacó un recipiente más pequeño de la bolsa. No era de Troutman's. Tenía una etiqueta de Trader Joe's en el lateral. Su ensalada de cuscús favorita.

—¡Oh! Esta es una de mis comidas preferidas —dijo. Poco a poco, su deleite se transformó en incomodidad. ¿Era solo una coincidencia increíble? Si no, ¿cómo lo sabía él?

CAPÍTULO 57

Presente - Victoria

Con Rivera al volante, los agentes se dirigieron a toda velocidad hacia Atrium Gardens, mientras lo que los rodeaba pasaba como un borrón. Los edificios abarrotados y las calles de la ciudad fueron dejando paso gradualmente a tranquilos caminos suburbanos bordeados de árboles, mientras Victoria usaba el teléfono de Catherine para monitorizar la ubicación de Will. Cuando llegaron a Atrium Gardens, el marcador seguía sin moverse.

Se acercaron al mostrador de recepción mostrando sus placas.

—Buscamos a Will Montgomery. El hijo de Catherine Bower. Está en algún lugar del edificio o de la propiedad —dijo Rivera.

La mujer tras el mostrador miró fijamente a ambos agentes y luego consultó la pantalla de su ordenador. —Le he visto entrar. No ha firmado la salida, así que es posible que todavía esté aquí. Aunque no todo el mundo se acuerda de firmar al irse. Si no está con su madre, puede que la cuidadora de la señora Bower sepa adónde ha ido... a menos que ya se haya marchado a casa por hoy.

—Gracias —dijo Victoria, encabezando el camino hacia la habitación de Catherine.

Catherine estaba tumbada en la cama con los ojos cerrados. La televisión estaba encendida frente a ella; una joven sonriente anunciaba una megapromoción en todos los Toyota nuevos.

—Buscamos a su hijo —dijo Victoria, esforzándose por reconciliar a la mujer de la cama, aparentemente desvalida, con las cosas que había hecho.

Los párpados de Catherine temblaron y apretó con más fuerza la manta. Permaneció en silencio.

Los agentes se separaron y recorrieron los pasillos, revisando las salas de reuniones. Seguía sin haber rastro de Will. Sin embargo, el marcador que mostraba su ubicación no se había movido.

Valía la pena consultar con Deja. Quizá había visto a Will antes de terminar su turno y sabía dónde estaba. Victoria buscó el número de Deja y marcó. La llamada fue directa al buzón de voz.

—Si su turno ha terminado, probablemente se habrá ido a casa —dijo Rivera—. El centro debe de tener un contacto de emergencia para ella. Un padre o un compañero de piso. Alguien que esté con ella ahora o sepa cómo podemos localizarla. Voy a ver si en recepción tienen la información.

Victoria desandó sus pasos hasta la habitación de Catherine. En el interior, todo estaba ordenado. Sin nada de desorden, había pocos sitios donde dejar un teléfono sin que se viera, a menos que alguien lo hubiera escondido a propósito. Victoria deslizó la mano entre los cojines del sofá y detrás de los almohadones. Nada.

La mirada de Catherine ya no era vacía. Sus ojos seguían a Victoria por la habitación.

Con el corazón latiéndole con fuerza por la anticipación, Victoria sacó su propio teléfono y marcó el número de Will. Su teléfono sonó primero. Un segundo después, oyó el eco amortiguado de otro.

Siguió el sonido hasta una cómoda. Abrió el primer cajón y apartó la capa superior de ropa cuidadosamente doblada. Sus ojos se clavaron en un iPhone negro. Lo cogió. El dispositivo estaba protegido por contraseña.

Victoria sintió una descarga de adrenalina. No sabía por qué Will se había dejado el teléfono, escondiéndolo bajo la ropa de su madre. Parecía un movimiento deliberado para engañar a alguien sobre su verdadero paradero.

Rivera entró en la habitación apretando una nota adhesiva con el número de contacto de emergencia de Deja: Ramone Torres, su padre.

Victoria marcó el número, le dijo a Ramone quién era y añadió: —Estoy buscando a su hija. ¿Sabe dónde está?

—¿Tiene esto que ver con la investigación del asesinato por la que llamó? —preguntó él.

—Sí. Necesito hablar con ella y no me coge el teléfono.

—Lo pone en silencio cuando está en el trabajo. A veces se olvida de volver a activar el timbre. Si lo tiene en el bolso, no se enterará de que la

llaman. Debería estar en casa en cualquier momento.

Victoria oyó murmullos de fondo y luego Ramone dijo: —Me he equivocado. Deja ha salido a cenar con un amigo. A The Palm.

—¿Ha dicho quién era el amigo?

Se produjo otra conversación amortiguada de fondo antes de que Ramone respondiera. —Lo único que sabemos es que el amigo ha estado hace poco en el extranjero.

Eso sonaba a Will. Victoria estaba preocupada, pero no quería alarmar a la familia de Deja innecesariamente. Los agentes habían rastreado la ubicación del teléfono de Will usando el dispositivo de Catherine. Quizá podrían rastrear a Deja usando el de su padre. Victoria se lo pidió y, en cuestión de segundos, apareció una captura de pantalla enviada por Ramone que revelaba la última ubicación conocida de Deja. No era The Palm, un lugar donde Victoria había cenado recientemente con su familia y Ned. Deja no estaba ni cerca del restaurante. Victoria reconoció el mapa en su pantalla. Una zona forestal con senderos serpenteantes. Era un lugar precioso que poca gente conocía. La última vez que Victoria había ido de excursión allí con Ned y sus perros, prácticamente habían tenido todo el sitio para ellos solos.

Deja estaba en algún lugar dentro de aquellos bosques aislados con Will. Los agentes no tenían tiempo que perder.

Antes de salir de la habitación de Catherine, Victoria dijo: —No sé qué trama su hijo, ni a qué clase de juego está jugando, pero estamos a punto de detenerlo.

CAPÍTULO 58

Presente - Victoria

El sol se había puesto tras las copas de los árboles que flanqueaban la carretera de entrada a las treinta hectáreas de senderos. Un cartel en la entrada del parque rezaba: *El parque cierra al anochecer. Prohibido el paso tras la puesta de sol.* La norma no se hacía cumplir. Nadie patrullaba el parque. No había ninguna verja que cerrar.

Había dos coches estacionados en el primer aparcamiento para visitantes. Ninguno era el Honda de Deja ni el Jeep de Will.

Rivera siguió conduciendo, adentrándose más en la zona aislada. Victoria escudriñaba la densa arboleda. Su rodilla izquierda no dejaba de moverse mientras imaginaba las peores situaciones posibles, con Will arrastrando a Deja al bosque. En la siguiente zona de aparcamiento, divisó un coche. Un Jeep Cherokee blanco en la esquina, oculto bajo los árboles.

Ni rastro de Will ni de Deja.

Los agentes aparcaron y salieron del coche.

El Jeep estaba vacío.

Había dos inicios de sendero cerca. Una ruta circular de cinco kilómetros y un sendero de ida y vuelta más largo. Rivera y Victoria se separaron, y Victoria echó a correr por el sendero más largo.

No había avanzado mucho cuando el camino desembocó en un claro con dos mesas de pícnic. Una pareja ocupaba una de ellas. Una mujer de pelo negro y brillante, y un hombre con complexión de atleta. Victoria sintió un alivio enorme al reconocer a Will y a Deja. Deja estaba bien, sirviendo comida con una cuchara desde un recipiente al plato que tenía delante.

Llevaba un vestido y tacones, más apropiados para un restaurante elegante que para un pícnic al aire libre.

Deja se rió. También lo hizo Will. Parecía que lo estaban pasando bien. Eso estaba a punto de cambiar.

Victoria se acercó a la pareja con paso decidido y las manos cerca de su arma.

Deja la miró con confusión al verla. —¿Qué hace usted aquí? —tartamudeó.

Will se puso en pie. Su rostro mostraba una sonrisa de confianza.

—Will Montgomery, tiene que venir conmigo —dijo Victoria; su voz no dejaba lugar a la negociación.

La sonrisa de Will se desvaneció. —¿Por qué?

—Queda detenido por el asesinato de Phoebe Watson. No habían planeado arrestarlo todavía, pero garantizar la seguridad de Deja había obligado a Victoria a actuar.

Deja ahogó un grito.

Will echó mano al bolsillo.

—¡No se mueva! ¡Arriba las manos! —ordenó Victoria con la pistola desenfundada y apuntándole directamente.

—No se altere —dijo él—. Solo buscaba mi teléfono para llamar a mi abogado.

Su despreocupación solo alimentó las sospechas de Victoria.

—No se mueva. Ya hará su llamada más tarde. Además, no lleva su teléfono encima. Lo dejó en la cómoda de su madre —dijo Victoria.

—¿Por qué harías eso? —preguntó Deja con voz temblorosa.

—Esto es absurdo —Will se mofó, levantando por fin las manos—. Se va a arrepentir de esto.

Victoria no lo creía. No se arrepentiría de la forma en que lo habría hecho si le hubiera pasado algo a Deja.

Rivera llegó corriendo al claro desde el sendero. Pareció comprender la situación al instante y le puso las esposas a Will en las muñecas.

Will no paraba de hablar, insistiendo en que habían cometido un error terrible y que los abogados de su familia los aplastarían.

—En cuanto a quién acaba aplastado, confiemos ese resultado a un juez y a un jurado —dijo Victoria, provocando una sonrisa de aprobación en Rivera.

CAPÍTULO 59

Presente - Will

Will salió de la consulta del psiquiatra, acompañado por Larissa Carmichael. Una hilera de fotógrafos los esperaba fuera. Mientras disparaban sus cámaras, Will se protegió el rostro, aunque su expresión no revelaba nada.

Había dejado atrás otra batería de pruebas. Pruebas que potencialmente podrían demostrar que estaba loco y que no era apto para ser juzgado, igual que su madre. Ese solo era el plan de reserva, una contingencia por si todo lo demás fallaba.

Will no estaba loco. Era plenamente consciente de que lo que había hecho estaba mal. Sabía que una vida en prisión era un castigo merecido. Aunque rara vez alguien recibía lo que merecía, ya fuera bueno o malo. Gracias a su madre y a la inesperada implicación de Dan Sullivan, el tiempo en prisión no formaba parte del futuro de Will.

Antes del accidente de su madre —Will seguía aferrado a ese término, consciente de que era un eufemismo para su intento de suicidio—, ella le confió un diario a Larissa Carmichael. En sus páginas, su madre insinuaba su implicación en la muerte de Phoebe, aludiendo a sentimientos de celos y traición, y a un periodo de laguna mental que no podía explicar la noche en que Phoebe desapareció. No era una confesión explícita; la admisión era mucho más sutil y, por tanto, creíble. Era una manipulación experta de los hechos. Su diario arrojaba una duda significativa sobre la identidad del asesino de Phoebe.

George había admitido su parte en el entierro del cuerpo de Phoebe. Unas fibras de la escena del crimen coincidían con fibras de las toallas de la casa de invitados. Los productos químicos encontrados en el pelo de Phoebe coincidían con los productos químicos de la plataforma de la camioneta de George. Con tanta duda y confusión, ningún jurado podría condenarlo, y Will no tenía intención de aceptar ningún acuerdo de culpabilidad.

La madre de Will era una mujer asombrosa. Tenía que reconocérselo. Aunque solo tenía cuatro años en aquel entonces, recordaba cuando ella había enterrado a su padre. Su compostura era impactante, como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo común. Había actuado con tanta calma, con tanta normalidad, que Will nunca se había cuestionado realmente lo que estaba pasando. Ella había cargado el cuerpo sin vida de su marido en el coche y luego lo había dejado en el bosque. Lo que vino después dejó una huella imborrable en Will: la forma en que ella se inventó una realidad alternativa, afirmando que habían dejado al padre de Will en la casa de la playa. Incluso entonces, Will comprendió instintivamente que no debía cuestionar el relato de su madre. La vio derramar lágrimas y fabricar mentiras, año tras año, hasta que a él le costó creer lo que había visto con sus propios ojos. Fue una educación en el engaño, y él había aprendido de una maestra.

Will no creía que fuera un psicópata. Era capaz de amar. Amaba a su madre y probablemente también a su padre. Amaba a Taylor de la misma forma en que se puede amar a un familiar sin disfrutar realmente de su compañía ni gustarte nada de esa persona. Will apreciaba a sus amigos y estaba agradecido por su presencia en su vida. Pero algo en su interior era diferente. Ese algo que le impulsó a estrujarle la vida a Phoebe. Y a la chica de antes. Y a la primera chica.

Habiendo sido testigo del comportamiento de su madre, de la forma en que se salía con la suya; esas cosas no parecían tan arriesgadas. Parecían casi normales.

La primera vez que ocurrió, Will no lo había planeado, y no sabía que habría otras. Era una joven fugitiva que pesaba apenas cien libras, libra arriba, libra abajo. Una autoestopista. Costaba creer que alguien hiciera autoestop cuando había Ubers en casi todas partes. Aquella chica claramente no podía permitirse uno. Will se enteró de eso cuando usó su identificación para averiguar dónde vivía. Una casa prefabricada decrépita en las zonas rurales de las montañas de Carolina del Norte. Qué irónico que

su lugar de descanso final y eterno fuera el bosque detrás de la casa familiar de Will, una propiedad valorada en más de diez millones.

Se había deshecho de la mochila de la joven, de su bolso y de su ropa, de todo lo que no fuera biodegradable. No se había quedado con ni un solo objeto para recordarla. Más tarde, se arrepintió de aquello.

Will conoció a la siguiente mujer en Miami. Después de tomarse unos cuantos cócteles, ella se había ido a dar un paseo con él en la oscuridad, y ese fue su final.

Aquellas dos primeras oportunidades le cayeron del cielo. Nada lo relacionaba con esas mujeres, lo que las convertía en elecciones seguras. Con Phoebe la cosa fue distinta.

Ella salía de una cita de entrenamiento con su madre cuando entablaron una conversación relajada y coqueta. Will la invitó a salir. Fue así de fácil. No había planeado matarla. Aunque, si era sincero, cuando flirteaban, no pensaba en que las cosas con Phoebe derivaran en sexo o en una relación. En lugar de eso, se había imaginado algo mucho más satisfactorio: rodearle el cuello de piel clara con una cuerda y luego apretar. Cuando Phoebe se rió como respuesta a algo que él había dicho, Will sonrió y pareció pensativo, preguntándose si sería difícil retenerla mientras tensaba la cuerda. Phoebe era una gurú del fitness, después de todo. Fuerte y ágil.

Esa misma noche, la recogió cerca de su apartamento. Un nuevo residente se estaba mudando al complejo, y su camión de mudanzas bloqueaba la entrada. Phoebe se reunió con él al final de la calle. Se suponía que iban a salir a tomar algo. Estaba increíble con un vestido negro sin mangas. Pensó en lucirla en el bar donde unos amigos suyos se reunirían más tarde. Entonces Phoebe se giró para mirarlo desde el asiento del pasajero. Lo que dijo a continuación lo cambió todo.

—¿Le has dicho a tu madre que íbamos a vernos?

—¿Por qué? —había preguntado él, antes de responder a su pregunta.

Phoebe se encogió de hombros y se colocó un bolsito negro sobre el regazo. —No le he dicho a nadie que iba a salir contigo esta noche. No estaba segura de si era buena idea verte.

Will ladeó la cabeza—. ¿Te lo estás pensando mejor lo de tomar algo conmigo?

—No, no es eso —Ella sonrió—. Tu madre es una de mis mejores clientes. ¿Y si no aprueba que salgamos juntos?

Will se rio—. ¿Quieres decir que no creerá que soy lo bastante bueno para ti?

Phoebe tenía una sonrisa hermosa, y se hizo más grande. Echó la cabeza hacia atrás y se rio—. Simplemente divirtámonos y veamos a dónde llega esto antes de mencionárselo a nadie. ¿Vale?

—Claro. No hay problema —respondió Will, dándose cuenta de que él tampoco se lo había dicho a nadie.

Otra oportunidad.

Unos días después, Will descubrió que Phoebe había cumplido su palabra. No había mencionado el nombre de Will a ni una sola alma, o la policía habría estado en su puerta en cuanto alguien se diera cuenta de que ella había desaparecido.

Will no había dejado nada al azar. Inmediatamente después de estrangular a Phoebe, se había reunido con sus amigos en el bar como estaba previsto. Les dijo que acababa de despertarse de una siesta. Pasó horas con ellos, tomando unas cervezas. Estuvo de muy buen humor todo el tiempo, vibrando de euforia y anticipación, mientras Phoebe dormía un sueño eterno bajo una manta en su coche.

Se había dado cuenta de que matar no era su objetivo final. El mayor subidón venía de salirse con la suya. La sensación de vértigo duraba meses. Saber que todo el mundo buscaba a alguien y que solo él sabía dónde estaba. Dios, aquello era satisfactorio. El conocimiento le animaba cuando estaba estresado o agotado por sus tareas escolares, y eso no era todo. Will se enorgullecía de saber que, igual que su madre, podía guardar secretos enormes. El tipo de secretos que podían devorar lenta pero inexorablemente a otros por dentro hasta que solo quedara un vacío oscuro.

La noche del cuatro de mayo, tras separarse de sus amigos en el bar, asegurándose de que él era el último en irse, metió a Phoebe en el pozo detrás de la casa. Nadie buscaría allí. A diferencia de sus dos primeras víctimas, con ella Will podía volver a ver cómo estaba.

La siguiente vez que volvió a casa, inmediatamente después del casi ahogamiento de su madre, miró dentro del pozo. Phoebe no estaba donde la había dejado. Sabía que aquello tenía que ser obra de su madre, aunque ya era demasiado tarde para obtener respuestas de ella. Además, estaba tan afectado por su experiencia cercana a la muerte y por su estado, que apenas le importaba que el cuerpo de Phoebe hubiera desaparecido.

Pasó un año. La policía desenterró los huesos de Phoebe y la identificó. Aquello fue una sorpresa, y sin embargo no debería haberle extrañado. De hecho, debería haber sabido que, si su madre estaba implicada, los bosques de Madison Creek eran exactamente donde acabaría Phoebe.

Cuando las autoridades y la prensa resucitaron la investigación de Phoebe, a Will le divirtió mucho ver cómo intentaban encajar las piezas y cómo las colocaban repetidamente en los lugares equivocados.

Tal como él lo veía, gracias a él, Phoebe era famosa ahora. Salía en las noticias. Las visualizaciones de sus vídeos se dispararon. Un programa de crímenes en horario de máxima audiencia le dedicó un episodio.

Will podía vivir con lo que había hecho. No tenía problemas con eso. Igual que su madre.

Por desgracia, ahora lo estarían vigilando. No tenía otra opción. Tenía que parar. De esa forma, honraría los últimos deseos de su madre.

CAPÍTULO 60

Presente - Deja

Deja estaba sentada sola en su coche, robando unos preciosos minutos antes de entrar a trabajar. Sus ojos repasaban los titulares de las noticias en su teléfono y el corazón le dio un vuelco. El rostro de Will la miraba fijamente. La misma fotografía la había perseguido durante meses: la que se usaba repetidamente en los artículos sobre el presunto asesino de Phoebe Watson.

William Montgomery, estudiante de derecho de la Universidad de Duke de una familia prominente, arrestado por el asesinato de la entrenadora de fitness Phoebe Watson, proclamaban los titulares.

La voz de Will resonó en la mente de Deja. —No lo hice. Creo en nuestro sistema de justicia. El proceso legal demostrará que soy inocente.

A Deja aún le costaba comprender los acontecimientos que se habían desencadenado después de que la agente Heslin lo arrestara. Habían pasado tres meses y todavía no lograba asimilar del todo lo ocurrido, ni averiguar la verdad. ¿Se había preocupado Will realmente por ella, o planeaba convertirla en su próxima víctima?

Will no era el único de su familia que salía en las noticias. El rostro de Catherine también adornaba los artículos de tendencia.

Trágica millonaria y heredera de Smartbox implicada en múltiples asesinatos.

Las autoridades también habían arrestado a su jardinero, George Martin, por obstrucción a la justicia y por ayudar a Catherine.

Los siniestros actos de la familia seguían cautivando la atención del público. Deja no podía escapar de sus rostros sonrientes mientras los recordaba en el retrato familiar que colgaba sobre la cama de Catherine. Aquella imagen se le había quedado grabada a fuego en la mente. Se infiltraba en sus pensamientos en los momentos más inesperados, evocándole una sensación de asco visceral. Para colmo de males, una revelación reciente de la agente Heslin la atormentaba ahora. Will había colocado una cámara dentro del marco de aquel mismo retrato, grabando tanto vídeo como audio.

Tal vez la había puesto allí para asegurarse de que su madre recibía los cuidados adecuados, o puede que quisiera asegurarse de que ella nunca contara a nadie sus terribles secretos. De cualquier modo, la cámara le había permitido espiar a Deja. Había pasado tanto tiempo hablando con Catherine, pensando que estaban las dos solas. La idea de que alguien presenciara sus conversaciones privadas hacía que Deja se estremeciera de malestar.

Una pregunta desconcertante persistía en su mente, una que nunca podría responder. ¿Por qué había pronunciado Catherine el nombre de Phoebe, guiando a las fuerzas del orden directamente hacia ella y su familia? ¿Era su conciencia culpable la que salía a la superficie? ¿No se daba cuenta de lo que estaba diciendo?

Independientemente de qué versión de los hechos prevaleciera, Catherine no era la mujer que Deja había creído. Por eso Deja había solicitado un nuevo cliente.

Shelby tenía noventa y ocho años, necesitaba ayuda con tareas cotidianas como vestirse y preparar las comidas, pero poseía una mente aguda. Juntas, comentaban las noticias, jugaban a juegos de palabras y hacían crucigramas.

Cuando Deja llegó a su turno, Shelby la saludó con una cálida sonrisa, ansiosa por las conversaciones que parecían alegrarle el día. Los familiares y amigos de toda la vida de Shelby ya se habían ido. No le quedaba nadie.

Dentro de su casa de una planta, fotografías descoloridas en las paredes y mesas capturaban momentos del pasado de Shelby. Entre las fotografías, una ocupaba el lugar central. En ella aparecían Shelby, su difunto marido y su único hijo, que ya había partido de este mundo.

¿Qué secretos e historias se ocultaban tras sus sonrisas? Deja no quería saberlo. El miedo a lo que pudiera descubrir mantenía a raya su curiosidad.

Deja no requería más conocimientos sobre Shelby para proporcionarle los cuidados que necesitaba y el cariño que merecía.

CAPÍTULO 61

Presente - Victoria

Victoria cogió su bolso y salió de la sede del FBI. Con las pruebas reunidas y el presunto asesino arrestado, su trabajo en el caso había terminado. Ahora el sistema legal debía lidiar lo mejor posible con las complicadas consecuencias de la investigación.

Will creía que se libraría del asesinato. Victoria sabía que no sería así. Puede que su madre le hubiera ayudado a eludir una condena por la muerte de Phoebe, pero los detectives estaban reuniendo pruebas discretamente para montar un caso contra él basado en su víctima de Miami. Iría a prisión, probablemente de por vida.

El agente Rivera se acercó. —Buen trabajo —dijo—. Todo ha sido gracias a usted.

—Gracias, Rivera —respondió Victoria, sabiendo que aún quedaba un largo camino por delante para garantizar la justicia completa para Phoebe y que ya no estaba en sus manos—. Nos vemos el lunes.

En casa, la recibió una algarabía de colas agitadas y ladridos emocionados. La presencia alegre de los perros nunca fallaba a la hora de hacerle apreciar las alegrías sencillas e inocentes de la vida.

Victoria planeaba disfrutar de la falta de urgencia que existía entre casos, por mucho o poco tiempo que durase. Sin embargo, ya se preguntaba qué le depararía el futuro, porque el final de un caso también marcaba el comienzo del siguiente.

—Bienvenida a casa —gritó Ned desde algún lugar de la casa.

—Te he echado de menos —respondió ella a gritos.

Echó un vistazo a un montón de correo en la encimera. Un sobre grueso con el sello del FBI le llamó la atención. Lo sacó de la pila.

—¿Has cerrado la investigación hoy? —preguntó Ned, entrando en la cocina.

—Sí.

Él alargó la mano para tomar la de ella y reparó en la carta que sostenía. —¿Todavía te apetece salir esta noche? ¿O hay algo más de lo que tengas que ocuparte? —No había juicio en su voz, solo comprensión.

—Dame quince minutos para cambiarme de ropa —respondió ella—. Y luego estaré lista para irnos.

Victoria guardó la carta en el cajón de su escritorio, reservándola para más tarde.

No sabía de qué se trataba, pero podía esperar. Habría otras mujeres como Catherine. Otros hombres como Will.

Afortunadamente, Victoria también tenía a personas como Ned en su vida.

Una noche con su persona favorita, sin criminales que perseguir y sin cadáveres que atormentaran sus pensamientos... eso era todo lo que necesitaba para levantar el ánimo y recargar energías para su próximo caso.



La investigación ha concluido, pero la agente Victoria Heslin no descansa. Sigue leyendo para descubrir los primeros capítulos de EL MAL VECINO.

JENIFER RUFF

Jenifer Ruff, autora superventas del USA Today, escribe novelas de suspense, entre las que destaca la galardonada serie Las investigaciones de Victoria Heslin. Jenifer creció en Massachusetts, es licenciada en Biología por el Mount Holyoke College y posee un máster en Salud Pública y Epidemiología por la Universidad de Yale. Adora la paz y el silencio, los animales y el ejercicio, especialmente el senderismo. Jenifer vive en Carolina del Norte y Virginia con su familia y una manada de galgos. Si no está escribiendo, probablemente esté devorando libros o explorando senderos con sus perros. Para más información, visite su sitio web en Jenruff.com

Otros libros de Jenifer Ruff en español

EL ASESINO DE LOS NÚMEROS
NIÑAS PERFECTAS
CUANDO NOS ENCUENTREN
LA SOMBRA DE LA DUDA
DESAPARECIÓ EL NOVIO
DESAPARECIDA EN VACACIONES
LOS CRÍMENES DE LA EXPIACIÓN
LOS ENTERRADOS
EL MAL VECINO
MENTIRAS EN LA NIEVE